

OBRAS COMPLETAS, Tomo I  
ADOLF HITLER

# OBRAS COMPLETAS

## Tomo I

ADOLF  
HITLER



**LIBRO**dot.com  
<http://www.librodot.com>

## INTRODUCCION

Iniciamos ahora la publicación de lo que podríamos llamar “Obras completas” de Adolf Hitler, pero a fin de facilitar la lectura y también la edición, el sistema que hemos seguido ha consistido en empezar por la edición completa de los discursos pronunciados por Adolf Hitler de 1933 a 1945. Hemos seleccionado todos los grandes discursos, los de mayor importancia, a fin de que a través de su lectura, se vaya desarrollando la historia del III Reich.

Adolf Hitler pronunció infinidad de pequeños discursos con ocasión de inauguraciones, conmemoraciones, etc. Estos sólo los hemos incluido cuando hemos considerado que su importancia era verdaderamente grande. Sin embargo en la mayoría de otras ocasiones los hemos dejado aparte a fin de editar un solo tomo con ellos, de interés para investigadores, al término de estos primeros.

También los grandes y pequeños discursos de Hitler en los Congresos de Nürenberg serán agrupados en otro tomo, como también los pronunciados sobre el arte, o los discursos de Hitler de antes de llegar al poder, muchos de los cuales tienen solo un relativo interés ideológico, pues en ellos se trataban temas de actualidad que ahora ya no lo son, las numerosas entrevistas para periódicos, los telegramas, cartas, artículos en periódicos, etc. Poco a poco iremos publicando todo lo escrito y hablado por Adolf Hitler, esperemos que podamos llevar a término esta ambiciosa obra.

## LLAMAMIENTO DEL GOBIERNO DEL REICH AL PUEBLO ALEMAN

(1 de febrero de 1933)

Más de 14 años han transcurrido desde el infortunado día en que el pueblo alemán, deslumbrado por promesas que le llegaban del interior y del exterior, lo perdió todo al dejar caer en el olvido los más excelsos bienes de nuestro pasado: la unidad, el honor y la libertad. Desde aquel día en que la traición se impuso, el Todopoderoso ha mantenido apartada de nuestro pueblo su bendición. La discordia y el odio hicieron su entrada. Millones y millones de alemanes pertenecientes a todas las clases sociales, hombres y mujeres, lo mejor de nuestro pueblo, ven con desolación profunda cómo la unidad de la nación se debilita y se disuelve en el tumulto de las opiniones políticas egoístas, de los intereses económicos y de los conflictos doctrinarios.

Como tantas otras veces en el curso de nuestra historia, Alemania ofrece desde el día de la Revolución un cuadro de discordia desolador. La igualdad y la fraternidad prometidas no llegaron nunca, pero en cambio perdimos la libertad. A la pérdida de unidad espiritual, de la voluntad colectiva de nuestro pueblo, siguió la pérdida de su posición política en el mundo.

Calurosamente convencidos de que el pueblo alemán acudió en 1914 a la gran contienda sin la menor noción de haberla provocado, antes bien movido por la única preocupación de defender la nación atacada, la libertad y la existencia de sus habitantes, vemos en el terrible destino que nos persigue desde noviembre de 1918 la consecuencia exclusiva de nuestra decadencia interna. Pero el resto del mundo se encuentra asimismo conmovido desde entonces por crisis no menos graves. El equilibrio histórico de fuerzas, que en el pasado contribuyó no poco a revelar la necesidad de una interna solidaridad entre las naciones, con toda las felices consecuencias económicas que de ella resultan, ha sido roto.

La idea ilusoria de vencedores y vencidos destruye la confianza de nación a nación y, con ello, la economía del mundo. Nuestro pueblo se halla sumido en la más espantosa miseria.

A los millones de sin trabajo y hambrientos del proletariado industrial, sigue la ruina de toda la clase media y de los pequeños industriales y comerciantes. Si esta decadencia llega a apoderarse también por completo de la clase campesina, la magnitud de la catástrofe será incalculable. No se tratará entonces únicamente de la ruina de un Estado, sino de la pérdida de un conjunto de los más altos bienes de la cultura y la civilización, acumulados en el curso de dos milenios.

Amenazadores surgen en torno a nosotros los signos que anuncian la consumación de esta decadencia. En un esfuerzo supremo de voluntad y de violencia trata el comunismo, con sus métodos inadecuados, de envenenar y disolver definitivamente el espíritu del pueblo, desarraigado y perturbado ya en lo más íntimo de su ser, para llevarlo de este modo a tiempos que, comparados con las promesas de los actuales predicadores comunistas, habrían de resultar mucho peores todavía que no lo fue la época que acabamos de atravesar en relación con las promesas de los mismos apóstoles en 1918.

Empezando por la familia y hasta llegar a los eternos fundamentos de nuestra moral y de nuestra fe, pasando por los conceptos de honor y fidelidad, pueblo y patria, cultura y riqueza, nada hay que sea respetado por esta idea exclusivamente negativa y destructora. 14 años de marxismo han llevado a Alemania a la ruina. Un año de bolchevismo significaría su destrucción. Los centros de cultura más ricos y más ilustres del mundo quedarían convertidos en un caos. Los males mismos de los últimos 15 años no podrían ser comparados con la desolación de una Europa en cuyo corazón hubiese sido levantada la barbarie roja de la destrucción. Los millares de heridos, los incontables muertos que esta guerra interior han costado hasta hoy a Alemania, pueden ser considerados como el relámpago que presagia la tormenta cercana.

En estas horas de preocupación dominante por la existencia y el porvenir de la nación alemana, nosotros, los hombres de los partidos y las ligas nacionales, hemos recibido el llamamiento del anciano jefe de nuestros ejércitos en la guerra mundial, para que, una vez más, en el hogar de la patria ahora, como antes en el frente, nos aprestáramos a luchar bajo sus órdenes por la salvación del Reich. Al sellar para este fin con nuestras manos una alianza común, respondiendo a la generosa iniciativa del Presidente del Reich, hacemos como jefes de la Nación, ante Dios, ante nuestras conciencias y ante nuestro pueblo, la promesa de cumplir con decisión y perseverancia la misión que en el Gobierno Nacional nos ha sido confiada.

La herencia que recogemos es terrible. La tarea que hemos de acometer en busca de una solución es la más difícil que, de memoria humana, ha sido impuesta a hombres de estado alemanes. La confianza que a todos nos inspira es, no obstante, ilimitada: porque tenemos fe en nuestro pueblo y en los valores imperecederos que atesora. Campesinos, obreros y burgueses, han de aportar conjuntamente las piedras necesarias para la edificación del nuevo Reich.

El Gobierno Nacional considerará, por tanto, como su primera y principal misión, el restablecimiento de la unidad en el espíritu y en la voluntad de nuestro pueblo. Vigilará y defenderá los cimientos en que se funda la fuerza de nuestra nación. El cristianismo, como base de nuestra moral, y la familia, como célula germinal del pueblo y del estado, gozarán de su protección más decidida. Por encima de todas las clases y estamentos se propone devolver a nuestro pueblo la conciencia de su unidad nacional y política y de los deberes que de ella se derivan. Quiere hacer del respeto a nuestro gran pasado y del orgullo por nuestras viejas tradiciones la base para la educación de la juventud alemana. Con ello declara una guerra sin

cuartel al nihilismo espiritual, cultural y político. Alemania no debe ni quiere hundirse en el comunismo anarquista.

En lugar de los instintos turbulentos se propone el Gobierno elevar de nuevo la disciplina nacional a la categoría de elemento rector de nuestra vida. Al hacerlo así prestará el Gobierno su máxima atención a todas aquellas instituciones que son los verdaderos baluartes de la fuerza y de la energía nacionales.

El Gobierno Nacional resolverá el gran problema de la reorganización económica de nuestro pueblo por medio de dos grandes planes cuadrianales:

Protección eficaz a la clase campesina como medio para mantener la base de la subsistencia material y, con ello, de la vida misma de la nación.

Protección eficaz a los obreros alemanes por medio de una campaña enérgica y general contra el paro forzoso.

En 14 años los partidos de la revolución de noviembre han arruinado a la clase campesina alemana.

En 14 años han creado un ejército de millones de obreros en paro forzoso.

El Gobierno Nacional llevará a cabo con férrea decisión e infatigable constancia el plan siguiente:

Dentro de cuatro años el campesino alemán debe haber sido arrancado de la miseria.

Dentro de cuatro años el paro forzoso debe haber sido definitivamente vencido.

Con ello han de producirse, al propio tiempo, las condiciones previas para el florecimiento de las demás actividades económicas.

A la par que esta tarea gigantesca de saneamiento de nuestra economía, el Gobierno Nacional acometerá el saneamiento del Reich, de los estados autónomos y de los municipios, en su administración y su sistema tributario.

Únicamente así llegará a ser una realidad de carne y hueso el mantenimiento del Reich sobre la base del principio federativo.

La colonización interior y el servicio obligatorio de prestaciones de trabajo al Estado figuran entre los pilares básicos de este programa.

Pero la preocupación por el pan cotidiano irá también acompañada del cumplimiento de los deberes sociales en los casos de enfermedad y de vejez.

En la economía de la administración, el fomento del trabajo, la protección a nuestra clase campesina, así como en el aprovechamiento de las iniciativas individuales reside al propio tiempo la mejor garantía para evitar cualquier experimento que pueda poner en peligro nuestra moneda.

En política exterior, entenderá el Gobierno Nacional que su principal misión consiste en la defensa de los derechos vitales de nuestro pueblo, unida a la reconquista de su libertad.

Dispuesto a acabar con la situación caótica que Alemania atraviesa, contribuirá con ello a incorporar en la comunidad de las naciones, un Estado de igual valor que los demás, pero al mismo tiempo también con iguales derechos. El Gobierno se siente a este respecto animado por la grandeza del deber que le incumbe de contribuir en nombre de este pueblo libre e igual a los demás, al mantenimiento y consolidación de una paz que el mundo necesita hoy más que nunca.

Con decisión y fieles a nuestro juramento queremos acudir directamente al pueblo alemán, vista la incapacidad del actual Reichstag para hacerlo, al objeto de que nos preste su apoyo en la tarea que nos proponemos realizar.

Al llamarnos, el Presidente del Reich, Mariscal von Hindenburg, nos ha dado la orden de ofrecer a la nación, con nuestra unanimidad, la posibilidad de rehacerse.

Apelamos, por consiguiente, al pueblo alemán para que venga a refrendar, con su propia firma, este acto de consolidación.

El Gobierno del levantamiento nacional quiere trabajar y trabajará.

Los 14 años de ruina nacional no son obra suya. Quiere, al contrario, volver a llevar la nación alemana por caminos ascensionales.

Está decidido a reparar en 4 años los daños que durante 14 han sido causados.

Pero lo que el Gobierno no puede hacer es someter esta labor de regeneración a la aprobación de aquellos que provocaron la catástrofe.

Los partidos marxistas y sus colaboradores han dispuesto de 14 años para poner a prueba sus capacidades.

El resultado es un campo de ruinas.

Pedimos ahora al pueblo alemán que nos conceda un plazo de cuatro años antes de juzgar y de juzgarnos.

Fieles a la orden del Mariscal estamos dispuestos a comenzar la labor.

Quiera Dios conceder su gracia a nuestra obra, orientar rectamente nuestra voluntad, bendecir nuestras intenciones y colmarnos con la confianza de nuestro pueblo. ¡No combatimos en nuestro interés propio, sino por Alemania!

El Gobierno del Reich.

Adolf Hitler, von Papen, Freiherr von Neurath, Dr. Frick, Graf Schwerin von Krosigk, Dr. Hugenberg, Seldte, Dr. Günther, von Blomberg, Eltz von Rübenach, Hermann Göring.

EN EL SPORTPALAST DE BERLIN ANTE 60.000 SS Y SA

(3 de febrero de 1933)

Mis SA y SS:

Despúntase ya la gran época que hemos ansiado. Alemania está despierta después de una lucha de 14 años, cuya grandeza y sacrificio el mundo exterior no puede imaginar. Todo lo que hemos ambicionado, nuestras predicciones y profecias, son ya realidad; la hora en que el ípueblo alemán vuelve en sí, nuevamente torna a ser dueño de su propio destino, y se levanta, no por donación del mundo, por gracia de nuestros enemigos, sino por su propia fuerza, por su propia voluntad, por su propia acción.

Hay algo maravilloso en este movimiento y su desarrollo característico, nacido de lo profundo de la aflicción de la guerra, y de la mayor desgracia de la decadencia alemana, antes una idea, hoy una realidad.

Es maravilloso volver a recordar el camino que recorrió la idea de este movimiento hasta llegar a la realización actual. Es también a veces necesario recordar este camino a fin de tomar de él experiencias para el camino venidero.

Hay muchos hoy entre nosotros que atestiguan que lo sucedido en Alemania fue también el deseo y la esperanza de otros.

Mis SA y SS:

Ciertamente en la imaginación, lo que nosotros queríamos también existió antes. No hay idea de la cual pueda decirse con justicia que haya nacido en un instante. Todo lo que se piensa, lo ha pensado alguien con anterioridad, todo lo que aparece en la imaginación humana, fue también por otros imaginado. Pero lo importante es que tal imaginación, pensamiento o idea, encuentre el camino de salir del débil terreno de lo irreal para llegar a realizarse, que tal idea encuentre los cuerpos y organización se logre crear lentamente la fuerza que permita convertir en realidad lo imaginado.

Después de la catástrofe de 1918 al volver a nuestros hogares, fuimos presa de un sufrimiento interior que habían sentido ya nuestras generaciones pasadas, pero que en nuestra época nos era extraño.

Pero si hoy muchos dicen que lo que deseamos no es nuestra voluntad, que otros también querían e ideaban lo mismo, a pesar de todo esto, esta voluntad es nuestra, pues por nuestro intermedio, por el vuestro, mis camaradas, pudo encontrar el camino de la realización.

Lo que otros pensaban y querían fue su problema y lo sigue siendo: siempre quedó solo en el espíritu y en la imaginación. Lo que nosotros queríamos, mis camaradas, es hoy realidad y esta realidad es por lo tanto nuestra, aunque otros hayan aspirado a lo mismo y quizá hayan tenido semejante mentalidad. No hay idea alguna que posea por sí sola la seguridad de su realización; para realizarla es preciso separarla del terreno de la imaginación, de la perspectiva y del pensamiento, y conducirla al campo de la pelea y de la lucha. Debe entonces crearse su representación del pueblo mismo, y debe como representante vivo iniciar la batalla con total amplitud para la conquista de los hombres.

Esto se inició hace 14 años; lo mismo fue imaginado posiblemente por otros antes que nosotros, pero nosotros lo hemos convertido en realidad; de la ruptura de la lucha de clases, profesiones y castas, del fin de la decadencia del pueblo y de la fuerza del Estado, hemos construído como idea una nueva aspiración como demostración de nuestro programa e iniciamos él darle forma de dogma por el cual se manifiestan millones de individuos.

Y así nació de una idea antes limitada una organización de perfil agudo, y de la agudeza de su perfil debió reconocerse que no se trataba de hacer percibir pensamientos en la vida popular, prometerles obediencia, sino que este reconocimiento debía llegar también a obtener la fuerza de la realización, pues solo ella puede crear el derecho en esta tierra.

Después del desastre de 1918, cuando iniciamos la búsqueda de nuestro derecho por todas partes, algo fue claro para nosotros nacionalsocialistas.

El derecho no está fuera de nosotros, sino en nosotros mismos; sólo podremos encontrarlo en nuestra propia fuerza.

En todos los tiempos sólo la fuerza pudo levantar una exigencia de voluntad. Nunca la debilidad recibió del mundo el derecho de existencia. Por eso hemos reconocido claramente: es necesario que la organización que representa a nuestra nueva comunidad popular, sea por sí misma factor de poderío, que pueda un día realizar lo que auspiciamos, sin esperar auxilio extraño.

Desde un principio fue nuestra intención imprimir al movimiento este convencimiento: Nadie nos va a regalar algo, nos va a apoyar ni a conceder lo que no seamos capaces de darnos nosotros mismos por nuestra fuerza. Por ello nacieron un día las SA y SS.

El enemigo quería acabar con el movimiento por medio del terror, tenía el poder en su mano, podía vencer a cualquiera que se atreviera a exhibir alguna idea contraria a sus intereses.

Cientos de miles de nuestros políticos plebeyos consideraban al Estado y sus organizaciones como factores destinados a ser amparo y protección de sus voluntades políticas. En aquel entonces me aparté de tal mentalidad y contemplé al pueblo desde el punto de vista del Estado y me dije: aquí, del pueblo mismo, hay que crear el arma y la defensa con que alcanzar nuestro objetivo.

Si queremos conquistar nuestro círculo, la fuerza necesaria sólo la obtendremos del círculo mismo; debemos crear la fuerza y tener el valor de presentarnos nosotros mismos en su defensa, sin esperar que el terreno que vamos a conquistar nos proteja o nos dé amparo. Ni vamos tampoco a pensar que un día como Estado o fuerza sostenedora del Estado, seremos más fuertes que antes como fuerza de lucha por el Reich.

Así nació entonces de un puñado de hombres esta pequeña corporación SA, camaradas fieles que se pusieron a mi disposición convencidos que debía nacer un nuevo Reich, y que no podía nacer sino de un nuevo pueblo, de modo que debía ir a las masas inagotables para conformar la nueva Organización de nuestra vida.

Dos razones existieron para la fundación de las SA y SS.

Primero.- Nosotros, nacionalsocialistas, quisimos protegernos por nosotros mismos; no queríamos ir a mendigar auxilio extraño; teníamos el convencimiento de que la propia protección de una idea y del movimiento que la transporta sólo puede estar en el valor, en la fidelidad convencida de los partidarios y no en la policía, en los soldados, ni en las leyes, tribunales o justicia, ni en objetividad o apreciación de derecho.

La protección está en el propio valor, en la propia fuerza y en la constancia y resistencia.

Segundo.- ¿Cómo queremos alcanzar la meta grandiosa de la nueva Alemania si no creamos un nuevo pueblo alemán? ¿Cómo ha de nacer este nuevo pueblo si no podemos vencer por nosotros mismos todo lo que vemos de corrupción que rodea a nuestro pueblo? No se forma un Estado desde fuera; lo que tiene verdadero valor secular y milenarismo sólo puede crecer del interior.

Vemos ante nosotros al pueblo repleto de innumerables prejuicios, desquiciado, aún en desunión, los unos debilitados por orgullo de castas, los otros lacerados por el odio de clases; donde miremos sólo encontramos prejuicios, envidia y odio, celos, desacuerdos y falta de raciocinio; y de todo esto debe nacer hoy un pueblo.

¿Cómo podemos empezar? Yo no puedo esperar que repentinamente, como golpe de varita mágica, la Providencia nos otorgue lo que nosotros mismos no alcanzamos. Así he comenzado a enseñar en una pequeña organización, lo que ha de constituir esencia popular del Estado venidero, hombres que sé desprendan de su medio, que dejen atrás todas las pequeñeces de la vida que son de importancia aparente, hombres que vuelvan en sí hacia una nueva tarea, que dispongan del valor, que puedan ya atestiguar por su apariencia, que nada desean tener con todas las imaginaciones de eterno ardor y disolvencia que envenenan la vida popular.

Por otra parte, en el convencimiento que es necesario ejercitar en pequeño lo que se hará más tarde, este joven movimiento debe decidirse valeroso por sus caudillos luchadores; esperemos que un día la totalidad del pueblo alemán se decida por la disciplina de la cual sabemos que es única capaz de formar un pueblo fuerte e indestructible. La fe en la conducción, en la autoridad, que hemos mil veces experimentado por la historia, es sólo capaz de levantar a un pueblo sobre las masas absurdas y dementes hacia un nuevo ideal. Hemos intentado educar al movimiento dentro del espíritu que debía tener Alemania, y antes que nada en los SA y después al segundo grupo los SS que representan el espíritu de nuestro frente.

Nuestro triunfo lo debemos a nuestra constancia y de ello debemos también tomar lección para el porvenir. El año 1932 parecía habernos acumulado una lucha excesiva; queríamos dudar de la justicia, de la providencia, pero no nos dejamos oprimir. Y vino entonces la época en que debíamos decir: ¡no! Y una segunda vez cuando la puerta parecía abierta, de nuevo debimos decir no, de nuevo tuvimos que negarnos, de aquella manera no podía salir adelante.

Hasta que por tercera vez llegó la hora en que se nos dio lo que podíamos y debíamos exigir, la época en que el movimiento Nacionalsocialista penetró en el grandioso período histórico de los acontecimientos trascendentales. Por ello, os doy las gracias a vosotros, que habéis permanecido fieles y valientes a mis espaldas.

Las exigencias que dirijo hoy a mis camaradas son las de siempre. Hay dos grandes tareas a realizar. Después de haber conquistado el poder, debemos conquistar al pueblo alemán. Las masas de nuestros millones de conciudadanos trabajadores deben conquistarse para la nueva comunidad a fin de que, de los 6.000.000 de hombres se llegue a ocho o diez millones.

La nueva generación debe aceptar grandes sacrificios a fin de enmendar los daños causados por las generaciones anteriores.

El ejército pardo no caerá en el olvido ni con el transcurso de los siglos.



Si permanecéis en el futuro fieles y obedientes a mis espaldas, ninguna fuerza del mundo será capaz de aniquilar a este movimiento. Seguiremos nuestro camino de victoria y el valor, la obediencia y disciplina mostrados por nuestros camaradas muertos será para nosotros una consigna. Marcharemos en la historia como las tropas de asalto del resurgimiento alemán. ¡Marchamos hacia un gran destino!

El pueblo alemán en alas de la revolución nacional, solicita nuevamente su derecho al Todopoderoso Creador; sabemos que este movimiento es portador del más gran legado que existe, y demostraremos también que poseemos la dignidad para esta gigantesca empresa. Los que lucharon 14 años con honor no podrán jamás ser deshonrados; este es el voto que ofrendamos en conmemoración de los caídos por nosotros y por Alemania.

Heil a los SA y SS, artífices del triunfo del movimiento Nacionalsocialista.

#### EN EL SPORTPALAST DE BERLIN

(10 de febrero de 1933)

Compatriotas, hombres y mujeres alemanes:

El 30 de enero de este año ha sido formado el nuevo gobierno de concentración nacional. Con ello ha entrado el Movimiento Nacionalsocialista y yo en el poder. Con ello se han logrado los objetivos por los que luchamos el pasado año.

La República de Weimar fue la que empezó el crimen de la inflación, y después de esta ira de robos, con ayuda de su Ministro Hilferdings empezó el desbarajuste espantoso. Porcentajes de incrementos imposibles, los cuales ningún estado hubiera aceptado, son el pan de cada día de la República en su sistema social. Y con ello empieza la destrucción de la producción. La destrucción mediante esas teorías marxistas de mercado y la anormalidad en nuestra política de impuestos, la cual hará el resto. Entonces vemos como todo se derrumba paso a paso. Como poco a poco se apagan miles de existencias desesperadas. Como año tras año aumentan las suspensiones de pago. Como se celebran cientos de miles de subastas obligatorias. Los puestos de trabajo se van a pique, no se puede seguir existiendo. Ello llega a las ciudades. El ejército de parados empieza a crecer: un millón, dos, tres, cuatro millones, seis millones, hoy, ciertamente, deben de ser ya siete u ocho millones. Han destruido todo lo que podían destruir con su trabajo durante 14 años, en los cuales no han sido interrumpidos por nadie. Hoy puede apreciarse todo este sufrimiento con una sola comparación. Un País, Turingia. Los ingresos totales de sus comunidades son de 26 millones de marcos. De esta cantidad tienen que sacar para su organización, conservación de monumentos, todo lo que han de gastar las escuelas para utensilios de enseñanza. Deben sacar también para sus necesidades en obras benéficas. 26 millones de ingresos totales, y solamente para estas obras benéficas hacen falta 45 millones. Así está hoy la situación en Alemania bajo el régimen de los partidos, los cuales han arruinado durante 14 años a nuestro pueblo.

Sólo podemos preguntarnos: ¿Durante cuanto tiempo todavía? Por esto, porque estoy convencido de que ahora, si no se quiere llegar tarde, hay que empezar por la salvación, por esto me he declarado de acuerdo, el 30 de enero en utilizar al Movimiento que creció de 7 hombres a 12 millones, para salvar a nuestra patria y a nuestro pueblo alemán.

Nuestros contrarios preguntan ahora por nuestro programa. Mis compatriotas, yo podría hacerles a ellos la misma pregunta. ¿Dónde ha estado vuestro programa? ¿Queríais hacer lo que habéis hecho con Alemania? ¿Era este vuestro programa? ¿O no queríais esto? ¿Quién os

impidió hacer lo contrario? De repente no quieren acordarse de que han tenido el poder durante 14 años. Pero nosotros se lo recordaremos, nosotros seremos al mismo tiempo los fiscales. Y nos preocuparemos de que su conciencia no se derrumbe, que sus recuerdos no se nublen. Si ellos dicen: "Díganos su programa detallado", entonces solo les puedo dar como respuesta: "En todos los tiempos, hubiera sido suficiente un programa, con pocos pero concretos puntos para un régimen. Después de vuestra destrucción, hemos de reestructurar por completo al pueblo alemán, igualmente como fue destruido hasta su base. ¡Este es nuestro programa!".

Y aquí se levantan ante nosotros una serie de grandes compromisos, el mejor y, por tanto, primer punto de nuestro programa: No queremos mentir y no queremos engañar. Desde el principio rehuí presentarme ante el pueblo y hacerle promesas baratas. Nadie puede levantarse para testificar contra mí sobre que alguna vez haya dicho que el resurgir de Alemania es cosa de pocos días. Siempre y siempre predije: el levantamiento de la nación alemana es volver a recuperar la fuerza y salud interior del pueblo alemán.

Así como yo he trabajado durante 14 años, sin interrupción y sin perder la esperanza en la construcción de este Movimiento, y así como a mí me ha sido posible hacer de siete personas, doce millones, así quiero y queremos construir y trabajar por el levantamiento de nuestro pueblo alemán. Así como este Movimiento hoy ha sido encargado de tomar el mando del Reich alemán, así volveremos a llevar algún día a este Reich alemán hacia la vida y hacia la grandeza. Estamos decididos a no dejarnos interrumpir por nada.

Así llegamos al segundo punto de nuestro programa. No les quiero prometer que este levantamiento de nuestro pueblo llegue por sí mismo. Queremos trabajar pero el pueblo ha de ayudar. No se ha de pensar nunca que, de pronto, libertad, felicidad y suerte, sean un regalo del cielo. Todo tiene sus raíces en la propia voluntad, en el propio trabajo.

Y, en tercer lugar, queremos dejar guiar todo nuestro trabajo por el conocimiento. No creemos nunca en la ayuda ajena, nunca la ayuda se encuentra en el exterior de nuestra nación. Solamente en sí mismo está el futuro de nuestro pueblo. Solamente nosotros mismos levantaremos a este pueblo alemán con propio trabajo, con propia eficacia, con propia constancia, entonces volveremos a subir. Igual que los Padres de Alemania, no por ayuda ajena, sino por sí mismos, la hicieron grande.

En el cuarto punto de nuestro programa, no queremos hacer esta reestructuración basándonos en teorías que inventó algún raro cerebro, sino bajo leyes eternas que siempre tienen validez. No en teorías de clase, no en puntos de vista de clase. Estas leyes las resumimos bajo el quinto punto de nuestro programa:

Las bases de nuestra vida están en los valores que nadie nos puede robar, a excepción de nosotros mismos. Ellos son nuestra carne y nuestra sangre, nuestra voluntad y nuestra tierra. Pueblo y tierra, estas dos son las raíces de las que sacaremos nuestra fuerza, y sobre las cuales construiremos nuestros proyectos.

Y así llegamos al sexto punto, meta de nuestra lucha. El mantenimiento de nuestro pueblo y de su tierra, el mantenimiento de este pueblo en el futuro con el conocimiento que solamente él puede darnos un verdadero sentido por la vida. No vivimos para las ideas, no para las teorías, no para los programas de partidos fantásticos. No. Vivimos y luchamos por el pueblo alemán, para el mantenimiento de su existencia, para realizar su propia lucha en la vida. Y estamos convencidos de que solamente de esta forma, podemos ayudar a aquello que otros tanto quieren poner en primer lugar: la paz mundial.

Esta siempre tiene las mismas bases. Pueblos fuertes, los cuales la desean y protegen. Una cultura mundial se construye sobre la cultura de las naciones y de los pueblos. Un mercado mundial, solamente es posible por medio de un mercado de naciones individuales sanas. Partiendo de nuestro pueblo, levantaremos una piedra en la reestructuración del mundo.

El siguiente punto dice: Porque vemos en el mantenimiento del pueblo y de su lucha por la vida nuestra mayor meta, hemos de hacer desaparecer las causas de nuestra destrucción y para ello, reconciliar a las clases alemanas. Una meta que no se consigue en seis semanas ni en cuatro meses, habiendo trabajado otros 70 años en su destrucción. Pero es una meta que no debemos perder nunca de vista, mientras trabajemos por reconstruir esta comunidad, debemos hacer desaparecer, poco a poco las causas de esta destrucción.

Los partidos de la lucha de clases han de convencerse de que, mientras Dios me dé vida; haré todo lo posible para destruirlos con todas mis fuerzas y con toda mi voluntad. Nunca, nunca, abandonaré este deber: Hacer desaparecer al marxismo y sus sicarios de Alemania. Y jamás estaré dispuesto en esto a llegar a un compromiso.

Alguién debe ser el vencedor: O el marxismo o el pueblo alemán. ¡Y Alemania ganará!

Mientras reconciliamos a las clases queremos volver a llevar, directa o indirectamente, a este pueblo alemán, unido hacia las fuentes eternas de su fuerza. Queremos educarles desde la infancia, para hacerles creer en Dios y para hacerles creer en su pueblo. Queremos reestructurar el campesinado como base de nuestro pueblo.

Luchar por el futuro alemán es luchar por la mina alemana y por el campesino alemán. Él nos alimenta, él ha sido el sufrimiento eterno durante miles de años y él debe ser mantenido.

Sigo hacia el segundo pilar de nuestro pueblo: hacia el trabajador alemán. El que en el futuro ya no será un extraño. No lo debe ser para el Reich alemán, y al cual le abriremos las puertas para que pueda entrar en la comunidad del pueblo alemán como base de la nación.

Queremos asegurar al espíritu alemán la posibilidad de su desarrollo, queremos que reaparezca la personalidad con todo su valor, la fuerza de creación. Con esto queremos acabar con una democracia podrida, y en su puesto queremos colocar el conocimiento eterno. Todo lo que es grande solo puede nacer de la fuerza de la personalidad individual. Lucharemos contra la aparición de un nuevo sistema parlamentario-democrático. Y así pasamos, enseguida, al punto doce: la reaparición de la limpieza en nuestro pueblo. Junto a esta limpieza en todos los campos de nuestra vida; la limpieza de nuestra organización, la limpieza de nuestra vida social, la limpieza de nuestra cultura, también queremos la restauración del honor alemán y del respeto ante él. Queremos crear en los corazones el conocimiento hacia la libertad; pero también queremos hacer feliz a nuestro pueblo con la verdadera cultura alemana, con una arquitectura alemana, con una música alemana, que nos devolverá nuestra alma y queremos despertar con ello el respeto hacia las grandes tradiciones de nuestro pueblo. Despertar el respeto ante las producciones de nuestro pasado, la gran admiración hacia los hombres de la historia. Queremos devolver a nuestra juventud este Reich maravilloso del pasado. Con respeto se han de arrodillar ante aquellos que vivieron antes que nosotros, trabajaron y crearon aquello sobre lo que hoy podemos vivir.

Y queremos educar a esta juventud en el respeto hacia aquellos que un día dieron el mayor sacrificio por la vida de nuestro pueblo y su futuro. Lo peor que se ha hecho en estos catorce años ha sido que dos millones de muertos fueron engañados en su sacrificio. Y estos

dos millones han de levantarse ante los ojos de nuestra juventud, como eternos guardianes, para vengarlos.

Queremos educar a nuestra juventud en el respeto hacia nuestra vieja armada. Se la debe volver a recordar, a amar. Debe volver a ser la fuerza de nuestra nación, el sentido del esfuerzo que ha realizado nuestro pueblo durante su historia.

Este programa será el programa de la reestructuración nacional en todos los campos de la vida, rechazando cada uno que atentara contra la nación.

Hermano y amigo para todos es el que quiere ayudar a luchar para el levantamiento de su pueblo, de nuestra nación. Con ello quisiera daros la última consigna, mis compatriotas:

El 30 de enero tomamos el poder. Muchos peligros acechan a nuestro pueblo. ¡Los queremos evitar y los evitaremos! A pesar de muchas sonrisas, podremos hacer desaparecer a este contrario. Y así también acabaremos con las causas de su régimen. Para poder tranquilizar a Dios y a nuestra conciencia, nos hemos vuelto a entregar al pueblo. Él nos ha de ayudar. Si este pueblo nos abandona ahora, entonces, no nos mantendremos. Iremos por el camino para que el pueblo alemán no se pudra.

Pero queremos que la reestructuración del pueblo alemán no se identifique solamente con algunos nombres y personas, sino que esté enlazada con el nombre del propio pueblo alemán. Que no sea solo el régimen quien trabaje, sino que detrás se encuentre una masa de millones que, ayudados de su fuerza, quieran reforzarse a sí mismos y ayudarnos a nosotros en esta gran obra.

Sé, que si hoy se abrieran muchas tumbas, los espíritus del pasado, aquellos que lucharon y murieron por Alemania, saldrían y detrás nuestro estaría su sitio. Todos estos grandes hombres de nuestra historia, sé que hoy están detrás de nosotros y ponen sus miradas en nuestra obra y en nuestro trabajo.

Durante 14 años los partidos de la destrucción y de la Revolución de Noviembre, han desecho y destruido a nuestro pueblo. Tengo derecho, entonces, a presentarme ante la nación y decirle: pueblo alemán, danos cuatro años y, entonces, juzga por ti mismo. Pueblo alemán, danos cuatro años y, juro, que así como he ocupado este puesto así lo dejaré. No lo hice por un sueldo o por dinero, ¡lo hice por ti mismo!. Ha sido la decisión más difícil de mi vida. La he tomado porque estoy convencido de ello. He tomado esta decisión porque estoy seguro que no se puede esperar más. He tomado esta decisión, porque estoy convencido de que, al fin, nuestro pueblo volverá a recobrar el sentido común y que, aunque millones todavía nos odian, llegará la hora en que marcharán detrás de nosotros, porque comprenderán que verdaderamente representamos lo mejor y que no tuvimos jamás otra meta ante los ojos que servir a aquello, que es para nosotros lo más grande del mundo.

No puedo apartarme de la fe en mi pueblo; no puedo alejarme del convencimiento de que esta Nación volverá de nuevo a superarse, no puedo desprenderme del cariño hacia este pueblo mío. Y abrigo firmemente la convicción de que, llegará el momento en que estos millones que actualmente nos odian, estaran detrás de nosotros para saludar en nuestra unión, al nuevo Reich creado en común, conquistado con fatigas y logrado con amarguras; el nuevo Reich alemán de la grandeza, el honor, la fuerza y la justicia. ¡Amén!

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL REICH VON HINDEMBURG, CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DEL NUEVO REICHSTAG EN LA IGLESIA DE LA GUARNICION DE POSTDAM

(21 de marzo de 1933)

Por mi decreto del 1 de febrero de este año dispuse la disolución del Reichstag, al objeto de que el pueblo alemán pudiera pronunciarse directamente sobre el nuevo gobierno de concentración nacional. En las elecciones para el Reichstag del 5 de marzo nuestro pueblo dió una clara mayoría a ese Gobierno llamado al poder por mi confianza y con ello le procuró la base constitucional para su labor.

Difíciles y diversas con las tareas que les aguardan, a Vd. señor Canciller y a Uds. Señores Ministros del Reich, en política interior y en política exterior, en la economía nacional y en el plano internacional. Habrán de resolverse graves cuestiones y deberán ser tomadas decisiones importantes. Me consta que tanto el Canciller como el Gobierno acometerán la solución de estos problemas con firme voluntad y espero de Uds. los miembros del nuevo Reichstag, que, reconociendo la realidad de la situación y sus necesidades, se coloquen detrás del Gobierno y pongan cuanto esté de su parte para facilitarle su labor.

El lugar donde nos encontramos hoy reunidos nos invita a volver nuestras miradas hacia la vieja Prusia que, inspirándose en el temor de Dios, se hizo grande gracias al trabajo y al cumplimiento del deber, a su valor nunca desmentido y a su patriotismo acrisolado, y realizó sobre esta base la unidad de los pueblos germánicos. Ojalá que el viento del viejo espíritu de este lugar de gloria anime también a la generación presente y nos haga libres del egoísmo y de la discordia partidista para unirnos y llevarnos hacia el recobramiento de una conciencia nacional y hacia la renovación espiritual en beneficio de una Alemania unida, libre, digna y grande.

Con la expresión de este deseo saludo al Reichstag en el comienzo de la nueva legislatura y cedo la palabra al Sr.Canciller.

EN LA IGLESIA DE LA GUARNICION DE POSTDAM CON MOTIVO DE LA INAGURACION DEL NUEVO REICHSTAG

(21 de marzo de 1933)

¡Señor Presidente del Reich! ¡Señoras y señores, diputados del Reichstag!

Desde hace años vive nuestro pueblo bajo el peso de hondas preocupaciones.

Después de un período de orgullosa ascensión, de florecimiento y de prosperidad en todos los aspectos de nuestra vida, han vuelto a penetrar en nuestro país, como tantas otras veces en el pasado, la miseria y la pobreza.

A pesar de su industria y amor al trabajo, de su decisión, de su inteligencia y buena voluntad, buscan en vano millones de alemanes el pan de cada día. La vida económica languidece, la hacienda está desorganizada, millones de hombres carecen de trabajo.

El mundo sólo conoce el aspecto externo de nuestras ciudades, pero no ve las miserias y calamidades.

Dos mil años hace que nuestro pueblo vive acompañado de ese incierto destino. A las pocas épocas de prosperidad siguen una y otra vez las de decadencia. Las causas fueron siempre las mismas. Dominado por la descomposición interna, dividido espiritualmente, disperso en la voluntad y, por lo tanto, impotente para la acción, el pueblo alemán se encuentra desprovisto de energías para afirmar su propia existencia. Sueña con la justicia en un mundo ideal y pierde el contacto con la realidad.

Pero cuanto mayor es la decadencia del pueblo y del Estado y más débil, por consiguiente, la defensa y protección de la vida nacional, con tanta mayor fuerza se ha procurado siempre hacer de la pobreza una virtud. La teoría del valor peculiar de cada uno de los grandes linajes o familias germánicas era como un obstáculo para llegar al reconocimiento de la necesidad de formar una voluntad común. Finalmente no les quedaba a los alemanes más camino abierto que el de la exploración de su propio espíritu. Pueblo de músicos, de poetas y pensadores, soñaba en un mundo que para los demás pueblos era la realidad misma y únicamente ante los embates sin piedad de la miseria y de la desgracia, llegaba a surgir de la emoción artística la nostalgia de un nuevo impulso, de una nueva afirmación nacional y, con ello, de una vida nueva.

Cuando a las ansias intelectuales de la nación alemana hizo seguir Bismarck la unidad política, pareció que había de haber terminado para siempre el largo período de discordias y guerras civiles entre alemanes. Fiel a la proclama del Emperador, nuestro pueblo contribuyó a fomentar los bienes de la paz, de la cultura y de la civilización humana. El sentimiento de su fuerza estuvo siempre unido a la responsabilidad profundamente sentida por la vida común de las naciones europeas.

Esta época de unidad política y militar de los pueblos alemanes coincide con los comienzos de un proceso ideológico de disolución de la conciencia nacional, cuyas funestas consecuencias se hacen sentir todavía.

Y esta decadencia interna de la nación se convirtió una vez más, como tantas otras, en aliada del mundo exterior. La revolución de noviembre de 1918 terminó un combate al cual la nación alemana acudió llevada por el sacratísimo convencimiento de que con ello no hacía más que defender su libertad y su derecho a la vida.

La culpabilidad de Alemania en la guerra es una calumnia, porque ni el Emperador ni el Gobierno, ni el pueblo habían querido la guerra. Únicamente la caída de la nación, el desmoronamiento general, pudieron obligar a una generación débil a aceptar contra su leal deber y su sagrado convencimiento la imputación de nuestra culpabilidad.

Este derrumbamiento fue seguido de la decadencia en todos los órdenes. Moral y materialmente, intelectual y económicamente, nuestro pueblo descendió cada día más bajo.

Y lo peor de todo fue la destrucción de la fé en la propia tuerza, la degradación de nuestras tradiciones y, con ello, la ruina de toda base firme para la confianza.

Crisis interminables han trastornado desde entonces la vida de nuestro pueblo.

Pero la felicidad y la riqueza del resto del mundo no han aumentado tampoco por el hecho de que haya quedado política y económicamente roto un eslabón esencial en la comunidad de los Estados.

De la extravagante teoría que pretende perpetuar la noción de vencedores y vencidos surgió la locura de las reparaciones y a consecuencia de ella la catástrofe de la economía mundial.

Mientras de este modo el pueblo y la nación alemana se hundían en la división y en la discordia internas y la vida económica marchaba hacia la ruina, empezaba por otra parte la nueva concentración de los alemanes que, animados por la fé y la confianza en sí mismos, trataban de formar una nueva comunidad.

A esa joven Alemania confiasteis. Vos, Señor Mariscal, el día 30 de enero de 1933 con generosa decisión, el Gobierno del Reich.

Convencidos de que el pueblo debe dar también su asentimiento al nuevo orden de la vida alemana; los hombres que formamos este Gobierno Nacional acordamos dirigir un último llamamiento a la Nación.

El día 5 de marzo tomó el pueblo su decisión y, en su mayoría, expresó su adhesión a nuestra causa. En un levantamiento único y en el curso de pocas semanas ha restablecido el honor nacional y gracias a vuestra comprensión, señor Presidente del Reich, ha consumado la unión entre los símbolos de la antigua grandeza y de la energía juvenil.

Al presentarse el Gobierno Nacional, en esta hora solemne por primera vez ante el nuevo Reichstag, anuncia al propio tiempo su voluntad inquebrantable de acometer y llevar a cabo la gran obra de reorganizar el pueblo y el Estado alemanes.

Consciente de actuar como intérprete de la voluntad nacional, espera el Gobierno de los partidos que integran la representación popular, que al cabo de quince años de sufrimientos y miserias sean capaces de superar los estrechos doctrinarismos y dogmas partidistas y se sometan a la férrea ley que la crisis y sus amenazadoras consecuencias a todos nos imponen.

La obra que el destino exige de nosotros ha de elevarse soberanamente sobre la pequeñez y la estrechez de los recursos de la política cotidiana.

Queremos restablecer en la Nación alemana la unidad de pensamiento y de voluntad.

Queremos conservar los eternos fundamentos de nuestra vida, a saber: nuestra personalidad como pueblo y las energías y valores a ella inherentes.

Queremos ajustar la organización y el Gobierno del Estado a los principios que en todo tiempo fueron condición previa para la grandeza de los pueblos y de las naciones.

Queremos aliar la confianza en las sanas y rectas normas naturales de la conducta con la firmeza en la evolución política tanto interior como exterior.

En lugar de las continuas vacilaciones queremos establecer un gobierno firme que devuelva a nuestro pueblo una inquebrantable autoridad.

Nos proponemos tomar en cuenta todas las experiencias que en la vida individual y colectiva, no menos que en la vida económica, hayan demostrado, en el curso de los milenios, su carácter beneficioso para la Humanidad.

Queremos restablecer la primacía de la política, llamada a organizar y dirigir la lucha por la vida de la nación.

Pero queremos también atraernos todas las fuerzas verdaderas, vivas del pueblo, porque en ellas vemos el sostén del porvenir de Alemania y a la vez que nos esforzaremos en unir a todos los hombres de buena voluntad, procuraremos reducir a la impotencia a cuantos pretendan causar perjuicio al pueblo alemán.

Sobre la base de los pueblos germánicos, de sus estamentos y profesiones, de lo que hasta hoy se han llamado clases, queremos fundar una nueva comunidad, con derecho a establecer entre los diversos intereses vitales el justo equilibrio exigido por el porvenir común de todos ellos. Campesinos, burgueses y obreros han de volver a formar un pueblo alemán.

Ese pueblo ha de convertirse en eterno y fiel guardador de nuestras creencias y de nuestra cultura, de nuestro honor y nuestra libertad.

Frente al mundo, y recordando la magnitud de los sacrificios de la guerra, queremos ser sinceros amigos de la paz que cure por fin las heridas de todos.

El Gobierno nacional está decidido a llenar la misión aceptada ante el pueblo alemán. Se presenta, por lo tanto, al Reichstag, animado del ferviente deseo de encontrar en él un apoyo en el cumplimiento de esta tarea. Procurad, señoras y señores, como representantes elegidos del pueblo, ajustar vuestros actos al espíritu de los tiempos y colaborar a la gran obra de la regeneración nacional.

Entre nosotros se encuentra hoy una anciana testa. Nos levantamos para inclinarnos ante Vos, señor Mariscal.

Tres veces luchasteis en el campo del honor por la existencia y el porvenir de nuestro pueblo.

Como teniente en los ejércitos del Rey y por la unidad alemana, en las legiones del viejo emperador alemán por la gloriosa realización del Reich, y en la mayor de las guerras de todos los tiempos como mariscal de campo por la conservación del Reich y la libertad de nuestro pueblo.

Fuisteis testigo del nacimiento del Reich, de la obra del gran canciller, de la maravillosa ascensión de nuestro pueblo y fuisteis después nuestro conductor en la época extraordinaria cuyas luchas hubimos de vivir nosotros mismos por decreto del destino.

Hoy, señor Mariscal, permite la Providencia que seais protector del nuevo alzamiento de nuestro pueblo. Vuestra vida maravillosa es para todos nosotros símbolo de la fuerza vital indestructible de la nación alemana. Así os está agradecida la juventud alemana y agradecidos os están también aquellos que estiman vuestro asentimiento a la obra del levantamiento de Alemania como una bendición. Que esta energía logre también comunicarse a la nueva representación de nuestro pueblo, cuya apertura tiene ahora lugar.

Quiera también la Providencia concedernos el valor y la constancia que en este recinto sagrado para todo alemán sentimos en torno a nosotros, hombres que luchamos por la libertad y la grandeza de nuestro pueblo, reunidos al pie de la tumba del más grande de sus Reyes.

ANTE EL REICHSTAG



(23 de marzo de 1933)

### Hombres y mujeres del Reichstag alemán:

De acuerdo con el Gobierno del Reich, el partido nacionalsocialista obrero alemán y el partido nacionalista han tenido la iniciativa de someter a vuestra deliberación una ley para combatir la crisis en el pueblo y en el Reich. Los motivos para esta medida extraordinaria son las siguientes:

En noviembre de 1918 las organizaciones marxistas se apoderaron mediante una revolución del poder ejecutivo. Los monarcas fueron destronados; las autoridades del Reich y de los "países" depuestas, y de este modo la constitución quebrantada. El logro de la revolución en sentido material libró a los autores de la garra de la justicia. La legitimación moral la buscaban en la afirmación de que Alemania, es decir, su Gobierno, era responsable de la guerra.

Esta afirmación era falsa a todas luces. Pero las consecuencias de estas falsas imputaciones que se movían dentro de los intereses de nuestros antiguos enemigos fueron la opresión violentísima de todo el pueblo alemán y el quebrantamiento de las seguridades que se nos dieron en los 14 puntos de Wilson llevó a Alemania, es decir, al pueblo trabajador alemán a una época de infortunio sin límites.

Cuántas promesas hicieron los hombres del noviembre de 1918 se revelaron, si no como extravíos conscientes, como ilusiones no por eso menos condenables. Las "conquistas de la revolución" no fueron, en general, agradables más que para una mínima parte de nuestro pueblo, mientras que para la inmensa mayoría, al menos en cuanto ésta tenía que ganarse el pan cotidiano con su honrado trabajo, fueron de un tristeza infinita. Es comprensible que el instinto de conservación de los partidos y de los hombres culpables de ese proceso, encuentre miles de paliativos y disculpas. La mera comparación de lo conseguido por término medio en los últimos catorce años con las promesas anteriormente proclamadas es aniquiladora para los regidores responsables de ese crimen sin ejemplo en la historia alemana.

En el transcurso de los últimos 14 años ha sufrido nuestro pueblo en todos los aspectos de la vida una decadencia que apenas cabe imaginar mayor. Teniendo en cuenta los valores de nuestro pueblo alemán, así como el acervo ya existente, político y económico, no puede decirse qué es lo que en ese tiempo podría haber sido peor.

El pueblo alemán, a pesar de su lentitud para la impresión y la toma de posición políticas se ha apartado cada vez más de las ideologías de los partidos y de las sociedades responsables a sus ojos de ese estado de cosas.

Al fin y al cabo, el número de alemanes que sentían íntimamente la constitución de Weimar, no obstante la sugestiva significación y el desconsiderado ejercicio del Poder, no era más que un fragmento de la nación entera.

El signo característico de estos 14 años fue también que --prescindiendo de naturales oscilaciones-- la línea evolutiva se dirige constantemente hacia abajo. El deprimente conocimiento de esto fue una de las causas de la desesperación general. Él hizo ver la necesidad de apartarse radicalmente de las ideas, de las organizaciones y poco a poco la causa profunda de nuestra decadencia.

Por eso el movimiento nacionalsocialista a pesar de la más horrible represión, pudo ir ganando cada vez más el espíritu y la voluntad de los alemanes para la lucha defensiva. En pocas semanas, y en unión de las demás sociedades nacionales, apartó las fuerzas que dominaban desde noviembre de 1918 colocando mediante una revolución el Poder público en manos del Gobierno Nacional. El 5 de marzo dió el pueblo alemán su asentimiento a este acto.

El programa de la reconstrucción del pueblo y del Reich se desprende de la magnitud de la crisis de nuestra vida política, moral y económica. Penetrado del convencimiento de que este desmoronamiento tiene sus causas en males internos de nuestro organismo nacional, la finalidad del Gobierno de la revolución nacional es alejar de nuestra vida popular aquellos achaques que pudieran impedir en lo futuro aquella verdadera resurrección. La decadencia de la nación en incontables y opuestas ideologías, sistemáticamente provocada por el error marxista, supone la destrucción de la base de toda posible Comunidad de vida.

La disolución ataca todos los fundamentos del orden social. La completa contraposición de unos a otros en cuanto a los conceptos de Estado, sociedad, religión, moral, familia, economía, abre diferencias que conducen a la guerra de todos contra todos.

Partiendo del liberalismo del siglo pasado, este proceso encuentra naturalmente su término en el caos comunista.

La movilizacián de los instintos primitivos lleva a una conexión entre las concepciones de una idea política y los actos de verdaderos criminales. Empezando por los saqueos, los incendios, los siniestros ferroviarios, los atentados, etc. todo encuentra en la idea comunista su sanción moral.

Sólo los métodos de terrorismo individual de la masa han costado en pocos años al movimiento nacionalsocialista más de 350 muertos y decenas de miles de heridos.

El incendio del Reichstag, abortado intento de una vasta acción, no es más que un signo de lo que Europa tendría que esperar del triunfo de esa diabólica doctrina. Si hoy determinada prensa, especialmente fuera de Alemania pretende identificar con esta infamia el levantamiento nacional en Alemania, conforme a la falsedad política que el comunismo elevó a principio, esto no puede hacer más que rubustecerme en mi resolución de no omitir nada, para que, con la mayor rapidez, se expíe este crimen con la ejecución pública del incendiario culpable y de sus cómplices.

Ni el pueblo alemán ni el resto del mundo se han dado suficiente cuenta de las proporciones que tenía la acción premeditada por esa organización. Sólo la fulminante intervencián del Gobierno impidió una evolución que de haber tenido una salida catastrófica hubiera conmovido a toda Europa. Muchos de los que hoy fraternizan, dentro y fuera de Alemania, con los intereses del comunismo, por odio al resurgimiento nacional, hubieran sido ellos mismos víctimas de semejante evolución.

La suprema misión del Gobierno nacional será extirpar por completo y eliminar de nuestro país este fenómeno, no sólo en interés de Alemania, sino en interés del resto de Europa.

El Gobierno nacional no perderá de vista que no se trata aquí del problema negativo de esas organizaciones, sino de la labor positiva de ganar al obrero alemán para el Estado nacional. Sólo el restablecimiento de una verdadera comunidad del pueblo que se alce sobre los

intereses y las diferencias de estados y de clases puede a la larga privar de base de sustentación a esos extravíos del espíritu humano. La formación de ese frente ideológico del cuerpo nacional alemán es tanto más importante cuanto que sólo él hace posible el mantenimiento de relaciones amistosas con las potencias extranjeras, sin consideración a las tendencias o a los principios ideológicos imperantes en ellas, ya que la extirpación del comunismo en Alemania no es una cuestión privada alemana. El resto del mundo puede tener también en ello un gran interés, pues la explosión de un caos comunista en el espesamente poblado Reich alemán acarrearía consecuencias políticas y económicas, especialmente en el resto de la Europa occidental, cuyas proporciones son inimaginables. El interno desmoronamiento de nuestra comunidad popular condujo necesariamente a un debilitamiento cada vez más grave de la autoridad del alto mando del Estado. La depresión del prestigio del Gobierno, resultante necesaria de ese Estado interno de incertidumbre, llevó a diferentes partidos en algunas regiones ideas incompatibles con la unidad. Con toda consideración a las tradiciones de las regiones no puede uno desechar el acerbo conocimiento de que el grado de fraccionamiento de la vida pública en el pasado no sólo no fue provechoso para nuestro pueblo frente al mundo y frente a la vida, sino que fué verdaderamente pernicioso.

No es misión de un Gobierno superior entregar posteriormente las formaciones orgánicas al principio teórico de un unitarismo desenfrenado. Pero es su deber poner fuera de toda duda esa unidad de espíritu y de voluntad del mando de la nación y, de este modo, la idea del Reich en sí.

La prosperidad de nuestros municipios y regiones, necesita, como la existencia de cada individuo alemán, la protección del Estado. Por consiguiente, el Gobierno del Reich no se propone eliminar las regiones con una ley de poderes discrecionales. Pero adoptará aquellas medidas que, de ahora y para siempre, garanticen igualdad de intención política en el Reich y en las regiones. Cuanto mayor sea el acuerdo de espíritus y de voluntades, tanto menor interés tendrá en lo sucesivo el Reich en forzar la vida particular de cada región cultural y económicamente. Completamente imposible es esa mutua denigración que se presentó en los últimos tiempos entre Gobiernos del Reich y de los países valiéndose del moderno instrumento de la propaganda popular. No soportaré, en ningún caso, y el Gobierno del Reich adoptará todas las medidas para que, en lo sucesivo, no haya ministros de Gobiernos alemanes que a la faz del mundo, en asambleas públicas e incluso utilizando la radiotelefonía, se acusen o se denigren mutuamente.

Conduce también a un total desprecio de las corporaciones legislativas a los ojos del pueblo el que, aun en tiempos normales, en el espacio de cuatro años, ya en el Reich, ya en las diferentes regiones, haya sido llamado el pueblo a las urnas 20 veces. El Gobierno del Reich encontrará modo de conseguir que la expresión de la voluntad de la nación hecha una vez para el Reich y para las regiones produzca consecuencias uniformes. Una amplia reforma del Reich no será más que el resultado de una evolución vital. Su finalidad debe ser la construcción de una constitución que funda la voluntad del pueblo con la autoridad de un mando verdadero. La legitimación de una reforma constitucional semejante procederá del pueblo mismo.

El Gobierno de la revolución nacional considera como su deber fundamental, respondiendo al sentido del voto de confianza que el pueblo le dió, alejar del influjo en la conformación de la vida nacional aquellos elementos que premeditadamente la niegan. La igualdad teórica ante la ley no puede llevar a tolerar en nombre de ella a los que por principio menoscaban las leyes e incluso a entregarles la libertad de la nación en nombre de doctrinas democráticas. El Gobierno, empero, reconocerá la igualdad ante la ley de todos aquellos que

se alisten contra ese peligro detrás de los intereses nacionales en el frente de nuestro pueblo y no fallen en el apoyo al Gobierno.

Desde luego nuestra inmediata tarea será la de llamar a responsabilidad a los directores espirituales de esas tendencias aniquiladoras y la de salvar, en cambio, las víctimas seducidas.

En los millones de obreros alemanes que reverencian esas ideas de insensatez y de suicidio vemos especialmente el resultado, y no otra cosa, de una imperdonable debilidad de los Gobiernos anteriores que no impidieron la difusión de ideas cuya realización práctica sometieron a castigo ellos mismos. El Gobierno no se dejará extraviar por nadie en la resolución de resolver este problema. Ahora es cuestión del Reichstag tomar por su parte una posición franca. Esto no modifica en nada la suerte del comunismo y de las organizaciones que fraternizan con él. El Gobierno Nacional no inspira para ello sus medidas bajo otro ángulo que el de precaver de una miseria sin nombre al pueblo alemán y, ante todo, a sus millones de hombres trabajadores.

Por eso el Gobierno Nacional, ante este estado de cosas, considera por ahora la cuestión de una restauración monárquica como fuera de discusión. El intento de resolver este problema por sí mismo en alguna región sería considerado como un ataque a la unidad del Reich y se procedería en consecuencia.

Al mismo tiempo que esta desinfección política de nuestra vida pública procurará el Gobierno del Reich un enérgico saneamiento moral del pueblo.

Todo el aparato educativo, teatro, film, literatura, prensa, radiodifusión, servirá de medio para este fin y será considerado como conviene. Todos tienen que servir para el mantenimiento de los valores eternos que viven en la esencia de nuestro pueblo. El arte será siempre expresión y espejo de la aspiración y de la realidad de una época. La contemplación burguesa lleva rápido camino de desaparecer en el mundo. El herosimo se alza apasionadamente como venidera personificación y venidero guía de destinos políticos. Es misión del arte la de ser expresión de ese determinante espíritu de la época. La sangre y la raza volverán a ser fuentes de la intuición artística. Misión del Gobierno es la de procurar que, precisamente en un tiempo de restringido poder político, encuentren imperiosa expresión cultural los íntimos valores vitales y la voluntad de vida de la nación. Esta resolución obliga a la reconocida admiración de nuestro gran pasado. En todos los terrenos de nuestra vida histórica y cultural hay que echar puentes que vayan del pasado al futuro. La veneración de los grandes hombres hay que grabarla otra vez en la juventud alemana como santo legado. Al decidir el Gobierno proceder a la desinfección política y moral de nuestra vida pública, crea y fija las premisas para una profunda y verdadera vuelta a la vida religiosa.

Las ventajas de índole político-personal que pudieron resultar de compromisos con organizaciones ateístas no compensan ni con mucho las consecuencias que se hacen patentes en la destrucción de valores morales de todos.

El Gobierno nacional ve en las dos confesiones cristianas los factores más importantes para el mantenimiento de nuestro pueblo. El Gobierno nacional respetará los acuerdos concertados entre ellas y las regiones.

Sus derechos no serán conculcados. Pero el Gobierno nacional espera que a la inversa, la labor que el Gobierno se ha asignado en la renovación nacional y moral de nuestro pueblo encuentre el mismo acatamiento. Ante las demás confesiones se presentará con imparcial justicia. No puede, empero, tolerar que la pertenencia a una determinada confesión o a una

raza determinada pueda constituir una liberación de obligaciones legales de la generalidad o incluso una carta abierta para cometer o tolerar delitos impunemente. La preocupación del Gobierno es la sincera colaboración entre la Iglesia y el Estado; la lucha contra una ideología materialista en pro de una verdadera comunidad popular sirve a los intereses de la nación alemana lo mismo que el bien de nuestra fe cristiana.

Nuestro derecho debe servir en primer término al mantenimiento de esa comunidad popular. A la inamovilidad de los jueces por una parte ha de corresponder elasticidad de fallo en beneficio de la sociedad. No el individuo sino el pueblo debe ser centro de la preocupación legal. La traición al país y al pueblo debe ser en el futuro extirpada con toda desconsideración. El terreno sobre el que se asienta la justicia no puede ser otro que el terreno sobre el que se asienta la nación. Por eso no debe aquella perder nunca de vista la gravedad de la resolución de quienes son responsables de la conformación de la vida de la nación bajo el duro dictado de la realidad.

Grandes son también los cometidos del Gobierno nacional en el terreno de la vida económica.

***Aquí determinará una ley toda la acción; el pueblo no vive para la economía y la economía no existe para el capital, sino que el capital sirve a la economía y la economía al pueblo.***

Por principio el Gobierno no defenderá los intereses del pueblo alemán por el rodeo de una burocracia económica oficialmente organizada, sino mediante el vivo fomento de la iniciativa privada y mediante el reconocimiento de la propiedad.

Entre la intención productiva, por una parte, y el trabajo productivo, por otra, hay que establecer una justa compensación. La administración debe respetar con el ahorro los frutos de la capacidad, de la aplicación y del trabajo. El problema de nuestras finanzas públicas no es, en último extremo, más que el problema de una administración económica. La preconcebida reforma fiscal debe conducir a una simplificación en el reparto y de este modo a una disminución de gastos y de cargas. Por principio hay que levantar el molino de los impuestos en la corriente y no en el manantial. Estas medidas determinarán una aminoración de las cargas mediante la simplificación de la administración. Esta reforma fiscal que ha de realizarse en el Reich y en las regiones no es una cuestión del momento, sino de un tiempo que señalarán las exigencias. El Gobierno, por principio evitará experimentos con la moneda.

Pero ante todo, nos encontramos frente a dos tareas económicas de primer rango. La salvación del campesino alemán debe llevarse a cabo a cualquier precio.

El aniquilamiento de esta clase en nuestro pueblo tendría las más graves consecuencias imaginables. El restablecimiento de la rentabilidad de la explotación agrícola es posible que sea dura para el consumidor, pero el golpe que se asestaría a todo el pueblo alemán si el campesino se hundiera no puede ni remotamente compararse con esa dureza. Sólo en conexión con la rentabilidad de nuestra agricultura --la cual hay que conseguir por todos los medios-- puede resolverse la cuestión de la protección contra el embargo o la liberación de deudas. Si no se consigue esto, el aniquilamiento de nuestro campesino conduciría no sólo al derrumbamiento de la economía alemana en absoluto, sino ante todo al desplomamiento del pueblo alemán. Su saneamiento es además la primera condición para el esplendor de nuestra industria, del comercio interior alemán y de la exportación. Sin el contrapeso del campesino alemán hubiese invadido ya a Alemania la locura comunista, destruyendo así definitivamente la economía alemana. Lo que la economía general, incluso nuestra industria de exportación,

debe al sano instinto del campesino alemán no puede pagarse con sacrificios de carácter económico cualesquiera que sean. Por eso en lo sucesivo nuestra gran preocupación será la colonización del suelo alemán.

Por lo demás, el Gobierno nacional se da perfecta cuenta de que la definitiva conjuración de la crisis, tanto de la economía campesina como urbana, depende de la inserción del ejército de los sin trabajo en el proceso de la producción.

Aquí radica la segunda e ingente tarea económica, la cual no puede ser resuelta más que en medio de una paz general imponiendo sanos y naturales principios económicos y cuantas medidas sean necesarias, aunque, por el momento, no puedan aspirar a la popularidad. La procuración de trabajo y el trabajo obligatorio son medidas aisladas en el cuadro del ataque general.

La posición del Gobierno nacional respecto a la clase media es análoga a la que tiene respecto al campesino.

Su salvación no puede lograrse más que dentro de la política económica general. El Gobierno nacional está decidido a resolver esta cuestión a fondo. Reconoce como su misión histórica la de proteger y alentar a los millones de obreros alemanes en la lucha por sus derechos a la existencia. Como Canciller y nacionalsocialista me siento unido a ellos como a antiguos compañeros de mi juventud. La elevación de la capacidad de consumo de esas masas será uno de los medios esenciales de la reanimación económica.

Aun conservando nuestra legislación social, habrá que dar un primer paso para su reforma. Por principio la utilización de toda fuerza de trabajo debe hacerse en servicio de la generalidad. El dejar ociosas millones de horas de trabajo humano es una locura y un crimen que conduce a la depauperación de todos. Cualesquiera que sean los valores que se creen empleando nuestras fuerzas de trabajo excedentes, pueden representar bienes vitales indispensables para millones de hombres que hoy degeneran en la necesidad y en la miseria. La capacidad organizadora de nuestro pueblo tiene que resolver esta cuestión y la resolverá.

Ya sabemos que la situación geográfica de Alemania, pobre en materias primas, no permite una completa autocracia para nuestro Reich. Hay que repetir insistentemente que nada dista tanto del Gobierno como una hostilidad hacia la exportación. Ya sabemos que necesitamos la conexión con el mundo y que el mercado de productos alemanes en el mundo alimenta a muchos millones de compatriotas.

Sabemos también cuales son las condiciones para un sano intercambio de actividades entre los pueblos de la tierra, pues Alemania estuvo obligada durante años a actividades que no tenían reciprocidad. De ahí resulta que la misión de mantener a Alemania como miembro activo del intercambio comercial es no tanto de índole político-comercial como político-financiera. En tanto que no se nos conceda una ordenación de nuestras deudas exteriores, objetiva y proporcionada a nuestras fuerzas, nos veremos desgraciadamente forzados a mantener nuestro régimen obligatorio de divisas. El Gobierno del Reich está también obligado en nombre de éste a mantener las barreras erigidas en las fronteras contra la huida de capitales. Puesto que el Gobierno del Reich se deja guiar por estos principios es de esperar seguramente que la creciente comprensión del extranjero facilite la inclusión de nuestro Reich en la pacífica competencia de las naciones. Para fomentar el tráfico logrando un equilibrio razonable de todos sus intereses se dará a principios del mes próximo el primer paso con una reforma del impuesto sobre automóviles. La conservación de los Ferrocarriles alemanes y su vuelta a manos del Reich --tan rápida como sea posible-- es una tarea que nos obliga, no sólo

económicamente, sino también moralmente. El Gobierno nacional atenderá celosamente al desarrollo de la comunicación aérea como medio de comunicación pacífica entre los pueblos.

Para toda esta actividad necesita el Gobierno el apoyo, no sólo de las fuerzas de todo el pueblo en general a las cuales está decidido a apelar en grandes proporciones, sino también a la abnegada fidelidad y el trabajo del funcionario profesional. Sólo en urgencia extrema de las finanzas públicas se efectuarán intromisiones y aun entonces la suprema ley de nuestra acción será una estricta justicia.

La defensa de las fronteras del Reich y, por consiguiente, la vida de nuestro pueblo y la existencia de nuestra economía radica hoy en nuestra Reichswehr que, conforme a las cláusulas impuestas en el tratado de Versalles, hay que considerar como al único ejército verdaderamente desarmado del mundo. A pesar de la pequeñez a que se le sometió y del armamento insuficiente en absoluto el pueblo alemán puede mirar con orgullosa satisfacción a su Reichswehr. En circunstancias gravísimas surgió este pequeño instrumento de nuestra defensa nacional. Su espíritu es el portador de nuestras mejores tradiciones militares. Con rigurosa escrupulosidad cumplió así el pueblo alemán las obligaciones que le impuso el tratado de paz, y en cuanto a los barcos de reemplazo que se nos concedieron para nuestra flota sólo una parte --bien puedo decir desgraciadamente-- ha sido contruída.

Alemania espera desde hace años inútilmente que los demás cumplan las promesas de desarme que nos hicieron. Es sincero deseo del Gobierno nacional poder prescindir de un aumento del ejército alemán y de nuestras armas en cuanto que el resto del mundo se manifieste inclinado, por fin, a cumplir su obligación de desarmar radicalmente. Porque Alemania no quiere más que los mismos derechos de vida y la misma libertad.

El Gobierno nacional quiere educar al pueblo alemán en este espíritu de voluntad para la libertad. El honor de la nación, el honor de nuestro ejército, el ideal de la libertad deben volver a ser sagrados para el pueblo alemán.

El pueblo alemán quiere vivir en paz con el mundo. Por eso precisamente el Gobierno del Reich propugnará por todos los medios que se ponga término definitivamente a la separación de los pueblos de la tierra en dos categorías. Mantener abierta esta herida lleva al uno a la desconfianza, al otro al odio y, de esta manera, a una inseguridad general. El Gobierno nacional está dispuesto a tender una mano para una sincera inteligencia a todo pueblo decidido a cerrar de una vez y para siempre el triste pasado. La crisis del mundo no puede desaparecer más que creando los fundamentos de relaciones políticas estables y renaciendo la mutua confianza entre los pueblos.

Para conjurar la catástrofe económica es necesario:

1.-- un gobierno autoritario a todo trance en el interior para restablecer la confianza en la estabilidad de las cosas.

2.-- un afianzamiento de la paz a largo término hecho por las grandes naciones para restablecer la confianza de los pueblos entre sí.

3.-- *el definitivo triunfo de los principios de la razón en la organización y dirección de la economía*, así como una general liberación de reparaciones e imposibles servicios de deudas e intereses.

Desgraciadamente nos encontramos ante el hecho de que la Conferencia de Ginebra a pesar de largas deliberaciones no ha llegado hasta ahora a ningún resultado práctico. La decisión sobre las medidas a adoptar para un verdadero desarme ha sido siempre diferida por la inclusión de cuestiones técnicas y de problemas que no tienen nada que ver con el desarme. Este procedimiento es estéril.

El estado de injusticia que supone el desarme unilateral y la consiguiente inseguridad nacional de Alemania no puede subsistir a la larga.

Reconocemos como indicio de responsabilidad y de buena voluntad que el Gobierno británico haya intentado con su proyecto de desarme llevar finalmente la Conferencia a rápidas resoluciones. El Gobierno del Reich apoyará todos los esfuerzos que tiendan a lograr un efectivo desarme general y satisfagan la reclamación que hace tiempo viene haciendo con justicia Alemania sobre el desarme.

Desde hace 14 años estamos desarmados y desde hace 14 meses esperamos el resultado de la Conferencia del desarme. Aun más vasto es el plan del Jefe del Gobierno italiano que, magnánima y sagazmente, intenta asegurar a toda la política europea una evolución tranquila y consecuente. Concedemos a este plan la más seria significación y estamos dispuestos a colaborar sobre su base con toda seriedad para reunir a las cuatro grandes potencias Inglaterra, Francia, Italia y Alemania en una labor conjunta, pacífica, que animosa y resueltamente ataque los problemas de cuya solución depende la suerte de Europa.

Por esto nos mueve a especial gratitud la comprensiva cordialidad con que en Italia se ha saludado el levantamiento nacional. Deseamos y esperamos que la igualdad de ideales espirituales sea el fundamento para un constante afincamiento de las relaciones amistosas entre ambos pueblos.

Asimismo, el Gobierno del Reich que ve en el Cristianismo el inquebrantable fundamento de la moral y de las buenas costumbres del pueblo, concede grandísimo valor a las amistosas relaciones con la Santa Sede y trata de darles expresión. Respecto a nuestro pueblo hermano, Austria, notamos el sentimiento de participación en sus preocupaciones y en sus necesidades. El Gobierno del Reich siente en sus actos la conciencia de unión en el destino de todos los pueblos de origen alemán. La posición frente a cada una de las demás potencias extranjeras resulta de lo anteriormente dicho. Pero incluso allí donde las mutuas relaciones están sujetas a dificultades nos afanaremos por allanarlas. Desde luego jamás podrá ser la base de una inteligencia la distinción entre vencedor y vencido.

Estamos, convencidos de que es posible ese allanamiento de dificultades en nuestras relaciones con Francia si los Gobiernos estudian por ambas partes los problemas que les atañen con verdadera amplitud de miras. El Gobierno del Reich está dispuesto a sostener con la Unión Soviética relaciones amistosas provechosas para ambas partes. Precisamente el Gobierno de la revolución nacional se considera en situación de hacer con la Rusia soviética una política positiva. La lucha contra el comunismo en Alemania es una cuestión privada en la cual no toleraremos jamás intromisiones de fuera. Las relaciones internacionales con las demás potencias con las cuales nos unen intereses comunes permanecerán intactas. Nuestra relación con los demás países merecerá también en lo sucesivo nuestra más seria atención, especialmente nuestra relación con los grandes Estados transmarinos, con los cuales está Alemania unida hace tiempo por vínculos amistosos y por intereses económicos.

Lugar especial en nuestro corazón ocupa la suerte de los alemanes que viven más allá de las fronteras del Reich, que están unidos a nosotros por idioma, cultura y costumbres y que lu-



chan penosamente por la conservación de sus bienes. El Gobierno nacional está decidido a defender por todos los medios a su alcance los derechos garantizados internacionalmente a las minorías alemanas.

Saludamos el plan de la conferencia económica mundial y estamos conformes con su próxima celebración. El Gobierno del Reich está dispuesto a colaborar en dicha Conferencia para llegar, por fin, a resultados positivos.

La cuestión más importante es el problema de nuestras deudas exteriores a corto y largo plazo.

La modificación total de las circunstancias en los mercados del mundo requiere una adaptación a ellas. Sólo de una colaboración confiada puede surgir el remedio eficaz para la general preocupación. Diez años de paz sincera serán más provechosos para el bienestar de las naciones que 30 años de atascamiento en los conceptos de vencedores y vencidos.

Para colocarse en situación de cumplir las tareas contenidas en este marco, el Gobierno, por medio de los dos partidos, nacionalsocialista y nacionalista, ha presentado al Reichstag la ley de poderes discrecionales.

Una parte de las medidas proyectadas requiere la mayoría de las modificaciones constitucionales. La realización de esas tareas y su solución es necesaria. Contradiría el espíritu del levantamiento nacional y no bastaría para el fin propuesto que el Gobierno suplicase y ganase de caso en caso el consentimiento del Reichstag para sus medidas. El Gobierno no está guiado aquí del propósito de disolver el Reichstag como tal. Al contrario, se reserva para el futuro dar cuenta al Reichstag de sus medidas o de buscar su aprobación.

Pero la autoridad y el cumplimiento de la misión padecerían si en el pueblo pudiera surgir la duda sobre la estabilidad del nuevo régimen. El Gobierno del Reich considera como imposible en las actuales circunstancias de profunda excitación de la nación otra sesión del Reichstag. Apenas si revolución de tan grandes proporciones transcurrió tan disciplinada y tan incruenta como este levantamiento del pueblo ateman en estas semanas. Mi voluntad y mi firme propósito son procurar también en lo futuro esa tranquila evolución.

Por eso es tanto más necesario que se le conceda al Gobierno nacional aquella soberana posición, única adecuada en un tiempo como éste para impedir toda otra evolución. El Gobierno no hará de esa ley facultativa más uso que el necesario para llevar a cabo las medidas vitalmente necesarias. No está amenazada ni la existencia del Reichstag ni la del Consejo de Estado. La función y los derechos del Presidente del Reich quedan intactos. La suprema misión del Gobierno será siempre la de conseguir la interna conformidad para sus fines. La existencia de las regiones no está anulada. Los derechos de las Iglesias no sufrirán menoscabo ni variará su posición respecto al Estado. El número de casos en los que haya necesidad interna para recurrir a tal ley es escaso en sí. Tanto más, sin embargo, insiste el Gobierno en la aprobación de la ley. El Gobierno brinda a los partidos del Reichstag la posibilidad de una evolución pacífica y de una inteligencia en el futuro resultante de ella. Pero el Gobierno está también dispuesto y decidido a aceptar la notificación de la negativa y con ello el reto de oposición.

Ahora, señores, elegid vosotros mismos entre la paz y la guerra.

DEBATE PARLAMENTARIO SUBSIGUIENTE A LAS PALABRAS DE HITLER.  
EL PRESIDENTE DEL REICHSTAG HERMANN GOERING CONCEDE LA PALABRA  
AL REPRESENTANTE SOCIAL DEMOCRATA, DIPUTADO SEÑOR WELLS.

Sefloras y señores:

La petición que sobre política exterior ha expuesto el señor Canciller del Reich la subrayamos desde un principio (¡Muy correcto!, entre los social-demócratas). Aún puedo permitirme en este asunto el que, como primer alemán ante un forum internacional, he hablado en contra de la mentira de la culpabilidad de Alemania en el estallido de la guerra mundial, el 3 de febrero de 1919 en la Conferencia de Berna (¡Muy correcto!, entre los social-demócratas).

Nunca habríamos sobrevivido de no representar a las exigencias de la nación alemana ante otros pueblos del mundo (¡Bravo! entre los social-demócratas).

El señor Canciller dijo una frase ayer en Postdam, que nosotros queremos también subrayar: De la absurda teoría de los eternos vencedores y vencidos, surgió la absurdidad de las reparaciones y así llegó la catástrofe del mercado mundial.

Esta frase es válida para la política exterior, pero no es menos válida para la política interior (¡Muy correcto! entre los social-demócratas). También aquí es absurda la teoría de vencedores y vencidos. Y esta frase, señor Canciller, nos recuerda a otra que fue pronunciada en una reunión nacional el 23 de julio de 1919. Entonces se dijo: Estamos desarmados. Pero estar desarmados, no significa estar deshonrados (Exclamaciones entre los social-demócratas). El contrario nos quiere deshonrar, de esto no hay duda. Y en esta tragedia no se desmoronará nuestro honor, sino que aguantaremos hasta el último aliento (¡Muy correcto! entre los social-demócratas. Gritos de los nacionalsocialistas: "¿Quién ha dicho esto?"). Esto está escrito en una aclaración que un régimen de socialdemócratas dio en nombre del pueblo alemán ante todo el mundo, cuatro horas antes de que callaran las armas, para evitar el avance de los enemigos.

Esta frase del Sr. Canciller del Reich, es un añadido valioso, pues de una paz forzada no sale ninguna bendición (¡Muy correcto! entre los social-demócratas). En el interior todavía menos (¡Muy correcto! entre los social-demócratas). Una verdadera comunidad popular no puede basarse en esto. Pide igualdad de derechos.

El régimen se puede proteger ante la crudeza, puede con dureza evitar actos brutales. Esto pasaría si para todos fuese justo y sin partidismos, y si se deja de tratar a los contrarios perdedores como proscritos (¡Muy bien! entre los social-demócratas).

Libertad y vida, se nos pueden quitar, pero el honor, no. (Exclamaciones entre los social-demócratas). Después de la persecución que ha sufrido el partido social-demócrata en los últimos tiempos, nadie puede pedirle ni exigirle que vote a favor de la ley aquí presentada.

Las elecciones del 5 de marzo le han dado la mayoría a los partidos del régimen, y con ello le han dado la posibilidad, según la palabra y el sentido de la constitución, de gobernar. Pero donde existe esta posibilidad, debe también existir el deber (¡Muy correcto! entre los social-demócratas). La crítica es sana e imprescindible. Nunca, desde que existe el Reich Alemán, ha sido anulado el control de los asuntos públicos, por los representantes del pueblo, como ha pasado ahora (¡Muy correcto! entre los socialdemócratas). Y esta nueva ley, todavía lo anulará más.

Un poder tomado así por un Gobierno es muy grave, ya que también quita la libertad de expresión a los periodistas.

Señoras y señores: La situación de la Alemania de hoy está expresada en colores horribles. Y, como siempre, no faltan multitud de exageraciones. En lo que a nuestro partido respecta, declaro aquí: No hemos pedido intervención a París, ni hemos sacado millones hacia Praga, no hemos llevado noticias exageradas hacia el extranjero (¡Muy correcto! entre los social-demócratas). Enfrentarse a estas exageraciones sería más fácil, si en el interior del país existiera un periodismo que supiera distinguir lo verdadero de lo falso (exclamaciones entre los social-demócratas). Mucho mejor sería, si con buena voluntad, pudiésemos afirmar que la seguridad fuese recuperada nuevamente (Exclamaciones entre los social-demócratas). Esto, señores, depende de ustedes.

Los señores del Partido Nacionalsocialista, denominan a su movimiento como una revolución nacional, no una revolución nacionalsocialista. La relación de su revolución hacia el socialismo, se limita ahora al experimento de destruir al movimiento social-demócrata (Aplausos).

### CONTESTACION DE HITLER AL DIPUTADO WELLS

(Señalando con el dedo índice a los escaños social-demócratas).

Tarde venís, pero venís (Exclamaciones entre los nacional-socialistas). Las teorías que acaba de expresar usted, señor parlamentario, han llegado un poco tarde para la historia universal (risas entre los nacionalsocialistas). De haber llevado a la práctica estas propuestas, hace algunos años, se hubieran ahorrado las quejas de hoy.

Ellos dicen que la social democracia subraya nuestro programa de política exterior, que niega la culpabilidad de Alemania en la guerra y que se levanta contra las reparaciones. Ahora quiero hacer una pregunta. ¿Dónde estaba esta lucha cuando tenían el poder en Alemania? (¡Muy correcto! entre los nacionalsocialistas). Ellos tenían entonces, la posibilidad de realizar las leyes de mercado interior. También podían hacerlo en otros campos. Igualmente hubiera sido posible darle, a la Revolución alemana que partió de ellos, la misma dirección que la Revolución en Francia y su levantamiento en 1870.

Estaba en sus manos construir un levantamiento correctamente nacional y entonces, en caso de volver las banderas de la República derrotadas, hubieran ustedes podido decir: “Hemos hecho lo posible para evitar la catástrofe, apelando a las fuerzas del pueblo alemán” (Exclamaciones entre los nacionalsocialistas y los nacionalalemanes).

Entonces evitaron una lucha de la que ahora quieren ser protagonistas. Ustedes dicen que carecer de armas no es carecer de honor. ¡No!, ¡No necesita serlo! Aunque estemos indefensos, no estaremos sin honor. Nuestro movimiento ha sido oprimido durante muchos años por su partido y por lo tanto indefenso, pero nunca deshonrado (Ovaciones entre los nacionalsocialistas).

Tengo el convencimiento de que inyectaremos el espíritu del honor en el pueblo alemán y le convenceremos de que aunque esté sin defensa no está deshonrado (Exclamaciones entre los nacionalsocialistas y nacionalalemanes). Esto dependía de ellos, ya que durante 14 años tuvieron el poder (Gritos entre los socialdemócratas de “Oh No”). Ellos debían procurar que el pueblo alemán fuese un honor en el mundo. Dependía de ellos que el pueblo alemán, ya que estaba oprimido en el mundo, aguantara con honor esta opresión.

Ellos tuvieron la posibilidad de hacer frente a todos los intentos de deshonra de nuestro pueblo. La traición a nuestra patria, podía haber sido evitada por ellos tal y como lo será por nosotros (Ovaciones entre los nacionalsocialistas y nacionalalemanes).

No tienen ningún derecho a atribuirse este honor, porque, cuando cualquier clase de revolución era una traición a la patria, ellos hicieron uso de ella. Y debían haber evitado que al pueblo alemán se le impusiese una Constitución según los designios del extranjero (Exclamaciones). Porque no es honroso dejarse imponer por el enemigo la política interior (Aplausos entre los partidos del gobierno). Y es más, hubieran tenido que aceptar la bandera tricolor alemana y no aquella que el enemigo lanzaba en forma de folletos (Aplausos).

Porque es, precisamente, en un tiempo así, ante apuros y opresiones del contrario, cuando se ha de apelar al orgullo del pueblo y retornarlo hacia sus símbolos. Ellos tuvieron la oportunidad de dejar ver en la formación interior, el honor nacional ante el mundo, aunque nos hubiesen obligado a abandonar lo más sagrado para nosotros. Ustedes no comprendieron esto.

Y ahora piden ustedes igualdad de derechos. Por esa igualdad de derechos, señores parlamentarios, hemos combatido durante 14 años. Por estos derechos iguales de la Alemania nacional hemos luchado contra ustedes. ¡Durante 14 años ustedes no los han conocido, pero ahora hablan ustedes de igualdad de derechos! (Aplausos).

Dicen ustedes: No se ha de declarar como proscrito al vencido. Bueno, Sr. Parlamentario, proscritos fuimos nosotros durante el tiempo que ustedes gobernaron (Ovaciones entre los nacionalsocialistas. Frases en contra de los socialdemócratas. El Presidente del Reichstag Göering, grita: ¡Severing!).

Ustedes hablan de persecuciones. Creo que hay muy pocos entre nosotros que no hayan pagado con la cárcel las persecuciones de vuestra parte. Hay pocos entre nosotros que no tengan el rastro de múltiples opresiones por vuestra parte. Y fuera de nosotros, los aquí presentes, conozco una legión de centenares de miles que estaba expuesta a un sistema de persecuciones que la denigraba con villanía. Parecen ustedes haber olvidado por completo que por muchos años se llegó a arrancarnos la camisa porque no les gustaba su color pardo. (Gritos entre los nacionalsocialistas).

Quédense, por favor, en el campo de la realidad. Hemos crecido gracias a sus persecuciones. Y ahora Vd. dice que la crítica es constructiva. Por supuesto que el que ama a Alemania tiene derecho a criticarnos, pero quien adora a la Internacional ese, no nos puede criticar. (Aplausos).

También aquí llegan demasiado tarde, señor parlamentario, pues lo sano de la crítica lo tendrían que haber visto en su día, cuando nosotros estábamos en la oposición. Entonces no se les ocurrió esa frase, sino que entonces fue prohibido nuestro periodismo, prohibido y otra vez prohibido, prohibidas nuestras reuniones y nuestros discursos, durante años, y ahora dicen, la crítica es constructiva (Risas entre los nacionalsocialistas. Gritos entre los socialdemócratas. El Presidente del Reichstag Göering toca la campana y dice: no griten y escuchen).

Lamentan ustedes que el mundo no se cerciore de realidades que pasan en Alemania, como que todos los días se entreguen a los cementerios israelitas de Berlín cadáveres despedazados. Lamentan ustedes esta campaña de calumnias y ambicionan dar honor a la verdad. Señores parlamentarios, a vuestro partido, con sus vínculos internacionales, debería ser muy fácil propagar la verdad en sus diarios que aparecen en el extranjero (Aplausos). Lean

ustedes los periódicos de estos días de vuestros hermanos social-demócratas de Austria, a quienes nadie impide hacer el reparto de la verdad (Gritos de los social-demócratas).

Tengo curiosidad de ver hasta qué punto llega el poder y la eficiencia de vuestros vínculos en el exterior (Risas entre los nacionalsocialistas. Interrupciones de los social-demócratas), quieren dejarme hablar, por favor;..., yo no les he interrumpido.

He leído su periódico del Sarre, señor parlamentario, y en esa hoja no se hace más que traicionar a la patria, señor parlamentario Wells (gritos de los nacionalsocialistas). Siempre intenta enfrentar a Alemania con el extranjero (gritos de los nacionalsocialistas), y poner a nuestro pueblo en una difícil situación con esas mentiras.

Ustedes hablan de seguridad deficiente del derecho. Yo también he visto la Revolución de 1918 y debo decirle que si no tuviésemos sentido del derecho, nosotros no estaríamos sentados aquí, ni lo estaría usted (¡Bravo! entre los nacionalsocialistas). Ustedes han atacado a los que no les han hecho nada (Aplausos). Nosotros nos contentaremos con atacar a los que por espacio de 14 años nos han perseguido y vejado (¡Muy Correcto! entre los nacionalsocialistas).

Usted dice que la revolución nacionalsocialista no tiene nada que ver con el socialismo, sino que únicamente consiste en perseguir a los únicos pilares del socialismo en Alemania, la **SPD** (risas entre los nacionalsocialistas). Ustedes son débiles, señoras y señores, no están hechos para los días de hoy, y ahora hablan de persecución, pero... ¿Qué les pasa? No están acaso, aquí sentados y nosotros escuchando sus discursos (¡Muy bien!, entre los nacionalsocialistas). ¿Quién les ha perseguido hasta ahora? Ustedes dicen ser el único soporte del socialismo. *Ustedes han sido el soporte de aquel socialismo misterioso, que el pueblo alemán nunca vió ni disfrutó en realidad* (¡Muy bien! entre los nacionalsocialistas).

Ustedes hablan de lo que tienen previsto, pero en sus frutos ya los conocemos (Ovación entre los nacionalsocialistas).

Si la Alemania que levantaron durante 14 años es el espejo de su socialismo, señores míos, dadnos cuatro años de tiempo para poder enseñar a lo que aspiramos nosotros (Ovación entre los nacionalsocialistas).

Ustedes dicen que queremos derrumbar el Reichstag para continuar la Revolución. Señores míos, para esto no nos hubiera hecho falta convocar estas elecciones ni reunir este Reichstag. El valor para arreglarnos con ustedes de otro modo, igualmente lo hubiésemos tenido (Ovación entre los nacionalsocialistas).

Además dicen que la Socialdemocracia no puede ser relegada porque ha protegido a la clase obrera y no a condes y barones. En todo señor parlamentario llega usted tarde. (Por qué no instruyeron en ese sentido a sus amigos Grzesinski, Braun y Severing, quienes durante años me acusaron de ser sólo un aprendiz de pintor de brocha gorda (Gritos entre los nacionalsocialistas. Gritos en contra de los socialdemócratas. Gritos de los nacionalsocialistas: "¡Naturalmente que lo han dicho!").

Durante años lo han proclamado en sus pancartas (De nuevo gritos de los social-demócratas. Gritos de los nacionalsocialistas. El Presidente Göring toca su campana y dice: "Ahora habla el Canciller"). Y finalmente me han amenazado con expulsarme de Alemania como a un perro (Protestas entre los nacionalsocialistas).

Al trabajador alemán le abriremos el camino los nacionalsocialistas de lo que pide y exige. Nosotros, los nacionalsocialistas le protegeremos. Señores míos (hacia los social-demócratas): Ustedes ya no son necesarios (Larga ovación entre los nacionalsocialistas).

Ustedes dicen que no debe decidir el poder, sino el sentido del derecho. Este sentido del derecho lo hemos intentado despertar en nuestro pueblo durante 14 años y ha sido labor nuestra, pero yo creo que después de todas las experiencias políticas que he tenido (¡Muy correcto! entre los nacionalsocialistas) el derecho sólo no es suficiente, también se ha de poseer el poder (Ovación entre los nacionalsocialistas). Y no nos confundan con el mundo burgués.

Señores míos, creen que su estrella volverá a brillar. No, la estrella de Alemania brillará y la suya caerá (Ovación repetida entre los nacionalsocialistas)

Ustedes dicen que el tiempo de la legislación socialista no ha sido interrumpido. Esto era en aquel tiempo en el cual el trabajador alemán no veía nada en ustedes, algo que ahora sí vé. Pero ¿por qué han olvidado estos pensamientos hacia nosotros? (¡Muy bien! entre los nacionalsocialistas).

Lo que en la vida se pudre y envejece, nunca más vuelve a levantarse (Aplausos). Ha sonado su hora. Y solo porque nosotros vemos los apuros de Alemania y la necesidad de una vida nacional, apelamos en esta hora al Reichstag alemán para que nos conceda lo que, de todas formas, hubiésemos podido coger (Ovación entre los nacionalsocialistas).

Por el derecho lo hacemos y no porque estimemos demasiado el poder, sino porque así podremos encontrarnos con aquellos que aún hoy están separados de nosotros, pero que creen en Alemania (¡Bravo! entre los nacionalsocialistas). Por mi parte no quiero caer en el error de solo excitar a los enemigos en lugar de aniquilarlos o reconciliarlos (¡Bravo! entre los nacionalsocialistas). Quiero darles la mano a aquellos que también sienten a nuestro pueblo, aunque por diferentes caminos y de otra manera (Exclamaciones). Y no quiero anunciar una guerra eterna (Exclamaciones) no por debilidad, sino por amor a mi pueblo, para ahorrarle a este pueblo alemán lo que le destrozó en otras épocas (¡Bravo! entre los nacionalsocialistas y nacionalalemanes).

Pero no me interpreten mal. La mano se la doy a quien se compromete con Alemania. No reconozco el mandamiento de una Internacional (Exclamaciones).

Yo creo que ustedes (hacia los social-demócratas), no han de votar a favor de esta ley, porque desde el fondo de su mentalidad, les es incomprensible el sentido que nos lleva a hacerla (Ovación entre los nacionalsocialistas). Y creo aún que no lo hacen ustedes convencidos de que somos lo que vuestra prensa proponga en el extranjero (¡Muy bien! entre los nacionalsocialistas).

Solamente les puedo decir una cosa: No quiero que voten a favor, ¡Alemania ha de ser libre pero no gracias a Ustedes! (Larga ovación y gritos de ¡Heil!).

Nota.- Obsérvese que mientras habla el diputado Wells no es nunca interrumpido por los nacionalsocialistas, mientras que Hitler tiene induso que pedirles que callen recordándoles que ellos no habían sido interrumpidos. La intervención de Hitler fue tan brillante que en esta réplica acabó de convencer a los otros sectores de la oposición todavía indecisos. Después de Hitler tomó la palabra el Prelado Kaas, en nombre del partido del Centro, apoyando la ley de plenos poderes. Seguidamente es Ritter von Leeb quien en nombre del Partido Popular

Bávaro, apoya la ley. La votación final fue de 441 votos a favor y 94 en contra, es decir, una victoria aplastante que culminaba el proceso democrático que había llevado a Hitler al poder.

En las elecciones de noviembre de 1932 los nacionalsocialistas contaban con un 33.1 por ciento de los votos y 196 escaños, seguidos por los social-demócratas con un 20.4 por ciento y 121 escaños y los comunistas con un 16.8 y 100 escaños. Aun siendo el partido más fuerte, sólo recurriendo a una serie de coaliciones, podía lograr la decisiva mitad más uno. Por ello se convocan nuevas elecciones el 5 de marzo de 1933 que arrojan el siguiente resultado: 43.9 por ciento con 288 escaños para los nacionalsocialistas, seguidos por los social-demócratas con 18.3 por ciento y 119 escaños, y los comunistas con un 12.3 y 81 escaños. Vease que tanto en noviembre de 1932, como en marzo del 33, la unión de comunistas y socialistas, siempre resultaba inferior a la unión de nacionalsocialistas y nacionalalemanes que en diversas ocasiones habían actuado conjuntamente.

Los nacionalalemanes sacaron un 8 por ciento de los votos y 52 escaños, así pues, la coalición nacionalsocialista tenía el 51.9 por ciento. Sin embargo la ley de plenos poderes exigía las dos terceras partes del Reichstag, lo cual logró Hitler con su brillante discurso y la réplica al socialista Wells aquí transcrita y que puede considerarse una obra maestra de la oratoria. Para los que puedan estar interesados puede conseguirse la grabación original de la época de dicha réplica con todas las interrupciones reseñadas. Pídase a Ediciones Wotan Apartado de Correos 14.010 de Barcelona.

#### EN LA CAMARA ALTA. ANTE LA AGRICULTURA ALEMANA.

(5 de abril de 1933)

¡Señor Presidente! ¡Señores! :

Si podemos celebrar hoy otra sesión bajo la bandera negro-blanco-roja y bajo el símbolo del renacimiento nacional en Alemania es quizá porque el campesino alemán ha tomado grandísima parte en este nuevo curso histórico de nuestro Destino. Se habla tanto de los motivos que determinan individualmente las acciones de los Gobiernos y se olvida que todas las medidas adoptadas en ciertos tiempos tienen una misma raíz. Las acciones de años que están detrás de nosotros han partido también de una raíz y, exactamente ocurrirá con las de aquel tiempo que yace ante nosotros, que también de una raíz tendrán que partir.

Al hablar aquí en nombre del Gobierno nacional, quiero hablar de la tendencia de que éste necesita. Nos llamamos hoy un Gobierno del levantamiento alemán, de la revolución nacional. Queremos decir con ello que este Gobierno se siente y considera conscientemente como una representación de los intereses del pueblo alemán. Debe ser asimismo una representación de los campesinos alemanes, pues no puedo defender los intereses de un pueblo si al fin no reconozco la fuerza más importante en una clase social que significa efectivamente el porvenir de la nación.

Si paso la vista por sobre todos los fenómenos aislados de la economía, por sobre todas las transformaciones políticas, al fin queda siempre la cuestión esencial de la conservación de la nacionalidad en sí. Esta cuestión sólo podrá ser resuelta favorablemente cuando haya quedado resuelto el problema de la conservación de los campesinos. Qué un pueblo podía existir sin ciudadanos, nos lo enseña la historia, que no es capaz de vivir sin campesinos, lo hubiera demostrado en un tiempo la historia si hubiese persistido el antiguo sistema. Todas las oscilaciones son al fin tolerables, todos los reveses de la suerte pueden ser conllevados siempre que exista una clase campesina fuerte. En tanto que un pueblo pueda contar con una

clase campesina fuerte, sacaré de ella, una vez y todas, nuevos bríos y nuevas fuerzas. Creedmelo, señores, la revolución que yace tras nosotros no hubiera sido posible si parte del pueblo del campo no hubiese militado en nuestras filas. Hubiera sido imposible conquistar sólo en las ciudades todas aquellas posiciones de salida que también en nuestras acciones nos han dado el peso de la legalidad. Al campesino alemán debe, pues, el pueblo alemán la renovación, el levantamiento y con ello la revolución que ha de conducir al saneamiento general de las condiciones alemanas.

Todo Gobierno que no pare mientes en la importancia de este fundamento portante, no podrá ser más que un Gobierno del momento. Podrá dominar y gobernar por espacio de algunos años, pero nunca llegará a obtener éxitos duraderos ni mucho menos eternos, puesto que estos exigen que se comprenda una vez y otra la necesidad de la conservación del propio espacio de vida y, por consiguiente, de la propia clase campesina. Este reconocimiento fundamental exige la necesidad de obrar en numerosos sectores y la esencia de innumerables resoluciones individuales; servirá de idea fundamental y se sobrepondrá constantemente a todas nuestras acciones y a nuestras resoluciones.

Pensando de manera tan fundamental no se perderá jamás el suelo bajo los pies, darán siempre y primeramente con lo justo, aun cuando los hombres, que todos lo somos, no hayan elegido y hallado temporalmente, una vez que otra, lo justo y verdadero. Creo por tal razón que este Gobierno, viendo su misión en la conservación de la nacionalidad alemana, la cual, a su vez, está atendida principalmente a la conservación del campesino alemán, no tomará nunca resoluciones falsas. Puede que aquí y allá yerre en sus medios, pero no lo hará nunca en lo esencial y fundamental.

Es cuestión de valor no ver solamente las cosas tal cual ellas son. Habrá que romper con muchas tradiciones antiguas, habrá en algunos casos que verse precisado a oponerse a la opinión pública. Podrá hacerse esto tanto mejor y tanto más pronto, mientras más cerrado esté un bloque de la nación detrás del Gobierno. Una cosa es imposible: que un regimiento sea capaz al fin de pelear hacia todas direcciones. Si es que un Gobierno lucha por la conservación de la nacionalidad alemana y consiguientemente por la del campesino alemán, es precisamente esta nacionalidad la que ha de secundar las acciones y los hechos del Gobierno. Esto le da entonces aquella estabilidad interior que necesita para adoptar resoluciones que por el momento son difíciles de defender, pero que forzosamente hay que adoptar y cuyo éxito no podrán ver en el acto nuestros hermanos obcecados en un principio, pero de quienes se sabe que acabarán por contribuir a la salvación de toda la nación.

Si los campesinos alemanes han encontrado hoy una gran fusión, el hecho de poner grandes masas del pueblo detrás del Gobierno facilitará grandemente la actuación de éste en lo futuro. Creo que en este Gobierno no hay nadie que no esté animado del sincero deseo de llegar a esta estrecha colaboración. En la solución de este problema vemos al mismo tiempo la salvación del pueblo alemán en lo futuro, no sólo para 1933 ó 1934, sino para los tiempos más remotos.

Estamos dispuestos a adoptar aquellas medidas, y a ponerlas en práctica en los próximos años, de las cuales sabemos que las generaciones venideras las reconocerán como justas y las fijarán definitivamente.

Ya era tiempo de encontrar la fuerza para adoptar resoluciones a las cuales debemos, en el más profundo y último sentido, la salvación de la nación alemana.



Estamos dispuestos a echar sobre nuestros hombros tan difícil lucha. Por la ley de autorización se ha conseguido que la acción de salvación del pueblo alemán se libere y desprenda por primera vez de las intenciones y consideraciones de partido de la que ha sido hasta ahora la representación del pueblo. Podremos hacer ahora con ella lo que creamos necesario para el porvenir de la nación pensándolo despacio y con sangre fría. Se han creado las presuposiciones puramente legales para su consecución. Eso sí que es necesario que el pueblo tome parte activa en nuestra labor. Que no crea que la nación no tiene ya necesidad de tomar parte en la formación de nuestro destino por la sencilla razón de que el Parlamento no es ya capaz de intervenir, inhibiéndolas, en las resoluciones. Todo lo contrario, lo que queremos es que el pueblo alemán vuelva en sí precisamente ahora y se ponga detrás del Gobierno cooperando vivamente. Se ha de llegar al punto de que cuando volvamos a apelar nuevamente a la nación, pasados unos cuatro años, no nos dirijamos a hombres que han dormido, sino que encontremos a un pueblo que en estos años ha despertado finalmente de su hipnosis parlamentaria y posea los reconocimientos necesarios para comprender las eternas presuposiciones de la vida.

Sé que la labor que nos espera contiene problemas de enorme gravedad. No sólo porque al cabo de 15 años de no apreciar las presuposiciones más naturales de la vida debemos empezar con los principios más sencillos de la razón, sino porque durante este tiempo ha tenido lugar un inaudito enlazamiento de intereses y no se puede dar un solo paso sin tropezar con corrupciones que hay que exterminar a toda costa, ya sean de carácter espiritual o material. Sea como se quiera, este problema tiene que ser resuelto, y se resolverá. Si el pueblo alemán conoce detrás de sí milenios de un destino lleno de vicisitudes, no ha de ser la voluntad de la Providencia el que antes de nosotros se haya luchado y sacrificado para que las futuras generaciones echen a perder su vida ellas mismas y no puedan entrar en los milenios del porvenir. Las grandes luchas del pasado hubieran sido inútiles si dejásemos de luchar por el futuro.

Los sacrificios que nosotras mismos hemos hecho por la conservación del Reich, han sido pesados. La generación que peleó en ta guerra mundial ha sufrido lo indecible. No es justo poner sólo esto en la cuenta, pues debemos pensar en lo que han hecho, sufrido y batallado las generaciones que nos precedieron. Debemos contar la suma total de los sacrificios hechos antes de nosotros, no para que una generación capitule ante el destino y se extingan las de los tiempos futuros, sino en la esperanza de que cada generación cumpla, por su parte, con su deber en esta eterna sucesión de generaciones.

***Ante nosotros se levanta hoy este deber exhortándonos a su cumplimiento.*** Por espacio de 15 años se han cometido los más graves pecados, sin excepción alguna, unos conscientemente activos, otros pasivamente por toleración. A nosotros nos toca proceder juntos y de acuerdo para borrar las huellas de este tiempo.

El problema podrá ser muy grande, pero si ha de ser resuelto, habrá que resolverlo. Rige también aquí la eterna máxima: donde reina una voluntad inquebrantable, podrá quebrantarse igualmente una época de penuria.

ANTE DOS MILLONES DE TRABAJADORES EN EL DIA DEL TRABAJO NACIONAL.

(1 de mayo de 1933)

¡Ciudadanos y ciudadanas! :

“Ha llegado mayo”. Así reza una canción alemana. Por espacio de muchos siglos el primer día del mes de mayo no ha sido solamente el símbolo de la entrada de la primavera, sino también el día de la alegría y de las fiestas y diversiones. Vino una época que se posesionó de este día y que convirtió el día de la vida germinativa y del placer lleno de esperanzas en un día de las contiendas y de la lucha interior. Una teoría que se había apoderado de nuestro pueblo intentó convertir el día de la naturaleza despertante, de la entrada visible de la primavera, en un día del odio, de lucha fraternal, de la discordia y los sufrimientos. Pasaron décadas sobre tierras alemanas y cada vez más parecía que este día debía documentar la separación y el desgarramiento de nuestro pueblo. Pero al fin llegó el día en que todos se dieron cuenta de lo que pasaba a su alrededor, después de haber sufrido nuestro pueblo lo indecible, un día de recogimiento y de volver a comprenderse los alemanes.

Y ahora, podemos cantar la antigua canción popular: ¡El mayo ha llegado, el despertar de nuestro pueblo es un hecho! El símbolo de la lucha de clases, de las continuas querellas y discordias, vuelve a ser el símbolo de la gran unión y el levantamiento de la nación. Por esta razón hemos elegido el día de la naturaleza despertante, para todos los tiempos venideros, como día de la recuperación de nuestra propia fuerza y vigor y al mismo tiempo como día de aquella labor creadora que no conoce límites estrechos y que no está ligada a organizaciones obreras ni a fábricas ni oficinas, de una labor que queremos reconocer y fomentar en todas partes donde sea realizada en buen sentido para el ser y la vida de nuestro pueblo.

Espantosa es la miseria que el pueblo alemán tiene tras sí. Y no porque haya faltado la diligencia. ¡No! Millones de nuestro pueblo siguen trabajando como antes, millones de campesinos marchan tras el arado como antes, millones de obreros trabajan en el tornillo de banco, ante el retumbante yunque. ¡Millones de nuestro pueblo trabajan, y otros millones anhelan trabajar, mas no pueden! Decenas de millares ponen fin voluntariamente a una existencia que para ellos no parece contener más que dolores y miseria. Lo truecan por el otro mundo donde esperan encontrar más y mejores cosas que en la tierra. Tremenda es la desgracia que ha venido a buscarnos, dejando en todas partes el abatimiento y hasta la desesperación. Y nosotros nos preguntamos, ¿por qué?

Es una crisis política. El pueblo alemán está en vías de decaimiento, todas sus fuerzas vitales las necesita para la lucha interior. La confianza en la fuerza de la propia voluntad, la propia fuerza, ha desaparecido. Millones dirigen la mirada hacia el resto del mundo con la esperanza de recibir de allá la dicha y la salvación. El pueblo decae y en este decaimiento desaparece su fuerza vital, la fuerza para la afirmación de la vida. Los resultados de esta lucha de clases lo vemos alrededor de nosotros y debajo de nosotros y queremos aprender de ellos, pues una cosa hemos reconocido como primera presuposición para el restablecimiento de nuestro pueblo: ¡El pueblo alemán ha de volver a conocerse mutuamente!

Los millones de hombres divididos en profesiones, separados en clases artificiales, que, atacados de presunciones profesionales y locura de clases, no pueden comprenderse unos a otros, tienen que encontrar el camino de unos a otros. Una tarea extraordinaria, poderosa, ¡lo sabemos!. Cuando la locura ha sido defendida y predicada como idea política por espacio de 70 años, cuando la destrucción de la solidaridad popular ha sido casi una ley política 70 años seguidos, es difícil, sumamente difícil, querer cambiar el sentido de los hombres de un golpe. Sin embargo, no debemos desanimarnos ni desesperar. Lo que construyeron las manos del hombre, pueden derribarlo las manos del hombre, lo que inventó en un tiempo la insensatez humana, puede vencerlo y rehacerlo de nuevo una prudente sensatez.

Sabemos que este proceso de encontrarse unos a otros y comprenderse mutuamente no es cuestión de semanas o meses, ni siquiera de unos pocos años. Tenemos, empero, la inquebrantable voluntad de cumplir esta misión ante el puebló alemán, estamos resueltos a conducir a los alemanes unos a otros, hasta empleando la fuerza si necesario fuese.

He aquí el sentido del 1 de mayo, que a partir de hoy ha de ser celebrado en Alemania a través de los siglos, que en el día de hoy se encuentren unos a otros cuantos actúan en el gran engranaje de nuestra labor creadora nacional, y que una vez al año se estrechen las manos convencidos de que nada puede hacerse en tanto no contribuyan todos a la realización de esta labor. Y así hemos elegido como lema de este día la máxima siguiente:

¡Honrad el trabajo y respetad al obrero!

Para millones es hoy difícil volverse a encontrar por sobre el odio y los errores procreados artificialmente en tiempos pasados. Hay un credo que nos permite recorrer fácilmente este camino. Que trabaje quien quiera y donde quiera, mas no puede ni debe olvidar que su compañero, el que cumple su deber lo mismo que él, es indispensable, que la nación no existe por el trabajo de un gobierno, de una clase determinada o por obra de su inteligencia, sino que sólo vive por el trabajo común de todos. Si millones creen poder sacar de la naturaleza del trabajo una deducción acerca de la dignidad de su portador, se encuentran en un amargo error. Hay decenas de millares entre nosotros que quieren hacer depender el respeto al individuo de la clase de trabajo que éste hace. ¡No! Lo decisivo no ha de ser lo que él crea o hace, sino como lo hace. Que entre nosotros hay millones que trabajan año por año, sin la esperanza de adquirir jamás riquezas, digo más, sin ganar lo suficiente para llevar una vida sin apuros, no ha de ser motivo para los demás para no creerse dignos de ellos, pues sólo su idealismo y abnegación son los que permiten y facilitan el ser y la vida de la colectividad. ¡Desgraciados de nosotros si llegase a desaparecer este idealismo en nuestro pueblo y el valor de los hombres se quisiese medir únicamente por los bienes terrenales que le ha deparado la suerte! El valor de nuestro pueblo no sería ya entonces tan grande ni su existencia tan larga.

No es útil el explicar al obrero su importancia, el demostrar al campesino la necesidad de su existencia, el ir al intelectual, al trabajador mental para hacerles ver la importancia de su cometido y de su labor. Lo necesario es enseñar a cada clase social la importancia de la otra. Y así es preciso que vayamos a las ciudades a proclamar y anunciar la necesidad y la esencia del campesino alemán, que salgamos al campo y vayamos en busca de nuestra intelectualidad para hacerle ver la importancia de los obreros y trabajadores alemanes. Vamos a ver al obrero y al campesino para enseñarles que sin la inteligencia alemana no hay vida alemana; que todos ellos juntos deben formar una gran comunidad: inteligencia, frente y puño, obreros, campesinos y ciudadanos.

Este 1 de mayo ha de transmitir al mismo tiempo al pueblo alemán el reconocimiento de que: la aplicación y el trabajo solos no crean la Vida si no se desposan con la fuerza y la voluntad de un pueblo. Aplicación y trabajo, fuerza y voluntad, actuando conjuntamente, sólo cuando detrás del trabajo se levante el puño fuerte de la nación para proteger y amparar, puede venir la verdadera bendición.

Hay más, este día ha de hacerle comprender al pueblo alemán: ¡Pueblo alemán! Serás fuerte cuando seas uno, cuando hayas arrancado de tu corazón tus discordias y el espíritu de lucha de clases. Podrás poner detrás de tu trabajo una fuerza inaudita cuando enlaces tu trabajo con la voluntad de vivir de todo tu nacionalismo.

Tenemos la firmísima resolución de que todo alemán, sea quien sea, rico o pobre, hijo de sabios o de obreros de fábrica, vaya una vez en su vida al trabajo manual para conocerlo, para que algún día pueda mandar aquí con más facilidad por haber aprendido ya antes a obedecer. No pensamos en eliminar el marxismo únicamente por fuera, exteriormente; estamos resueltos a privarlo de las presuposiciones. Queremos ahorrar los trastornos mentales a las generaciones que vienen detrás de nosotros.

Los trabajadores de la cabeza y de la mano no deben estar nunca unos contra otros. Por esta razón exterminamos la soberbia y la presunción que se apoderan tan fácilmente del individuo y le hacen ver con desprecio a los camaradas que "sólo" trabajan en el tornillo de banco, junto a la máquina o detrás del arado. Pero no basta que cada alemán conozca esta clase de trabajo, precisa también que el obrero manual sepa, a su vez, que también hay necesidad del trabajo mental. También a él hay que hacerle ver que nadie tiene derecho a menospreciar a los demás y creerse superior a ellos, sino que todo el mundo debe estar preparado para la gran comunidad.

En este año realizaremos por primera vez esta gran idea ética que enlazamos con el servicio de trabajo obligatorio. Y sabemos que algún día, cuando hayan transcurrido 40 años, habrá experimentado la palabra trabajo manual para millones de seres humanos la misma transformación que sufrió en un tiempo el concepto de lansquenete, en cuyo lugar hubo de ponerse el de soldado alemán.

Otra de las grandes misiones que pensamos llevar a la práctica en este año es la liberación de la iniciativa creadora de los fatales influjos de los acuerdos de mayoría. No sólo en el Parlamento, no, también en la economía. Sabemos que nuestra economía no podrá prosperar en tanto no se encuentre una síntesis entre la libertad del espíritu creador y el deber con respeto del pueblo todo. Nuestra misión consistirá asimismo, por tanto, en conceder a los tratados la importancia que les corresponde. El hombre no vive para los tratados y contratos, sino que estos existen para facilitar la vida del hombre. Finalmente haremos este año todos los esfuerzos posibles para recorrer la primera etapa del camino de una administración económica orgánica, partiendo del reconocimiento fundamental de que: "No hay encumbramiento que no empiece en la raíz de la vida nacional y económica, en el campesino". De aquí parte el camino que conduce al obrero y finalmente a la inteligencia.

Empezaremos, pues, con el labrador procurando en primer término que su economía emprenda el camino del restablecimiento. Sabemos que esta es la primera condición para el saneamiento general de toda la administración económica. Por espacio de 14 años consecutivos se ha hecho precisamente lo contrario. Las consecuencias las estamos viendo ahora. No se socorrió al ciudadano, ni al obrero, ni a las clases medias, todos ellos estuvieron al borde del aniquilamiento.

De aquí nace otra nueva tarea: la eliminación de la falta de trabajo procurando ocupación a los que no la tienen. La procuración de trabajo la dividimos en dos grupos. Primeramente la procuración de trabajo privado. Aquí emprenderemos este año una gran obra, la referente a la restauración de los edificios y casas alemanas para que centenares de millares tengan trabajo. En este momento y en este sitio vamos a apelar por primera vez al pueblo alemán diciéndole: ¡Alemanes! No creais que el problema de la procuración de trabajo se va a resolver en las estrellas. Vosotros teneis también que ayudar y contribuir a su solución. Tenéis por confianza y prudencia que hacer lo que pueda dar trabajo. Cada uno tiene el deber personal de no vacilar en la creación de lo que necesita, de no esperar para mandar hacer lo que alguna vez tiene que mandar hacer. Cada empresario, cada propietario de casa, cada hombre de negocios, cada particular, tiene la obligación de acordarse del trabajo alemán. Si el

mundo propala hoy falsas afirmaciones contra nosotros, si se proscribe el trabajo alemán, debemos esperar que el alemán se haga cargo él mismo de su trabajo. Este es un llamamiento que, dirigido a millones de individuos, es el primero que puede dar trabajo a millones de personas. Nos esforzamos igualmente por crear este mismo año posibilidades para grandes obras públicas. Planteamos un programa que no queremos legar a la posteridad, el programa de la construcción de nuevas carreteras, una obra gigantesca que requiere millares de millones. Quitaremos del camino las resistencias que se opongan a esta empresa y daremos principio a la tarea en grande. Iniciaremos con ello una serie de obras públicas que nos ayuden a reducir cada vez más el número de parados.

¡Queremos trabajar y trabajaremos! Todo depende al fin del pueblo alemán mismo, de vosotros, de la confianza que tengáis en nosotros, depende de la fuerza con que os confeséis partidarios del Estado nacional. Unicamente cuando todos seáis unos en la voluntad de salvar a Alemania, podrá encontrar el ciudadano alemán su salvación de su patria.

Sabemos que aun tenemos que vencer poderosas dificultades. Sabemos también que todo trabajo humano tiene que ser al fin inútil si no resplandece sobre él la bendición de la Providencia. Mas nosotros no somos de aquéllos que lo dejan todo cómodamente para la otra vida. Nada nos regalan. Así como el camino de los 13 años pasados ha sido hasta hoy un camino de eternas luchas, un camino que casi nos ha hecho desesperar a menudo, así el camino hacia un futuro mejor será bien difícil. ¡El mundo nos persigue, se vuelve contra nosotros, no quiere reconocer nuestro derecho a la vida, no quiere que sea verdad nuestro derecho de protección de la patria!.

¡Camaradas alemanes! Si el mundo está así contra nosotros, con tanta mayor razón debemos formar una unidad, con tanta mayor razón debemos asegurarle: ¡Podeis hacer lo que queráis! ¡Pero nunca nos doblegareis, jamás nos obligaréis a reconocer un yugo! ¡El llamamiento a igualdad de derechos no lo apartareis de nuestro pueblo! El pueblo alemán ha vuelto en sí. ¡No tolerará en su seno a quienes no estén por Alemania! ¡Queremos merecer honradamente el nuevo encumbramiento de la nación por medio de nuestra aplicación, de nuestra perseverancia, de nuestra incommovible voluntad! No imploramos del Omnipotente: "Señor, hacednos libres". Queremos ser activos, trabajar, tratarnos como hermanos, luchar juntos, para que algún día llegue la hora en que podamos presentarnos ante el Señor y podamos decirle: "Señor, ya ves, nos hemos cambiado". El pueblo alemán no es ya el pueblo sin honra, de la desvergüenza, de la anarquía, de la pusilanimidad y de la incredulidad. No, Señor, el pueblo alemán es ya otra vez fuerte en su voluntad, fuerte en su perseverancia, fuerte para sobrellevar todo sacrificio. "Señor, ¡no nos apartamos de Vos! Bendice nuestra lucha por nuestra libertad y con ello por nuestro pueblo y nuestra Patria".

#### CONGRESO DEL FRENTE ALEMAN DEL TRABAJO EN BERLIN.

(10 de mayo de 1933)

En la Vida de los pueblos no puede haber grandes revoluciones si es que -casi me atrevo a decir- no hay absoluta necesidad de ellas.

No puede hacerse una revolución realmente seria si el pueblo no aspira a ella en su interior, si determinadas circunstancias no obligan a emprenderla. Nada más fácil que cambiar exteriormente la forma de gobierno. Transformar interiormente a un pueblo será posible únicamente cuando se haya efectuado más o menos un determinado proceso de desarrollo,

cuando un pueblo sienta -si bien tal vez no tan claramente, por lo menos en subconsciencia- que el camino emprendido no es el justo y quisiera dejarlo, mas no puede porque la pesadez y la inercia de la masa le impiden hallar el nuevo camino, hasta que sobreviene un impulso de cualquier parte o hasta que un movimiento que se ha percatado ya de la nueva ruta obliga al pueblo a seguir este nuevo camino. Tal vez quiera hacerlo en el primer momento, o haga como que no quiere, pero a fin de cuentas emprenderá el camino cuando sienta en su interior, consciente o inconscientemente, que la ruta seguida hasta aquí no es la verdadera, la que le conviene. Entre todas las crisis por que atravesamos, y que dan una idea completa, no hay que negar que la más sensible para el pueblo es la crisis económica.

La crisis política, la moral, no la sienten algunos sino muy raras veces. El hombre medio no ve en su tiempo lo que afecta a la totalidad, sino que en la mayoría de los casos sólo ve lo que se refiere a su propia persona. De aquí que el presente no comprenda casi nunca la decadencia política o la moral mientras ésta no se haga extensiva de cualquier manera a la vida económica. Si esto llegara a tener lugar, ya no se tratará de cualquier problema abstracto, de un problema que pueda observarse o estudiarse en otra parte, sino que llegará el día en que el individuo se sienta afectado por la misma cuestión y se irá convenciendo de la imposibilidad de persistir en la misma situación a medida que vaya notando en su propia persona las consecuencias de la crisis. Se hablará entonces de una crisis económica, de una penuria económica, y, partiendo de esta misma crisis, se tendrá la posibilidad de hacerla comprender, de hacer sentir la penuria que de otro modo suele permanecer oculta por mucho tiempo en cada ser humano.

Es natural que la crisis económica no sea reconocida en el acto en sus diversas causas, que no se vea aquí cuanto acabe por condicionar esta crisis. Es de comprender asimismo que cada uno quiera echarle la culpa al otro, y que se quiera hacer responsables a la generalidad, a las corporaciones, etc. de lo que uno mismo es también responsable. Es una gran dicha el que se vaya logrando entonces, poco a poco, aclarar tal crisis de suerte que vayan siendo cada vez más los que reconocen las verdaderas causas, lo cual es necesario para hallar los caminos que conducen a la curación.

No basta decir que la crisis económica alemana es una consecuencia de una crisis mundial, de la miseria económica que impera por doquier, pues de la misma manera podrá encontrar cualquier otro pueblo la misma disculpa y las mismas razones para fundar su penuria. Claro está que esta miseria no podrá entonces tener sus raíces en cualquier parte de la tierra, sino dentro de los pueblos, como siempre. Sólo hay una cosa probable, la de que esta raíz sea quizá la misma en muchos pueblos, pero sin la esperanza de poder contrarrestar la miseria por el solo hecho de comprobar que existe una miseria determinada en el correr de los tiempos. Desde luego que es necesario poner al descubierto estas raíces en el interior de un pueblo y curar la miseria ahí donde verdaderamente se la puede curar.

Desgraciadamente el alemán tiene siempre la propensión a dirigir la mirada en tales épocas en lontananza en vez de concentrarla en su propio ser. La larga educación de nuestro pueblo para inculcarle conceptos internacionales lo hace que en estos tiempos de crisis se dedique a la solución de este problema siguiendo puntos de vista internacionales, digo más, da lugar a que muchos de nosotros crean que no es posible hacer frente a esta desgracia sin proceder a la aplicación de métodos internacionales. Nada más erróneo que esto. Natural es que los achaques internacionales que aquejan a todos los pueblos sean curados por ellos mismos. Todo ello no varía el hecho de que cada pueblo debe emprender la lucha por sí y, ante todo, de que un pueblo no debe ser librado de esta penuria mediante medidas internacionales caso de no adoptar por sí solo las medidas necesarias.

Las propias medidas pueden estar naturalmente en el marco de las de carácter internacional, si bien este propio modo de proceder no debe hacerse depender del de los demás.

La crisis de la economía alemana no es de las que se expresan en nuestros coeficientes económicos, sino que es en primer lugar una crisis que encuentra igualmente su expresión con las otras en el curso interior, en la naturaleza de nuestra organización, etc. de la vida económica de Alemania. En este caso podemos hablar de una crisis que ha llegado a afectar a nuestro pueblo más que a los otros.

Es la crisis que vemos en relación entre el capital, la economía y el pueblo.

Bien crasamente vemos esta crisis en la relación entre nuestro obrero o empleado y nuestro patrón. La crisis ha llegado aquí a un nivel que no ha alcanzado en ningún otro país de la tierra. Si no se resuelve ahora, todas las demás tentativas que se hagan para contrarrestar los peligros de la miseria económica serán inútiles a la larga.

Si examinamos la esencia del movimiento obrero alemán tal como se ha venido desarrollando en los últimos cincuenta años, daremos con tres causas que implican este desarrollo peculiar, raro.

La primera causa yace en el cambio que ha sufrido la forma de servicio de nuestra economía en sí.

Esta causa la vemos aparecer en todo el mundo del mismo modo como se presenta en Alemania. A principios del siglo pasado y más aún en nuestros días, ha tenido lugar una transformación de nuestra antigua forma económica de pequeña burguesía -si se me permite la expresión- en sentido de la industrialización, perdiéndose así, definitivamente la relación patriarcal entre patronos y obreros. Este proceso se acelera desde el momento en que las acciones pasan a ocupar el puesto de la propiedad personal. Vemos el comienzo del enajenamiento entre el que crea con la cabeza y el que lo hace con la mano, pues esta es en resumidas cuentas la única diferencia que decide real y efectivamente.

No es la palabra propiedad la que debe ser aquí considerada como característica, pues sabemos que una gran cantidad de hombres de los que fundaron nuestra producción no vino primitivamente de la propiedad, sino del trabajo, que la fuerza del puño llegó a intensificarse en ellos hasta convertirse en genialidad de la mente, que fueron inventores u organizadores por la gracia de Dios, a quienes nosotros debemos en parte nuestra vida, siendo así que sin las capacidades de estos hombres no nos hubiera sido posible alimentar ni mantener a 65 millones de habitantes en la limitada superficie donde moramos.

De otra manera hubiéramos seguido siendo país de exportación bruta de trabajo. País de exportación, incluso naturalmente del espíritu oculto bajo este concepto: abonos culturales para el resto del mundo. El no haber sido así lo debemos a la gran cantidad de hombres de nuestro pueblo que supieron levantarse de la sima y que, merced a sus muchas capacidades, a su gran ingenio, pudieron proporcionar y asegurar el pan a millones de individuos. No se trata pues, de que desde un principio podamos decir: contratistas y patronos, sino que la salida consiste en que el espíritu, como ocurre siempre en la vida del hombre, se levanta, imperante, sobre la fuerza ordinaria. Este espíritu no ha sido entre nosotros algo así como una prerrogativa del nacimiento, sino que lo encontramos en todas las clases y en todas las condiciones de la vida. Bien puede decirse que todas las clases sociales de Alemania han contribuido a ello.

El desmoronamiento que hemos podido ver paulatinamente ha dado lugar a que de un lado se revelaran los intereses especiales de obreros y empleados, dando con ello principio a la desgracia de nuestro desarrollo económico. Al emprender este camino, forzosamente tenía que venir la separación. Impera aquí una ley:

Una vez pisado un camino determinado, un camino extraviado, va uno separándose cada vez más del camino de la razón. Lo hemos visto prácticamente por espacio de 70 años. El camino hubo de separarse tanto de la razón natural, que los pensadores, que eran a la vez guías por este camino, hubieran confesado, de haber sido interrogados, que el camino era, en verdad, una locura. Lo han confesado individualmente. Únicamente en el imperio de la organización no han podido encontrar de nuevo el camino de la razón.

Todo lo contrario: el camino los separa forzosamente, favorecido -según se ha dicho- por la despersonalización de la propiedad.

De esta manera el camino queda -si se me permite la frase- consolidado científicamente en la apariencia. Poco a poco se va produciendo una ideología que cree poder mantener a la larga el concepto de la propiedad, bien que los usufructuarios prácticos de este concepto no están formados sino por un porcentaje mínimo de la nación. Surgió al revés la opinión de que el concepto de la propiedad debía ser rechazado por ser tan reducido el porcentaje de usufructuarios prácticos. Provino de aquí la discusión sin fin y la guerra por el concepto de propiedad privada y por la "propiedad" en sí. Esta lucha dió lugar en lo sucesivo a que se separaran más y más los dos exponentes de la vida económica.

Lo que se desarrolló ahora, es en parte poco o nada natural. Desde el momento en que los dos interesados creen que su misión no tiene nada en común, no cabe duda que frente al contratista sólo puede existir el obrero organizado, claro es entonces que a la fuerza que representa el contratista sólo puede oponerse la reunida del obrero o el empleado.

Una vez emprendido el camino, lógicamente habrá que poner la organización de los obreros y empleados ante la de los contratistas. Claro está que ambas organizaciones no se ocuparán una en otra, tolerándose, sino que más bien velarán por sus intereses, al parecer separados, por los medios de combate de que disponen, es decir: el paro forzoso y la huelga. En esta lucha, algunas veces vencerán los unos, otras los otros. Toda la nación será en ambos casos la que ha de pagar el precio de la lucha, la que ha de sobrellevar el perjuicio.

El resultado final será que las dos organizaciones en vías de construcción se harán más embarazosas o engorrosas en vista del carácter de los alemanes de propender a la burocratización y producirá un aparato cada vez más grande. El aparato acabará finalmente por no servirles a los interesados, sino que estos serán los que tengan que servir al aparato, y la lucha proseguirá para poder fundamentar la existencia del aparato, aún cuando a veces venga la razón bruscamente y diga: todo es una locura; la ganancia, medida por las víctimas, es ridícula; los sacrificios hechos por el aparato, contados en conjunto, son mucho más grandes que la ganancia posible. Los aparatos tendrán entonces que demostrar cuan necesarios son atizando la lucha de los interesados unos contra otros, pudiendo acontecer que los aparatos, dándose cuenta de lo que pasa, acaben por entenderse y reconciliarse.

En otros términos: el aparato A dirá: cuanto me alegro de que esté aquí el aparato B, pues hallo siempre los medios para entenderme con el aparato B. Si no existiera este aparato y en su lugar lucharan fanáticos honrados, la cosa sería mil veces peor. Conocemos a las gentes del aparato B y sabemos perfectamente como hemos de tratarlas. Siempre hay un camino viable. Al César lo que es del César, al pueblo lo que es del pueblo, y a la organización obrera



lo que es de la organización obrera. Ya se encontrará entonces un recurso para coexistir "pacíficamente". Todo llegará a ser a veces un mal espectáculo; se ladrarán recíprocamente, se pelearán unos con otros, pero al final de cuentas no se harán nada, no se matarán, tampoco podrán hacerlo, puesto que de lo contrario no podrán existir ni las organizaciones obreras ni las sociedades y asociaciones de patronos. Todo, en resumen, vive a costa de la generalidad.

Esta lucha, emprendida mediante un derroche de medios, fuerzas de trabajo, etc. es una de las causas de la catástrofe provocada lentamente, pero con seguridad.

La segunda causa es el encumbramiento del marxismo.

El marxismo como concepto universal de la descomposición vió con mirada perspicaz en el movimiento de las organizaciones obreras la posibilidad de emprender la agresión y la lucha contra el Estado y la sociedad humana con un arma absolutamente aniquiladora. No para ayudar al obrero. ¿Qué es el obrero, de cualquier país que sea, para estos apóstoles internacionales? ¡Nada, absolutamente nada!

¡No lo Ven! ¡Cómo que no se trata de obreros, sino de literatos extraños al pueblo, de la chusma extraña al pueblo!

Se han dado perfecta cuenta de que con el movimiento de las organizaciones obreras y los excesos provocados del otro lado es como puede obtenerse un buen instrumento para emprender la lucha al mismo tiempo que para alimentarse, pues en todos estos últimos decenios se ha alimentado la socialdemocracia política de esta lucha y de los medios para organizarla.

Hubo que inculcar a la organización obrera la idea: Tú eres un instrumento de la lucha de clases, y esta encuentra, a fin de cuentas, su guía únicamente en el marxismo. ¡Ya nada más natural que rendirle tributo al guía! ¡Y el tributo se ha recogido con creces! Los señores no se han contentado con un 10, sino con tipos de interés mucho más grandes.

Esta lucha de clases conduce a la proclamación de la organización obrera como puro instrumento para la representación de los intereses económicos de los obreros y consiguientemente para fines de la huelga general. La huelga general surge aquí por primera vez como factor político de gran fuerza y muestra lo que el marxismo había esperado efectivamente de esta arma: no un medio para salvar al obrero, todo lo contrario, un instrumento de combate para el aniquilamiento del Estado enemigo del marxismo. Hasta donde ha podido llegar semejante locura, de ello tenemos los alemanes un ejemplo terrible e instructivo: la guerra.

Numerosos *leaders* de la socialdemocracia, completamente transformados interiormente por el nuevo espíritu de los nuevos tiempos, arguyen ahora con la memoria un tanto debilitada: Es que la socialdemocracia luchó también en los campos de batalla.

¡No, el marxismo no ha peleado nunca, el que ha peleado ha sido el obrero alemán!

En 1914, el obrero alemán, en un reconocimiento interior brusco –casi me atrevo a decir clarividente– se retiró del marxismo para incorporarse de nuevo a su pueblo, sin que pudieran evitarlo los *leaders* del marxismo que habían visto venir esta fatalidad. Algunos de ellos, muy pocos, regresaron en esta hora con el corazón al seno de su pueblo. Sabemos que un gran hombre que ha intervenido decisivamente en la historia de los pueblos, Benito Mussolini, supo encontrar en estos momentos el camino de su pueblo. También en Alemania ha habido

algunos que hicieron lo mismo. La gran masa de los *leaders* políticos no ha sacado para sí las consecuencias, ateniéndose al poderoso levantamiento del obrero alemán, no fue inmediatamente, voluntariamente, al frente: esta transformación interior espiritual parece que se les ahorró en aquellos tiempos, no obstante afirmar hoy lo contrario: perecieron obreros. Los *leaders* se han conservado cuidadosamente en un 99 por ciento.

No figuran con el porcentaje de muertos y heridos que vemos en todo el pueblo. Creyeron que su actuación política era mucho más importante. En aquella época, 1914/15, vieron su misión en una discreta reserva, y mas tarde en el mando de un determinado número de outsiders, vieron su misión en una reserva paulatina frente al problema nacional. Finalmente llegó el cumplimiento en la revolución

Sólo podemos decir a esto:

Si el movimiento de las organizaciones obreras hubiera estado entonces en nuestras manos, si hubiera estado en mis manos, pongo por ejemplo, si se hubiera desarrollado con la misma finalidad errónea como ocurrió entonces, nosotros los nacionalsocialistas hubiésemos puesto esta gigantesca organización al servicio de la patria. Hubiésemos declarado: conocernos naturalmente los sacrificios, estamos dispuestos a hacerlos nosotros mismos, no queremos evitarlos, lo que queremos es luchar con los demás, ponemos nuestra suerte y nuestra vida en manos de la poderosa Providencia, como han de hacerlo los otros. Lo hubiésemos hecho sin más no más.

Has de saber, obrero alemán: No se trata ahora de decidir sobre Alemania como Estado, del Imperio como forma de gobierno, no se decide sobre la monarquía, no sobre el capitalismo, ni el militarismo, sino sobre el ser o no ser de nuestro pueblo, y nosotros los obreros alemanes hacemos el 70 por ciento de este pueblo. ¡Sobre nosotros se decide!

He aquí lo que debía saber y se podía saber en aquel entonces. Debíamos saberlo. Hubiésemos sacado todas las consecuencias para nuestra propia vida y naturalmente que también hubiésemos sacado las consecuencias para el movimiento de las organizaciones obreras. Hubiésemos dicho: Obrero alemán, lo que queremos es defender tus derechos. Seguramente que entonces hubiésemos tenido que hacerle frente al Estado, es decir, hubiésemos protestado contra los excesos y la desvergonzada conducta de las sociedades de guerra.

Hubiésemos protestado contra esta chusma de chanchulleros y hubiésemos intervenido para hacer entrar en razón a esta canalla, hasta empleando sogas en caso de necesidad.

Hubiésemos derribado a cuantos se hubiesen negado a servir a la Patria. Hubiésemos dicho: al hacer frente ahora es porque no anhelamos otra cosa que la victoria de nuestro pueblo, no la victoria de una forma de gobierno, sino la victoria para la conservación de nuestra vida. Y si perdemos la guerra, no ha perdido una forma de gobierno, sino que se le ha quitado el pan a millones de hombres. Y los primeros que pierdan el pan no serán seguramente los capitalistas y los millonarios, sino los obreros manuales, la masa pobre y empobrecida.

Fue un crimen el no haber procedido de esta manera. No se hizo porque hubiera sido proceder contra el sentido interno del marxismo, pues éste no quería otra cosa que el aniquilamiento de Alemania. Hubo de esperar hasta creer que el pueblo y el Reich, desmoralizados por la enorme superioridad numérica, no serían capaces de arrostrar los ataques de dentro. Cayeron entonces sobre ellos.

¡Y Alemania fue vapuleada, llevándose la peor parte el obrero alemán!

La suma de sufrimientos, miseria y desgracias que han pasado desde entonces por millones de pequeñas familias obreras y pequeños hogares domésticos pesa gravemente sobre la responsabilidad de los criminales de Noviembre de 1918. No han de quejarse ahora de nada. No hemos ejercido ninguna venganza. Si hubiésemos querido hacerlo, hubiésemos tenido que matarlos a decenas de millares.

Hablan mucho de que también los socialdemócratas estuvieron en los campos de batalla. ¡Los obreros alemanes estuvieron en los campos de batalla! Pero si en aquel tiempo hubiesen abrigado sentimientos socialdemócratas en momento de obcecación -no ha sucedido tal cosa, y quien haya estado en el frente como soldado sabe perfectamente que nadie pensaba entonces en ningún partido-, si hubiese sido así: que vileza la de estos jefes de robar a sus propias gentes, a las víctimas de esta lucha, el fruto de estos sacrificios, de hurtar con ello a sus propias gentes tanta miseria, tantos sufrimientos de muerte, penas, hambre y noches de insomnio. No podrán remediar jamás los males que infligieron a nuestro pueblo con semejante crimen. Y, ante todo, nunca podrán reponer los daños que causaron al obrero alemán sometiéndolo por espacio de muchos decenios a un aislamiento mental cada vez más terrible, cargándolo en Noviembre de 1918, por la vil acción de grupos mezquinos e irresponsables, con una acción de la que él no podía ser responsable. Desde los días de Noviembre de 1918 se viene consolidando en millones de alemanes la creencia de que el obrero alemán tiene la culpa de nuestra desgracia. El, que tantos y tan indecibles sacrificios tuvo que hacer, que tuvo que llenar nuestros regimientos con millones de sus soldados, fue señalado bruscamente como el responsable de los hechos cometidos por los aniquiladores perjuros, embusteros y degenerados de la patria. ¡No podía haber cosa peor! Desde aquel momento dejó de existir para muchos millones de hombres en Alemania la comunidad nacional. Millones se entregaban a la desesperación y otros clavaban la mirada en lo incierto sin poder encontrar de nuevo el camino hacia el pueblo. Con la comunidad nacional quebrantose automáticamente la economía alemana, ya que la economía no es una cosa en sí, sino más bien un fenómeno vivo, una de las funciones del cuerpo del pueblo, y su proceder y todo su curso son determinados por hombres. Si los hombres llegan a ser exterminados de esta manera, no habrá por que extrañarse de que también la economía vaya siendo destruida paulatinamente. La locura del pensar individualmente se suma a la locura del pensar de la colectividad y acaba por destruir algo cuya destrucción infligirá a la totalidad los más graves perjuicios.

La causa tercera del desarrollo fatal yace en el propio Estado.

Algo hubiera habido que tal vez hubiese podido ponerse frerte a estos millones: este algo hubiese sido el Estado si éste no hubiera degenerado en juguete de los grupos interesados. No es pura casualidad el que el desarrollo total se efectúe paralelamente a la democratización de nuestra vida pública. Esta democratización dió lugar a que el Estado cayera primeramente en manos de determinadas clases sociales identificadas con la propiedad en sí, con los patronos como tales. La gran masa del pueblo tenía más y más la sensación de que el Estado no era una institución objetiva, puesta por encima de los acontecimientos, que no encarnaba ninguna autoridad objetiva, sino que más bien era el flujo del querer económico y de los intereses económicos de grupos determinados dentro de la nación, y que la dirección del Estado justificaba tal aseveración. La victoria de la burguesía política ya no era otra cosa que la victoria de una clase social producida por leyes económicas, de una clase que carecía, a su vez, de todas las condiciones necesarias para una dirección política efectiva, que hacía que la dirección política dependiera de los fenómenos y sucesos eternamente variables de la vida económica y de los efectos de ésta en el terreno de la sugestión de las masas, de la preparación de la opinión pública, etc. En otros términos: El pueblo tenía, con razón, la

sensación de que en todos los ramos de la vida tiene lugar una selección natural, partiendo siempre de la capacidad para este ramo determinado de la vida, menos para uno: el de la dirección política. En el ramo de la dirección política echóse mano repentinamente de un resultado de selección que debe su existencia a un proceso enteramente diferente.

Mientras que entre los soldados es muy natural que sea jefe únicamente quién ha recibido una instrucción debida, no era lógico que sólo pudiera ser guía político quien tuviese la instrucción necesaria y demostrase la capacidad para serlo, sino que más bien se fue extendiendo la opinión de que bastaba pertenecer a una determinada clase de la sociedad, nacida de leyes económicas, para sentir la aptitud indispensable para regir un pueblo. Hemos conocido las consecuencias de este error. La clase que se arrogaba esta dirección ha sufrido un tremendo fracaso en las horas críticas y ha resultado ser completamente inútil en los momentos más graves que ha tenido la nación.

Todo batallón alemán ha realizado otro trabajo. No se olvide que este nuestro pueblo tenía entonces millones de hombres frente al enemigo, y nadie ignora cuan grandes son la energía y la fuerza de voluntad que debe tener el individuo para llevar a la tropa -pongamos por ejemplo- de la reserva al frente de batalla, siempre con la muerte ante los ojos, avanzando siempre en la zona de fuego sin vacilar ni titubear. Y en casa presenciamos el triste espectáculo de ver que la dirección política retrocede ante un puñado de cobardes desertores, de unos miserables que carecen de valor para ponerse ante el enemigo, y que la patria capitula ante estos cobardes. No se nos venga ahora con que no había otro camino. ¡Sólo para estos dirigentes no había más camino que éste!

Para cualquier otra dirección hubiera estado bien marcada la ruta y no hubiera habido después necesidad de decir que la capitulación había obedecido a órdenes dadas desde arriba. En ciertos momentos del desarrollo, de la evolución histórica, no hay ni puede haber órdenes que obliguen al hombre o al gobernante a capitular ante el infortunio o a dejar el campo ante semejante inferioridad.

Creo que si alguien hubiese tenido derecho a capitular, hubiera sido en millares y millares de casos el soldado alemán, quien, merced a una diplomacia alemana no muy prudente ni hábil, tuvo la desgracia de afrontar por espacio de cuatro años y medio, los ataques de un ejército casi siempre mayor en número y que a pesar de todo -por hallarse en la creencia de que luchaba y peleaba por su pueblo- no pudo sacar otras consecuencias que las que puede sacar un soldado decente, a saber: vencer o morir.

No, no ha sido ninguna casualidad: una evolución errada resultará ser definitivamente el 9 de noviembre una evolución errada, una construcción errada acaba de revelarse estos días como una construcción errónea, y sólo resta saber, lo cual es cuestión de tiempo, si esta construcción acabaría definitivamente con Alemania o si Alemania tendría otra vez la fuerza y la energía necesarias para vencer esta construcción. Creo que nos encontramos en el período en que esta construcción ha sido vencida definitivamente.

Pero al propio tiempo nos encontramos en el período en que debemos abordar la cuestión relativa a la reconstrucción de nuestra economía alemana, no sólo para reflexionar radicalmente acerca de la misma, sino también para resolverla radicalmente viéndola no por fuera y por arriba, sino investigando las causas internas de la decadencia y resueltos a eliminarlas. Creemos que debemos empezar aquí primeramente por donde ha de estar hoy el principio, a saber: por el propio Estado.

Hay que levantar una nueva autoridad, y esta autoridad ha de ser independiente de las corrientes momentáneas del espíritu de la época, independiente ante todo de las corrientes que revela el egoísmo reducido y limitado económicamente. Ha de erigirse una conducción estatal que represente una autoridad real y efectiva, una autoridad que no dependa de ninguna clase social. Hay que establecer una dirección estatal en la que todo ciudadano tenga la fe y la confianza de que no quiere otra cosa que la dicha del pueblo alemán, el bien de este pueblo, una dirección de la que pueda decirse con razón que es independiente hacia todos lados.

Se ha hablado tanto de la época absolutista de los pasados tiempos, del absolutismo de Federico el Grande y de la época democrática de nuestros tiempos parlamentarios. Los tiempos pasados eran los más objetivos vistos con los ojos del pueblo, pudiendo velar por los intereses de la nación de una manera más objetiva, al paso que los tiempos posteriores fueron degenerando más y más en la pura representación de intereses de cada clase social. Nada puede demostrarlo mejor que la divisa: El dominio de la burguesía ha de ser substituido por el del proletariado, es decir, se trata únicamente de un cambio de la dictadura de clases, mientras que nosotros queremos la dictadura del pueblo, o sea, la dictadura de la totalidad, de la comunidad.

No vemos que lo decisivo en una posición social sea una clase social; esto pasa en el sino y en el tiempo de los milenios. Esto viene y desaparece. Lo que queda es la substancia en sí, una substancia de carne y de sangre: nuestro pueblo. Es lo que es y lo que permanece, y sólo ante él debe uno sentirse responsable. Sólo entonces se creará la primera condición para la curación de nuestras profundas heridas económicas. Sólo entonces se reavivará para millones de seres humanos la convicción de que el Estado no es la representación de los intereses de un grupo o una clase social y de que el Gobierno no es el agente de un grupo o de una clase social, sino el agente del pueblo en sí. Si de uno u otro lado hay hombres que no pueden o creen no poder someterse o rendirse a ello, la nueva autoridad tendrá que salirse con las suyas ya sea contra un lado o contra el otro. Tendrá que hacer ver a todos que no deriva su autoridad de la buena voluntad de cualquier clase social, sino de una ley: ¡la necesidad de la conservación de la nacionalidad en sí!

Es necesario, además, eliminar cuantos sucesos abusen conscientemente de la debilidad humana para poder emprender con su auxilio una empresa mortal. Al declarar yo hace 14, 15 años y repetir desde entonces ante la nación alemana que mi misión ante la historia alemana la veo en la destrucción del marxismo, no he dicho una frase huera, sino un sagrado juramento que pienso cumplir mientras circule una gota de sangre por mis venas.

Esta confesión, la confesión de un solo hombre, la he hecho confesión de una poderosa organización. Una cosa sé ahora: si la suerte se me llevase de este mundo, esta lucha sería continuada y no acabaría nunca, este movimiento lo garantiza. Esta lucha no es ninguna lid que pudiera terminarse con un mal arreglo amigable. ¡En el marxismo vemos al enemigo de nuestro pueblo, al enemigo que aniquilaremos, que exterminaremos hasta la última raíz, consecuentemente, inexorablemente!

Sabemos asimismo que en la vida económica suelen chocar a menudo los intereses de unos contra otros, o parecen estar en pugna unos con otros, que el obrero se siente perjudicado, que lo es a menudo y que también el patrono se ve acosado, que a menudo también lo está, que lo que para unos parece ser una ganancia, lo tienen otros por desgracia propia, lo que para unos es un éxito, significa a veces para otro la ruina segura. Lo sabemos y lo vemos, y sabemos también que los hombres sufren y han sufrido siempre sus consecuencias. Pero precisamente por esto resulta ser muy peligroso el que una organización no persiga otro objetivo que aprovecharse conscientemente de estos terribles fenómenos de la

vida para destruir al pueblo entero. Por ser así, conviene destruir una organización y exterminar una teoría que abusa de estas debilidades naturales, de debilidades que radican en la insuficiencia de los hombres, pues sabemos perfectamente que la meta de toda esta evolución, digo mal, de esta lucha entre el puño y la frente, entre la masa, es decir, el número y la calidad es: destrucción de la calidad de la frente. Esto no es seguramente una bendición para el número, ni un encumbramiento del obrero, sino que viene a significar: miseria, penuria, la ruina definitiva.

Vemos la crisis económica y no somos tan pueriles para creer que todas estas dificultades puedan quedar eliminadas de la noche a la mañana, con sólo anhelar algo mejor. Ponemos también la insuficiencia humana en juego, la cual hará siempre una mala jugada a los hombres y desnaturaliza con frecuencia las mejores ideas, la mejor voluntad. Mas nosotros tenemos la firme voluntad y el inquebrantable propósito de no dejar que llegue a tal punto, sino de luchar y seguir luchando -toda la vida es una lucha continua- contra tales eventos, de poner la razón en su lugar y hacer que el interés común pase a primer término. Si se malogra por el momento, ¡lo que hoy no se logra, deberá lograrse mañana! Y si alguien replicare: ¿Cree usted que cesarán algún día los sufrimientos, le contestare: sí, señor, cuando llegue la época en que no haya hombres insuficientes en el mundo, pero como temo que la insuficiencia de los hombres no acabará jamás, los sufrimientos no cesarán nunca. No es posible arreglar las cosas para toda la eternidad desde una sola generación.

Cada pueblo tiene la obligación de cuidar de sí mismo. Cada época tiene la misión de arreglar sus cuitas por sí sola. No crean ustedes que vamos a quitárselo todo al porvenir. No y no, tampoco queremos educar a nuestra juventud para que se convierta en sucio parásito de la vida o para disfrutar cobardemente lo que otros han creado. No, lo que desees poseer tendrás que ganarlo de nuevo, tendrás que lanzarte una vez y otra a la lucha. Para esto queremos educar a los hombres. No queremos infundirles desde un principio la falsa teoría de que esta lucha es algo innatural o indigno del hombre; todo lo contrario, queremos inculcarles la idea de que esta lucha es la eterna condición para la selección, que sin la eterna lucha no habría hombres en la tierra. ¡No, lo que hacemos ahora, lo hacemos para nosotros!

Dominando hoy la crisis estamos laborando para el porvenir, puesto que mostramos a nuestros descendientes cómo han de hacerlo cuando les llegue su tiempo, así como nosotros debemos aprender del pasado lo que tenemos que hacer hoy. Si la generación anterior a nosotros hubiese pensado de igual manera, según nos quieren hacer creer, de seguro que nosotros no estaríamos aquí. No puedo decir que para lo futuro sea bueno lo que he creído falso para lo pasado. Lo que la vida me da a mí y a nosotros, ha de ser justo para la vida de nuestros descendientes, de modo que estamos obligados a obrar con arreglo a esto.

Debemos pues, proseguir la lucha hasta la última consecuencia contra los acontecimientos que han corroído al pueblo alemán en los últimos 17 años, que nos han causado tan terribles perjuicios y que, de no haber sido vencidos, hubieran aniquilado a Alemania. Bismark dijo una vez que el liberalismo era el entrenador de la socialdemocracia. No es preciso que diga aquí que la socialdemocracia es el entrenador del comunismo.

El comunismo es el entrenador de la muerte, de la muerte del pueblo, de la ruina.

Hemos emprendido la lucha contra él y la continuaremos hasta el fin. Como ya tantas veces en la historia de Alemania, así ahora se verá que el pueblo alemán va adquiriendo, a medida que aumenta la miseria, mayor fuerza y nuevos bríos para hallar el camino hacia arriba y hacia adelante. ¡También esta vez lo encontrará, digo más, estoy convencido de que lo ha encontrado ya!

Paso ahora a la tercera medida: la liberación de las asociaciones consideradas primeramente como dadas, del influjo que creen ver en ellas y poseer en estas asociaciones una última posición de retirada. ¡Qué no se entreguen a falsas conjeturas! Lo que ellos construyeron lo tenemos nosotros por falso. Vemos que el genio alemán despertó aquí lentamente en millones de individuos, contra la propia voluntad de estos arquitectos, un sentimiento que hubo de exteriorizarse en la institución de organizaciones poderosas. Ellos mismos hubieran destruido las organizaciones. Se lo recibimos, mas no para conservarlo todo para lo por venir, sino para salvarle al obrero alemán los céntimos ahorrados que ha invertido en la obra y para que actúe con los mismos derechos en la formación del nuevo estado de cosas, para darle la posibilidad de intervenir como factor investido de iguales derechos que los demás. ¡Se ha de crear un nuevo Estado con él, nunca contra él!

No ha de tener la sensación de ser considerado como paria, como proscrito o estigmatizado. ¡Bien al contrario! Desde un principio, en la gestación y formación del nuevo Estado, queremos inculcarle el sentimiento de ser alemán que goza y disfruta de los mismos derechos y prerrogativas que el resto de sus connacionales. El mismo derecho no es en mis ojos otra cosa que el complacerse en tener los mismos derechos y obligaciones.

No se hable siempre, únicamente de derecho, hablese también del deber.

El obrero alemán debe disipar en los millones del otro lado la creencia de que ni el pueblo alemán ni su revolución le importan un ardite. Seguramente que habrá elementos que no quieran tal cosa. También los hay del otro lado de nuestro pueblo. Sobre todos ellos pasará la suerte a la orden del día.

Se encontrarán en Alemania hombres que con toda sinceridad y de todo corazón no quieran otra cosa que la grandeza de su pueblo. Ya se entenderán unos con otros, y de fijo se entenderán, y si alguna vez llegase a retornar la duda y a hacerles una mala jugada la dura realidad, gustosamente actuaremos nosotros de corredores, de agentes de cambio y bolsa.

La misión del Gobierno consistirá entonces en volver a juntar las manos que están ahora a punto de soltarse, haciéndolo como agente honrado y probo, y repitiendo al pueblo alemán una y otra vez: no debeis reñir, no debéis juzgar por las apariencias, no debeis abandonaros por la sencilla razón de que la evolución haya seguido tal vez en el decurso de los siglos caminos que nosotros no podemos tener por felices, sino que todos vosotros debeis tener siempre presente que vuestro deber es la conservación de vuestra nacionalidad. ¡Ya se encontrará entonces un camino, se precisa hallar un camino! No puede decirse: se ha hecho imposible el camino hacia la vida de la nación porque la hora opone quizás dificultades. Pasará la hora, mas la vida ha de ser y será.

Con ello adquiere un gran sentido moral el movimiento obrero alemán en su totalidad. Al proceder a la construcción de un nuevo Estado, de un Estado que sea el resultado de muy grandes concesiones de ambos lados, queremos enfrentar dos contrayentes que abrigan sentimientos nacionales en su corazón, dos contrayentes que sólo ven a su pueblo ante sí, dos contrayentes dispuestos a toda hora a posponerlo todo para alcanzar este provecho común, pues sólo siendo esto posible desde un principio creo barruntar el éxito de tamaña acción.

Aquí decide también el espíritu del cual ha nacido el hecho. No ha de haber vencedores y vencidos fuera de un solo vencedor: nuestro pueblo alemán.

Vencedor de las clases sociales y vencedor sobre los intereses de cada uno de estos grupos de nuestro pueblo. Con ello contribuiremos y llegaremos al refinamiento del concepto

de trabajo, trábajo éste que, como es natural, no puede hacerse de la noche a la mañana. Así como este concepto ha sufrido sendas modificaciones a través de los siglos, así en este caso tendremos necesidad de muchos siglos para poder transmitir al pueblo alemán todos estos conceptos en su forma pristina. El objetivo perseguido impertérritamente por el movimiento que representamos yo y mis compañeros de armas será elevar la palabra obrero a un gran título de honor de la nación alemana. No en balde hemos incluido esta palabra en la denominación de nuestro movimiento, y no porque esta palabra nos haya apartado alguna vez un gran provecho. ¡Al contrario! Lo que nos trajo fue odio y hostilidad de una parte, e incomprensión de otra. Hemos elegido esta palabra porque con la victoria de nuestro movimiento queríamos elevar victoriosos el vocablo.

La hemos elegido para que en este vocablo se encuentra al final, además del concepto pueblo, la segunda base: la unión de los alemanes, pues nadie que abrigue una voluntad noble podrá hacer profesión de otra cosa que de esta palabra.

Soy de por sí enemigo de aceptar títulos honoríficos, y no creo que algún día haya quien me eche en cara lo contrario. Lo que no sea absolutamente necesario que haga, no lo hago. Nunca quisiera mandarme hacer tarjetas de visita con títulos que le conceden a uno gloriosamente en este mundo que habitamos. No quisiera en mi lápida sepulcral otro nombre que el mío seco y escueto. Probable es que por los caminos que me ha trazado el sino esté yo más que nadie capacitado para comprender la esencia, el ser y la vida toda de las diversas clases del pueblo alemán, no porque haya podido observar esta vida desde arriba, sino por haberla vivido en persona, por haberme hallado en medio de ella, por haberme arrojado la suerte caprichosa, o tal vez providencial, dentro de esta gran masa del pueblo y de los hombres. Por haber trabajado yo luengos años como simple trabajador para ganarme el sustento cotidiano, y por haber estado por segunda vez en esta gran masa como soldado raso, y porque a la vida plugo confundirme con otras clases de nuestro pueblo, al punto de poder decir que las conozco mucho mejor que tantísimas personas que nacieron en ellas. Así es que la suerte parece haberme predestinado a mí más que a ninguno a ser el -permítaseme emplear esta palabra para mí- el corredor o agente honrado, el agente honrado en todos los sentidos.

Aquí no estoy interesado personalmente; ni dependo del Estado ni de ningún cargo público, como tampoco dependo de la economía ni de la industria, ni de ninguna organización obrera. Soy un hombre independiente y no me he propuesto otro objetivo que serle útil al pueblo alemán en la medida de mis fuerzas, a ser útil aquí precisamente a millones de hombres que tal vez por su buena fe, su ignorancia y la maldad de sus antiguos leaders son los que más han sufrido.

Siempre he creído y dicho que no puede haber cosa mejor que ser abogado de todos aquellos que no pueden defenderse bien ellos mismos.

Conozco la gran masa del pueblo y sólo quisiera decirles una cosa a nuestros intelectuales: todo Estado que querais levantar exclusivamente sobre las bases del intelecto es de construcción endeble.

Conozco este intelecto: siempre cavilando, siempre investigando, pero también eternamente inseguro, eternamente vacilante, móvil, nunca firme. Quien quiera construir únicamente sobre este intelecto un imperio, se convencerá bien pronto de que no construye nada sólido ni estable. No es pura casualidad el que las religiones sean más estables que las formas de Estado. En los más de los casos suelen hundir más profundamente sus raíces en el seno de la tierra; serían inimaginables sin esta gran masa del pueblo. Sé que las clases intelectuales suelen ser atacadas muy fácilmente de la arrogancia de querer medir este pueblo



por el rasero de sus conocimientos y de su llamada inteligencia; y, sin embargo, hay aquí cosas que a menudo no ve la inteligencia de los inteligentes porque no puede verlas. Esta gran masa es seguramente tarda en el pensar y obrar, a veces retrógrada y poco amovible, no muy ingeniosa ni tampoco genial, pero tiene algo: tiene fidelidad, tiene perseverancia, tiene estabilidad.

Puedo decir: La victoria de esta revolución no hubiera sido nunca un hecho si mis compañeros, la gran masa de nuestros pequeños conciudadanos, no nos hubieran asistido haciendo alarde de una fidelidad sin igual y de una perseverancia inmutable.

Nada mejor puedo imaginarme para nuestra Alemania que lograr que estos hombres, que están fuera de nuestras filas de combate, entren en el nuevo Estado y se conviertan en uno de sus más fuertes y poderosos cimientos.

Dijo una vez un poeta: “Alemania estará en el apogeo de su grandeza el día en que sus hijos más pobres sean sus ciudadanos más fieles”. He conocido a estos pobres hijos por espacio de cuatro años y medio como soldados de la gran guerra; los he conocido, he conocido a aquellos que quizá nada tenían que ganar para sí y que sólo obedeciendo a la voz de la sangre, por el hecho de sentirse alemanes, llegaron a ser héroes.

Ningún pueblo tiene más derecho que el nuestro a levantar monumentos a su soldado desconocido. Esta impávida guardia, que se mantuvo firme en tantas y tantas batallas sangrientas, que nunca vaciló ni retrocedió, que ha dado tantos ejemplos de inaudito valor, de fidelidad, disciplina y obediencia sin límites, tenemos que conquistarla para el Estado, debemos ganarla para el Reich que viene, para nuestro tercer Reich. Esto es, sin duda alguna, lo más precioso que podemos darle.

Precisamente porque conozco este pueblo mejor que cualquiera que conoce a la vez el resto del pueblo, estoy dispuesto en este caso, no sólo a hacerme cargo del papel de agente honrado, sino que me siento feliz de que la suerte me haya deparado este papel.

¡No sentiré nunca mayor orgullo en mi vida que el poder decir cuando cierre los ojos para siempre: he ganado, luchando, al obrero alemán, para el Reich de los alemanes!

## ANTE EL REICHSTAG

(17 de mayo de 1933)

Señores diputados:

En nombre del Gobierno del Reich he solicitado del Señor Presidente del Reichstag la convocatoria del mismo al objeto de poder pronunciarme ante esa asamblea sobre los problemas que hoy preocupan, no sólo a nuestro pueblo, sino al mundo entero.

Estos problemas, que los señores Diputados conocen, son de tan gran importancia que de su feliz solución depende la pacificación política y la salvación económica del mundo.

Al expresar a este respecto, en nombre del Gobierno alemán, el deseo de que el tratamiento de esos problemas quede sustraído a todo género de apasionamiento, surge este deseo en primer término de un convencimiento que a todos domina, a saber, que el origen profundo de la crisis actual reside precisamente en las pasiones que, desatadas después de la guerra, han oscurecido la clara visión y el juicio de los pueblos.

Porque es en los defectos del Tratado de Paz donde hay que buscar la causa de los problemas de nuestros días, en ese Tratado que no supo en su día encontrar para el porvenir una solución elevada, clara y razonable de los problemas entonces planteados. El Tratado no resolvió en forma permanente, capaz de resistir a una crítica razonable, ninguno de los problemas, o de las reclamaciones formuladas por los pueblos en el terreno nacional, económico o jurídico. Es comprensible, por lo tanto, que la idea de revisión, además de afirmarse constantemente al margen del Tratado y en vista de los efectos de su aplicación, apareciera ya como necesaria a los autores del mismo y quedara jurídicamente prevista en el texto del documento.

Al referirme ahora brevemente a los problemas que dicho Tratado hubiese debido resolver, me inspiro en la consideración de que el fracaso sufrido en este punto forzosamente tenía que dar lugar a situaciones perjudiciales para la vida política y económica de los pueblos como las posteriormente surgidas.

Los problemas políticos son los siguientes: Durante muchos siglos respondieron los estados europeos y sus fronteras a concepciones de carácter exclusivamente político. La marcha victoriosa de la idea nacional y del principio de las nacionalidades en el curso del pasado siglo y la indiferencia hacia esas nuevas ideas y nuevos ideales por parte de Estado que respondían a otros principios, fueron la semilla de numerosos conflictos. Ninguna misión más elevada hubiese podido corresponder, llegado el término de la guerra mundial, a una verdadera conferencia de paz que la de establecer un nuevo ajustamiento y un nuevo orden de los estados europeos basados hasta el límite máximo de lo posible en el reconocimiento de este hecho y de este principio. Cuanto más se hubiesen ajustado dentro de este orden nuevo, las fronteras de los estados a las de los pueblos, tanto mejor se hubiese contribuido con ello a eliminar un gran número de posibilidades de conflicto para el porvenir. Más aún, esta reorganización territorial de Europa sobre la base de las verdaderas fronteras de los pueblos, hubiese podido ser la solución histórica, dictada por la visión del porvenir, y susceptible de representar para vencedores y vencidos una a modo de compensación por los sangrientos sacrificios de la guerra, ya que con ella se hubiesen echado los cimientos de una verdadera paz mundial.

Pero en lugar de ello, en parte por desconocimiento y en parte cediendo al dictado de la pasión y del odio, se adoptaron soluciones que por su falta de lógica y de equidad llevaban en sí mismas la perpetuación del germen de nuevos conflictos.

Los problemas económicos que la Conferencia de la Paz tenía que resolver eran como sigue:

La alarmante situación económica de Europa se ve caracterizada por el exceso de población en el oeste europeo y la escasez en esta región de ciertas primeras materias, que precisamente son indispensables en las regiones que, por razón de su alta cultura, gozan de un nivel de vida elevado. Si los autores del Tratado de Paz se hubiesen propuesto la verdadera pacificación de Europa por un periodo humanamente previsible, en lugar de dejarse absorber por conceptos estériles y peligrosos como los de arrepentimiento, castigo, reparación, etc. hubiesen reconocido la verdad profunda de que la falta de posibilidades de existencia ha constituido y constituirá siempre una fuente de conflictos entre los pueblos.

En lugar de predicar la idea de aniquilamiento hubiesen debido elevarse hasta un nuevo orden de relaciones políticas y económicas internacionales justo en toda la medida de lo posible para las necesidades de existencia de cada uno de los pueblos.

No es prudente privar de los medios de vida a un pueblo, sin parar mientes en que su población no deja por ello de esta obligada a vivir en el mismo territorio. Que la ruina económica de un pueblo de 65 millones de almas pueda redundar en beneficio de otros pueblos es una idea absurda. No tardarían los pueblos que de tal modo procedieran en darse cuenta de que, por una ley natural de causa y efecto, habrían de ser llevados a la misma catástrofe que ellos pretendían desencadenar. La idea de las reparaciones y su aplicación práctica quedará un día inscrita en la historia universal como el ejemplo típico de los estragos que la pasión puede provocar en contra de la común prosperidad de los pueblos.

En realidad la política de reparaciones sólo podía ser ejecutada por medio de la exportación alemana. Pero en tanto que Alemania fuese considerada como una empresa internacional exportadora, la exportación de los países acreedores había de resultar perjudicada. Los beneficios económicos de los pagos por reparaciones habían de estar, por lo tanto, fuera de toda proporción con los perjuicios que las mismas reparaciones tenían que determinar en la economía particular de cada país.

La tentativa de querer desviar este proceso y limitar las exportaciones alemanas por medio de créditos de compensación que permitieran hacer frente a los pagos, era igualmente falta de previsión y falsa en último término. La conversión de las obligaciones políticas en obligaciones de carácter particular implicaba la creación de un servicio de intereses imposible de cumplir sin llegar a los mismos resultados que se trataba de evitar. Lo peor, fue, sin embargo, la perturbación de la vida económica interior de los pueblos, y su eventual estancamiento, como consecuencia de esa obligación de exportar a toda costa. La lucha en los mercados mundiales a fuerza de abaratar cada vez más los precios condujo a un exceso de racionalización de la economía.

Los millones y millones de obreros alemanes sin trabajo son el último resultado de este proceso.

Si, al contrario, se pretendía que Alemania hiciese frente a las reparaciones únicamente con prestaciones en especie, el perjuicio que por este procedimiento había de acarrearle a la producción interior de los países así favorecidos no iba tampoco a ser menor. En efecto, no es posible imaginar siquiera prestaciones de tal importancia sin poner en grave peligro la propia producción de los países a los cuales iban destinadas.

Es culpa del Tratado de Versalles haber inaugurado una era en la que la sana economía parece amenazada de muerte por las fantasías financieras.

Alemania ha cumplido obligaciones que le fueron impuestas, a pesar de la injusticia que ellas encerraban y de sus consecuencias fácilmente previsibles, con una fidelidad casi suicida.

La crisis económica mundial es la prueba incontrovertible de la exactitud de esta aseveración.

La necesidad de restablecer el sentido internacional del derecho con carácter general, fue un problema asimismo desconocido por el Tratado de Versalles, ya que precisamente para poder motivar el conjunto de sus estipulaciones fue preciso presentar a Alemania como culpable.

Este procedimiento inaceptable reduce a la máxima simplicidad las causas de los conflictos humanos para el porvenir: la culpa será siempre de los vencidos, porque el

vencedor tendrá siempre la posibilidad de hacerlo constar así en el preámbulo del tratado de paz.

Este acto ha tenido consecuencias terribles porque fue tomado como base para transformar en estado jurídico permanente la relación de fuerzas existente al final de la guerra. Los conceptos de vencedores y vencidos pasaron a ser el fundamento de un nuevo derecho y de un nuevo orden social internacional.

La descalificación de un gran pueblo en nación de segundo grado y de segunda clase fue proclamada en el momento mismo en que había de surgir a la vida una Sociedad de Naciones.

Este tratamiento impuesto a Alemania no podía conducir a la pacificación del mundo. Se estimó entonces que era necesario desarmar a los vencidos y privarles de medios de defensa. Este procedimiento -sin precedentes en la historia de las naciones europeas- es además ineficaz para suprimir los peligros y posibilidades de conflicto. Al contrario, dió lugar a una serie de amenazas, exigencias y sanciones que provocando, a su vez, una inseguridad e intranquilidad incesantes, amenazaban con ser causa de la ruina económica mundial. Cuando en la vida de los pueblos cesa la reflexión sobre los riesgos que ciertas acciones pueden llevar consigo, nada tiene de extraño que la sinrazón triunfe fácilmente sobre la razón. La Sociedad de Naciones no ha conseguido, hasta ahora por lo menos, prestar, en tales ocasiones, ninguna ayuda real a los que, precisamente por débiles y desarmados, más podían necesitarla. Los tratados destinados a establecer la paz en la vida de los pueblos carecen de verdadero contenido si no se basan en un reconocimiento leal y sincero de la igualdad de derechos entre todas las partes.

En esto reside precisamente la causa principal de la agitación que desde hace años domina en el mundo.

Por otra parte, la solución razonable y definitiva de los problemas hoy planteados interesa a todos por igual. Ninguna nueva guerra europea podría dar lugar a que las actuales circunstancias, poco satisfactorias, fuesen substituidas por otras mejores.

¡Al contrario! Ni política, ni económicamente, podría la aplicación de la fuerza crear en Europa una situación menos mala que la actual. Aun en el caso de que un éxito decisivo permitiera establecer un nuevo orden europeo basado en la violencia, el resultado final no podría ser otro que una mayor perturbación del equilibrio y el germen para que, de un modo o de otro, surgieran más tarde nuevas rivalidades y complicaciones. Nuevas guerras, nueva inseguridad y una nueva crisis económica serían la consecuencia. La explosión de esta locura sin fin habría de llevar consigo la ruina del presente orden político y social. Europa se hundiría en el caos comunista y quedaría abierta una crisis de incalculables dimensiones y de duración imposible de prever.

El Gobierno nacional de Alemania siente el profundo deseo de colaborar sincera y activamente a la obra de impedir que tal catástrofe pueda producirse.

En éste, además, el verdadero sentido de la revolución que ha tenido lugar en Alemania y cuyos tres puntos de vista principales en modo alguno contradicen con los intereses del resto del mundo:

Primero: Impedir la revolución comunista amenazante, creando un Estado nacional, inspirado en la idea de la reconciliación de clases y manteniendo el principio de la propiedad privada como base de nuestra cultura.

Segundo: Resolver el más delicado de los problemas sociales, el del paro forzoso, reintegrando a la producción el ejército lamentable de millones de obreros parados.

Tercero: Restablecer la estabilidad y la autoridad en la dirección del Estado al objeto de que este gran pueblo, contando con un Gobierno apoyado en la confianza y en la voluntad de la nación, pueda de nuevo volver a concertar tratados con el resto del mundo.

Al hablar en este momento como alemán nacionalsocialista consciente de sí mismo, quiero declarar en nombre del Gobierno y de todo el movimiento nacionalista que precisamente la joven Alemania y nosotros sus representantes, estamos animados de la mejor voluntad para comprender idénticos sentimientos y aspiraciones. La joven generación alemana que hasta ahora sólo ha conocido en la vida las miserias, privaciones y penalidades de su propio pueblo, ha sufrido demasiado, bajo la locura imperante para poder abrigar la intención de causar a los demás pueblos análogos sufrimientos.

Ligados a nuestro propio pueblo por un amor y una fidelidad sin límites, respetamos al mismo tiempo, y como fruto de nuestra convicción, los derechos nacionales de los demás pueblos y, desde lo más profundo de nuestro corazón, deseamos vivir en paz y amistad con ellos.

Nos es extraña, por lo tanto, toda idea de "germanización". El supuesto corrientemente admitido en el pasado siglo de que era posible convertir polacos o franceses en alemanes lo rechazamos en absoluto.

Pero con idéntica energía estamos dispuestos a oponernos a toda tentativa en sentido contrario. Admitimos las naciones europeas que nos rodean como un hecho natural. Franceses, polacos etc. son nuestros vecinos y sabemos que no hay hecho histórico imaginable capaz de modificar esta realidad.

Ojalá que en el Tratado de Versalles hubiesen sido tenidas en cuenta esas realidades en cuanto a Alemania se refiere. El objetivo de una paz duradera no puede consistir en abrir nuevas heridas o en mantener abiertas las existentes, sino en cerrarlas y curarlas. De haber sido estos problemas tratados en su día con la debida reflexión, no hubiese sido difícil encontrar en la frontera oriental alemana una solución igualmente equitativa para las exigencias comprensibles de Polonia y para los derechos naturales de Alemania. En el Tratado de Versalles no se ha encontrado esta solución. A pesar de ello ningún Gobierno alemán tratará de romper por su sola iniciativa un convenio que no es posible suprimir si no se le reemplaza con otro mejor.

Pero al admitir el carácter jurídico del Tratado, debe entenderse que este reconocimiento tiene un sentido general. No solamente los vencedores, sino también los vencidos pueden exigir los derechos que del Tratado se derivan. El derecho a reclamar la revisión de un tratado está reconocido en el tratado mismo. Como motivo y medida para esta reclamación desea el Gobierno alemán aducir únicamente los resultados de las experiencias hasta la fecha acumuladas, así como las consideraciones que se imponen a todo razonamiento crítico y lógico. En lo político y en lo económico las experiencias recogidas en el curso de 14 años son igualmente claras. La miseria de los pueblos, en lugar de disminuir, ha aumentado. La raíz profunda de esta miseria reside en la división del mundo entre vencedores y vencidos como base escogida para todos los tratados y para el nuevo orden de cosas. La consecuencia más lamentable de este punto de vista la encontramos en la indefensión impuesta a ciertas naciones frente a los armamentos crecientes de otras. Alemania reclama desde hace años el desarme general y ello por lo siguientes motivos:

Primero: La demanda de igualdad de derechos formulada por Alemania es conforme a la moral, al derecho y a la razón. Su legitimidad está reconocida en el mismo tratado de paz y su cumplimiento va indisolublemente unido a la obligación de desarmar impuesta a Alemania como prólogo del desarme mundial.

Segundo: La descalificación de un gran pueblo no puede, de otra parte, ser históricamente mantenida por tiempo indefinido. Un día u otro tiene que terminar.. ¿O hay quien cree que puede hacerse víctima a una gran nación de tal injusticia perpetuamente? ¿Que representan las ventajas de un momento frente a la marcha continua de los siglos? El pueblo alemán subsistirá, lo mismo que el francés o el polaco. Tal es la enseñanza de la historia.

¿Qué valor tiene el éxito de una opresión pasajera, mantenida sobre un pueblo de 65 millones de habitantes, frente a la fuerza de este hecho inmovible? Ningún estado está en mejores condiciones para comprender los nuevos estados nacionales europeos que la Alemania de la revolución nacional, surgida al impulso de una idéntica voluntad. Nada quiere Alemania para sí que no esté dispuesta también a dárselo a los demás.

Si Alemania reclama hoy una positiva igualdad de derechos, encaminada a lograr el desarme de los demás pueblos, es en el cumplimiento de los tratados por su parte donde encuentra el derecho moral para formular dicha reclamación. Porque Alemania se ha desarmado y ello bajo la inspección del más riguroso control internacional.

Seis millones de carabinas y fusiles fueron entregados o destruidos, 130.000 ametralladoras, cantidades formidables de cañones para ametralladoras, 91.000 cañones, 38.750.000 granadas y enormes existencias de armas y municiones de toda clase hubo que destruir o entregar el pueblo alemán.

El territorio de Renania fue desmilitarizado, las fortificaciones alemanas arrasadas, nuestros buques fueron entregados al enemigo, nuestros aviones destruidos, nuestro sistema de servicio militar cambiado y con ello imposibilitada la formación de reservas. Incluso las armas defensivas más indispensable nos fueron denegadas.

Cuando hoy, frente a estos hechos impresionantes e indiscutibles, se pretende con excusas y subterfugios verdaderamente lamentables que Alemania ha eludido de algún modo el cumplimiento del tratado o llegado incluso a rearmarse, me siento obligado a rechazar desde este lugar semejante pretensión como desleal y contraria a la verdad.

No menos inexacta es la pretensión de que Alemania ha dejado de cumplir las obligaciones impuestas por el tratado en materia de efectivos. No es cierto que las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialista estén en relaciones con el Ejército, de modo que vengan a constituir fuerzas o reservas militares instruidas.

La irresponsable ligereza con que tales afirmaciones son formuladas, podrá quedar puesta de manifiesto con un sólo ejemplo: El año pasado tuvo lugar en Brünn un proceso contra miembros del partido nacionalsocialista de Checoslovaquia. Peritos jurados del ejército checoslovaco declararon entonces que los acusados mantenían relaciones con el partido nacionalsocialista de Alemania, se encontraban respecto a él en una situación de dependencia y, aun cuando simples miembros de una sociedad deportiva, debían ser equiparados a los miembros de las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialistas alemanas, fuerzas que constituían una reserva del ejército alemán organizada e instruida por éste.

En aquel tiempo, no obstante, ni las secciones de asalto ni las escuadras de defensa, lo mismo que el partido nacionalsocialista propiamente dicho, mantenían relación alguna con el ejército; eran al contrario perseguidas como una organización enemiga del Estado, más tarde prohibidas y finalmente disueltas. Más aún, los miembros del partido nacionalsocialista, de las secciones de asalto y escuadras de defensa, no sólo eran excluidos de toda función oficial en el Estado, sino que ni siquiera podían trabajar como simples obreros en los servicios auxiliares del ejército. Pero los nacionalsocialistas de Checoslovaquia fueron condenados, en virtud de esas falsas indicaciones, a severas penas.

En realidad, las secciones de asalto y escuadras de defensa del partido nacionalsocialista han surgido sin ayuda de nadie, sin apoyo financiero del Estado y muy especialmente del Ejército, sin instrucción militar ni armamento militar de ningún género, respondiendo a necesidades y consideraciones únicamente inspiradas en el interés del partido. Su finalidad era y sigue siendo la eliminación del peligro comunista. Su instrucción nada tiene que ver con la instrucción militar, orientada como está hacia la propaganda, el fomento de la cultura popular, la influencia psicológica sobre las masas y la lucha contra el terror comunista. Son, al propio tiempo, instituciones destinadas a crear un verdadero espíritu de solidaridad social que permita superar las antiguas rivalidades de clase y a remediar la crisis económica.

Los Cascos de Acero son una organización inspirada en los sentimientos de tradición y de camaradería que prevalecían en el frente de batalla y consagrada a la defensa contra la revolución comunista que desde noviembre de 1918 nos amenaza. La importancia de este peligro no pueden comprenderla, es cierto, aquellos países que no han tenido, como Alemania, un partido comunista organizado de varios millones y no han sufrido bajo su influencia terrorista. La verdadera finalidad que estas organizaciones persiguen nos lo dicen el carácter real de la lucha que han sostenido y el número de sus víctimas. En pocos años han tenido que lamentar las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialistas por sí solas, a consecuencia de actos de terror y criminales agresiones comunistas, más de 350 muertos y unos 40.000 heridos. Si ahora en Ginebra se trata de equiparar estas organizaciones constituidas únicamente para fines de política interior a las fuerzas militares, no hay motivo para no hacer lo mismo con los bomberos, las sociedades gimnásticas, los serenos, los clubs náuticos y otras sociedades deportivas.

Pero si, al revés de lo que ocurre con estos hombres completamente desprovistos de instrucción militar, las reservas militares propiamente dichas de los demás ejércitos dejan de ser tenidas en cuenta, si se ignoran las reservas armadas e instruidas de los demás países y se cuentan, en cambio, cuando se trata de Alemania, los miembros desarmados de organizaciones políticas, entonces nos encontramos ante procedimientos que merecen, por mi parte, la más enérgica protesta.

Si el mundo se propone destruir la confianza en el derecho y la justicia, esos medios no pueden ser más adecuados.

En nombre del Gobierno alemán tengo que declarar lo que sigue: Alemania se ha desarmado. Ha cumplido todas las obligaciones que le fueron impuestas por el Tratado de Versalles hasta más allá de las fronteras de la equidad y la sana razón. Su ejército comprende 100.000 hombres. Los efectivos y el carácter de la policía responden a un convenio internacional.

La policía auxiliar establecida en los días de la revolución tiene carácter exclusivamente político. Su misión consistió en sustituir durante los primeros días del nuevo régimen aquella parte de la antigua policía que podía ser considerada como insegura. Su disolución, después

del triunfo completo de la Revolución, ha comenzado ya y quedará completamente terminada antes de fin de año.

Alemania tiene con ello moralmente derecho a exigir que las demás potencias empiecen también, por su parte, a cumplir las obligaciones que del Tratado de Versalles se derivan. El principio de la igualdad de derechos reconocido a Alemania el pasado mes de diciembre no ha sido hasta ahora puesto en práctica. A la tesis de nuevo defendida por Francia según la cual la igualdad de derechos debe corresponder a su seguridad, tengo que oponer estas dos preguntas:

1.- Alemania ha contraído hasta ahora todas las obligaciones referentes a la seguridad que resultan de la firma del Tratado de Versalles, del Pacto Kellog, de los tratados de arbitraje, de la declaración de renuncia a la fuerza, etc. ¿Cuales son las garantías concretas que Alemania puede ofrecer además, fuera de sus obligaciones internacionales?

2.- Frente a esto, ¿con qué garantías cuenta Alemania? Según los datos facilitados a la Sociedad de Naciones Francia tiene 3.046 aviones en servicio, Bélgica 350, Polonia 700 y Checoslovaquia 670. A estas cifras hay que añadir un número incalculable de aviones de reserva, millares de tanques, millares de cañones de grueso calibre y todos los medios técnicos necesarios para la guerra de gases asfixiantes. ¿No tendría mucho más derecho, Alemania, desarmada y sin defensa, a reclamar seguridad que los estados armados y unidos entre sí por coaliciones?

A pesar de ello Alemania está dispuesta en todo momento a contraer nuevos compromisos internacionales de seguridad siempre que otras naciones estén dispuestas a hacer lo mismo en beneficio de Alemania. Alemania estaría, además, francamente, conforme en prescindir de toda su organización militar y en destruir las pocas armas que le fueron dejadas, siempre que las naciones vecinas quisieran también hacer lo propio. Pero si los otros estados no se avienen a ejecutar el desarme que el Tratado de Versalles les impone, Alemania está entonces obligada a mantener por lo menos su demanda de igualdad de derechos.

El Gobierno alemán ve en el plan inglés una base posible para resolver esta cuestión. Pero cree, a este respecto, que debe exigir que no se le imponga la destrucción de su actual sistema militar concederle por lo menos una igualdad de derechos cualitativa. Alemania debe pedir además que la transformación del actual ejército alemán, cuya forma actual nosotros no queríamos, pero que nos fue impuesta por el extranjero, se realice paso a paso y al compás de los progresos del desarme en los otros Estados.

Alemania está dispuesta, en principio, a aceptar para el establecimiento de su seguridad nacional un período de transición de cinco años en la espera de que transcurrido dicho período tenga lugar la equiparación real de Alemania a los demás estados. Alemania está asimismo dispuesta sin reservas a renunciar a las armas ofensivas siempre que dentro de un determinado periodo las naciones armadas, por su parte, destruyan también las armas de esta clase y el empleo de las mismas quede prohibido por un convenio internacional. Alemania no tiene más que un deseo: mantener su independencia y poder defender sus fronteras.

Según las declaraciones del Ministro de Guerra francés en 1932 las tropas coloniales francesas pueden ser inmediatamente empleadas en el territorio de Francia. Con ello quedan estas tropas sumadas a las fuerzas militares metropolitanas.

Es justo, por consiguiente, que sean tenidas en cuenta como parte integrante del ejército francés. Pero mientras, por una parte, esto no se hace, se quieren tener en cuenta, cuando de los efectivos militares alemanes se trata, asociaciones y organizaciones de carácter popular



cuyas finalidades son exclusivamente educativas y deportivas y cuya instrucción militar en sencillamente nula. En los demás países, no obstante, tales organizaciones no han de ser tenidas en cuenta en relación con las fuerzas del ejército. Este proceder es, desde luego, inaceptable. Alemania estaría dispuesta en todo momento, caso de establecerse un control internacional de los armamentos de carácter general, y siempre que los demás estados se hallaran dispuestos a hacer lo mismo, a someter a dicho control las organizaciones citadas, para demostrar así al mundo de un modo irrecusable que no tienen carácter militar. El Gobierno alemán no se opondrá a ninguna prohibición de armamentos, por radical que sea, siempre que sea aplicada también a todos los demás países.

Todas estas demandas no postulan la intención de rearme. Son exclusivamente una petición de desarme para los demás estados. Saludo de nuevo con complacencia en nombre del Gobierno alemán el previsor e importante proyecto del Jefe del Gobierno italiano para establecer entre las cuatro grandes potencias europeas, Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, por medio de un plan especial, una relación más estrecha de colaboración y confianza. El Gobierno alemán hace suya con íntima convicción la concepción de Mussolini y entiende que el aplicarla facilitaría un entendimiento permanente. El Gobierno alemán dará toda clase de facilidades en este sentido, siempre que las demás naciones se hallen dispuestas también a vencer las dificultades que puedan presentarse.

La propuesta del Presidente de los Estados Unidos Roosevelt, llegada a mi conocimiento esta última noche, obliga, por tanto, al Gobierno alemán a la más profunda gratitud. El Gobierno alemán acepta el método propuesto para resolver la crisis internacional, pues entiende que sin una solución previa de la cuestión del desarme, toda idea de reconstrucción económica sería a la larga quimérica. Estamos dispuestos a colaborar sin pensar en el propio provecho en la obra de ordenar la situación política y financiera del mundo y tenemos el convencimiento, como ya he dicho al principio, de que la única tarea a la que hoy vale la pena consagrarse es la de asegurar la paz del mundo.

Me siento en el deber de declarar que la causa de los actuales armamentos de Francia y Polonia de ningún modo puede residir en el temor que inspire a dichas naciones una posible invasión alemana. Este temor sólo podría tener su fundamento en la existencia de armas ofensivas. Pero son precisamente estas armas ofensivas las que Alemania no posee, ni artillería pesada, ni tanques, ni aviones de bombardeo, ni gases asfixiantes.

La única nación que, con fundamento, podría sentir el temor de una invasión es Alemania, a la cual, además de serle prohibidas las armas ofensivas, le fueron limitadas las defensivas, impidiéndosele incluso la construcción de fortificaciones para defender sus fronteras.

Alemania está en todo momento dispuesta a. renunciar a las armas ofensivas siempre que el resto del mundo haga lo propio. Alemania está dispuesta a participar en todo Pacto solemne de no agresión porque no piensa atacar a nadie y si, solamente, en su seguridad.

Alemania aceptaría con satisfacción la generosa propuesta del Presidente norteamericano, encaminada a garantizar la paz de Europa con el poder de los Estados Unidos, y ve en ella un elemento tranquilizador para cuantos desean sinceramente la paz. No tenemos mayor deseo que el de contribuir a curar definitivamente las heridas de la guerra y del Tratado de Versalles. Para lograrlo Alemania no quiere seguir otro camino que el prescrito en los mismos tratados. El Gobierno alemán desea discutir por medios pacíficos y legales con las demás naciones todos los graves problemas planteados. Sabemos que toda acción militar

en Europa, aún en el caso de un éxito completo, acarrearía sacrificios completamente fuera de proporción con los beneficios.

El Gobierno y el pueblo alemán no aceptarán, sin embargo, bajo ningún pretexto la obligación de dar su firma para nada que represente perpetuar la descalificación de Alemania. Toda tentativa de influir sobre el Gobierno o sobre el pueblo por medio de amenazas no tendrá la menor eficacia. Es posible imaginar que Alemania contra todo principio del derecho y de la moral sea de nuevo violentada, pero es inimaginable e imposible que un acto de esta naturaleza obtenga la sanción legal de nuestra firma.

Cuando en artículos de periódico y en discursos que son de lamentar aparece contra Alemania la amenaza de sanciones, hemos de creer que este monstruoso procedimiento es el castigo que quiere imponérsenos por el hecho de exigir que se cumpla la parte de los tratados referente al desarme. Este proceder sólo podría conducir a la definitiva inutilización moral y material de los tratados mismos. Pero Alemania no renunciaría tampoco en este caso a sus pacíficas demandas. Las consecuencias políticas y económicas, el caos en que Europa se encontraría precipitada por un proceder semejante, constituiría una inmensa responsabilidad para aquellos que tales medios emplearon contra un pueblo que no hace daño a nadie.

Toda tentativa semejante y, asimismo, toda tentativa para violentar la voluntad de Alemania imponiéndole por la simple fuerza de la mayoría una decisión contraria al sentido evidente de los tratados, sólo podría ser dictada por la intención de alejarnos de las conferencias internacionales. El pueblo alemán posee hoy, suficiente carácter para, en este caso, no querer imponer su colaboración a las demás naciones y, por muy doloroso que esto fuera, aceptar la única consecuencia posible.

Resultaría asimismo muy difícil para nosotros poder continuar formando parte de la Sociedad de Naciones como pueblo constantemente repudiado y difamado.

El Gobierno y el pueblo alemán se dan cuenta de la importancia de la presente crisis. Años hace que desde Alemania han salido voces de aviso sobre las consecuencias políticas y económicas a que habrían de llevar los métodos aplicados. Si se sigue por los caminos y con los procedimientos hasta ahora empleados, el final no es dudoso. Después de los éxitos aparentes logrados por tal o cual país, serán mayores todavía las catástrofes políticas y económicas para todos. Evitarlas es nuestro deber supremo.

Para lograrlo nada se ha hecho hasta ahora decisivo. Se nos dice que el régimen que nos ha precedido había gozado en el mundo de ciertas simpatías. Los efectos de estas simpatías en y para Alemania ya hemos visto cuales eran. Millones de existencias, profesiones enteras en la ruina y un imponente ejército de obreros en paro forzoso, un desolador desengaño cuya profundidad y extensión quisiera hoy dar a comprender al mundo por medio de una sola cifra:

Desde el día de la firma de ese tratado, obra de paz que había de ser la piedra angular de una nueva era de bienestar para todos los pueblos, 224.900 seres humanos se han suicidado en Alemania casi exclusivamente por motivos económicos. Hombres y mujeres, ancianos y niños, testigos incorruptibles, acusadores contra el espíritu y el cumplimiento de un tratado cuya aplicación fue esperada, no solo por el resto del mundo, sino también por millones de alemanes, como una promesa de bendición y ventura.

Ojalá que las otras naciones puedan también comprender la voluntad inquebrantable de Alemania para poner fin a un período de humanos errores y encontrar el camino que conduzca finalmente a la reconciliación de todos sobre la base de la igualdad de derechos.

## EN LA CANCELLERÍA DEL REICH

(6 de Julio de 1933)

Los partidos políticos han quedado ya definitivamente eliminados. He aquí un acontecimiento histórico de cuya importancia y alcance no se dan muchos, perfecta cuenta. Debemos eliminar ahora los últimos restos de la democracia, en particular los métodos de votación y los acuerdos de las mayorías, tal como se ven hoy con frecuencia en las comunidades, en las organizaciones económicas y en los comités de trabajo, y que en todas partes hacen valer la responsabilidad de la personalidad individual.

A la conquista del poder exterior ha de seguir la educación interior del individuo. Hay que tener cuidado de no adoptar de hoy a mañana resoluciones puramente formales y esperar, de ellas, una solución definitiva. Los hombres son capaces de doblar fácilmente la forma exterior y darle su propio sello espiritual.

Sólo podrá transmutarse cuando haya personas adecuadas para ello. Son más las revoluciones ganadas en el primer asalto, que las ganadas captadas y detenidas.

La revolución no es ningún estado permanente, no debe convertirse en estado duradero. Hay que conducir la corriente libre de la revolución al lecho seguro de la evolución. Lo más importante de tal caso es la educación del hombre. El estado actual debe ser mejorado, y los hombres que lo encarnan deben ser educados en el concepto del Estado nacionalsocialista. No hay que destituir a un economista cuando sea un buen economista, mas no nacionalsocialista, sobre todo si el nacionalsocialista que se va a poner en su lugar no sabe nada de economía.

Lo decisivo en la economía son los conocimientos, el saber. La misión del nacionalsocialista es garantizar el desenvolvimiento de nuestro pueblo. Pero no hay que andar buscando si aún hay algo que revolucionar, nuestra misión es más bien asegurar posición tras posición, a fin de sostenerla y ocuparla paulatinamente de una manera ejemplar. Tenemos que ceñir a esto nuestros actos por muchos años y contar en intervalos muy largos. Con disposiciones unificadoras teóricas no le proporcionaremos pan a ningún obrero. La Historia no emitirá su juicio sobre nosotros según que hayamos destituido y encarcelado al mayor número posible de economistas, sino según lo que hayamos logrado para proporcionar trabajo.

Tenemos hoy el poderío absoluto para imponer nuestra voluntad. Pero conviene que las personas destituidas sean substituidas por otras mejores. Al economista hay que juzgarlo en primer término según sus facultades y capacidades económicas, y claro está que debemos mantener en orden el aparato económico. Con comisiones, organizaciones, construcciones y teorías económicas no eliminaremos nunca la falta de trabajo. Lo que importa ahora no son programas o ideas, sino el pan diario para cinco millones de hombres. La economía es un organismo vivo que no se puede transformar de un golpe. La economía se desarrolla conforme a leyes primitivas que arraigan en la naturaleza humana. Los porta-bacilos intelectuales que procuran penetrar ahora en la economía, ponen en peligro al Estado y al pueblo. No hay que rechazar la experiencia práctica por estar contra una idea determinada. Si nos presentamos con reformas ante el pueblo, tenemos que demostrar que entendemos las cosas y las podemos dominar.

¡Nuestra misión es: trabajo, trabajo y más trabajo!

De la consecución de trabajo obtendremos la más fuerte autoridad. Nuestro programa no se ha hecho para hacer hermosos gestos, sino para conservarle la vida al pueblo alemán. Las ideas del programa no nos obligan a proceder como locos y revolverlo todo, sino realizar prudente y precavidamente nuestro ideario. La seguridad política será a la larga tanto más grande cuanto más logremos cimentarla económicamente. Los gobernadores regionales están obligados a cuidar y serán responsables de que no haya organizaciones ni partidos, de cualquier naturaleza que sean, que se arroguen facultades gubernamentales, que destituyan a personas y ocupen cargos cuya competencia incumbe exclusivamente al Gobierno del Reich, o sea al Ministro de la Economía en todo lo que a esta se refiera. El partido es ahora el Estado. Todo el poder yace en manos del ejecutivo. Hay que impedir que el centro de gravedad de la vida alemana vuelva a emplazarse en sectores aislados o tal vez en organizaciones. Ya no hay más autoridad de una región o territorio parcial del Reich, sino únicamente del concepto de pueblo alemán.

(14 de octubre de 1933)

Cuando el pueblo alemán, confiando en las seguridades dadas por los catorce puntos del Presidente Wilson, rindió sus armas en noviembre de 1918, marcaba el final de una guerra de la cual eran responsables los hombres de estado pero no sus pueblos.

La nación alemana luchó tan heroicamente porque peleaban con la sagrada convicción de que se les había atacado sin razón, y que por lo tanto la verdad estaba de su lado. De la magnitud de los sacrificios que el pueblo alemán -que tuvo que apoyarse únicamente en sus propios recursos- realizó durante aquellos años, otras naciones raramente pueden tener idea. Si en los días que siguieron al armisticio, el mundo hubiera tendido su mano al oponente vencido con un espíritu de justicia, el género humano se habría ahorrado sufrimientos sin límite e incontables frustraciones.

Fue el pueblo alemán el que sufrió el más profundo desencanto. Nunca una nación vencida se esforzó tan seriamente en ayudar a reparar las heridas de sus antiguos enemigos, como lo hizo la nación alemana en los largos años durante los cuales se cumplieron las condiciones que se le habían impuesto. Si todos estos sacrificios no llevaron a una real y duradera paz entre las naciones, el motivo se encuentra en la naturaleza del tratado, el cual, en su intento de perpetuar la discriminación entre vencedores y vencidos, no podía sino perpetuar el odio y la enemistad. Las naciones podrían esperar de la guerra más grande de todos los tiempos, que se aprendiese la lección y que, especialmente en lo que respecta a las naciones europeas, ninguna ganancia podía compararse con la inmensidad del sacrificio, y como en ese tratado, la nación alemana fue castigada con la destrucción de sus armamentos para hacer así posible el desarme mundial, incontables millones creyeron que esta demanda era el signo de un creciente desarrollo.

El pueblo alemán destruyó sus armas, creyendo que sus antiguos enemigos cumplirían su parte de las obligaciones del tratado. El pueblo alemán cumplió la parte de su contrato con fanática sinceridad. El material aéreo, naval y terrestre fue destruido en número incontable. En lugar de un ejército que llegó a tener un millón de hombres, se estableció un pequeño ejército profesional, cuyas armas, totalmente inadecuadas, estaban establecidas de acuerdo con las demandas de los poderes victoriosos. Los destinos políticos de la nación estuvieron durante ese tiempo en las manos de aquellos hombres cuya perspectiva estaba dirigida hacia el mundo de los estados victoriosos.

La nación alemana tenía el derecho a esperar que, sólo por esta razón, el resto del mundo cumpliría su palabra de la misma manera que el pueblo alemán, con el sudor de su

frente, con profundas aflicciones y bajo terribles privaciones, fue cumpliendo sus partes del acuerdo.

Ninguna guerra puede congelar la corriente de los tiempos, ninguna paz puede ser la perpetuación de la guerra. Debe venir el tiempo en el que los vencedores y los vencidos encuentren de nuevo la forma de un común entendimiento y de una mútua confianza.

Durante una década y media la nación alemana había esperado con la esperanza de que el final de la guerra nos llevaría al final del odio y la enemistad. El objeto del Tratado de Versalles, sin embargo, no parecía dar al género humano una paz duradera, sino que perpetuaba para siempre el odio.

Los resultados eran inevitables. Cuando el derecho se somete a la fuerza, un estado permanente de inseguridad será la consecuencia y dicho estado estorba e interfiere en todas las funciones normales de la vida de la nación. Cuando se concluyó el Tratado, se olvidaron de que el mundo no puede ser reconstruido con el esclavizado trabajo de la nación vencida, sino sólo con la confiada cooperación de todos, y a este fin, la primera necesidad era la destrucción de la psicosis de guerra. Esta claro que la cuestión problemática de la culpabilidad de la guerra no puede ser establecida históricamente por los vencedores, obligando a los vencidos a firmar una confesión de su culpa. Seguramente, esta culpabilidad, puede verse mejor en el mismo contenido del tratado.

La nación alemana estaba profundamente convencida de que no era suya la responsabilidad del estallido de la guerra.

Los otros actores de esta tragedia probablemente tenían la misma convicción. Por lo tanto, es mucho más necesario entonces que todós nos esforzásemos para que no se desarrollara un sentimiento de enemistad a través de este general convencimiento de inocencia, y de que el recuerdo de esta catástrofe no sirviera de cultivo artificial de tal sentimiento. La perpetuación artificial de los términos “vencedor” y “vencido”, no debe permitirnos crear una permanente desigualdad que llenó a unos de un sentimiento de disculpa y a los otros de una eterna amargura.

Es muy probable que después de una enfermedad, que haya sido creada artificialmente durante tanto tiempo, ciertos síntomas poco agradables hayan hecho su aparición en el cuerpo humano.

La pérdida de una actividad comercial fue sucedida de una no menos peligrosa fiebre en el mundo de la política.

¿Cual era el sentido de la Guerra Mundial si produjo no sólo a los vencidos, sino a los vencedores, únicamente una serie de catástrofes económicas? La prosperidad de las naciones no se había incrementado y su fortuna política, así como la satisfacción popular, no había recibido ningún profundo cambio en cuanto a una mejora. Los ejércitos de parados crecieron en la nueva sociedad, y así como las estructuras económicas de las naciones se habían derrumbado hasta sus mismos cimientos, empezaron también a aparecer alarmantes grietas en las estructuras sociales.

Fue Alemania la que más tuvo que sufrir los resultados de este tratado, y la inseguridad general que se había producido, afectó a Alemania más que a otras naciones.

El número de parados creció hasta llegar a un tercio del número normal de empleo en el país. Esto significaba que en Alemania, con una población de 65 millones, contando las familias de los parados, 26 millones de personas no solo no tenían medios de subsistencia, sino que el futuro no les tenía reservado absolutamente nada.

Era solo cuestión de tiempo el momento en que este ejército económicamente de parias, se convertiría en un ejército de fanáticos política y socialmente extraños al mundo.

Una de las más antiguas naciones del mundo civilizado, permaneció, con seis millones de comunistas, al borde de la catástrofe, que únicamente los estúpidos no veían. Una vez el fuego rojo se hubiera extendido sobre Alemania, los países occidentales de Europa habrían aprendido pronto que no era un asunto de indiferencia el que en el Rhin y en el Mar del Norte, una creciente y revolucionaria fuerza asiática cayera sobre ellos, o que el país estuviera poblado por unos pacíficos campesinos alemanes y trabajadores que tan solo deseaban ganarse el pan diario en amistad con sus vecinos del mundo occidental.

Al salvar a Alemania de esta amenazante catástrofe, el movimiento nacionalsocialista, salvó no sólo al país, sino que hizo un servicio histórico a toda Europa.

Y la revolución nacionalsocialista tenía un solo ánimo: La restauración del orden en el país, el proveer de trabajo y paz a las masas hambrientas y la proclamación del honor, lealtad y decencia como las bases principales de la moral nacional, y esto no podía hacer daño a otras naciones sino que era un bienestar para todos. Si el nacionalsocialismo no hubiera representado los más altos ideales, nunca hubiera tenido éxito y no hubiese podido salvar al país de la catástrofe. Hemos permanecido fieles a estos ideales, no sólo durante la lucha por el poder, sino desde que hemos conseguido este poder.

Nosotros fuimos los que luchamos contra toda la degeneración y deshonorabilidad que se había desarrollado en nuestra nación desde el fatídico Tratado de Versalles. Fue nuestro movimiento el que se ocupó de restaurar los modelos de honor, verdad y decencia, sin respetar a los individualistas:

Hemos conducido durante ocho meses una valiente campaña contra este comunismo que amenaza nuestra nación entera, nuestra cultura, nuestro arte y nuestra moral pública. Hemos acabado con los que niegan a Dios. Hemos de agradecer humildemente al Todopoderoso, el que no haya permitida que nuestra lucha contra el paro y el desastre y la salvación del campesino alemán, haya sido en vano.

Dentro de la estructura del programa para el cual habíamos pensado emplear cuatro años, hemos logrado, en ocho cortos meses, reintegrar en el proceso de producción a dos millones y cuarto de los seis millones de parados.

El mejor testigo de estos tremendos logros es la propia nación alemana. Y ello prueba al mundo lo sólidamente que permanece al lado del régimen que no tiene otro propósito que, a través de su pacífico empeño y su tenaz moral, el cooperar en la reconstrucción del mundo que todavía hoy es infeliz

Sin embargo, el mundo al que no dañamos en absoluto y al que sólo le pedimos que nos deje trabajar en paz, nos ha sumergido durante meses en un mar de mentiras y calumnias. Mientras en Alemania estaba en proceso la revolución, que, al revés de las revoluciones francesas y alemanas, no incurrió en masacres y asesinatos, ni destruyó edificios ni obras de arte como en los tiempos de la comuna de París o las revoluciones rojas de Baviera y Hungría,

sino al contrario, no rompió un solo vidrio de una tienda, no saqueó ni un solo almacén ni dañó una sola casa. Agitadores sin escrúpulos han extendido una corriente de historias atroces que sólo pueden ser comparadas con aquellas que se manufacturaron en los comienzos de la guerra.

Miles de americanos, ingleses y franceses han visitado Alemania estos meses, y han sido capaces de testificar como testigos de que no hay ningún país en el mundo en donde la ley y el orden sean mejor mantenidos que en la Alemania del presente. De que en ningún país del mundo la persona y la propiedad están más respetadas que en Alemania, de que, por otra parte, no hay quizá ningún país en el mundo donde se oponga una lucha más rigurosa contra aquellos elementos criminales que creen tener libertad para desarrollar sus más bajos instintos en detrimento de sus conciudadanos. Estos elementos y sus comunistas sostenedores, están haciendo lo máximo para poner a las gentes honestas y decentes unas contra otras.

El país alemán no tiene razón para envidiar al resto del mundo la adquisición de estos elementos. Estamos convencidos de que unos pocos años serán suficientes para abrir los ojos a los miembros decentes de las otras naciones y que conozcan el valor real de estos “valiosos” elementos, los cuales en el papel efectivo de refugiados políticos, han desaparecido de la escena de sus más o menos escrupulosas actividades económicas.

Pero... ¿que hubiera dicho el mundo de nosotros si hubiesernos tratado de establecer un “juicio jurídico” en favor de un individuo que hubiera intentado quemar el Parlamento Británico, un juicio cuyo único propósito sería el poner a la justiciabritánica y sus administradores por debajo del nivel de tal canalla? Como alemán y nacionalsocialista no estaría interesado en defender, en Alemania, a un extranjero que en Inglaterra hubiera tratado de minar el Estado y sus leyes o quizá destrozar el prototipo de la Constitución Británica.

Y aunque este individuo fuera alemán -de cuya desgracia espero que Dios nos libre- no deberíamos protegerlo, sino solo lamentar profundamente el que tal infortunio cayera sobre nosotros, y desear una sola cosa, principalmente, que las justicia británica librara al mundo de tal peste.

Pero, por otra parte, tenemos suficiente para indignarnos del espectáculo de que oscuros elementos tengan el único propósito de intentar deshonar a la Suprema Corte de Justicia Alemana, y lamentamos profundamente el que tales métodos sean usados para indisponernos con otras naciones, de las cuales sabemos que son, en realidad, muy superiores a tales elementos, naciones con las que deseamos tener una sinceras relaciones de amistad y respeto.

Estos individuos inferiores y perniciosos han tenido éxito en producir en el mundo una psicosis. He aquí un ejemplo claro: A aquellos elementos que hacen tanto ruido sobre la opresión y la tiranía del desafortunado pueblo alemán por los dirigentes nacionalsocialistas, protestan por otro lado, con una absoluta desvergüenza, diciendo que las propuestas alemanas de paz, no tienen valor porque han sido hechas por unos cuantos ministros nacionalsocialistas o por el Canciller del Reich mientras que el pueblo alemán clama por la guerra.

Así se presenta a la nación alemana al mundo, unas veces como digna de lástima, miserable y oprimida, y otras veces, cuando les conviene a tales elementos, como brutal y agresiva.

Me congratulo del sentido de justicia que apuntó el Primer Ministro francés Daladier en la última charla, al expresarse con frases de conciliación y comprensión, por las cuales se ha ganado la gratitud de incontables millones de alemanes.

La Alemania nacionalsocialista no tiene otro deseo que el dirigir la competición de las naciones europeas, una vez más hacia aquellos canales en los cuales ha dado a la humanidad entera, un ejemplo de honorable rivalidad y al mismo tiempo unos tremendos principios de civilización, cultura y arte que hoy enriquecen y embellecen el mundo.

También nos congratulamos de corazón de las seguridades que el Gobierno Francés, bajo su presente líder nos ha dado, diciendo que no desea ofender o humillar a la nación alemana. Solo lamentamos el hecho demasiado trágico de que estas dos naciones, frecuentemente en su historia, hayan vertido la sangre de su mejor juventud en el campo de batalla.

Hablo en nombre de la nación alemana entera cuando digo que todos nosotros deseamos sinceramente apartar una enemistad cuyos sacrificios están fuera de toda proporción de cualquier posible ganancia.

El pueblo alemán está convencido de que su honor ha permanecido puro y constante después de mil batallas, y en forma igual ve en el soldado francés únicamente a su antiguo, pero glorioso enemigo. Nosotros, y la nación alemana entera, deberíamos estar felices al pensar que podemos ahorrar a nuestros hijos y a los hijos de estos, lo que nosotros como hombres honorables hemos tenido que contemplar en los largos y amargos años que nosotros mismos tuvimos que sufrir. La historia de los últimos cientocincuenta años, con todos sus variados cambios y suertes, nos debería haber enseñado al menos una lección: la de que los cambios importantes y permanentes no pueden ser adquiridos con el sacrificio de la sangre. Yo, como nacionalsocialista, y todos mis seguidores, rechazamos absolutamente, sin embargo -por medio de nuestros principios nacionales- el conquistar con el coste de la sangre de aquellos que amamos y nos son queridos, hombres y mujeres de una nación extranjera, los cuales, en cualquier caso, nunca nos querrán. Sería un día de incalculable bendición para la humanidad entera si las dos naciones, de una vez por todas, abandonaran la idea de la fuerza en sus relaciones mutuas.

La nación alemana está preparada para hacerlo.

Mientras valientemente sostenemos los derechos que los tratados nos dan, también declaro igualmente, con el mismo valor, que en el futuro no habrá para Alemania conflictos territoriales entre los dos países.

Después del retorno del Sarre al Reich sería absurdo pensar en una guerra entre los dos estados. Para tal guerra, desde nuestro punto de vista, no habrá jamás ninguna excusa moral o razonable.

Porque nadie puede pedir que millones de jóvenes vidas sean destruidas en orden a corregir las actuales fronteras. Tal corrección sería de una magnitud problemática e incluso de más problemático valor.

Pero cuando el Primer Ministro francés Daladier pregunta porque la juventud alemana desfila en formaciones regulares, entonces yo contesto que no lo hacen en forma de demostración contra Francia, sino para demostrar y dar prueba de la determinación política que fue necesaria para derrotar al comunismo y para mantener quieto al comunismo. Solo hay en Alemania una fuerza armada, y esta es su ejército. Por otro lado, la organización nacionalsocialista solo conoce un enemigo y este es el comunismo. Pero el mundo debe aceptar el hecho de que, con la finalidad de proteger a nuestra nación de este peligro, el país alemán escoga estas formas para su organización interna, las cuales nos garantizan el éxito.



Si el resto del mundo se atrinchera a sí mismo en fortalezas indestructibles, construye enormes escuadras aéreas, construye gigantescos carros de combate e inmensas armas de tiro, no pueden hablar de amenazas cuando la Alemania nacionalsocialista marcha en filas completamente desarmadas, dando así a la comunidad nacional una visible expresión de protección efectiva.

Pero cuando el Primer Ministro francés pregunta porque Alemania demanda armas que, después de todo, serán abolidas más tarde, está en un error.

La nación alemana y el Gobierno Alemán no han pedido armas, sino igualdad de derechos. Si el mundo decide que todas las armas, hasta la más pequeña, han de ser abolidas, estamos preparados a efectuarlo de una vez. Si el mundo decide que ciertas armas han de ser destruidas, estamos preparados a renunciar a ellas desde el principio, pero si el mundo autoriza ciertas armas para todas las naciones, entonces, en principio, no estamos preparados para permitirnos a nosotros mismos ser excluidos de esto como una nación inferior.

Si nosotros, por lo tanto, mantenemos honorablemente nuestra convicción, debemos tener la confianza de las otras naciones, mucho mas que si estuviésemos dispuestos, a pesar de nuestra convicción, para aceptar términos humillantes y deshonorosos. Con nuestra firma representamos a la nación entera. Deshonrados y frágiles negociadores son simplemente repudiados por su propia nación.

Si estamos preparados para concertar tratados con ingleses, franceses o polacos, deseamos concertarlos con hombres que piensen, ellos mismos, como ingleses, franceses o polacos, y que actuen en nombre de su nación. Porque no deseamos concluir pactos con agentes subordinados sino con naciones.

Y si no tomamos acciones contra negociadores sin escrúpulos, no son estos agitadores, sino, lamentablemente las naciones, las que tendrán que expiar con su sangre por los pecados de estos envenenadores de la atmósfera internacional.

Antaño los gobiernos alemanes confiaron en la Liga de Naciones con la esperanza de que ésta podría ser un forum para un justo discernimiento de los intereses nacionales, y, al fin y al cabo, para una honesta reconciliación entre antiguos oponentes.

Pero el requisito fundamental para ello era el reconocimiento de la restauración final de igualdad de derechos para la nación alemana.

La nación alemana tomó parte en la Conferencia de Desarme con la misma condicion.

El ser descalificados al grado de miembro sin igualdad de derechos en tal institución o conferencia, significó una incalificable humillación para una nación de sesenta y cinco millones de habitantes con sentido del honor y, para un gobierno, con un igualmente fuerte sentido del honor.

La nación alemana ha cumplido de sobra sus obligaciones con respecto al desarme. Ahora ha llegado el turno de los estados fuertemente armados el cumplir obligaciones similares en un grado no menor. El gobierno alemán no toma parte en esta Conferencia con el propósito de regatear unas pocas armas para la nación alemana, sino para cooperar como un factor con iguales derechos en el apaciguamiento general del mundo. Alemania no tiene menos derecho a la seguridad que otras naciones. Si el primer ministro inglés Mr. Baldwin lo representa de una forma tan obvia, según la que, para Inglaterra el desarme sólo puede ser

comprendido como el desarme de los estados más altamente armados, simultaneamente con un incremento del propio armamento inglés a un mismo nivel, entonces no sería correcto reprochar a Alemania, el que como miembro de la Conferencia con iguales derechos, mantenga el mismo punto de vista en su propio caso. Alemania pide que esto no constituya ninguna amenaza para los otros estados. Ya que los trabajos defensivos de otras naciones están concebidos para resistir las más poderosas armas defensivas, Alemania no pide ninguna arma ofensiva sino únicamente aquellas armas defensivas que no están prohibidas ni aún para el futuro.

Y en este caso, también Alemania está preparada desde el principio para contentarse cuantitativamente con un mínimo, que está fuera de toda proporción en relación con los gigantescos almacenes de armas defensivas y ofensivas de sus antiguos enemigos.

La descalificación internacional de nuestra nación, entendida según el hecho de que los derechos elementales están garantizados para cada nación y denegadas sólo a nosotros, lo sentimos como la perpetuación de una discriminación que es para nosotros intolerable.

Ya establecí en mi discurso de paz en mayo que bajo tales condiciones, lamentándolo, no estaríamos por más tiempo en situación de permanecer en la Liga de Naciones o tomar parte en conferencias internacionales.

Los líderes de la Nueva Alemania no tienen nada en común con los traidores burocráticos de noviembre de 1918.

Todos nosotros, justamente como cualquier inglés decente y cualquier decente francés cumplimos nuestras obligaciones con nuestra patria con riesgo de nuestras vidas. No somos responsables de la guerra, ni somos responsables de lo ocurrido durante ella. Solo nos sentimos nosotros mismos responsables de lo que cada hombre de honor ha de hacer cuando su nación lo necesita, que es simplemente lo que nosotros hicimos.

Nos unimos a nuestra nación con el mismo infinito amor que nos lleva de todo corazón a desear con las otras naciones, una comprensión que nos esforzamos en lograr. Sin embargo, como representantes de una honorable nación y también como hombres de honor, es imposible para nosotros ser miembros de una institución en unos términos que sólo pueden ser aceptados por un hombre que carezca en absoluto de sentido del honor.

En lo que a nosotros respecta, carece de interés el que en el pasado fuese posible formar parte de acuerdos internacionales en términos tan humillantes. No vale la pena examinar la cuestión. Los representantes de Alemania podían ser los más destacados, pero sin duda no estaban apoyados por los mejores de nuestro pueblo.

Creemos que el mundo ha de tener interés en negociar con hombres de honor y no con elementos de dudoso carácter, y concluir acuerdos, pero en ese caso se han de tener en cuenta los honorables sentimientos de tales regímenes, estando empero contentos, como lo estaríamos nosotros, de estar asociados con hombres de honor.

Esto es fundamental, pues únicamente en esta atmósfera se lograrán las medidas que nos guíen a un real apaciguamiento de las naciones, pues el único espíritu posible en tales conferencias ha de ser el de una honesta comprensión, de otra forma los mejores deseos están condenados al fiasco desde un principio.

Desde que supimos que los representantes oficiales de un buen número de grandes poderes no estaban dispuestos a considerar la verdadera igualdad de derechos para la Alemania actual, fue también imposible para nuestra Alemania continuar en compañía de otras naciones en tal situación indigna.

Los tratados hechos por la fuerza, si se ponen en práctica, traen como consecuencia lógica la ruptura de la Ley Internacional.

El Gobierno alemán está profundamente convencido de que su llamada a todo el país alemán probará al mundo entero que el amor a la paz que tenemos, así como los puntos de vista en cuanto al concepto del honor, representan los anhelos de paz y el código de honor de una nación entera.

De cara a probar este aserto, he decidido pedir al Presidente del Reich la disolución del Parlamento alemán y por medio de una elección genera, combinada con un plebiscito, dar la posibilidad a la nación alemana de hacer una declaración histórica no sólo en el sentido de probar los principios del Gobierno sino también en una incondicional asociación con él.

Tal vez el mundo se convenza, con esta declaración, que en la lucha por la igualdad de derechos y el honor, la nación alemana declara que mantiene los mismos idénticos puntos de vista que su gobierno, y que ambos están inspirados de corazón del único deseo de cooperar a poner fin a una era de errores trágicos y de lamentables querellas y luchas entre aquellos que, como habitantes de un continente de la más grande importancia cultural, tienen una común misión que cumplir en el futuro para la humanidad entera.

Tal vez esta demostración de nuestra nación en favor de la paz y el honor tenga éxito en base a suministrar a las relaciones internas de los estados europeos los requisitos necesarios, no sólo para poner fin a las luchas y disputas mantenidas durante siglos, sino también para construir de nuevo una mejor comunidad de naciones, y especialmente el reconocimiento de una alta labor común fundamentada en unos derechos comunes de igualdad.

#### EN EL SPORTPALAST DE BERLIN

(24 de octubre de 1933)

Mis compatriotas:

Cuando en esta vida se han de tomar decisiones difíciles, es siempre bueno mirar hacia atrás, hacia el pasado, para comprobar si la decisión a tomar es correcta y si está avalada por los hechos del pasado, así como prever lo que en el futuro pueda suceder.

Por todo ello primero quiero repasar el pasado, no para abrir viejas heridas, sino simplemente para comprobar hechos. Hemos de actuar así y no podemos hacerlo de otra manera, sino queremos entregar al mundo nuestra existencia como gran pueblo y con ello nuestra seguridad.

De la historia hemos aprendido que, a la larga, el derecho a la vida solo es concedido a aquellos pueblos que están dispuestos a defender su existencia y su honor ante todo el mundo.

Cuando la revoluci3n del a1o 1918 forzó a la rendici3n, la dimos en el nombre de muchos alemanes, a un presidente de estado comprensivo, el presidente Wilson. Así termin3 una lucha que el pueblo alem3n, no nos cansaremos de repetirlo, no quiso nunca. Si el pueblo

alemán y con él su gobierno hubiesen querido la guerra, entonces ésta se hubiera manifestado en circunstancias totalmente diferentes.

No queremos ahora discutir sobre quién tuvo en realidad la culpa. Fue una desgracia de la que fueron los hombres culpables. Sin embargo, algo tenemos claro: nuestro pueblo no quiso la guerra, se produjo sobre nosotros como se produciría sobre otros pueblos. El pueblo alemán únicamente defendió su vida y su existencia con valor. Y si entonces estuvimos convencidos de que teníamos que defender nuestra libertad, el Tratado de Paz de Versalles no vino sino a confirmarlo al mostrarnos lo que nos esperaba con la derrota.

¿Qué es lo que hizo entonces el pueblo alemán? Nada diferente de lo que hicieron también otros pueblos: cumplir con su deber. El hecho de que al final tuviésemos que rendirnos, fue para nosotros una gran desgracia, pero no un deshonor.

Nos defendimos con valor hasta el último momento. Únicamente cuando vimos que toda defensa era inútil por culpa de la revolución de nuestra patria, decidimos rendirnos en base a las promesas que nos fueron hechas. Sabíamos de sobra que el poder de ordenar la paz lo detentaría el vencedor, pero es claro que el vencedor no puede interpretar dicho poder como un aval moral que le permite declarar al pueblo vencido como de segunda clase para toda la vida, especialmente cuando la rendición se basó en las promesas hechas al pueblo alemán.

Nosotros nos rendimos en un momento en el cual existía el peligro de que toda Europa fuese entregada al bolchevismo y es éste un hecho que no solamente vemos hoy, sino que se veía en aquel entonces, pues frecuentemente una rendición militar puede convertirse en desgracia irremediable para todo un pueblo, perdiendo su estabilidad y sumiéndose en el caos y, un hecho de esta naturaleza, no puede ser indiferente a los demás pueblos.

Cuando un pueblo es destruido, es debido a un virus que, una vez creado, continua con su labor destructora. Este peligro de infección no ha disminuido desde entonces, sino que más bien se ha agravado. Las consecuencias de esta enfermedad las hemos de ver claramente. Una Europa del Este totalmente comunista sería irremediabilmente catastrófico, pues si en una zona donde a 82 campesinos les corresponden 18 habitantes de ciudad, se ha llegado a tal extremo que millones de personas no pueden comer, que no ocurriría en una zona donde a cada 25 campesinos les corresponden 75 personas de la ciudad. La catástrofe sería impresionante.

Cuando firmamos el Tratado de Paz esperábamos que el resto del mundo se diera cuenta de este problema, pero no fue así. Se pactó la paz, sin tener en cuenta la realidad ni la propia razón. ¿Cómo es posible obligar al vencido, negarle todo honor y declararle culpable para siempre? Esta paz no fue tal, sino que sirvió únicamente para eternizar el odio entre los pueblos.

Cuando leemos los 440 artículos de que consta el Tratado, en la mayoría de ellos enrojecemos de vergüenza. Esa paz no es comparable a ningún hecho similar de tiempos pasados.

En 1870, por ejemplo, nadie puede dudar de la causa de la guerra y, tampoco, de que nosotros fuimos los vencedores, pero... ¿qué es a lo que obligamos nosotros a los vencidos? Únicamente la pérdida de una región que fue en el pasado territorio alemán; unas reparaciones económicas absolutamente ridículas en relación con la riqueza de los vencidos de entonces y pagadera en tres años y en absoluto, ninguna clausula que despreciara el honor del pueblo vencido, nada en absoluto que pudiese en el futuro ser una afrenta para los vencidos. Tam-

poco, indudablemente, ningún entorpecimiento para su propia evolución, para sus posibilidades y ni un mínimo intento de mantener hundido su ejército para todos los tiempos. No, ninguna de estas cosas tuvo lugar. Después de tres años Francia fue libre otra vez por completo.

Sin embargo el último Tratado de Paz muy poco tuvo que ver con estas cláusulas mencionadas basadas en la razón. ¿Qué tiene sino que ver con la razón el constatar que no se puede borrar del mundo a un pueblo de 65 millones de habitantes quitándoles por otro lado toda posibilidad de vivir? Este Tratado se asentó sobre un error capital, el que la desgracia de unos sería la suerte de los otros. Se pensó que el hundimiento del mercado de los unos iba a constituir el florecimiento del mercado contrario. Hoy día este razonamiento ha cambiado, pues se ha podido comprobar que es imposible excluir a una nación de 65 millones de habitantes del mercado internacional, sin que el resto del mundo no se vea afectado. El paso de los años ha demostrado que un hecho así tarde o temprano había de afectar a todos y a todos afectó.

El lema: “Perjudica hasta donde puedas a tu enemigo” se ha demostrado inútil en el mercado internacional. De este lema surgió el tema de las reparaciones por un lado y el del mercado internacional por el otro. Se nos cargó con el deber de las reparaciones por un lado y por el otro se nos quitaron todos los medios para poder cumplirlas. He ahí una contradicción que será absolutamente incomprensible en el futuro a los historiadores.

¿Cuando se ha pactado en el mundo alguna vez una paz donde simplemente se dice: “este pueblo se obliga a pagar lo que a continuación se exige”?, pero... ¿que es lo que se exige? Nunca se llegó a este respecto a una conclusión definitiva. Las cantidades se movían entre 100 y 200 billones, cantidades que, por su misma naturaleza eran imposibles de pagar, pero que bastaron para llevar a cabo una destrucción total de la vida económica del mundo entero. Porque una cosa estaba clara, y es que esas exigencias nunca podrían ser cumplidas. Si se quería pagar se tenía que cambiar la culpabilidad política por la económica, pero ello significaría únicamente el cambiar la contribución antigua por dividendos. Lo que se traduciría en que los dividendos tendrían el mismo efecto que antes las contribuciones. El pueblo alemán tenía que echarse enseguida sobre el mercado mundial, tenía que producir con más fuerza. Los otros pueblos, gracias a sus deudas de la guerra harían exactamente lo mismo. Así vivimos durante 15 años una lucha impresionante por el mercado mundial. Pero todo ello no era hecho para hacer felices a los pueblos, para poder facilitarles la vida, no, sino para pagar reparaciones y dividendos, los cuales únicamente se podían pagar con valores internacionales.

Es entonces cuando empieza aquella lucha que llega al extremo haciendo que un pueblo tras otro se vea obligado a las nacionalizaciones, lo cual les impone nuevas cargas de capitales y saca más y más trabajadores del proceso productivo. Cuanto más avanza este proceso, más grande se hace la competencia por los mercados mundiales. Entonces se añade a ello la guerra de los valores y entonces las naciones amenazadas por un peligro fantasma, se destruirán unas contra otras.

El proceso de la ruina del mercado internacional lo hemos dejado atrás hace ya 14 años. Los resultados ahí están. Esta paz que tenía que curar al mundo de sus heridas, esta paz en verdad ha empujado al mundo a una verdadera desgracia. Ejércitos de millones de parados son los testigos vivientes del poco espíritu de los que inventaron el Tratado. Ahora, cuanto menos, se ha instaurado una mayor justicia que se ha vengado de esos irrazonables, no únicamente de los vencidos sino también de los vencedores. No existe otro veredicto más claro y concluyente sobre este Tratado de Paz que el hecho de que, no sólo se vieron

perjudicados los vencidos, sino que la desgracia de éstos no dió a los vencedores ningún provecho. Y todo ello es debido a que, a la larga, no es posible edificar el orden mundial sobre el odio universal. A la larga no se puede construir una unidad en Europa en la cual no tengan todos los mismos derechos. Esto es a la larga, repito, incomprensible y tarde o temprano llevará a la destrucción de una unidad de esta clase.

Nadie puede negar que después de 13 años, este Tratado de Paz no ha llevado la paz a Europa, sino que ha llevado intranquilidad eterna, desconfianza, odio, inseguridad, desesperación. Y así como se actuó sin consideraciones de mercado, en forma igual se actuó políticamente. Veamos solo un ejemplo: Entre Polonia y Alemania se construyó el corredor. En aquel momento hubiese sido posible encontrar otra solución. En Europa hay alemanes y en Europa hay polacos. Ambos se han de acostumbrar a vivir como vecinos. Ni los polacos pueden borrar del mapa a Alemania, ni nosotros borrar a Polonia. Sabemos que ambos existen y que ambos han de vivir conjuntamente. ¿Por qué se les puso entonces entre sus vidas un objeto de disputa? En aquel momento los poderosos podían hacer cualquier cosa ¿por qué tuvieron que hacer esto? Lo hicieron solamente para eternizar el odio, lo hicieron solamente para separar a dos pueblos que podrían vivir juntos en paz. Es indudable que hubiese podido encontrarse otro camino haciendo justicia a ambos países, pero no se quiso hacer. Esta paz tenía un único pensamiento: ¿Cómo podemos -en forma artificial--mantener la guerra entre los países? Es claro e indudable que de esta manera no se llega a contentar al mundo ni a callar a los ejércitos, sino que este camino conduce a una guerra más grande y a una evolución cada vez mayor de los ejércitos.

Sabemos también lo que entonces se prometió. Se dijo: “El mundo está armado únicamente porque los alemanes están armados, por lo tanto los alemanes se han de desarmar, para que el mundo entero también pueda hacerlo”. Muy bien, nosotros nos hemos desarmado. Nadie puede negarlo en una u otra forma. Jamás un pueblo ha destruido y llevado a la chatarra, casi se podría decir que en forma suicida, todas sus armas como el pueblo alemán lo hizo. Entonces nosotros éramos un pueblo fuerte, teníamos uno de los más grandes ejércitos y nos desarmamos casi hasta llegar a cero. El mundo podría habernos seguido en este proceso de no haberlo evitado en forma artificial. Lo podría haber hecho con más facilidad, no pudiendo alegar que Alemania era belicista. 13 años tuvieron para entenderse con el pueblo alemán, en una época en que no gobernábamos nosotros, sino nuestros adversarios, hombres del mismo espíritu, demócratas, pacifistas mundialistas. ¿Por qué no se desarmaron? ¿No pretenderán decir ahora que el mundo se sentía amenazado de la Alemania de entonces? ¿No pretenderán ahora decir que desde el gobierno de Ebert hasta nuestros días, debido a sus bases democráticas, hubieran podido ser los gobiernos alemanes una amenaza para el resto del mundo democrático?

A los gobiernos anteriores se les puede reprochar de todo, pero una cosa nadie les podrá reprochar que hubieran tenido ganas de lucha y de guerra. No, primero se hizo un Tratado irrazonable y entonces se tuvo la sensación de que para guardar este Tratado eran necesarios ejércitos impresionantes. No es que todos los estados tuvieran tanto miedo de Alemania, esto sería demasiado honor para nosotros. No, ellos no se desarmaron. Pero resultaba agradable decir: todos nos desarmaríamos si no fuera porque existe Alemania. Ellos no se desarmaron y de esta manera entraron en la carrera de armamentos. En cambio el pueblo alemán siempre cumplió todos los pactos. La pregunta es simple; ¿Qué razón tiene una exigencia cualquiera, si el firmante sabe de antemano que no la va a cumplir? ¿qué razón tiene todo esto? Solamente una: llevar al mundo a una perpétua desconfianza, no permitir el apaciguamiento del mundo, llenarlo de odio y de esperanzas por un lado y, por el otro, desilusionarlos al mismo tiempo. A la larga sobre estos principios es imposible edificar la unión de los pueblos

y, también a la larga, sobre todo en Europa, los pueblos solamente pueden vivir si vuelven a una unión de esta clase. El tiempo demostrará que es imposible a unos vivir sin los otros.

Las consecuencias de todo lo ocurrido han sido dos. Por un lado una situación desesperada para nuestro pueblo y, por otro, una desesperación moral no menor. El mundo, por desgracia, no parece haberse dado cuenta de este hecho. En la mayoría de los casos nuestra desesperación solamente ha sido juzgada en forma artificial. Se hubieran tenido que tomar la molestia de entrar en nuestros cuarteles, en nuestras regiones más obreras, en nuestras ciudades proletarias, en las regiones de más sufrimiento, en la media Alemania, en Sachsen, y entonces se harían otras ilusiones sobre las realidades de su Tratado de Paz. Nosotros las conocemos. La economía de todo un país se ha destruido; millones de personas han perdido sus ahorros, cientos de miles sus existencias, todo un sector de campesinos ha ido, poco a poco, a la ruina, la clase media fue proletarizada, disminuyendo enormemente su standard de vida. Al final nos encontramos con 6 a 7 millones de parados. Todavía hoy es descorazonador saber que casi 4 millones no tienen trabajo pero hace apenas unos meses a 11 millones de población laboral correspondían 6 de parados. Este es el terrorífico resultado de una conciencia política en toda Europa, un resultado que no se limita a Alemania, sino que también se ha impuesto en las demás naciones. También en los otros países pudimos contemplar como la desgracia se multiplicaba poco a poco, como el desempleo tomaba formas similares.

A Alemania se añadió la pérdida de confianza de todo el pueblo, al contemplar la destrucción de nuestra estable situación financiera. Todo el pueblo alemán fue desposeído y llevado a la casi total destrucción. Y aquí tenemos que volver a repetir: ¿Cree el mundo, creen las personas que escriben sobre Alemania, que se puede aguantar eternamente un ejército de millones de parados sin que esto lleve a la destrucción total? Esta gente actúa como si para nosotros hubiese sido una distracción luchar contra todo esto, pero nosotros lo que hemos hecho es reanudar la lucha para poder detener la ruina total.

El camino que eligió Europa era el camino directo hacia el bolchevismo. Lo que hubiera significado este bolchevismo para Europa no hace falta decirlo.

Es evidente que en Alemania si es que había de llegar alguna salvación, se imponía reanudar la lucha contra los acontecimientos. Nosotros la hemos reanudado. Hacemos así lo mismo que ya hizo Italia en iguales circunstancias. Hemos intentado apartar a Alemania del precipicio y esto no ha sido fácil, ha sido realmente muy difícil. El pueblo alemán eligió un nuevo sistema para vencer su desgracia. Cuando nosotros el 30 de enero formamos un gobierno, sabíamos que no empezaba con él un tiempo de reposo, sino una época de interminable trabajo. No teníamos frente a nosotros una esplendorosa herencia, sino un derrumbamiento en todos los aspectos de la vida.

Teníamos que proceder con mucho valor y teníamos que tener una confianza absoluta para poder iniciar este trabajo. Hemos formulado un programa cuyo lema reza: Trabajar para arreglar poco a poco lo que se ha destruido.

Hemos levantado un programa gigante con una sola meta: Lucha contra el marxismo, lucha contra los comunistas. Pues en ellos vemos la destrucción del pueblo alemán y sobre todo la ruina del trabajador alemán.

Si yo me puse en contra del comunismo no fue por defender a 100.000 burgueses. Importaba poco si estos desaparecían o no, lo hicimos porque vimos a todo el pueblo alemán

en la ruina, a millones de sus trabajadores. Nadie podrá negar que tomamos esta lucha heroicamente.

Como segundo punto de nuestro programa nos propusimos luchar inmediatamente contra la destrucción política latente. Hemos formulado un programa y el que se oponga a su realización será nuestro enemigo y acabaremos con él. En base a ello hemos redactado el siguiente punto de nuestro programa: la lucha contra la lucha de clases. Tampoco en este caso se nos puede acusar diciendo: “os habeis puesto únicamente en contra de un solo bando”. No, hemos destruido a todos los que únicamente defendían su clase queriendo con ello hacer carrera política. De la misma manera que nos dirigimos a los trabajadores explicándoles: “Camarada, has de volver a tu pueblo con el que has de vivir y sin el cual te destruirás y no refugiarte en tu clase”, igualmente nos pusimos ante nuestros intelectuales y les dijimos: “Dejad el recuerdo de vuestra clase, dejad la soledad del partidismo. No creais que sois mejores”. Y así acabamos con sus partidos como acabamos con los otros. Poco a poco volvimos a despertar en el pueblo alemán la confianza, sobre todo la confianza en su propia fuerza. Son miles las personas que ven de nuevo el futuro de otra manera. Un nuevo espíritu ha entrado en nuestro pueblo. El pueblo alemán vuelve a creer en una vida nueva.

Pero además, también hemos iniciado la lucha por una nueva justicia. Queremos volver a restituir la confianza en nuestra justicia, y para ello nuestra base se asienta en que todos son ante la justicia iguales y no hemos vacilado ni un segundo en entrar hasta los Ministerios del Reich y castigar a quien actuaba mal sin tener en cuenta ni quien era ni de que ejercitaba. No menos queremos iniciar ahora la lucha para una mejor moral y tampoco en este caso actuamos teóricamente. Todo lo que hemos limpiado en Alemania en estos meses es increíble. Y este proceso de limpieza no se detendrá. Igualmente hemos iniciado la lucha contra el apartamiento de la Iglesia. Sin que por ello nos atemos a ninguna confesión determinada, hemos impulsado de nuevo la religiosidad, porque estábamos convencidos de que el pueblo necesitaba y necesita esta creencia, por ello hemos acabado con las organizaciones que no eran de Dios, no quedándonos en meras declaraciones. Y, sobre todo, hemos expulsado a sus curas de los partidos políticos y los hemos devuelto a la Iglesia. Es nuestro deseo que nunca más vuelvan a una zona que les quita honradez y en la que necesariamente se encontrarán enfrentados a millones de personas las cuales aunque en su fuero interno quieren ser creyentes, desean ver a los curas sirviendo a Dios y no a un partido político.

Pero sobre todo nos hemos impuesto una obligación gigante, llevar al trabajador alemán a la nación alemana. Si en un futuro se nos plantea la pregunta: “¿Cual es la que considerais la más importante acción?” entonces responderemos que haber conseguido integrar de nuevo al trabajador alemán en la nación y hacerselo ver diciéndole: “La nación no es un simple nombre, del cual tu no tienes parte, sino que eres tu mismo el soporte de esta nación, no te puedes separar de ella pues tu vida se halla unida con la de todo tu pueblo y esto no sólo es la raíz de tu fuerza sino también la raíz de tu vida”. Y esto nos llena de orgullo, pues hemos llevado a millones de personas que estaban llenos de recelos y que marchaban por mal camino, al buen camino de su nación a fin de que hagan de ella su soporte y se sientan orgullosos.

Había millones que no querían estar apartados. A ellos les abrimos la nación y les unimos con todos aquellos que, al igual que ellos mismos verían en su nación lo más estimable, lo que tenía que ser defendido por todos, porque para todos era la base para su propia vida. De esta manera se iniciaba la lucha por la mútua comprensión entre las diversas clases. Poco a poco hemos ido acercando unos a otros, y a los que me digan, “pero todavía no se ha conseguido ni mucho menos”, les contestaré: “Este movimiento es joven todavía. El movimiento acabará lo que ha iniciado”, y es entonces cuando empezó nuestra lucha por la



economía actual. Empezamos a destruir leyes, a rebajar impuestos que obstaculizaban la evolución de la economía. Hemos empezado a fomentar el tráfico. Una gran red de autopistas se construye en Alemania pensada para los años del futuro. Los canales son también ampliados y las actuales carreteras son igualmente ampliadas. Intentamos reconstruir nuestras propiedades. Hemos empezado la lucha por la renovación de nuestras finanzas. Ambiciosos proyectos económicos se han realizado o están en fase de realización. Al propio tiempo hemos saneado también el cuerpo burocrático, hemos agarrado la corrupción y dondequiera que la hemos encontrado la hemos eliminado. Hemos corregido todo lo injusto, sueldos demasiado elevados han sido reducidos. En cuanto al cuerpo diplomático, ese sí que ha sido bien limpiado. Ha sido un trabajo gigante, que ha durado meses y meses. Al mismo tiempo hemos iniciado la tarea de crear un Ministerio de Trabajo para protección de los parados y para fomento del empleo. Una enorme organización ha sido puesta en marcha. A las mujeres y a las jóvenes las hemos convencido de que se casen, sacándolas por vía de consecuencia de las fábricas para poder poner en su sitio a hombres. Hemos edificado la enseñanza del pueblo sobre una nueva base; para la salud del pueblo hemos creado centros nunca habidos. Ha sido un programa gigante en todos los campos, pero no nos hemos limitado a enunciarlo teóricamente. Puedo asegurar que desde hace 8 meses trabajamos día y noche para la realización del programa. Si logramos reducir el desempleo otra vez a dos millones y medio de personas, no habrá sido poco. Nuestros enemigos habrán de tomar buena nota. ¿Qué es lo que no habrían podido hacer ellos? Pero partiendo de mejores bases arrojaron nuestro pueblo al paro.

Solamente puedo decir una cosa, y es que aunque fallemos en algún aspecto podremos siempre afirmar en nuestra historia que no hemos sido ni cobardes ni vagos, sino que pusimos todos nuestros esfuerzos en la tarea. Sin embargo es imposible, en unos pocos meses, arreglar lo que otros destruyeron en 14 años. No, todo necesita su tiempo.

También hemos estabilizado el gobierno. Aquí no pasa como en otras naciones donde el gobierno no sabe si vivirá mañana porque los partidos no se ponen de acuerdo. Tenemos el valor de cargar a nuestro pueblo con el peso que le corresponde llevar. Estamos decididos a no capitular. Llegará el tiempo en el cual no se dirá. ¿Es que en aquel tiempo todos se ponían de acuerdo? sino que se dirá: Gracias a Dios que habeis hecho todo esto, pues gracias a vosotros se ha podido levantar nuevamente la nación. Esto es lo que Importa.

Miramos al futuro y podemos mirar bien lejos, porque. mientras el buen Dios nos deje aquí; difícil le será a cualquier persona eliminarnos.

Y el mundo... ¿qué hace? Pues en estos ocho meses se ha limitado a intentar humillarnos ante los demás. Pero... ¿Qué es lo que les hemos hecho? ¿Por qué no nos dejan en paz? Van diciendo: "Allí pasan cosas terribles". No, lo terrible pasó en Alemania por culpa del Tratado de Versalles. Por culpa del Tratado de Paz de Versalles más de 200.000 personas se quitaron la vida en Alemania, y eran personas honorables, personas honorables que no podían seguir viviendo porque este Tratado les quitó todas las perspectivas de vida y posibilidades. ¿Cuando, pregunto, se ha producido una revolución sin terror como la nuestra?

En los días en los cuales se produjo la revolución, había más orden en nuestro país que en cualquier otro en tiempos normales. ¿Cuántas banderas, enseñas honorables de Alemania, no han sido arrancadas de consulados alemanes? Pero... ¿Cual será el Estado que pueda decir que alguna de sus banderas haya sido retirada de nuestros edificios?

Pero aunque hubiera existido el terror, también podríamos aguantar la comparación con el habido en otras revoluciones. Claro que también tuvimos que poner barricadas en las calles,

pero esto no fue hecho porque el pueblo quisiera tirar piedras al gobierno, sino solamente porque gritaba a favor del mismo animándole. Siempre puedo mezclarme con el pueblo sin escolta policial. Todo el mundo sabe a donde voy y donde estoy en cada momento. No tengo ningún miedo de un ataque del pueblo contra mi persona. Al contrario, de lo único que tengo realmente miedo es de que algún día algún niño pudiera ser arrollado por mi coche.

Y si menciono la Revolución Francesa, entonces únicamente puedo decir que nosotros no hemos construido ninguna guillotina ni organizado ninguna "Vendeé" en Alemania. Incluso los elementos más horribles han sido expulsados de la nación. Pero lo que ocurre es que en el resto del mundo tampoco los quieren.

En Inglaterra se dijo que recibirían a todos los que estaban en apuros con los brazos abiertos, como era el caso de los judíos que huían. Inglaterra puede hacerlo. Inglaterra tiene grandes regiones. Inglaterra es rica. Nosotros somos pequeños y superpoblados, no tenemos posibilidades de vida. Pero sería mucho más bonito todavía si Inglaterra para acogerlos no hiciera necesario que llevase cada uno 1.000 libras y que dijera: "Todos pueden entrar, como nosotros lo hicimos durante 30 ó 40 años". Por suerte aunque nosotros declarásemos también que nadie podía entrar en nuestro país si no era trayendo para nosotros 1.000 libras, no tendríamos pese a todo el problema de los judíos.

Con ello demostramos de nuevo que nosotros, los bárbaros, somos de nuevo los más humanos, según demuestran los hechos. Además somos tan espléndidos que ofrecemos a los judíos un nivel de vida mucho más alto del que tenemos nosotros mismos. Pero junto al pueblo elegido, tenemos también al pueblo reprimido, al pueblo alemán y para él al fin y al cabo estamos aquí.

Pero esto no es ni mucho menos terror. Además, el pueblo alemán no ha sido nunca partidario de estos métodos, ni en el pasado ni en el presente. Si miramos hacia atrás veremos que, no hace tanto tiempo, la Revolución de las Comunas de París se hizo con mucho fuego, con muchos asesinatos y muchos fusilamientos. No quisiera tampoco poner a la revolución rusa como ejemplo. La verdad es que no deberían hablar de terror cuando se refieren a nosotros. Nuestro pueblo sigue tranquilamente su trabajo. En nuestras ciudades reina más tranquilidad que nunca en el pasado. Las personas son más felices de lo que hayan sido en los últimos años. La única desgracia que nos persigue está fuera de nosotros: Es el odio de nuestros enemigos.

Sin lucha, naturalmente, no hubiésemos podido llegar al poder, pero hemos llevado esta lucha con tanta disciplina, como ninguna revolución anterior a la nuestra a excepción de la fascista. Sólo los "emigrantes" tienen otra opinión. Es más fácil ir por el mundo político con banderas y frases. Es muy bonito andar por el mundo contando mentiras mientras en Alemania te busca la justicia. Sin embargo y en relación con la pequeña parte de emigrantes que de verdad están fuera por razones políticas, hemos de decir: "Somos felices de que se hayan marchado". No decimos: "Entregadnoslos", al contrario decimos: "¡Quedaros con ellos, cuanto más tiempo mejor!". Hasta ahora esta gente no había podido coaccionar las opiniones de otros países, pero ahora sí lo ha logrado. Podemos pensar que existe un libro negro, donde todo el pueblo alemán es acusado y humillado. Al respecto sólo puedo decir una cosa: ¿Que dirían los gobiernos de otros países si esto se realizara en Alemania? ¿Que dirían si en Alemania pudiera existir una propaganda que acusase a un ministro inglés de haber quemado el parlamento. Se declararía: "Esto no lo permitimos". Pues nosotros tenemos los mismos sentimientos de honor y no queremos que esa gentuza nos calumnie. Solamente queremos pedir a los otros pueblos que no crean a estos elementos, cuya única misión es crear odio entre las naciones.

Pero además, tampoco para los otros pueblos ha de constituir precisamente un honor que un pueblo tan grande como Alemania sea calumniado en tal manera. Creo firmemente que defendiendo el honor de mi pueblo cuando defendiendo el de los otros. No es ningún honor para un pueblo dejar que se critique a otro que únicamente cumple con su trabajo y que permita que difundan calumnias unos elementos que nunca hicieron ningún trabajo honrado sino que vivían únicamente del odio creado por ellos mismos y que aprovechaban en su favor. ¿Y que vamos a decir de que se organice un boicot contra nosotros? ¿Que inutilidad económica es esta de organizar un boicot? Un éxito de este boicot significaría que entonces podríamos comprarles menos que ahora. El resultado: la estupidez económica. Creo que este es el razonamiento del mundo entero, por cuyo motivo dicho boicot no ha tenido éxito, y los pueblos de honor se van librando de estas ideas. Me alegra que, tanto en Inglaterra como en América, este boicot tenga cada día menos seguidores.

Pero... ¿hasta cuando durará esta discriminación hacia nuestro pueblo? ¿O se nos dan los mismos derechos y entonces lo seremos, o no se nos dan y no lo seremos! ¿Que no nos vengan ahora con juegos de palabras, esto lo rechazamos! Nuestro honor lo apreciamos demasiado para venderlo así por las buenas. Hemos esperado 15 años y no es nuestra culpa que no podamos confiar más en promesas. Hubo un tiempo en que creímos en las promesas del presidente Wilson. El mundo no podrá decir que esas promesas se hayan cumplido y cuando entramos en la Sociedad de Naciones también creímos en la igualdad de derechos. El mundo, de nuevo, no puede negar que tampoco la tuvimos. Al menos nunca por medio de hechos. Y si ahora se declara que esta igualdad de derechos no se nos puede dar porque tenemos “espíritu guerrero”, he de manifestar que pronto dirán, si viene al caso, todo lo contrario. Por una lado dirán que “Alemania es disciplinada” y que “el pueblo es oprimido por unos locos” -esos somos nosotros- que afirmarán que “los locos hablan de paz, pero el pueblo tiene tantas ganas de guerra que no podemos confiar en él”. Dirán una cosa u otra según les convenga.

El mundo duda de nuestros deseos de paz, pero si hacemos declaraciones a favor de ella se dice que dichas declaraciones no merecen crédito, que se precisan pruebas. Si entonces preguntamos por las pruebas que necesitan se nos dice que Francia se siente amenazada. Bien, declaramos ante todo el pueblo que estamos dispuestos a tender nuestra mano a los franceses para reunirnos de nuevo y entonces la prensa dice que esto lo hacemos para alejarnos de Inglaterra, añadiendo que se trata de una “nueva intriga” que estamos proyectando. Pero bueno, ¿qué es lo que tenemos que hacer? Yo lo sé, ¡defender nuestro honor fuertemente y no abandonarlo nunca!

Según todo lo dicho la conferencia de desarme tiene por objeto una política por la cual los estados armados seguirán armándose más mientras la desarmada Alemania ha de proseguir en un desarme, hasta comprobar el absoluto desarme al cabo de unos años. A esto sólo podemos decir: ¡Nunca seguiremos estos sistemas!

Creemos en la paz, no vemos, tampoco, un peligro de guerra. Queremos vivir en paz con Inglaterra, queremos vivir en paz con Francia y también queremos vivir en paz con Polonia. Con Italia hace tiempo que mantenemos buenas relaciones. Sentimos admiración por aquel gran hombre de estado, admiramos su misión y le damos gracias por su ayuda. Queremos vivir en paz con todo el mundo, pero también queremos que los demás tomen de una vez consecuencias de esto y que sean consecuencia claras.

No dejaremos que nos traten de cualquier manera ni volveremos a firmar nunca algo que no debamos firmar porque vaya en contra de nuestro honor, y nadie nos podrá amenazar para que lo hagamos. No podemos obrar de otra manera. Si algún pueblo tiene ese derecho, ese es

el pueblo alemán. No podemos actuar de otra forma. Tenemos tras nosotros 15 años de sufrimientos, hemos podido ver hacia donde ha sido llevado nuestro pueblo. Este camino no queremos, no podemos tomarlo de nuevo. Hagan lo que hagan nunca nuestro pueblo alemán obrará sin honor. Sabemos que detrás nuestro está la nación alemana. Si hay hombres dispuestos a firmar bajo su responsabilidad cosas que luego no puedan cumplir, o que se hallen contra su honor, que lo hagan entre ellos. Nosotros no podemos hacerlo pues ello significaría dañar a la nación que se alía detrás nuestro. Yo personalmente puedo declarar que preferiría morir antes que firmar algo que fuese incomprensible e imposible para nuestro pueblo alemán.

Ruego al pueblo alemán que si alguna vez cometiera un error o si el pueblo llegara a pensar que no puede aprobar mis actos, que me eliminen. Lo aceptaré tranquilamente. ¡Pero nunca haré una cosa que vaya contra mí mismo y contra el honor de mi pueblo! ¡Queremos la paz, queremos comprensión, pero también queremos nuestro honor y nuestra igualdad de derechos! ¡No queremos ser tratados por más tiempo como una nación de segunda clase!.

Espero que el pueblo alemán coincida conmigo ahora. Nunca he temblado ante el pueblo, siempre he mantenido la opinión de que mis hechos puedan ser siempre apoyados por la nación. Se nos puede juzgar, se me puede juzgar a mí, se puede juzgar nuestra política, pero yo sé como será ese juicio. El pueblo alemán estará detrás de nosotros, porque su honor es también el nuestro. El mundo verá que el honor del pueblo alemán no es malo. Es por esto que esta vez les ruego -ciertamente por primera vez en mi vida- que nos den sus votos. Nunca antes hemos pedido votos, ahora se lo ruego, no por mí, sino por el pueblo alemán. Lleven a todos los camaradas a las urnas para que así decidan el futuro de su pueblo y el de sus hijos. Por primera vez en 14 años ahora les pido sus votos, les pido que den este “sí” a la política de igualdad de derechos, del honor y de la verdadera paz, y al mismo tiempo den su voto para el Reichstag, el cuál será la garantía de esta política. A la larga no puede salvarse un pueblo económicamente si éste vegeta política y moralmente. Solamente conocemos una meta en este mundo: “No al odio hacia otros pueblos; sino amor hacia la nación alemana”.

#### EN LA BUERGERBRAEUKELLER EN MUNICH.

(9 de noviembre de 1933)

Camaradas alemanes:

Cuando hoy hace 10 años se intentó por segunda vez en Alemania -para desgracia del estado-, liberarlo de su lamentable situación, no se trató de un acontecimiento casual. Si hombres maduros se hallan dispuestos a dar su vida por un ideal, están dispuestos a morir por él, es indudable que no se trata de un acto sin relevancia. Si este intento tuvo lugar fue debido a la apurada situación del pueblo alemán que con ello quiso intentar cambiarlo.

El intento fue en vano y no lo conseguimos; unas horas después nos faltaron las bases sobre las cuales se había previsto este intento. Lo que dije entonces en el proceso puedo repetirlo hoy: nunca pensamos en levantarnos contra el Ejército de nuestro pueblo, con él creíamos que era factible alcanzar el objetivo. Un destino trágico lo calificaron algunos cuando se vino abajo todo. Inteligencia y sabiduría queremos llamarlo hoy nosotros. A los 10 años sabemos que con corazón limpio y mucho valor personal nos aprestamos a la acción, pero también sabemos hoy -mejor que entonces- que el tiempo no había llegado ni estaba maduro. Pero, a pesar de ello, estoy convencido de que entonces actuamos así cumpliendo

una fuerza superior que nos impulsaba a hacerlo y que era imposible actuar de otra forma. Nosotros, que entonces estábamos dispuestos a acabar con éste régimen de deshonor, y también los otros, los que creían entonces tener que oponerse a esto a fin de mantener un estado, llevamos aquella noche al joven movimiento al conocimiento de toda la nación y, al día siguiente, al conocimiento de todo el mundo. Aquel día abrimos los ojos a todo el pueblo alemán y llevamos y encauzamos ese heroísmo que más adelante necesitaríamos. Pero lo más importante es que si no hubiésemos obrado así hubiéramos permanecido en la legalidad sin ser un movimiento revolucionario. Todos hubiesen dicho entonces: tu hablas como los demás y, como los demás, no haces nada. Sin embargo gracias a ese día, gracias a esa decisión hemos podido más tarde resistir toda la oposición que se nos ha hecho durante 9 años pudiendo decir que nosotros sí somos un movimiento revolucionario y que al llegar al poder acabaremos con el actual estado, lo obligaremos a rendirse ante nosotros pero siempre dentro de la estricta legalidad. Puede parecer una contradicción pero el tiempo nos ha dado la razón. En 1923 era ya demasiado tarde para poder solucionar la desgracia alemana. Quizá en 1920 hubiese sido factible todavía. Además las bases espirituales e ideológicas para un cambio radical en el orden económico, no estaban suficientemente asentadas y los que creían en ellas eran todavía muy pocos.

Los días 8 y 9 de noviembre no sólo han llevado el nombre de una revolución a toda Alemania, sino de un nuevo “Weltanschauung”. Desde aquel día vimos como el ámbito de nuestro movimiento rebasaba las estrechas fronteras de nuestra región para extenderse por toda Alemania. Lo que entonces pasó, era simplemente el despertar, el amanecer de nuestro país.

Así pues hoy podemos mirar sin tristeza ni pesadumbre aquel pasado, pese a las vidas que costó de fieles camaradas, pues aquellos combatientes que cayeron entonces fueron el ejemplo que siguieron los que habían de morir más tarde, sin ellos no habría habido otros dispuestos a caer en la lucha. Aquel sacrificio inicial fue pues la siembra de la cual germinó más tarde el nuevo estado. Por primera vez nuestro movimiento vertió su sangre, por primera vez mostró la frente altiva al estado con valor y honor, no para luego arrepentirse de ello, sino sabiendo y decidiendo perfectamente lo que hacía. Fue entonces cuando edificamos la base para la victoria final y es por ello que hemos de mirar hacia atrás con fidelidad y dando gracias, sintiéndonos dichosos de que se haya realizado lo que ya en el proceso subsiguiente declaré, que fuésemos conscientes de que nuestra hora había llegado, que al fin lograríamos la unidad de Alemania y que incluso los que nos dispararon, marcharían en nuestras filas y que el Ejército que no había tomado parte en este acto sangriento, nos daría la mano y así nosotros y el Ejército formaríamos este nuevo estado.

Al cabo de 10 años podemos observar esto con alegría y legítimo orgullo. Lo hemos conseguido. Y por ello el año 1923 es para nosotros un agradable recuerdo en nuestra vida, un recuerdo que nos conmueve profundamente, un recuerdo que nos muestra los caminos del destino y también lo acertado del mismo y nos da el convencimiento de que para el futuro no ha sido inútil, no han sido inútiles los sacrificios y podemos así hablar de victoria. No creo que la providencia nos tuviera previsto todo esto si al fin quisiera acabar con nosotros. Ahora de nuevo nos encontramos en una lucha difícil. El 12 de noviembre el Ejército ha de decir ante todo el mundo si en el futuro permanecerá con su honor y no firmará pactos que no puede cumplir, si quiere la paz al tiempo que quiere su honor. Nuestro pueblo ha de responsabilizarse el 12 de noviembre ante todo el mundo. Quiero así quitarle al mundo la posibilidad de decir que únicamente un jefe de estado es el que dice que no, es el que quiere la paz; quiero mostrar al mundo que todo el pueblo alemán piensa de la misma forma y que nuestra decisión es inalterable. No se trata sólo de dar el voto, sino también de dejar testimonio no sólo para el presente sino también para el futuro. Es imposible a la larga llevar

adelante un estado y lograr grandes éxitos si no se cuenta detrás con todo el pueblo. Es al propio pueblo al que le corresponde declarar ante el mundo. El jefe del estado únicamente puede ser el representante, el que los conduce. La fuerza ha de estar anclada en el mismo pueblo, y es a esta fuerza a la que apelamos, la cual ha existido durante miles de años.

Antes fuimos un pueblo fragmentado, hoy somos una nación unida. Antes hubo gobiernos débiles, hoy somos un régimen fuerte, ayer nos pudieron declarar a todos culpables, hoy esto es imposible. Si este mundo es incapaz de responsabilizarse de sus diferencias, que piensen empero que no podrán descargar la culpa sobre Alemania. ¡Obligarnos a firmar un nuevo "Diktat" no les será posible nunca más!. A este respecto el gobierno alemán tomará una única base de apoyo: entendemos como conferencias aquellos encuentros entre naciones con igualdad de derechos y bajo decretos de estas conferencias entendemos los tomados por naciones con iguales derechos. La "Sociedad de Naciones" no nos volverá a ver en tanto no hayan suprimido la discriminación de que es objeto nuestro pueblo. El pueblo alemán no quiere la guerra, el pueblo alemán quiere tranquilidad, quiere trabajo y ser feliz según sus posibilidades. Al tomar esta postura estamos actuando en favor del mundo entero.

No se cuantas veces he hablado en este local, pero una cosa si está clara, ¡jamás me he contradicho! Siempre hablé claramente. Esta ha sido mi forma de actuar durante 14 años y ¿piensan que ahora que el destino me ha elegido Canciller voy a cambiar de pronto? ¡No! Este día 8 de noviembre de hace 10 años no hubiera sido posible si antes hubiera yo declarado: Si alguna vez llegamos al poder, haremos exactamente lo mismo que hicieron aquellos que hemos decidido sacar. Ningún hombre hubiera seguido entonces, y los que cayeron hubieran caído inútilmente. Sé positivamente que si los caídos estuvieran hoy entre nosotros dirían que su herencia ha sido llevada a cabo. Hacia ellos nos hemos de dirigir y nunca olvidarlo. Y no podemos olvidarlo porque sabemos que si nuestro movimiento se ha hecho grande ha sido por su fidelidad a sus principios. Pueblos sin carácter no tienen sitio en este mundo. Una nación grande, de 65.000.000 ha de defender sus derechos sobre firmes bases. Estas bases las hemos de mantener y defender.

Creo que ya ahora podemos observar en el mundo una cosa: la ira de los que nos odian ha crecido, pero el respeto de los que quieren una verdadera paz, un verdadero entendimiento, ha aumentado igualmente.

Del recuerdo de aquellos diez años pasados hemos de sacar la esperanza de que al igual que nuestra actitud durante estos 10 años ha posibilitado la reconciliación con los que eran enemigos de Alemania, llegará también la reconciliación con aquellos pueblos en los cuales todavía hoy se nos calumnia. Si nosotros creemos que tarde o temprano los pueblos defenderán los intereses comunes unidos, hemos de creer necesariamente que los pueblos con honor nunca querrán unirse a los que carecen de él. Nosotros queremos esa unión y por ello queremos nuestro honor, y esto no ha de ser un gran obstáculo pues solamente en este sentido discurre el camino de la verdadera igualdad de derechos y con ello vamos hacia una organización común en defensa de los intereses de las grandes naciones y pueblos.

Nueve años después de aquel 9 de noviembre se ha logrado por tercera vez el resurgir del Reich. Se ha borrado la vergüenza de los 15 años pasados. Por primera vez por fin todos los alemanes pueden marchar juntos para conseguir sus objetivos. Si la nación reconoce esto, entonces en la historia de Alemania quedará este 12 de noviembre como la fecha de la reconquista del honor alemán, también para el extranjero.

A vosotros, mi viejo Ejército, que me habeis sido fieles durante todos estos años, a vosotros os quiero pedir un favor. Hace un momento se dijo aquí que todo esto solamente fue

posible porque el Führer se mantuvo fuerte. Mis camaradas de la SS, mis camaradas de la SA, correligionarios. Yo pude mantenerme fuerte porque vosotros me fuisteis fieles. Solamente por esto, por esto y nada más. ¿En que para toda la fuerza de un hombre si no se apoya en la fidelidad de sus camaradas? Vosotros fuisteis fieles. Yo he sido fuerte gracias a vosotros, por ello hoy no os tengo que rogar. Pero la nación alemana ha de tomar ejemplo de vuestra fidelidad en este 12 de noviembre.

## EN LA SALA DE MOTORES DE LA EMPRESA SIEMENS

(10 de noviembre de 1933)

Compatriotas, trabajadores alemanes:

Si hoy os hablo a vosotros y a millones de otros trabajadores alemanes, lo hago porque tengo más derecho que cualquier otro. He nacido entre vosotros, he estado entre vosotros en el pasado, durante cuatro años y medio he estado, durante la guerra, también con vosotros y por ello os hablo hoy, a los que pertenezco, con los que todavía me encuentro unido y por los que, al fin y al cabo, estoy ahora luchando.

Para mi mismo la lucha no sería necesaria, tampoco lucharía por una clase o por un tipo de sociedad. Mi lucha está dirigida a la masa de millones de nuestro pueblo trabajador. Me dirijo a vosotros en una hora histórica. Una vez el pueblo alemán fracasó en una situación así y las consecuencias fueron terribles. No quisiera que de nuevo el pueblo alemán cometiera el mismo error. Las consecuencias serían de nuevo terribles para muchos, muchos años.

En mi juventud fui un obrero igual que vosotros y fue luego cuando a base de trabajo y estudios llegué a ser lo que soy, sin embargo dentro de mi ser sigo siendo el de entonces.

Cuando después de la guerra entré en la vida política, lo hice con el convencimiento de que nuestro pueblo estaba mal aconsejado por su gobierno, con el convencimiento de que debido a esto nuestro pueblo alemán iba hacia un destino horrible. Pude hacerlo con tranquilidad interior y con derecho, toda vez que no me contaba entre los que, de una manera u otra eran responsables de la guerra.

Yo era tan poco responsable de la guerra como cualquiera entre vosotros, ya que entonces era, igual que vosotros, un desconocido sobre el cual el destino pasaba con monotonía. Así pues no me contaba entre lo que entonces se volcaron contra la nación. Yo estaba convencido de que debíamos defender el destino de la patria si no se quería que, tarde o temprano, el pueblo tuviese que pasar por situaciones horribles. Esto es lo que me separó de los demás en aquella época crítica en que todos se hallaban contra Alemania.

Cuando la guerra acabó me tomé el derecho, como soldado del frente -el cual creo tenía- de defenderos a vosotros. Antes nunca había hablado en público ni me había metido en asuntos políticos. Era un simple humano que intentaba ganarse el pan de cada día, pero cuando ví al final de la guerra que el gobierno no cumplía lo que había prometido a la nación, sino que actuaba justamente al contrario, decidí actuar y en unión de otros seis modestos trabajadores creé el movimiento según mis propias ideas, convencido de que la afirmación de que únicamente por medio de la lucha de clases se puede mejorar el destino de una clase, era absolutamente falsa. Esta afirmación, en un ámbito mucho mayor, la hemos vivido cuando el Tratado de Versalles.

Este Tratado se asentó sobre dos premisas totalmente falsas:

1.- El final de una guerra, en la cual naturalmente siempre ha de haber vencedores y vencidos, se había de convertir en una norma inmutable, es decir, ya para siempre uno había de ser el vencedor, que poseía la razón y el perdedor sería para siempre el vencido. Esta era una tesis equivocada sobre la cual nunca iba a poderse edificar una “Sociedad de Naciones”.

La segunda premisa, igualmente errónea, es la de creer que un pueblo va mejor a costa de que otro vaya peor. Es esto una gran equivocación. Estas dos premisas, las cuales fueron la base del Tratado de Versalles, han tenido terribles consecuencias, no solamente para los alemanes sino también para otros pueblos. El mundo no ha vivido en paz como se pretendía, desde entonces el mundo se ha visto envuelto cada vez más en desgracias y más desgracias.

Igualmente fue equivocada la idea de gravar la economía de un país con grandes cargas y, al mismo tiempo, destruirla quitándole todas las posibilidades. Hemos podido ver como Alemania, para poder hacer frente a sus obligaciones, se vió obligada a lanzarse al mercado de exportación con todas las consecuencias anexas, enpezando entonces la más grande lucha de mercados internacionales, de forma que la culpabilidad política fue transformada poco a poco en culpabilidad económica y que la deuda en divisas daba los mismos resultados que el pago de reparaciones. Vimos entonces como llegó la “nacionalización”, como millones de personas ahorran, siempre perseguidos por la misma idea: hemos de exportar a toda costa para conseguir divisas. El mercado ha sido con ello destruido poco a poco y así se creó el ejército de parados. Fue entonces cuando reconocí que nunca podríamos salir de esta locura si la manteníamos en nosotros mismos, si manteníamos entre nosotros la teoría de que un pueblo ha de estar económicamente mal para que otro pueda vivir. ¿Qué diferencia existe entre la teoría de la lucha de clases y la de la lucha de pueblos? Ninguna. Es la misma. Es la misma locura pensar que a una clase le va a ir mejor cuando a otra le vaya peor.

Fue entonces cuando me convencí en mi fuero interno de que al pasar de “clase” a “pueblo” lograríamos encontrarnos a nosotros mismos. Era natural que a esto se opusieran muchos intereses, los de los que mantenían la lucha de clases. Pero no podíamos dejar morir a un pueblo para que estas organizaciones viviesen, pues un pueblo no vive de teorías, ni de programas, tampoco vive de organizaciones, sino que todo esto ha de estar al servicio de la vida del pueblo y así hoy podemos ver como también puede eliminarse la discordia entre los pueblos.

La discordia entre los pueblos es obra de un club internacional desarraigado, de esas personas que igual tienen su casa aquí que en ningún sitio o en cualquier otro. Hoy pueden vivir en Bruselas, pasado mañana en París y después en Praga, en Viena o en Londres, los cuales en cada uno de estos sitios encuentran su patria. Pueden desarrollar su trabajo en todas partes, mientras que los pueblos están enraizados en su tierra, vinculados a la posibilidades de vida de sus estados, de sus naciones. El campesino está unido a la tierra. El trabajador está encariñado con su fábrica. Si esta es destruida, ¿quién le ayudará? ¿Qué quiere decir “solidaridad internacional de clases”? Son teorías de una época en la cual las desgracias por doquier y los pueblos tienen que luchar denodadamente por su existencia. La fuerza de todos nosotros no está dentro de ese fantasma internacional, está en nuestra patria. Mantener esta fuerza y reforzarla siempre más ha sido siempre mi meta.

Es por ello que creé un movimiento completamente nuevo, en el cual por encima de todos los prejuicios habría que construir una nueva comunidad alemana, porque no podía entender que muera un pueblo en luchas fratricidas únicamente para que así vivan diferentes organizaciones. Contra este fenómeno he iniciado la lucha y he creado un programa cuya base



es que las diferencias sociales, sus posesiones y pertenencias y su cuna tuviesen poca importancia. Todo esto son conceptos perecederos que tienen muy poca importancia si los comparamos con la vida eterna y la existencia de un pueblo. El pueblo es en sí una fuente de vida eterna, siempre va creando nueva vida y esta fuente ha de ser preservada y mantenerse sana. ¿De qué me sirve una teoría si veo a 7 millones de personas sin trabajo? ¿Serían felices si yo difundiera teorías? Primero he de intentar dar trabajo y pan de nuevo y yo sabía al respecto que este deber solamente podría cumplirse si conseguía unir la fuerza de todo el pueblo para este fin.

He sabido siempre perfectamente que un programa de esta naturaleza, que quiere unir los conceptos de nacionalismo y socialismo, no podía cumplirse en pocos años, que era precisa una gran enseñanza y que correspondía al futuro estado dicha enseñanza. Hemos empezado seis o siete, hoy somos el movimiento más grande de Alemania, y ello no es debido a la casualidad o a la facilidad del camino seguido, se ha debido a que las ideas sobre las que edificábamos eran correctas. Solamente esto es lo que me ha posibilitado llegar hasta aquí, porque, queridos trabajadores, habeis de pensar que cuando un hombre se plantea así una nueva existencia con el propósito de crear un movimiento, no le vienen los éxitos volando, esto es natural. Se precisa mucha constancia y fuerza para poder empezar una obra así. Ahora bien, una cosa sí puedo decirles y es que si yo tenía este convencimiento, solamente lo tenía porque conocía al pueblo y porque nunca dudé de la calidad del pueblo alemán. No han sido disquisiciones intelectuales las que me han dado el valor para empezar con esta obra de gigantes sino que el valor ha sido posible únicamente por conocer al trabajador y al campesino alemán. Siempre he sabido que sobre esto se levantaría el Reich alemán y que entonces también se nos unirían los trabajadores del espíritu.

¡Realmente era un programa gigante! Pero cuando el 30 de enero, después de 14 años de lucha se me ha nombrado canciller, no tenía más que un deseo: cumplir este programa. No precisaba un título. Mi nombre, que creé con mis propias fuerzas, era mi título. Solamente deseo que el futuro haga aparecer la persona capaz de continuar con serenidad y honradez mi programa.

En esta joven nación hemos trabajado duro y hemos conseguido cosas nuevas. Quizá haya algunos entre vosotros que no me podrán perdonar que haya destruido los partidos marxistas. A ellos les digo, amigos míos, también he destruido a los otros partidos. No he eliminado la representación de los trabajadores. No, lo que he eliminado es la representación del clasismo. Nunca he dicho que en el nuevo estado el trabajador no deba tener nunca más representantes. Al contrario, estoy convencido que solamente la igualdad de derechos para todos puede crear una situación soportable para todos. Pero bajo esta idea nunca entenderé el interés de llegar a la lucha de clases. Este no puede ser el resultado de nuestros esfuerzos y trabajo en común, sino que de un esfuerzo y un trabajo común ha de resultar una vida social agradable para todos.

Yo dije: cuatro años me teneis que dar de tiempo. Cuando llegué al poder en Alemania tenía 6.200.000 de parados y ahora son 3.710.000. Esto en sólo nueve meses es mucho, es algo de lo que se puede presumir. No nos hemos cruzado de brazos, sino que hemos trabajado día tras día, y si algunos me dicen que sí, pero que el nivel de vida no ha mejorado, entonces debo replicarles que fui a lo primero y lo primero era llevar el trabajo al pueblo, lo próximo será aumentar la fuerza del consumo. Esto es de interés común. Al ciudadano alemán le he de decir que no piense que sus intereses mejorarán cuando a otro le vaya mal. Todo lo contrario, cuando mayor fuerza de consumo tengan todos, mejor les irá a los demás. Es falso que la desgracia de unos traiga la suerte a los otros. Todo lo contrario, el lograr desarrollar la fuerza de todo un pueblo en su totalidad se convierte en un beneficio común.

Es un trabajo inmenso de enseñanza, el cual hemos ya iniciado, pero se muy bien que no ha acabado todavía, pero si veo a gentes de izquierdas o derechas encerradas ensimismadas pensando, “a nosotros no nos conseguireis nunca”, pienso, me da igual, a vuestros hijos sí los tendremos. A estos los educaremos desde el principio hacia el ideal.

Hemos empezado también la lucha contra la corrupción y casi me da vergüenza contarles los resultados pues siempre temo que el pueblo alemán sea comparado a esta gentuza, pero la única manera de volver a dar trabajo y pan al pueblo alemán es volviendo al orden en base a que exista interiormente paz y sosiego.

Que nadie crea que yo esté tan loco que desee una guerra. No sé cuantos jefes de estado han participado en una guerra como soldados. Yo sí lo he hecho, yo conozco la guerra, pero de entre todos aquellos que hoy calumnian al pueblo alemán, ninguno hay que haya oído silvar las balas. En estos nueve meses no hemos hecho otra cosa que ocuparnos de nuestro pueblo, solamente hemos estudiado nuestros problemas, solamente queríamos solucionarlos. Tengo el convencimiento de que lo mejor que podrían hacer otros jefes de estado es ocuparse de sus propios asuntos. En estos nueve meses no he tomado ni una sola decisión que pudiese herir a ningún jefe de estado o calumniar a su pueblo. Al contrario, en estos nueve meses permanentemente he declarado que los pueblos deben de una vez entrar en razón y no dejarse llevar por un reducido número de personas que crean todas estas calumnias. He declarado que lo único que desea el pueblo alemán es ser feliz según sus propios deseos. Que nos dejen en paz que nosotros no nos metemos en los asuntos de los otros y no queremos que se metan en nuestros asuntos. Si hay alguien realmente que puede sentirse amenazado, estos somos nosotros. ¡Nosotros lo que queremos es paz y entendimiento, no otra cosa! Queremos dar la mano a nuestros antiguos enemigos y marcar así una nueva línea en esta triste época de la humanidad.

Se dice que no hablo en serio. ¿Qué he de hacer para que me creais?, replico. Queridos camaradas, pienso que en una época así hay que ser inflexible y no desviarse de nuestro derecho. Estoy convencido de que todos los problemas de la vida pueden solucionarse cuando las personas implicadas en ellos así lo desean gozando todos de los mismos derechos. Así ocurre en el proceso económico. ¿Os imagináis que en el proceso económico un representante o negociante no tuviera ningún derecho y el otro los tuviera todos? Todos sabéis que hay pueblos que tienen todos los derechos y otros que no tienen ninguno. ¡Esto no puede continuar! Si alguna cosa hay que puede hacer peligrar la paz es esta injusta distribución de los derechos, tanto en la vida individual como en la mundial. Pero yo sería un mentiroso en Alemania si les prometiera una mejora económica, sin exigir al mismo tiempo más derechos e igualdad en el mundo. Una cosa no funciona sin la otra y les puedo asegurar que también aquí solamente defendiendo el derecho de la nación alemana. Mientras esté ocupando este puesto me comportaré de tal forma que nadie nunca pueda decirme: “Antes decías cosas distintas de las que ahora haces”. Si el mundo quiere imponer dictados, esto se hará sin mi firma. Y si el mundo dice: “Sí, estamos obligados a ello porque no podemos tener confianza en vosotros”, yo contestaré: “¿Por qué? ¿Cuando ha roto su palabra el pueblo alemán? Siempre ha mantenido su palabra, y casi con demasiada fidelidad. Si en la guerra mundial no hubiésemos estado demasiado fielmente al lado de nuestros aliados, posiblemente nos hubiera ido mejor”.

Queremos aquí protestar por esta forma de juzgar al pueblo alemán según la opinión expresada por los que han emigrado. Nosotros no actuamos así, no insultamos a ingleses o franceses según lo que diga el primero que venga. Este tipo de gente no son precisamente elementos valiosos en una nación. Por este motivo hemos convocado este llamamiento del 12 de noviembre. Durante cientos de años el extranjero ha estado seguro de tener colaboradores en Alemania. Primero fueron duques sin carácter, que fríamente vendían a su pueblo, después

fuieron partidos con ideas mundialistas. Siempre tuvieron colaboradores. Ahora quiero enseñar a nuestros enemigos que ya no existen colaboradores en Alemania. Lo único que hoy se constata aquí es la solidaridad del pueblo entre sí. Durante miles de años ha fijado su destino en base a desacuerdos permanentes y los resultados han sido terribles. Pienso que es ya la hora de intentar fijar este destino apoyándonos en la unión. Y esto lo comprobaremos ahora intentando fijar nuestro destino por medio de una unión sin límite alguno.

Estoy convencido de que en Alemania muchas coaliciones no están proyectadas a favor de nuestro pueblo, por ello podeis ver en mí al hombre que está por encima de esas coaliciones. Para mí cada uno de vosotros es igual. Igual me interesan los intelectuales que la burguesía o los proletarios. Sólo me interesa el pueblo alemán, solamente a él pertenezco, solamente por él lucho. Y es este pueblo alemán el que quiero mostrar al mundo el 12 de noviembre, así; tal cual es, a fin de que se convenzan de que no se trata de las palabras de una persona individual sino que detrás está todo el pueblo. Por este motivo os quiero hacer un ruego: defended esta frase de la igualdad de derechos, igual que habeis luchado por iguales derechos en los trabajadores alemanes. De la misma manera hoy tenemos que luchar por el derecho a la vida de todo nuestro pueblo, hemos de defenderlo y no podemos excluir este deber de nuestro honor

Esto es lo que debe hacerles comprender mi decisión cuando declaro a los grandes estados mundiales: “Estamos dispuestos a participar en cada conferencia, estamos dispuestos a participar en cada pacto internacional, pero únicamente con igualdad de derechos”. Nunca me he metido, como persona privada, en una sociedad elegante que no me aceptaba y no me veía con igualdad. Yo nunca he necesitado de esto y el pueblo alemán ha de tener el mismo carácter. No estamos en una asamblea como limpiabotas con menor derecho, si esto ha de seguir así el mundo no nos verá en ninguna nueva conferencia.

Hoy el destino me ha dado más poder del que cualquier presidente alemán haya tenido en cientos de años. Me es imposible ahora tirar por la borda por lo que he luchado durante tantos años, y si os pido que el 12 de noviembre esteis a mi lado hombro con hombro para esta decisión, con este gabinete, podreis preguntar: “¿Nos necesitáis?”. Os puedo responder que yo, personalmente, no lo necesito, yo puedo prescindir de ello. Yo no lo necesito, es el pueblo alemán el que lo necesita.

Ahora os corresponde poneros delante del mundo y declarar: “No queremos otra cosa que la paz, no queremos otra cosa que tranquilidad, no queremos otra cosa que dedicarnos a nuestros deberes. Queremos, empero, los mismos derechos y no dejaremos que venga cualquiera y nos robe nuestro honor”. Si nosotros el 12 de noviembre, y con nosotros toda la nación, cumplimos con nuestro deber, entonces, quizá por primera vez en la historia de Alemania, estará claro para el mundo que tendrá que contar con nosotros de otra forma, que no podrá poner sus esperanzas en nuestras disensiones internas y en nuestra interior discordia, que tendrá que contentarse con aquello que existe, es decir, con el pueblo alemán.

ANTE EL REICHSTAG

(30 de enero de 1934)

Diputados, hombres del Reichstag alemán,

Si nosotros hoy, volviendo la vista hacia atrás, llamamos al año 1933 el año de la revolución nacionalsocialista, día llegará en que un sereno juicio de sus hechos y acontecimientos incorpore como justificada esta denominación a la historia de nuestro pueblo. No se considerará como decisiva para ello la mesurada forma en que se cumplió externamente esta revolución sino, más bien, la interna grandeza de la transformación operada en este año en el pueblo alemán en todos los terrenos y en todas las direcciones de su vida.

En doce meses escasos, fue desalojado y sustituido por otro todo un mundo de conceptos e instituciones.

Lo que en este breve espacio de tiempo se ha verificado a los ojos de todos, no era sino fantástica utopía la víspera misma del memorable 30 de enero de 1933 para la abrumadora mayoría seguramente de nuestro pueblo y, especialmente, para los sostenes, portavoces y representantes del anterior estado de cosas.

Y tan admirable acontecimiento histórico sería ciertamente inconcebible si la orden para su realización no se debiera más que a la ocurrencia de cualquier espíritu caprichoso o al juego del azar.

No. Las premisas de este acontecimiento encontraron necesariamente origen y forma en el proceso de largos años. Una necesidad tremenda clamaba auxilio de tal modo que el momento no esperaba más que la voluntad dispuesta a ejecutar el mandato histórico.

Acrescenta la fuerza de esta afirmación el hecho de que hacía decenios que casi el mundo entero estaba lleno de análogas tensiones que descargaban en incesantes fuegos y tempestades, ya trémulos, ya bramadores, buscando soluciones que respondiesen y se adaptasen a las normas de cada pueblo. También el período del externo bienestar burgués que, desde los últimos sonos de la revolucionaria Marsellesa hasta el comienzo de nuestro siglo, parecía dar al mundo el sello de una aparente y satisfecha abundancia, estaba lleno de constantes signos de íntima y nerviosa incertidumbre, de una inquieta búsqueda de fundamentos más satisfactorios para la vida interior de los pueblos. Porque lo que antes, durante siglos y siglos, había conocido la Humanidad como fenómenos revolucionarios no era más, si se prescinde de las contiendas de índole religiosa, que vicisitudes en la pugna de fuerzas por el poder externo, lucha por el mando dentro de los Estados o, a lo sumo, por el engrandecimiento de su poder hacia fuera. Pero desde que las luchas religiosas, a consecuencia probablemente de la extinción de una verdadera fuerza viva e impulsora en las confesiones, perdieron su poder removedor, irresistible, fascinante, empezaron a buscarse otros conocimientos, otras ideas arraigadas en el tiempo, que colmasen filosóficamente a la Humanidad.

Y mientras el mundo burgués seguía soñando con la economía como única señora y regente del proceso total de la vida, y veía en ella la exclusiva raíz de toda felicidad terrena, el hombre, a quien en lo íntimo ya no le satisfacía esto, buscaba un sentido mejor para su vida, empezando así a llenar con violentísimos altercados ideológicos la época del sumo bienestar y de la suma holgura burguesa.

La inconsecuencia del ideal económico y político de la democracia burguesa llevó necesariamente al campo donde se debatían esas fuerzas la consecuente teoría marxista. Así ocurrió que, mientras los pueblos consumían aún los frutos materiales del individualismo burgués y liberal, los apóstoles de la nueva doctrina predicaban políticamente la igualdad de todos los valores. Pero la democracia parlamentaria tenía que caer, a la larga, inevitablemente,

en mortal hostilidad con el valor de la personalidad, incluso en el terreno meramente económico.

No podía ser más que cuestión de tiempo el que la doctrina de la idea igualitaria marxista, que avanzaba resueltamente, acabara por penetrar en los últimos baluartes de la política ante la economía, para aventar definitivamente la ideología política y económica de la época burguesa.

Sin la guerra mundial se hubiera producido también este proceso, pero sin duda alguna la guerra lo aceleró considerablemente.

Para comprender lo ocurrido este año en Alemania hay que tener en consideración dos fenómenos:

Primero: La espantosa guerra minó la resistencia de la autoridad del mando en la Alemania de entonces y a su quebrantamiento siguió el derrumbe no sólo en el interior, sino también en el exterior. El elemento activo de este proceso es el marxismo; el pasivo y corresponsable de él, la democracia burguesa.

Segundo: El tratado de Versalles aniquila la independencia y la libertad del Reich en su proyección externa al deshacer y acabar con toda fuerza y toda capacidad de resistencia. El efecto es esa serie interminable de presiones políticas y económicas que contribuyeron a la caótica marcha de las cosas en Alemania.

De aquí resulta la siguiente situación:

En política interior: La revuelta de noviembre de 1918 barrió de un golpe la sedicente autoridad del Estado en el compromiso legitimista burgués.

La inaudita y cobarde capitulación de las autoridades responsables ante el motín de desertores marxistas e internacionalistas quebrantó en el pueblo la adhesión a la antigua forma de gobierno y a sus hombres representativos, adhesión seguramente prestada hasta entonces en un 90 por ciento.

Repuesta la nación del ominoso acto, educada desde siempre en la obediencia en cualquier forma, empezó a considerarse obligada, cuando menos, a una pasiva tolerancia frente a los nuevos detentadores del poder.

La debilidad numérica e inherente al nuevo régimen condujo a aquella singular alianza entre los teorizantes del marxismo y los practicantes del capitalismo, híbrida, extraña y corrupta alianza que necesariamente había de imprimir sus rasgos característicos en la vida política lo mismo que en la vida económica.

A través del Centro se une la democracia burguesa más o menos orlada de nacionalismo al descarado internacionalismo marxista y engendra aquellos gobiernos parlamentarios que se iban sucediendo en lapsos de tiempo cada vez más cortos y que enajenaron y dilapidaron el capital económico y político que la nación había atesorado.

Durante 14 años sufre Alemania un desmoronamiento sin igual en la historia.

Hay una subversión en todos los conceptos. Lo que era bueno deviene malo y lo que era malo bueno. Se desprecia al héroe y se honra al cobarde. Se castiga al honrado y se premia al

holgazán. Para el decente no hay más que escarnio y para el depravado alabanza. El fuerte incurre en la reprobación y, en cambio, se glorifica al débil. El mérito en si no vale nada. En su lugar aparece el número, es decir, la inferioridad y la negación del valor. Con la misma desfachatez con que se niega el porvenir histórico se profana infamemente el pasado.

Con impudente osadía se ataca, se ridiculiza o se desprestigia la fe en la nación y en sus derechos. Al amor a lo bello lo sustituye un culto consciente de lo inferior y de lo feo. Lo que es sano deja de ser norte de la aspiración humana y en el centro de lo que se llama nueva cultura aparece lo deforme, lo enfermo, lo degradado.

Se socavan y se precipita el desplome de los pilares en que se apoyaba la existencia del pueblo. Y mientras millones de existencias de la clase media y campesina eran las víctimas de la ruina provocada a sabiendas, una burguesía bonachona y atontada ayudó como celoso peón político a preparar el postrer derrumbe.

Porque, ¿quién puede creer seriamente que una nación puede mantenerse eternamente en semejante estado de decadencia sin que una día se presenten las últimas y extremas consecuencias? No. Esto tenía que llevar al caos comunista

Pues en la misma medida en que el mando de la nación se alejaba conscientemente de todas las aportaciones y normas de la razón, cayendo, en cambio, en la insensatez marxista, la comunidad del pueblo tenía que sufrir una constante y progresiva desintegración. Las positivas fuerzas conservadoras empezaron a ceder y a desparramarse y únicamente las fuerzas negativas, destructoras, se fusionaron en una unidad horrenda para el ataque general contra los últimos restos que aún quedaban en pie.

La atomización de la vía política y cultural, la decadencia, cada vez más rápida, de la orgánica estructura de la nación, la parálisis de su funcionamiento, quebrantó la confianza en la vocación y, por consiguiente, en la autoridad de los que se dispusieron a conducir al pueblo. Del general desmoronamiento de todos los conceptos básicos sobre las cláusulas esenciales de nuestro común pacto nacional y social, resultó una disminución de la confianza y, consiguiente y necesariamente, de la fe en la posibilidad de un porvenir mejor. En estas circunstancias, la catástrofe económica tenía que seguir fatalmente a la decadencia política y cultural.

Merecimiento singular y exclusivo del movimiento nacionalsocialista es que esta postración económica, con la horrible miseria de las masas, no diera nuevo impulso a la aceleración de la catástrofe política, sino que, antes bien, condujera a una agrupación de conscientes campeones de una ideología nueva, constructiva y, por lo tanto, realmente positiva.

Por eso, a partir del año 1930 no había más que este dilema: o, como lógica continuación del proceso iniciado, el triunfo había de corresponder al comunismo, con todas sus incalculables consecuencias, no sólo para Alemania sino para el mundo entero, o el nacionalsocialismo había de lograr vencer en el último momento al internacionalismo adversario.

Prueba de la incomprensión del mundo burgués para el espíritu de esta lucha que exigía imperiosamente una solución definitiva, es que todavía, hasta hace doce meses creía (el mundo burgués), seriamente en Alemania, poder salir al final triunfante, como neutral inactivo en esta contienda de dos ideologías que se llevaba con el más enconado ánimo de aniquilamiento.

Las exigencias que esta lucha impuso a nuestro movimiento fueron enormes. Se necesitaba tanta altivez de espíritu para soportar el escarnio y la burla, como heroísmo y valentía para defenderse de las calumnias y ataques cotidianos. En este tiempo cayeron, muertos o heridos, diez mil combatientes nacionalsocialistas. Innumerables fueron los que entraron en las prisiones, centenares de miles se vieron obligados a abandonar su trabajo o perdieron de una u otra forma sus medios de vida. Pero de estas luchas surgió la inmovible guardia de la revolución nacionalsocialista, el tropel de millones de las organizaciones del partido, las formaciones de asalto (S.A.) y los escalones de protección (S.S.) del nacionalsocialismo.

Sólo a ellos debe el pueblo alemán el haberse librado de una vesanía que, de haber conseguido la victoria, no sólo hubiera dejado en el paro a los 7 millones sino que hubiese entregado a la inanición, no tardando, a 30 millones.

En política exterior: Cuando en noviembre de 1918, el pueblo alemán, emocionado y sobrecogido por las promesas que le hizo el presidente Wilson, abatió las armas en el tratado de Compiègne, vivía, lo mismo que hoy, en la íntima, inmovible persuasión de ser inocente en la explosión de aquella guerra. No influye para nada en este hecho la firma arrancada a unos hombres débiles, contra su propia conciencia, y erigida en reconocimiento de la culpabilidad alemana. Por eso, la inmensa mayoría del pueblo alemán se abandonó entonces a la creencia de que la deposición de las armas significaba, no sólo el fin de aquella guerra, sino la preservación de una calamidad semejante para todo porvenir humanamente previsible.

Si en esa ocasión no hubiera el odio aturcido la razón, la horrible experiencia pretérita habría sido para todos una lección saludable para evitar en lo futuro la repetición de algo análogo mediante una colaboración más eficaz de todos. Y sólo entonces hubieran sido, en último extremo, al menos para generaciones venideras, sacrificios de bendición los inmensos sacrificios de la guerra más espantosa de todos los tiempos.

El Tratado de Versalles destruyó fundamental y brutalmente esas esperanzas.

El intentar fijar para siempre como base de regulación jurídica en la vida internacional el cuadro de fuerzas que resultó al final de la guerra, perpetuó el odio por un lado y la enconada amargura por otro. Desechando las anteriores experiencias humanas y las objeciones de exhortadores verdaderamente sensatos, se creyó servir mejor al futuro cargándole con las maldiciones del pasado. Sólo así se explica que después de esa dura lección para la Humanidad, en virtud de semejante obra de paz, no pudiera sobrevenir una paz verdadera, sino una intranquilidad mayor.

Las desatinadas cargas políticas y económicas de este tratado destruyeron fundamentalmente la confianza del pueblo alemán en todas las instancias de la justicia de este mundo.

Esto avivó necesariamente, en muchos millones de hombres, el sentimiento de odio contra un orden de cosas que permitía la difamación y la discriminación de un gran pueblo, sencillamente porque una vez tuvo la desgracia de sucumbir tras heroica resistencia en una guerra que le impusieron.

Los impulsores de la revolución comunista vieron en seguida las inauditas probabilidades que ese tratado y sus consecuencias prácticas proporcionaban para revolucionar al pueblo. Al escribir el partido comunista en la propia bandera la lucha contra

Versalles, logró movilizar hombres que en el colmo de la desesperación creían no poder encontrar más salida que en el caos. El mundo; empero, parecía no notar que, mientras se obstinaba ciegamente en el cumplimiento literal de imposibilidades incomprensibles y francamente absurdas, en Alemania se verificaba un proceso que, en forma de señal para la revolución comunista mundial, presentaría en breve tiempo a las llamadas potencias vencedoras, en lugar del útil esclavo del Tratado, un pestífero agente patógeno.

Por eso el movimiento nacionalsocialista se granjeó, no sólo en el pueblo alemán sino también en Europa y en el mundo entero, el merecimiento de haber impedido con su triunfo un proceso que hubiera dado, si no, el definitivo golpe de gracia a la última esperanza de curación de las dolencias de nuestro tiempo.

Frente al hecho de esta total catástrofe que amenazaba, surgían por sí mismos cometidos de verdadera magnitud histórica. No era uno de los obligados cambios de Gobierno lo que podía salvar a la nación del abismo, sino únicamente una reforma interior de grandes proporciones, penetrante y honda. No eran problemas económicos y de política exterior lo que había que resolver. Eran problemas de raíz más profunda: problemas espirituales y problemas de raza.

El organismo nacional amenazado de descomposición tenía que recibir de un nuevo contrato social el postulado para la constitución de una nueva comunidad. Pero las tesis fundamentales de este contrato no podían encontrarse más que en aquellas leyes eternas en que se basa toda vida constructiva.

Clara y terminantemente había que colocar sobre todo lo accesorio la significación de la substancia nacional en si y la de su conservación. Ni qué decir tenía que dentro de esta substancia radicaban aquellas condiciones singulares, para nosotros verdaderas, que son provechosas y útiles para su conservación o que, por el contrario, son perjudiciales.

Ahora bien, la voluntad de conservar esta substancia tiene que encontrar esa adecuada expresión que se manifiesta como voluntad popular patente y viva y sea también de eficacia práctica.

El concepto de democracia es sometido, pues, a minucioso examen y esclarecimiento. Porque la nueva dirección del Estado es, desde luego, una expresión mejor de la voluntad popular que la de la anticuada democracia parlamentaria.

El nuevo Estado entonces, por su parte, no puede asignarse otra misión que la de cumplir adecuadamente las condiciones necesarias para la perpetuación del pueblo. Al desprenderlas de todo concepto puramente formal, republicano o democrático, el Gobierno de este Estado será Gobierno del pueblo en la misma medida en que la dirección del pueblo, emanada de internos postulados nacionales, es también Gobierno del Estado. Por consiguiente, los problemas políticos, culturales y económicos hay que verlos desde la misma perspectiva, tratarlos y resolverlos con idéntica visión. Entonces, esa idea nacional conducirá a la superación de todos los conflictos de clase hasta ahora existentes que, frente a los eternos fundamentos de la raza, son constantemente mudables, a más de insignificantes, por transitorios, y conducirá también a una posición clara y fundamental respecto a los problemas de política exterior.

La concepción racial nacionalsocialista y las tesis étnicas que la sustentan no llevan a la desestimación o al menosprecio de otros pueblos sino, más bien, al conocimiento de la tarea a



cumplir para dar a la conservación y a la perpetuación del propio pueblo el único sentido que debe tener.

Esa concepción lleva necesariamente al respeto natural de la vida y de la idiosincracia de otros pueblos. Esa concepción libera, pues, los actos de política exterior de todo intento de someter gentes extrañas para poderlas gobernar o incluso para incorporarlas como mera masa numérica al propio pueblo, mediante la coerción idiomática. Esa nueva concepción obliga a una abnegación tan grande y tan fanática por la vida y, por consiguiente, por el honor y por la libertad del propio pueblo, como obliga al respeto del honor y de la libertad de los demás. Esa concepción puede, por eso, proporcionar una base muchísimo mejor para la aspiración de pacificar verdaderamente el mundo que la clasificación de las naciones en vencedoras y vencidas, en naciones con plenos derechos y naciones sometidas, sin ellos, clasificación concebida y adoptada con mero espíritu de fuerza.

De una interna revolución de esta índole en el pensamiento del pueblo puede surgir también, por una parte, la decisión autoritaria y, por otra, la confianza instintivamente certera como condición previa para remediar la crisis económica.

Pues no hay duda de lo siguiente:

El pueblo alemán tiene unos millones de excelentes hombres sin trabajo, los cuales quieren trabajar.

El pueblo alemán tiene una masa de millones de hombres de gran capacidad y destreza intelectual y manual.

El pueblo alemán siente además en esa masa de millones de seres el deseo de un nivel más alto de vida y de cultura.

Y, finalmente, el pueblo alemán contiene en su suelo la posibilidad de un aumento de la producción de sus sustancias alimenticias y en el subsuelo la posibilidad de aumentar sus productos industriales.

Es, por consiguiente, un problema de conocimiento, de voluntad y de energía compaginar el deseo y aspiración a esos bienes con la posibilidad de producirlos.

Cuando la autoridad de un régimen y la confianza de todo un pueblo se unen para una acción resuelta, podrán también solucionar ese gravísimo problema, porque tienen el deber de solucionarlo.

Y nosotros estamos dispuesto a no retroceder ante la solución de esta tarea sino a atacarla.

Cuando hace un año, el 30 de enero, nuestro feldmariscal, el venerado Presidente del Reich, por una resolución verdaderamente magnánima, después de todo lo que había pasado, me confió la formación y la jefatura del Gobierno alemán, el partido nacionalsocialista echó sobre sí una responsabilidad tanto mayor cuanto que su visible participación en el Gobierno, y por consiguiente, su influjo no parecía corresponder en un principio a las proporciones de su responsabilidad. Sólo en dos Ministros en un Gabinete distanciado de mí personalmente y distanciado, ante todo, del movimiento, me presenté entonces a la nación con la promesa de acometer las tareas que la Historia y la Providencia nos imponían y resolverlas con amplitud.

En aquel momento no me sentí más que como representante y campeón de mi pueblo. Estaba convencido de que aunque en aquel instante fueran innumerables los que carecían de comprensión para el profundo sentido de nuestro movimiento, nuestra obra efectiva obtendría en corto tiempo el asentimiento intuitivo de la nación. Y desde aquella hora histórica ni un solo instante dejé de interpretar el encargo que se me había confiado como encargo de todo el pueblo alemán aun cuando, a la sazón, consciente o inconscientemente, millones de gentes no se diesen o no quisiesen darse clara cuenta de aquel hecho.

Por eso no he visto jamás en el mero poder exterior el menor sustitutivo de la confianza de la nación, sino que me he esforzado noblemente en convertir la autoridad que radica en el poder en fuerza de confianza. De aquí que pueda confesar con orgullo que, de la misma manera que el partido nacionalsocialista tenía sus raíces exclusivamente en el pueblo, nosotros, como Gobierno nunca pensamos más que en el pueblo, con el pueblo y para el pueblo.

Y única y exclusivamente de esta íntima unión con el pueblo alemán nació en nosotros la fuerza para combatir y eliminar fenómenos en los que teníamos que ver no sólo una carga externa sino, a la larga, la definitiva anulación de nuestro pueblo.

Cuando yo, durante 14 largos años de lucha por el poder, declaraba incesantemente la guerra sin cuartel al partidismo burgués y marxista como condición previa para el renacimiento alemán, no era sólo la gran mayoría de mis adversarios políticos la que reputaba aquel objetivo como engendro de una fantasía extraviada, como una insensatez.

#### Hombres del Reichstag Alemán.

Más de 70 años vivieron los partidos a expensas de la nación y, si bien accidentalmente estuvieron sometidos a transformaciones, en lo esencial parecían ser inmortales. Todavía más: su importancia crecía sin cesar. Desde el año 1918 la vida constitucional de la nación se organizó sobre ellos -fermentos de la descomposición estatal- y los proclamó cimientos de la vida pública. Durante 70 años estuvieron aumentando su significación dentro del Estado y, finalmente, haciendo entre ellos comercio del poder como exclusivo objeto de su aspiración y de sus intereses. Los partidos imponían su espíritu a la legislación alemana, espíritu que rebajó al Reich hasta convertirlo en el esbirro de sus intereses. Inútil que el Reich perdiese una guerra: los partidos apenas si eran afectados por ello. Inútil que el pueblo alemán perdiese su libertad: los partidos reclamaban entonces con más fuerza sus derechos. Y cuando, por fin, el pueblo alemán iba camino de la miseria desoladora, de la desaparición misma, los partidos, más erguidos que nunca, se convirtieron en verdaderos tiranos de la vida pública.

Pues bien, ¡hombres del Reichstag alemán! En un año de revolución nacionalsocialista hemos derribado a esos partidos. No sólo está quebrantada su fuerza, no, es que están eliminados y borrados de nuestro pueblo alemán. Todos: los satélites que giraban en torno a la segunda y tercera internacional, los que representaban la burguesa clase media, y los intereses del catolicismo, y la misión de un socialismo evangélico, y los fines de la finanzocracia, hasta la misera representación de nuestro descastado intelectualismo, todos han desaparecido.

En este año sobre las ruinas de ese mundo hundido, se ha alzado victoriosamente la fuerza vital de nuestro pueblo.

¿Qué significa frente a la fuerza de este sólo hecho toda la legislación de decenios?

¡Antes se habían formado nuevos Gobiernos; desde hace un año, empero, estamos forjando un nuevo pueblo!

Y lo mismo que vencimos las manifestaciones de descomposición política de nuestro pueblo hemos emprendido este año la lucha contra las manifestaciones de ruina económica.

Cuando el 24 de marzo dí a las organizaciones del partido la orden de que el 2 de mayo, al día siguiente a la Fiesta del Trabajo nacional, ocupasen las casas de los Sindicatos y transformasen esos burgos de la demencia internacional de clases en baluartes del trabajo nacional, no lo hice para arrebatarse al obrero alemán una institución valiosa para él, sino para allanarle a todo el pueblo el camino hacia una paz de trabajo, que había de ser en el futuro beneficiosa para todos.

Al dar pues este paso, les arrancábamos también de las manos, por otra parte, las armas para la lucha económica de clases.

En la legislación que, en general, ha quedado terminada en un año, hemos fijado ya definitivamente los rasgos esenciales de un estado de cosas donde, en lugar del derecho violento del más fuerte económicamente se impondrán los altos intereses de la comunidad de todos los hombres trabajadores.

Pues claramente vemos que la gigantesca tarea que nos marca, no sólo la crisis económica del presente sino la escrutadora mirada en el porvenir, no puede llevarse a cabo sino colocando el interés de todos por encima del egoísmo individual e imponiendo su voluntad como última providencia.

Con evidente previsión de este singular proceso, nosotros, los nacionalsocialistas, creamos tenazmente en este terreno, con la institución de la célula de fábrica la base organizadora para que los ejércitos de la clase trabajadora alemana no cayeran, desorganizados y sin rumbo, en el desconcierto, sino que, con mano firme, fueran compactamente introducidos en el mundo de los nuevos hechos.

Y estamos convencidos de que esta obra gigantesca de superación de las organizaciones de clase políticas y económicas no ha terminado, interiormente ni mucho menos, sino que será la tarea latente que nos ocupe en años venideros lo mismo que en los doce meses transcurridos. Sólo hay algo inmovible: Lo que ha sido no volverá a ser jamás.

No menos profunda es la explicación del nuevo Estado con las dos iglesias cristianas.

Penetrados del deseo de asegurarse al pueblo alemán los grandes valores religiosos, éticos y morales anclados en las dos confesiones cristianas, eliminamos las organizaciones políticas robusteciendo, en cambio, las instituciones religiosas. Pues un acuerdo con un Estado fuerte nacionalsocialista es de más valor para la Iglesia que la lucha confesional de Asociaciones políticas a las cuales, la necesidad de coaliciones y compromisos obliga siempre a conseguir para sus adeptos ventajas personales a costa del abandono del ideal de una verdadera e íntima educación y consolidación religiosa del pueblo.

Pero todos tenemos la esperanza de que la fusión de las iglesias y confesiones evangélicas de los “países” alemanes en una Iglesia nacional evangélica puede satisfacer plenamente los anhelos de quienes creían que había que temer un desmayo de la fe por el desparramamiento de la vida evangélica.

Al mostrar este año el Estado nacionalsocialista su respeto ante la fuerza de las Iglesias cristianas, espera de éstas el mismo respeto ante la fuerza del Estado nacionalsocialista.

La obra histórica de fusionar campesinos, obreros y burguesía en una comunidad nacional perdería su sentido si la aspiración de esa comunidad recibiera órdenes y encargos de formas políticas de otra procedencia, de otro carácter y de tiempos pasados. La fuerza del partido nacionalsocialista estriba en que jamás ha olvidado la raíz de su existencia ni en su misma estructura interna. No fue para servir a un “país” ni a una estirpe determinados para lo que un día se fundara el partido, sino para la nación alemana y para el pueblo alemán.

Por eso, desde un principio no reconoció para su conformación más que aquellos elementos que, en puridad, derivaban de las exigencias vitales del pueblo alemán. Por eso hoy no puede bajo ningún concepto reconocer los pasados intereses dinásticos y el resultado de la política de esos intereses como compromisos eternamente respetables del pueblo alemán y de su expresión orgánica en la vida del Estado.

Las estirpes alemanas son los cimientos, queridos por Dios, de nuestro pueblo.

Son una parte de su substancia y permanecerán por lo tanto mientras haya un pueblo alemán.

En cambio, las formaciones políticas de los diferentes Estados son producto de actos del hombre en pasados tiempos, actos probablemente buenos unas veces, pero también deplorables otras. Son obra humana y, por tanto, perecedera. De la misma manera que no hay en este mundo condición que junto a lo malo no revele también algo bueno, así aquí sería posible hallar sin trabajo, incluso en las historias de la peor política dinástica, páginas meritorias. Ahora que lo decisivo no es lo que dichas formaciones puedan aducir en provechoso aislamiento para su justificación. Lo decisivo es la cuestión de los daños inferidos al pueblo alemán y a su historia considerados en conjunto. Y decisivo es aquí también el hecho de que esas formaciones no fueron creadas antaño por un sentimiento de contribución a la grandeza alemana, sino casi exclusivamente en nombre de una política familiar, egoísta y violenta.

Si después de esta política, gracias a muchas correcciones del destino, no llegó a poder aniquilar definitivamente a Alemania como nación, no fue merecimiento de los representantes de esa política, sino de quienes, de tarde en tarde, unas veces conscientes, otras, inconscientes instrumentos de la Providencia, proclamaban y defendían los eternos derechos de los pueblos frente a esas construcciones artificiosas.

Y aunque esta política de linaje se valiese de calidades latentes en la estirpe, no realizó con ello la importancia de ésta en el mundo ni enriqueció así sus posibilidades de vida, sino que, más bien, la condenó, en general, casi siempre a una insignificancia desdolorosa.

A los principios de una política exclusivamente principesca el nacionalsocialismo opone el principio de la conservación y del estímulo del pueblo alemán, de esos millones de campesinos, obreros y burgueses predestinados en este mundo a un hado común, bendecidos en la misma dicha o condenados al mismo infortunio.

Por eso quiero protestar aquí de la afirmación hecha recientemente de que Alemania no puede volver a ser feliz más que bajo sus casas reinantes.

¡No! Somos un pueblo y queremos vivir en un Reich.

Y lo que tantas veces pecó contra ello en la historia alemana, no podía considerarse llamado por la desgracia de la voluntad divina sino, desgraciadamente muchas veces, como la Historia enseña, por la eficacia del favor y el auxilio de los peores enemigos.

Por eso, con plena conciencia mantuvimos este año la autoridad del Reich y la autoridad del Gobierno frente a aquellos que, como menguado séquito y herencia de la política del pasado, creían poder declarar también al Estado nacionalsocialista su tradicional resistencia.

Una de las horas más felices de mi vida fue aquella en la cual se puso de manifiesto que todo el pueblo alemán prestaba su asentimiento a esta política de exclusiva defensa de sus intereses.

Con todo respeto a los valores de la Monarquía, con toda veneración a los verdaderamente grandes emperadores y reyes de nuestra historia alemana, la cuestión de la definitiva forma de Gobierno del Estado alemán está hoy fuera de toda discusión. Pero cualquiera que sea la decisión que un día adopte la nación y sus jefes no hay que olvidar jamás esto: El que encarna la suma representación de Alemania recibe su llamamiento del pueblo alemán y está obligado exclusivamente a él.

Yo mismo me considero únicamente mandatario de la nación para llevar a cabo las reformas que un día permitan adoptar la última resolución sobre la Constitución definitiva del Reich.

Esta gigantesca empresa de la conformación de nuestro organismo nacional y de la modelación de nuestro nuevo Reich será también en lo sucesivo la suprema tarea de la dirección nacionalsocialista del Estado. ¡Lo que en los doce meses pasados se ha hecho de labor preliminar en este sentido constituye verdaderamente una revolución histórica!

En el ámbito de esta revolución se efectuó la transposición y corrección de numerosas instituciones de nuestra vida pública, sin perder jamás de vista el ya indicado principio básico: el mantenimiento y el estímulo de nuestro espíritu de pueblo. Tan necesarias fueron las intervenciones en la administración como las intervenciones en la justicia. El saneamiento de nuestra vida pública de manifestaciones decadentes conduce a una reforma de nuestra prensa, cinematografía y teatro. Se ha intentado sobre todo impregnar la vida cultural de un sentido más noble, devolver el arte al pueblo alemán, amoldar la ciencia y la educación al nuevo espíritu.

Trasladar los principios fundamentales del movimiento nacionalsocialista al campo de la Economía era tanto más difícil cuanto que aquí se presentaban de antemano tres cuestiones de solución inmediata:

1.- Era preciso, para salvar al campo de la total ruina a que estaba expuesto, intervenir en los mercados y en los precios, dando legalmente al campesino un sostén fuerte e indestructible.

2.- La corrupción general, más difundida cada vez, obligaba a una inmediata y radical depuración de nuestra vida económica que la librase de los fenómenos de una especulación y una piratería sin escrúpulos.

3.- La necesidad de reintegrar al trabajo a seis millones y medio de hombres en paro impedía por sí misma entregarse a teorías que en su tornasolada belleza hacen olvidar con demasiada facilidad su irrealdad actual y, por consiguiente, su invalidez. Pues en el momento

de la llegada al poder de la revolución nacionalsocialista había en Alemania un hombre sin trabajo por cada dos ocupados. Si -lo que ya no era sólo de temer, sino de esperar-, el número de los “sin trabajo” hubiera aumentado, hubiérase producido en breve una inversión de esa proporcionalidad y, con ello, una situación desesperada.

Esos seis millones y medio de “sin trabajo” no se hartan exponiéndoles, a modo marxista, hermosas teorías, sino procurándoles verdadero trabajo.

Así pues, nosotros emprendimos este año el primer ataque general contra el paro.

En la cuarta parte del tiempo que me fijé antes de las elecciones de marzo reintegré a un trabajo útil a la tercera parte de los desocupados. El ataque se hizo concéntricamente, por todas partes, facilitando así el triunfo.

Al volver hoy la vista al año transcurrido nos disponemos, pertrechados con la experiencia ganada en él, a comenzar el nuevo ataque contra esta calamidad. El juego simultáneo del impulso estatal y de la iniciativa y energía privadas fué sólo posible gracias a la renacida confianza del pueblo en el mando y en la estabilidad de un positivo orden y seguridad económicos y jurídicos.

Hay enemigos que creen aminorar la gloria de nuestra labor con la observación de que todo el pueblo ha tomado parte en ella. Naturalmente. Este es el supremo orgullo que tenemos: el haber logrado realmente agrupar al pueblo y ponerle al servicio de su renovación. Pues sólo de esta manera podíamos dar cima a tareas ante las cuales fracasaron muchos Gobiernos, que tenían que fracasar por faltarles esa confianza.

Y sólo fue finalmente posible también poner en íntima relación con nuestros fundamentos ideológicos esa gigantesca labor práctica emprendida en parte someramente.

La fórmula primitiva: ***El pueblo no está ahí para la economía ni la economía para el capital sino que el capital tiene que servir a la economía y ésta al pueblo***, se mantuvo ya este año como suprema norma sobre todas las medidas del Gobierno.

Y esta norma fue parte también, en primer término, para que se lograra que las grandes iniciativas prácticas y positivas del gobierno fueran seguidas comprensiva y animosamente. Así fue posible que mediante una reducción en los impuestos y los suplementos públicos inteligentemente aplicados se pudiese estimular la producción natural en una proporción que, doce meses antes, la mayor parte de nuestros críticos reputaba completamente inverosímil.

Algunas de las medidas iniciadas no serán comprendidas en toda su significación hasta días venideros. Así ocurre en primer lugar con el impulso dado a la motorización del tráfico alemán en relación con la construcción de autopistas. La antigua rivalidad entre ferrocarriles y automóviles ha encontrado aquí una solución que será un día de gran provecho para todo el pueblo alemán.

Ya sabíamos que para poner en marcha nuestra economía en este primer año, había que empezar por facilitar una ocupación primitiva que elevase la capacidad adquisitiva de la gran masa para ir animando poco a poco la producción en esferas más complicadas.

En todo caso se intentó poner en orden la vida financiera del Reich, de los “países” y de los municipios, completamente destruída, acudiendo a amplias medidas, por un lado y al ahorro más enérgico por otro.

Las proporciones del renacimiento económico se desprenden elocuentísimamente de la enorme disminución de nuestros “sin trabajo” y de la no menos importante elevación de los ingresos totales del pueblo, como acusan ya las estadísticas.

La necesidad de poner en marcha a todo trance la producción nacional y de disminuir el número de los “sin trabajo” obligó a renunciar a varias cosas que hubieran sido también deseables.

Natural es que, no obstante, nuestra actividad de este año haya sido atacada por innumerables enemigos. Es esta una carga que hemos sabido soportar y que sabremos soportar también en el futuro. Las imposturas de depravados exiliados que en su mayor parte abandonaron, no por razones políticas sino criminales, el clima que les parecía ya peligroso de su antiguo campo de operaciones, y que con malvada estucia y una criminal falta de conciencia intentaron movilizar contra Alemania un mundo crédulo, caerán por su base, toda vez que de los demás países vienen constantemente a Alemania decenas de miles de hombres y mujeres respetables y dignos quienes, con sus propios ojos, pueden comparar el cuadro que pintan esos “perseguidos” internacionalistas con la verdadera realidad.

El que haya todavía una parte de ideólogos comunistas que crean necesario dar vuelta a la rueda de la Historia y se sirvan para ello de una infrahumanidad, que confunde el concepto de libertad política con la expresión de criminales instintos no nos preocupa tampoco mucho. Hemos terminado con esos elementos cuando ellos estaban en el poder y nosotros en la oposición. Mucho mejor podremos tenerlos a raya en lo sucesivo cuando ellos están en la oposición y nosotros en el poder.

También una parte de nuestra intelectualidad burguesa cree no poder avenirse a la dura realidad. Ahora que, verdaderamente, es más conveniente tener a esta desarraigada inteligencia de enemiga que de adepta, pues se aparta de todo lo sano y sólo lo patológico despierta su interés y recibe su estímulo.

A estos enemigos del nuevo gobierno quisiera añadir también la pequeña “clique” de esos incorregibles retrógrados a cuyos ojos los pueblos no son otra cosa que factorías mostrencas que no esperan más que uno de esos enviados de Dios bajo cuya égida han de encontrar la única pacificación interna posible.

Finalmente cuento asimismo entre ellos ese pequeño grupo de ideólogos nacionales que cree que la nación no podría ser feliz más que borrando las experiencias y los resultados de una historia dos veces milenaria para comenzar de nuevo su camino en una mentida piel de oso.

Todos esos enemigos juntos no llegan siquiera en Alemania a dos millones y medio frente a más de cuarenta millones fieles al nuevo Estado y a su gobierno. Esos dos millones no hay que contarlos ni mucho menos como oposición, pues no son sino un confuso conglomerado de las más diversas opiniones e ideas, completamente incapaz de seguir un fin político común, cualquiera que sea, y capaz sólo de una conjunta negación del Estado de hoy.

Más peligrosas que éstos son, en cambio, dos categorías de hombres en los cuales tenemos que ver un verdadero lastre para el Reich actual y futuro.

Son, en primer término esas aves migratorias de la política que aparecen allí donde se haga verano, sujetos débiles de carácter pero verdaderos fanáticos de la coyuntura, que irrumpen sobre todo movimiento triunfante y que con descompasada gritería y un

comportamiento cabal tratan de antemano de impedir o de responder a la averiguación de su procedencia y actividad anterior.

Son peligrosos porque, bajo la máscara del nuevo sistema buscan la satisfacción de sus meros egoísmos, deviniendo así verdadero lastre para un movimiento por el que, durante años enteros, hicieron duros sacrificios hombres dignos que quizá no pensaron siquiera que jamás encontrarán compensación al sufrimiento y las privaciones padecidos por el pueblo.

Una importante tarea futura será, especialmente, la de limpiar al Estado y al partido de esos importunos parásitos. En cambio, muchos hombres íntegros en el fondo, que por razones comprensibles e imperiosas no pudieron sumarse al movimiento, encontrarán el camino de éste sin temor a ser confundidos con aquellos turbios elementos.

Otro pesado lastre es el ejército de quienes de antemano, y por ley de herencia, nacieron al lado negativo de la función vital del pueblo.

Aquí tendrá que apelar el Estado a medidas francamente revolucionarias.

Es un gran merecimiento del movimiento nacionalsocialista el que, este año pasado, haya procedido por vía legislativa al primer ataque contra la lenta decadencia que amenazaba al pueblo. A las objeciones que se hacen principalmente por parte de la Iglesia y a la oposición contra esta legislación tengo que replicar lo siguiente:

Hubiera sido más conveniente, más sincero y, sobre todo, más cristiano no haber seguido en los decenios anteriores a los que aniquilaban conscientemente lo sano de la vida en lugar de incitar contra los que no quieren más que evitar todo lo enfermo.

El dejar de hacer en este terreno no es sólo crueldad contra las inocentes víctimas individuales sino también una crueldad contra la totalidad del pueblo. Si las cosas hubiesen seguido el curso de los últimos cien años, el número de los asistidos por la Beneficiencia pública se aproximaría un día amenazadoramente al de los que, en último extremo, son los únicos que llevan el peso de la conservación de la comunidad.

No son las iglesias las que alimentan estos ejércitos de desgraciados sino el pueblo el que tiene que hacerlo. Si las iglesias se declarasen dispuestas a tomar bajo su cuidado y amparo estos enfermos hereditarios, de buen grado accederíamos a renunciar a su esterilización. Pero mientras el Estado esté condenado a recaudar anualmente entre sus ciudadanos ingentes sumas, cada vez mayores -actualmente sobrepasa en Alemania la cantidad anual de 350 millones, en total-, para el mantenimiento de esos desgraciados enfermos de la nación, entonces está obligado a procurarse un remedio que preserve de la transmisión en el futuro de un innecesario sufrimiento y que impida que de esa manera haya que privar a millones de hombres sanos de lo más necesario muchas veces para la vida, con el fin de conservar artificialmente a hombres enfermos.

¡Hombres del Reichstag alemán! Por grandes que sean los resultados del año de la Revolución nacionalsocialista y de la dirección del Estado en sus manos, es todavía más digno de notar el hecho de que este gran cambio pudiera verificarse en nuestro pueblo: primero, con una rapidez vertiginosa y segundo, casi sin derramamiento de sangre.

Es destino de la abrumadora mayoría de las revoluciones el de perder bajo sus pies, en la precipitación de su avance impetuoso, la tierra firme, para acabar estrellándose en cualquier parte contra las duras realidades.



Pero nosotros hemos podido dirigir tan admirablemente, en general, esta resurrección nacional, que, apenas si se había antes, si se exceptúa la revolución fascista en Italia.

Las causas radican en el hecho de que no fue el pueblo llevado a la desesperación pero desorganizado quién alzó la bandera de la rebelión y arrió la tea incendiaria al Estado existente, sino un movimiento brillantemente organizado el que luchaba con hombres disciplinados durante largos años. Este es el merecimiento del partido nacionalsocialista y sus organizaciones; este es el merecimiento de la “guardia parda”.

La “guardia parda” ha preparado la resurrección alemana casi sin derramamiento de sangre, ejecutándola y llevándola a término con una medida sin ejemplo.

Este milagro no fue, empero, concebible más que por la adhesión voluntaria y absoluta de quienes al frente de organizaciones análogas aspiraban a los mismos fines, o de los que, como oficiales, representaban la fuerza armada alemana.

Es un singular proceso histórico el que entre las fuerzas de la revolución y los jefes responsables de un ejército sumamente disciplinado, pudiese llegarse a una alianza tan cordial al servicio del pueblo, como la que se formó entre el partido nacionalsocialista y yo como su Jefe, por una parte, y los oficiales y soldados del Ejército y de la Marina alemanes, por otra.

Si el Casco de Acero se fue acercando en estos doce meses más y más al nacionalsocialismo, para dar finalmente a esta fraternidad la más hermosa expresión de una fusión con él, el Ejército y su mando permanecieron durante el mismo tiempo fieles y adictos, sin restricción, al nuevo Estado, facilitando en último extremo el triunfo de nuestra labor ante la historia.

Pues no era una guerra civil lo que podía salvar a Alemania sino la unánime agrupación de todos aquellos que ni aun en los peores años habían perdido la fe en el pueblo y en el Reich alemanes.

Para terminar con este año de revolución, tan grande en política interior, quiero señalar todavía como singular indicio de la poderosa fuerza de cohesión de nuestro ideal, el que en un Gabinete al cual en enero de 1933 no pertenecían más que tres nacionalsocialistas, continúan aún todos los ministros, con excepción de uno solo, que salió por propia voluntad y a quien yo veo con gran satisfacción elegido en nuestra lista como un verdadero patriota alemán. Así pues, los hombres del gobierno constituido el 30 de enero de 1933, han cumplido entre ellos lo que pedían a todo el pueblo alemán: olvidando antiguas diferencias, laborar en común por el renacimiento de nuestro pueblo y por el honor y la libertad de nuestro Estado.

La lid por la nueva conformación interna del pueblo alemán y de su Reich, lid que encontró su máxima expresión en la fusión del partido y del Estado, del pueblo y del Reich, no ha concluido. Fieles a la proclama que hicimos al entrar hace un año en el Gobierno, continuaremos en ella, con lo cual están ya fijados de antemano para el futuro los cometidos de nuestra voluntad y nuestra acción de política interior: Robustecimiento del Reich mediante la agrupación de todas las fuerzas en forma organizada que recupere al fin lo que el egoísmo y la incapacidad dejaron desatendido durante quinientos años. Estímulo del bienestar de nuestro pueblo en todos los aspectos de la vida y una cultura de base moral.

El Reichstag alemán aprobando en esta misma sesión una nueva Ley de Gobierno, tendrá que dar el legal poder discrecional para continuar la revolución nacionalsocialista.

Cuando el 30 de enero me confió el Presidente del Reich la jefatura del nuevo gobierno, no me animaba a mí -y conmigo no sólo a los miembros del Gabinete sino a todo el pueblo alemán- más que el voto ardiente de que el Todopoderoso nos concediera el reconquistar para el pueblo alemán el honor y la igualdad de derechos ante el mundo. Como sinceros partidarios de una verdadera política de conciliación creíamos que ésta era la mejor manera de contribuir a una verdadera paz entre los pueblos. Esta idea la hemos erigido en principio de toda nuestra política internacional. El nuevo Estado alemán se presenta ante todos los pueblos y Estados animado fundamentalmente del único deseo de vivir con ellos en paz y amistad. Estábamos convencidos de que habría de ser posible otra vez hablar en este mundo de diferencias en la vida de las naciones, sin que hubiese que pensar en seguida en la fuerza.

Uno de los graves resultados del tratado de paz de Versalles, es el de haber provocado necesariamente, por la perpetuación del concepto de vencedores y vencidos, el peligro de una perpetuación de la idea de que las discrepancias de criterio y las oposiciones de intereses en la vida internacional, son cosa prohibida en absoluto a la parte débil o que debe ser replicada mediante la fuerza de las armas por los más poderosos. La idea de que por vía de sanciones que obligan a soportar los Tratados, puedan seguirse infiriendo nuevas injusticias al que una vez quedó desposeído de sus derechos, no puede conducir más que a una cruel amargura para la moral de las relaciones internacionales. Pues, por experiencia, la humillante sumisión del vencido en vez de aplacar al vencedor suele excitarle a nuevos desafueros.

Durante catorce años intentó el pueblo alemán, mediante una política de cumplimiento ciertamente suicida, reconciliarse con enemigos irreconciliables y cooperar por su parte a la erección de una nueva comunidad de Estados en Europa.

Los resultados fueron tristísimos. No es una prueba de lo contrario la atenuación introducida en la política de reparaciones porque fue después de la ruina, no sólo de la economía alemana sino, en gran parte también, de la economía mundial, cuando se decidió poner fin por medio de convenios a un procedimiento que, en rigor, por la carencia de toda substancia en Alemania, había encontrado ya, sin más ni más, su fin y liquidación.

Al decidir el nuevo Gobierno alemán llevar al terreno político también esta lucha por la igualdad alemana de derechos, estaba convencido de que, ante todo, aportaba con ello una contribución al saneamiento de las relaciones económicas mundiales. Pues sin una completa desintoxicación de las relaciones políticas de los pueblos entre sí y, por consiguiente, de la atmósfera política no se puede llegar tampoco económicamente a una colaboración leal.

Esta colaboración será necesaria cuando en los años venideros se quiera proceder seriamente a resolver los grandes problemas que plantean: por una parte, el desplazamiento y las alteraciones de los mercados y, por otra, la subsistente necesidad de exportar de determinadas naciones.

El Gobierno alemán parte fundamentalmente del pensamiento de que para el anudamiento de relaciones con los demás países es, naturalmente indiferente, la clase de constitución y la forma de Gobierno que los pueblos hayan querido darse. Es una cuestión primigenia para cada pueblo regir su vida interior según su propio entender. Pero por eso también es cuestión exclusiva del pueblo alemán, la de elegir por propio impulso el contenido espiritual y la forma constructiva de su organización y de su dirección política.

Durante muchos meses hemos tenido que comprobar dolorosamente que la diferencia que se manifiesta entre nuestra ideología y la de los otros pueblos, se tomó como pretexto

para colmar al pueblo y al Estado alemanes con agravios numerosos e injustos oponiéndole una desconfianza que nada justifica.

Nosotros no hemos podido compartir esta manera de ver. Durante los doce meses pasados fue nuestra entera preocupación la de cuidar las relaciones del pueblo alemán con los demás Estados en un espíritu predispuesto a la conciliación y al entendimiento, aunque entre las concepciones políticas de esos países y las nuestras existieran grandes e infranqueables diferencias.

Tanto respecto a los Estados de constitución democrática como a los de tendencia antidemocrática, nuestro propósito fue siempre el mismo: el de encontrar medio y camino para el allanamiento de discrepancias y la colaboración internacional.

Sólo así es comprensible que, a pesar de la gran diferencia de las dos ideologías imperantes, el Reich se afanase también este año en seguir fomentando sus relaciones amistosas con Rusia. Si en su último gran discurso expresaba Stalin el temor de que en Alemania actuaran fuerzas antisoviéticas, por mi parte tengo que corregir desde aquí este concepto, en el sentido de que de la misma manera que en Rusia no se toleraría una tendencia nacionalsocialista alemana, Alemania no tolerará una tendencia ni siquiera una propaganda comunista. Cuanto mayor sea la claridad y la precisión con que se presenten y sean respetados por ambos Estados estos hechos, tanto más natural puede ser la atención que se preste a los intereses comunes a ambos países. Por eso vemos también complacidos el deseo de estabilizar las relaciones en el Este mediante un sistema de pactos, siempre que los puntos en que se inspiren no sean tanto de índole táctico-política, cuanto al servicio de la afirmación de la paz.

Por esta razón y con estos propósitos se ha esforzado también en el primer año el Gobierno alemán en establecer nuevas y mejores relaciones con el Estado polaco.

Cuando el 30 de enero me encargué del Gobierno, me parecieron más que insatisfactorias las relaciones entre ambos países. Corría el peligro de que las indudables diferencias existentes, producto en parte de las cláusulas territoriales del Tratado de Versalles y, en parte, de la mutua irritabilidad originada de ellas, fuese forjando poco a poco una hostilidad que, fácilmente, de prolongarse, podía adquirir el carácter de una recíproca tara política hereditaria.

Prescindiendo de los peligros inminentes que latían en él, este proceso impediría para siempre una colaboración beneficiosa para ambos pueblos. Alemanes y polacos tendrán que avenirse, unos y otros, al hecho de su existencia misma. Por eso es más conveniente que un estado de cosas que mil años de historia no ha podido hacer desaparecer y que tampoco después de nosotros se haría desaparecer, reciba una conformación que reporte el máximo provecho para las dos naciones.

Me pareció necesario además demostrar con un ejemplo concreto que, aun en el caso de diferencias indudables, no debían éstas impedir el encontrar para la vida internacional esa forma de trato recíproco que beneficia más a la paz y, por consiguiente, al bienestar de ambos pueblos, que la paralización política, y finalmente económica, que sigue necesariamente al permanente estado de acecho de una mutua desconfianza.

Me pareció también justo intentar en tal caso tratar los problemas pertinentes a ambos países en una franca y leal conversación entre dos, antes que hacerla constantemente materia de deliberación entre terceros y cuartos. Por lo demás, cualesquiera que sean las diferencias

entre ambos países en el futuro, ¡el intento de disiparlas con acciones guerreras no estaría en ninguna relación, por sus efectos catastróficos, con la ventaja posible!

De ahí la satisfacción del Gobierno alemán al encontrar en el Jefe del Estado polaco, el mariscal Pilsudski, la misma amplitud de miras y al poder fijar la posición de ambos en un Tratado que a la vez que beneficioso para los pueblos polaco y alemán, era una alta aportación al mantenimiento de la paz general.

El Gobierno alemán está inclinado y dispuesto a cuidar también en el sentido de este Tratado las relaciones político-económicas con Polonia, de tal modo, que en este terreno pueda seguir, asimismo, al estado de estéril reserva, un tiempo de provechosa colaboración.

Nos llena de especial satisfacción que en este mismo año consiguiera el gobierno nacionalsocialista de Danzig llegar a un esclarecimiento análogo en sus relaciones con el vecino Estado polaco.

Dolorosamente para el Gobierno alemán, las relaciones del Reich con el actual Gobierno austríaco no son, ni mucho menos, satisfactorias. La culpa no es nuestra. Decir que el Reich alemán se propone violentar al Estado austríaco, es absurdo y no puede probarse de ningún modo.

Pero es natural que una idea que abarca y mueve hasta lo más profundo de toda la nación alemana, no haga alto ante las fronteras de un país que no sólo es alemán por su población, sino que por su historia fue durante muchos siglos, como Marca oriental alemana, parte integrante del imperio alemán y cuya capital tuvo el honor durante quinientos años de ser residencia del emperador alemán y cuyos soldados marcharon aún en la guerra mundial, al lado de regimientos y divisiones alemanes.

Pero, aun prescindiendo de esto, no tiene ese hecho nada de particular si se considera que casi todos los pensamientos y concepciones europeos de espíritu revolucionario, actuaron siempre, hasta ahora, fuera del recinto de sus propios países. Así, las ideas de la Revolución francesa, rebasando los límites del Estado, penetraron en los pueblos de la misma manera que hoy la idea nacionalsocialista ha sido recogida por el germanismo austríaco como es lógico, dada la comunión espiritual y psíquica con todo el pueblo alemán.

Si el actual gobierno austríaco considera necesario sofocar este movimiento apelando a los más extremos medios del poder, claro que esto es cosa suya. Pero entonces tiene que cargar también personalmente con la responsabilidad de los resultados de su propia política y reconocerlos. El gobierno alemán no procedió a sacar las consecuencias de la actitud del gobierno austríaco contra el nacionalsocialismo hasta el momento en que fueron afectados por ella los ciudadanos alemanes que vivían en Austria o que residían en ella temporalmente.

No puede exigirse del Gobierno alemán que envíe a sus ciudadanos como huéspedes a un país cuyo Gobierno ha hecho ver inequívocamente que el nacionalsocialista en sí es un elemento indeseable.

De la misma manera que nosotros no podríamos contar en Alemania con un turismo norteamericano e inglés, si a los viajeros de estos países se les arrancase en territorio alemán las banderas y signos de su soberanía nacionales, de la misma manera no tolerará el Gobierno alemán este humillante trato de sus ciudadanos cuando van a otro país, y alemán por añadidura.

Pues los signos de soberanía y las banderas con la cruz gamada son símbolos del nuevo Estado alemán.

¡Y los alemanes que viajan hoy por el extranjero son siempre, prescindiendo de los exiliados, nacionalsocialistas!

Al quejarse el gobierno austriaco de que Alemania impida a sus ciudadanos viajar por un país cuyo Gobierno es tan hostil para todo el que siga la ideología aquí imperante, debería pensar que, de no haber recurrido a estas medidas, se hubiera producido necesariamente un estado de cosas que hubiese sido realmente insoportable. Y como el actual ciudadano alemán es demasiado orgulloso y consciente de sí mismo, para dejarse arrancar sin resistencia los distintivos de su honor nacional, no queda otro remedio que evitar nuestras visitas a tal país.

Tengo que rechazar enérgicamente la afirmación del Gobierno austriaco, de que por parte de Alemania se emprenda o se proyecte siquiera un ataque contra el Estado austriaco, de cualquier índole que sea. Si decenas de miles de emigrados políticos austríacos toman desde la Alemania actual viva participación en los acontecimientos de su patria, esto no deja de ser lamentable en algunas manifestaciones, pero tanto menos de impedir por parte del Reich cuanto que hasta ahora el resto del mundo no pudo evitar de ninguna manera la activa participación que los emigrados alemanes en el extranjero tomaban en la evolución alemana.

Si el Gobierno austriaco se queja de una propaganda política contra Austria hecha desde Alemania, con más razón podría quejarse el Gobierno alemán de la propaganda política hecha contra Alemania desde otros países por los exiliados políticos que en ellos viven.

El que la prensa alemana se publique en idioma alemán y por consiguiente pueda ser leída por el Gobierno austriaco, es tal vez lamentable para éste, pero eso no puede evitarlo el Gobierno alemán. En cambio, si en países no alemanes se publican, en tiradas de millones de ejemplares, periódicos alemanes que se envían a Alemania, el Gobierno alemán tiene una razón evidente para protestar, porque no puede explicarse por qué han de editarse en Praga o en París periódicos berlineses.

Lo difícil que es evitar una actuación de los exiliados políticos en la madre patria, lo demuestra irrefutablemente el hecho de que, aun allí donde la Sociedad de Naciones administra soberanamente un país, no puede reprimirse, como es bien manifiesto, la intromisión de los círculos de exiliados, en la anterior madre patria. Hace pocos días todavía que la policía política detuvo en la frontera de la región del Sarre a dieciseis comunistas que intentaban meter de contrabando en Alemania grandes cantidades de material y de propaganda contra el Estado desde ese dominio de la Sociedad de Naciones. Luego si esto es posible en “leña tierna”, por decirlo así, difícilmente puede reprochársele a Alemania esos hechos análogos que se afirman de ella.

El Gobierno alemán no se querella contra los Estados circundantes por la propaganda antialemana de los exiliados que se tolera en ellos y que llegó hasta representar una farsa judicial para escarnio del Tribunal Supremo alemán, y que, todavía hoy encuentra su última expresión en una desenfadada incitación al boicot. El Gobierno alemán puede renunciar a la querella, porque se considera como el inmovible representante y el sostenedor de la confianza y de la voluntad de la Nación. Y tiene esta seguridad íntima porque, para su propia tranquilidad y para ilustración del resto del mundo, no dejó de apelar varias veces durante un año, al pueblo alemán para que confirmase esa confianza por vía plebiscitaria y eso sin estar de ninguna manera obligado a ello.

El valor de los ataques dirigidos contra el actual Gobierno austriaco desaparecería inmediatamente si el Gobierno pudiera resolverse a hacer asimismo un llamamiento al pueblo alemán en Austria, para testimoniar ante el mundo la identidad de su voluntad con la del Gobierno.

No creo que, por ejemplo, el gobierno de Suiza, que también cuenta con millones de ciudadanos de nacionalidad alemana, tenga queja alguna sobre un intento de intromisión de círculos alemanes en sus cuestiones internas. La razón me parece encontrarla en que allí hay un Gobierno sostenido visiblemente por la confianza del pueblo suizo y que no necesita, por consiguiente, buscar en la política exterior la causa de sus dificultades internas.

Sin querernos inmiscuir en lo más mínimo en los asuntos particulares de otros Estados, creo, sin embargo, deber decir esto: Con la fuerza sólo no puede sostenerse a la larga ningún sistema. Por eso en el futuro será siempre también capital preocupación del Gobierno nacionalsocialista alemán, comprobar repetidamente de nuevo hasta qué punto la voluntad de la nación está encarnada en el Gobierno director. Y de aquí que en este sentido nosotros los bárbaros, somos en rigor mejores demócratas.

Por lo demás yo, que reconozco con orgullo al país hermano de Austria como mi patria y la patria de mis antepasados, protesto de la idea de que el espíritu germano del pueblo austríaco necesite hostigación alguna por parte del Reich.

Creo conocer todavía hoy bastante a mi patria y a su población, para saber que el latido que mueve a 66 millones de alemanes en el Reich, mueve también su corazón y su ser en Austria.

Ojalá logre el Destino encontrar la solución a este triste estado de cosas y la senda que conduzca a una franca y leal reconciliación. El Reich está siempre dispuesto a tender la mano para llegar a un verdadero entendimiento, a base del respeto a la libre voluntad del germanismo austríaco.

En estas consideraciones de política internacional, no puedo pasar por alto el que en este año experimentó una múltiple consolidación en las relaciones de ambos Estados, la tradicional amistad con la Italia fascista, siempre cultivada por el nacionalsocialismo, y la alta consideración que el gran caudillo de ese pueblo goza también entre nosotros. El pueblo alemán reconoce con gratitud las muchas pruebas de una justicia tan política como serena que recibió de la actual Italia durante y después de las negociaciones de Ginebra.

La visita del secretario de Estado italiano Suvich nos dió por primera vez la ocasión para expresar débilmente en Berlín también estos sentimientos para el pueblo italiano y su eminente estadista, tan próximo ideológicamente a nosotros.

De la misma manera que el Gobierno nacionalsocialista alemán procuró este año llegar a un entendimiento con Polonia, nos esforzamos sinceramente en atenuar las diferencias entre Francia y Alemania y encontrar el camino de un definitivo entendimiento, si fuera posible mediante una general liquidación de conflictos.

La lucha por la igualdad de derechos alemanes que jamás abandonaremos como empresa por el honor y el derecho de nuestro pueblo, no podía terminarse mejor, a mi parecer, que, con la reconciliación de las dos grandes naciones que en los últimos siglos derramaron tantas veces la sangre de sus mejores hijos en los campos de batalla, sin haber modificado esencialmente con ella el estado definitivo de las cosas.

Por eso creo también que este problema no puede ser mirado exclusivamente a través de la lente de fríos políticos y diplomáticos profesionales, sino que tiene que encontrar su solución final, únicamente por la vehemente resolución de aquellos que quizá un día estuvieron frente a frente como enemigos pero que en la estimación fundada en el heroísmo recíproco podían encontrar un puente hacia un futuro que no debe conocer la repetición de pasados dolores bajo ningún concepto, si es que Europa no ha de ser llevada de hecho al borde del abismo.

Francia teme por su seguridad. Nadie en Alemania la amenaza, y estamos dispuestos a hacer todo lo necesario para demostrarlo.

Alemania exige igualdad de derechos.

Nadie en el mundo tiene derecho a negársela a una gran nación y nadie será capaz para impedirlo a la larga.

En cuanto a nosotros, testigos vivos de la espantosa guerra, nada se halla más distante de nuestras intenciones que la idea de relacionar estos sentimientos y aspiraciones comprensibles en ambas partes, con un deseo probable de medir nuevamente las fuerzas de ambos pueblos en el campo de batalla, lo cual habría de conducir necesariamente a un caos internacional.

Con este ánimo, con el espíritu de la necesaria y deseable colaboración de ambas naciones, he intentado también proponer una solución ya a las cuestiones que con facilidad pueden, si no, provocar de nuevo un caldeamiento de las pasiones.

Mi propuesta de que Alemania y Francia liquidasen de acuerdo y desde ahora el problema del Sarre, responde a las siguientes consideraciones:

1. Esta cuestión es la única cuestión territorial todavía pendiente entre ambos países. El Gobierno alemán, después de la solución de este problema, está dispuesto y decidido a aceptar también interiormente la fórmula exterior del Pacto de Locarno, pues entonces entre Francia y Alemania no habría ya cuestión territorial alguna.

2. El Gobierno alemán teme que, a pesar de que el plebiscito dará una inmensa mayoría en favor de Alemania, sobrevenga no obstante -atizado especialmente por los círculos irresponsables de exiliados- un reavivamiento de las pasiones nacionales por la propaganda para el plebiscito, lo cual, toda vez que el resultado consta de antemano, no es necesario y sería, por consiguiente de lamentar.

3. Cualquiera que sea el resultado del plebiscito, en todo caso quedará necesariamente en una de las dos naciones el sentimiento de una derrota. Y aunque luego en Alemania: ardiesen fuegos de júbilo, desde el punto de vista de la conciliación de ambos países nos complacería más que pudiera llegarse de antemano a una solución satisfactoria por igual para ambas partes.

4. Tenemos el convencimiento de que si Francia y Alemania hubiesen arreglado y resuelto previamente en un común proyecto de tratado esta cuestión, toda la población del Sarre hubiese acogido en un plebiscito, con abrumadora mayoría, ese arreglo, con el resultado de que se hubiese dado cumplimiento al derecho de la población del Sarre a la emisión de su voto sin que ninguna de las dos naciones interesadas necesitara sentir como derrota o como victoria la expresión del plebiscito y sin que la propaganda tuviera posibilidad para una nueva perturbación en el recíproco acuerdo incipiente entre los pueblos alemán y francés.

Por eso lamento hoy todavía que por parte de Francia se haya creído no poder dar curso a este pensamiento. Pero, no obstante, no pierdo la esperanza de que, a pesar de todo, la voluntad de llegar a una verdadera reconciliación y de enterrar definitivamente la corriente histórica de la guerra se va robusteciendo cada vez más en ambos países y acabará por imponerse.

Si se logra esto, la paridad de derechos inquebrantablemente exigida por Alemania no se considerará ya en Francia como un ataque a la seguridad de la nación francesa, sino como el derecho natural de un gran pueblo con el cual no sólo vive en amistad política sino con el cual posee tan innumerables intereses comunes.

Con gratitud acogemos el afán del Gobierno Británico para prestar su ayuda a una iniciación de relaciones amistosas de esta índole. El proyecto de una nueva propuesta de desarme que me presentó ayer el embajador inglés será examinado por nosotros con la mejor voluntad, con el espíritu que en mi discurso de mayo procuré exponer como el dominante de nuestra política internacional.

Si en este año transcurrido el Gobierno alemán se vió obligado a abandonar la Conferencia del Desarme y la Sociedad de Naciones, ello fué debido a que el curso que tomaba la cuestión del restablecimiento de nuestra igualdad de derechos, en conexión con una estipulación internacional de armamentos, cuestión que afectaba profundamente a Alemania, no era ya compatible con lo que en mayo tuve que presentar como exigencia mínima fundamental, invariable, no sólo de la seguridad nacional de Alemania sino del honor nacional de nuestro pueblo.

Y en este momento tengo que repetir ante el mundo entero que no habrá poder ni amenaza que pueda mover jamás al pueblo alemán a renunciar a los derechos que no pueden negarse a una nación soberana.

Y puedo asegurar además, que esta nación soberana no tiene otro deseo que el de aplicar animosamente la fuerza y el peso de sus valores políticos, morales y económicos, a la curación de las heridas que el pasado infligió a la comunidad humana y, además, a la colaboración de aquellas naciones culturales que, como justamente dijo un estadista inglés, con las obras de su ingenio y de su trabajo, hacen hermosa y verdaderamente digna de vivirse esta vida.

Tras un año de revolución nacionalsocialista, el Estado alemán y el pueblo alemán han madurado interior y exteriormente para aceptar parte de la responsabilidad en la prosperidad y felicidad de los pueblos que la Providencia adjudicó a tan gran nación y que, por lo tanto, los hombres no pueden negarle.

La disposición para este verdadero cumplimiento del deber internacional no puede encontrar más hermosa expresión simbólica que la persona del anciano mariscal, que como oficial y como victorioso jefe luchó por la grandeza de nuestro pueblo en guerras y batallas y que hoy, como Presidente del Reich, es venerable garantía del trabajo en pro de la paz, que a todos nos anima.

COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA EN EL

MONUMENTO A RICHARD WAGNER EN LEIPZIG

(6 de marzo de 1934)



Señora Wagner, Señor Alcalde, hombres y mujeres alemanes:

La grandeza de los pueblos ha sido a través de los tiempos, el resultado de la recopilación de los trabajos de sus grandes hombres.

Nosotros, alemanes, podemos considerarnos afortunados a través de los muchos de nuestros hijos, cuyos méritos transpasaron las fronteras nacionales y contribuyeron con su legado al afianzamiento del espíritu de aquellos pilares que sustentan la cultura universal.

Uno de estos grandes hombres, que encierra en sí la más pura esencia de la grandeza nacional de nuestro pueblo, es Richard Wagner, el más grande y sublime hijo de esta ciudad, el genial poeta de las melodías de nuestra raza.

A través de las piedras de este monumento, intentamos crear un recuerdo terreno a este gran hombre que, por su propio esfuerzo, se forjó el recuerdo más hermoso. Todos sabemos que es solamente un símbolo transitorio de nuestro cariño y creemos saber con seguridad que, pese a que ninguna de estas piedras vuelva a hablar del maestro, su grandiosa música seguirá escuchándose en el infinito.

Usted, Señor Alcalde, me ha concedido el gran honor de colocar la primera piedra de este monumento aquí en Leipzig. Si yo accedo a su deseo, no quiero hacerlo como aquella persona que ha sido favorecida por el destino, sino en el nombre de todo el pueblo alemán que ve en mí a su portavoz y Führer y cuyos profundos sentimientos quiero yo expresar en estos momentos.

La actual generación alemana que durante decenios ha sido alumbrada y educada en un mundo de locura y dolor, ha encontrado de nuevo el camino hacia su gran maestro, ya no quiere tener ninguna conexión con aquellos tiempos desagradables. Se ha llegado, no tan sólo simbólicamente, sino materialmente, a un Orden, según el deseo y la voluntad de uno de los más grandes hijos de nuestro pueblo. Este Orden surge de la fuerza imperecedera de nuestro pueblo y de la sublime aspiración de nuestro espíritu.

Esta aspiración de nuestro espíritu se manifiesta también en el segundo año de la revolución nacional, a través de mí como Canciller del Reich encontrando aquí en esta ciudad su camino, y los postro a sus pies en el día del descubrimiento de este monumento que renueva el agradecimiento de la nación a este su gran hijo.

Con la sincera alabanza de la voluntad y el deseo del gran maestro y para corresponder a todos sus trabajos llenos de viva belleza y como signo de su perduración para las futuras generaciones entusiastas del maravilloso mundo musical de este gran poeta de los sonidos, coloco esta piedra como testimonio a la imperecedera memoria de Richard Wagner en este su monumento nacional.

## INAUGURACION DE LA CRUZADA DEL TRABAJO

(21 de marzo de 1934)

Trabajadores alemanes:

No creo que jamás Gobierno alguno se haya hecho cargo de una herencia peor que la que nosotros tomamos el 30 de enero de 1933.

Desde la revuelta de noviembre de 1918 se fue precipitando a nuestro pueblo, paso a paso, en la decadencia. Todo lo que parecía contraponerse a aquella línea que llevaba derecha a la perdición, se reveló siempre, al poco tiempo, como falacia y espejismo. La menor mejoría que se presentara en la primavera, nunca fue otra cosa que una alternativa en las vicisitudes de la coyuntura de un sistema y de una economía que iban al desastre, era ponderada por los Gobiernos como éxito propio.

Es preciso rememorar la situación en que nos encontrábamos en enero del año pasado.

El campo camino de la ruina; la clase media arruinada ya en su mayor parte. La carga de los impuestos insostenible. El número de quiebras creciendo constantemente. Una legión de agentes ejecutivos ocupados en cobrar coercitivamente deudas públicas y particulares. Las finanzas del Reich, de los lander y de los municipios completamente desequilibradas, la capacidad adquisitiva del pueblo en continuo descenso. Y por encima de todo, irguiéndose como un peligro inminente, el azote de la necesidad, el paro.

Había más de seis millones de alemanes sin ganar nada, lo cual en la práctica venía a significar que cada dos alemanes que trabajaban tenían que mantener a otro.

A esto se añadía, como mal mayor, la falta de esperanza en un cambio de cosas. Habíase perdido la confianza y la fe en un porvenir mejor. Los millones de alemanes perseguidos por el infortunio económico escrutaban el gris y horroroso porvenir, sumidos en inconsolable desesperación. Y dondequiera que se mirase, la lucha de los partidos, la eterna disensión, la eterna disputa, la corrupción, el soborno, la informalidad y la indisciplina cerniéndose sobre todo. Cuando más grave era la necesidad tanto más peligrosos resultaban los partidos políticos y sus jefes, farsantes y embaucadores que operaron infamemente en el cuerpo alemán.

Un maremagnum de concepciones e ideas, de pareceres y convicciones desgarró al pueblo alemán y determinó el desaliento de esta época.

Así pues, al recibir por fin el poder el 30 de enero del año pasado tras una lucha de 14 años llena de sacrificios contra los destructores de nuestro Reich y de nuestro pueblo, estábamos abocados a lo peor.

¿Qué era lo que había que hacer y cómo había que hacerlo?

Compatriotas: ¡Cuántos no hubo entonces que exhortaban al pueblo para que evitase al nacionalsocialismo sosteniendo que nos faltaban capacidades y que nuestro triunfo sería el aniquilamiento completo de la economía alemana!

Pero, a despecho de críticos y censuradores, al presentarnos hoy ante la nación, al iniciar la segunda campaña anual contra la crisis económica alemana, podemos aducir una labor que no hace más que un año era considerada imposible por ellos mismos.

¿Cómo fue esto posible?

He aquí los principios que entonces nos guiaban y las resoluciones que tomamos y quisimos llevar a la práctica.

1.- Si en una época de tan horrible decadencia en todos los órdenes, y especialmente en el económico, se procede a una subversión del Estado, bajo ningún concepto debe conducir al caos.

Nosotros quisimos hacer una revolución y la revolución hicimos. Sólo almas pequeñas pueden ver exclusivamente en la destrucción el espíritu de una revolución. Nosotros, por el contrario, la vimos en una renovación gigantesca.

Y si hoy podemos mirar con confianza al porvenir no es sino porque, gracias a la disciplina del partido nacionalsocialista, de sus combatientes y adeptos, logramos realizar con perfecto plan y orden una de las mayores revoluciones de la historia universal.

Es mejor título de gloria haber aventado un mundo sin los fenómenos consiguientes a un voraz incendio, que hacer una revolución que termine en el caos y, por tanto, en el propio aniquilamiento. El pueblo alemán no nos ha llamado para que seamos nosotros quienes le precipitemos en la muerte sino para que le señalemos el camino de otra vida mejor.

La disciplina de la revolución nacionalsocialista fue, pues, la premisa para el logro de la salvadora acción política y económica de nuestro movimiento.

2.- La magnitud de la calamidad obligaba a magnas resoluciones. Y magnas resoluciones no pueden tomarse más que a largo plazo. Como todo lo grande de este mundo, su realización requiere tiempo.

Pero para ello era necesario dar al nuevo régimen una estabilidad insólita pues sólo Gobiernos estables, seguros de su existencia y duración, pueden decidirse a resoluciones verdaderamente enérgicas y amplias.

3.- La estabilidad interna de un Gobierno es siempre manantial de confianza y tranquilidad de un pueblo. Cuando la masa ve que sobre ella hay un Gobierno convencido de sí mismo se transmite a ella una parte de ese convencimiento. Y así, a la audacia de los planes de la dirección del Estado, responde una audacia análoga en la buena disposición para cumplirlos hasta el fin.

Y el buen ánimo y la confianza son las condiciones fundamentales para el éxito de todo renacimiento económico.

4.- Para ello había que estar decidido a obrar con circunspección pero, si era necesario, también con dureza.

Estábamos dispuestos a hacer cuanto fuera humanamente posible. Queremos hacer todo lo que podamos a nuestro leal saber y entender. Por eso no estamos dispuestos a consentir que cualquier elemento pernicioso o cualquier desalmado enemigo de nuestro pueblo pueda entregarse a su labor destructura.

Para poder criticar hay que haber aprendido algo. Y lo que se ha aprendido se demuestra con los hechos.

A los hombres que nos precedieron les concedió el destino catorce años de tregua para poder demostrar con actos su verdadera capacidad. Y quien durante catorce años ha fracasado como ellos fracasaron, ha arruinado un pueblo próspero como ellos le arruinaron, le ha llevado a la miseria y a la desesperación como ellos le llevaron, no tiene derecho a presentarse

de repente, en el año decimoquinto, como crítico de quienes quieren enmendar, y de hecho enmendaron, yerros de ellos. Ocasión para obra tuvieron en catorce años.

Hoy no se la dejamos ya para que sigan palabreando.

5.- No podemos hacerlo tampoco porque la gran obra no puede llevarse a término más que con la ayuda de todos.

Es un error pensar que un Gobierno puede realizar por si solo el milagro de una renovación. Es preciso que ese Gobierno consiga alistar al pueblo al servicio de su misión.

Los eternos pesimistas y los rezongones por principio no han salvado todavía ningún pueblo y, en cambio, han destruido muchas naciones, muchos Estados y muchos Imperios.

De aquí nuestra decisión de no ocuparnos de ellos y de no contar más que con quienes están denodadamente dispuestos a emprender con nosotros y a llevar a término la lucha por la resurrección alemana.

6.- Y lucha tenía que ser.

Púes no hay milagro que, venido de lo alto o del exterior, le vaya a dar al hombre lo que no gane él mismo.

El cielo no ha ayudado nunca mas que a aquél que se ha afanado honradamente y que no confió en otros sino que puso su fe en el propio esfuerzo. Pero para esto hace falta el valor de contar con el tiempo preciso para la labor emprendida.

Cuando durante 14 años se ha estado destruyendo un pueblo, sólo un insensato puede suponer que en pocas semanas o en pocos meses pueda ponerse remedio a los daños inferidos.

7.- Teníamos el convencimiento de que la salvación del pueblo alemán debía comenzar por la salvación del labrador. Porque, si un hombre cualquiera se ve obligado a abandonar su puesto o pierde su negocio, un día puede encontrar una nueva ocupación o crearse con tenacidad y esfuerzo un nuevo medio de vida. Pero si es un labrador el que llega a perder su heredad está generalmente perdido para siempre.

Y ¡ay del pueblo donde esta clase perece! Toda calamidad puede atajarse fácilmente. Sólo una puede dar fin a un pueblo: donde falta el pan terminan todos los experimentos y teorías.

No en vano está incluida en la oración dominical cristiana la petición del pan de cada día.

8.- La lucha para la salvación de la clase media es en primer término una lucha contra el paro.

Y el paro es el problema gigantesco que aguarda solución de nosotros y ante el cual todo retrocede.

Desde el primer día que ocupamos el Poder sabíamos que era preciso atajar ese mal y estábamos decididos a posponerlo todo, sin consideración alguna, a la lucha contra aquella calamidad.

Es ya en sí horrible que, en un pueblo, se malgasten y disipen en la nada miles de millones de horas de trabajo. Millones de hombres necesitan vestido, calzado, vivienda, enseres y alimento y otros millones de hombres quisieran trabajar y crear.

Pero los unos no pueden satisfacer sus necesidades y los otros no encuentran posibilidad de producir los medios para acallarlas.

La Providencia nos ha creado pueblo inteligente, capaz de resolver los más áridos problemas, y el alemán es laborioso y apto para todo trabajo. Los ingenieros y técnicos alemanes, nuestros físicos y químicos figuran entre los mejores del mundo.

El obrero alemán no es superado por ningún otro. ¿No ha de sernos posible entonces a nosotros procurar trabajo a los unos para remediar la necesidad de los otros?

¿Hemos de estar condenados a ver a millones de hombres en la imposibilidad de producir las cosas que otros millones necesitan?

Nosotros solucionaremos este problema porque tenemos que solucionarlo.

El pueblo alemán de mañana no pagará el ocio de ninguno de sus individuos, pero les dará a todos la posibilidad de ganarse su pan con un trabajo honrado ayudando y contribuyendo a la elevación del nivel general de vida. Porque nadie puede consumir nada que no se deba al esfuerzo conjunto.

Nosotros pretendemos que se eleve el nivel de vida en todas las clases sociales de nuestro pueblo y para ello procuraremos que en nuestra producción se den las condiciones previas.

Si se consigue incorporar cinco millones de parados a una producción práctica, esto significa que, por de pronto, la fuerza total de consumo del pueblo alemán aumentó mensualmente, cuanto menos, en 400 millones o sea cinco mil millones al año. Pero, en realidad, el efecto es todavía mayor.

¡Cometido inmenso ante cuya solución todo lo demás palidece!

Sabíamos perfectamente que para cada cual la proporción de los ingresos era lastimosa y que, en último extremo, los ingresos imponen el tenor de vida y el tenor de vida de un pueblo está determinado por la suma total de lo producido por él y de lo que, por consiguiente, tiene a su disposición.

Por firme, pues, que sea nuestra resolución de elevar la capacidad adquisitiva de la masa dentro del marco de la elevación de nuestra producción, nuestra tarea actual está encaminada exclusivamente a incorporar el último hombre a esa producción.

Tengo la dicha de ver que el trabajador alemán ha comprendido esto, a pesar de que, en parte, cobra salarios verdaderamente imposibles. Es triste, en cambio, la incomprensión de algunos patronos para estas cuestiones. Quizá porque esperan poder traducir de un singular aumento de dividendos la reanimación actual de la economía alemana.

Pero desde ahora sabremos oponernos con toda energía a cualquier intento de esta índole.

Estos fueron los principios que inspiraron nuestra acción el año pasado. Ellos fueron los que marcaron el camino que seguimos de hecho.

Empezamos por terminar con todas las teorías porque si bien es interesante que los médicos debatan sobre los medios posibles para combatir una enfermedad, para el enfermo lo primero y principal es recobrar su salud. La teoría que lo consiga será para él no sólo la más importante sino la verdadera

De ahí que comenzáramos por desembarazar a la Economía de teorías, por un lado, y por otro, del caos de decretos aburmadores, de disposiciones restrictivas, sobre cuyo acierto o sobre cuyo error no se puede discutir siquiera porque, en todo caso, lo primero que habieran hecho habría sido asfixiar la Economía.

Hemos procurado además librar a la producción, paso a paso, de aquellas cargas que, como absurdas disposiciones tributarias, estrangulaban la vida económica. En este sentido, y en un campo, el de la motorización, hemos conseguido quizá el éxito más grande y eficaz, éxito al que han seguido en otros terrenos otros no menos significativos.

Estábamos resueltos también a no hacer por principio más regalos a la Economía sino a emplear todos los medios disponibles únicamente en la consecución práctica y positiva de trabajo.

El industrial inteligente, activo y ordenado encontrará ahí campo de actividad; el indolente, torpe, desordenado o innoble debe perecer. Lo decisivo es que los medios que el Estado pueda movilizar no se distribuyan como regalos sino que se les coloque convenientemente para que fecunden realmente la producción.

Que es lo que en gran escala hemos hecho con éxito incuestionable. La iniciativa tomada para ello por el Estado no tuvo otro propósito ni más finalidad que la de despertar la iniciativa económica privada y la de ir colocando paulatinamente así la vida económica sobre propia base.

Para llenar ampliamente las exigencias de la futura evolución del tráfico se proyectó y se dió comienzo a la magna obra de las nuevas autopistas alemanas.

Pero además de esto hemos intentado crear un orden social mejor facilitando entre otras cosas en grandes proporciones y con medidas oficiales la celebración de nuevos matrimonios con lo cual sustrajimos a la producción numerosas mujeres las cuales devolvimos a la familia y al hogar.

Nada de esto hubiera sido posible sin la firmeza de nuestra moneda, pues nuestras medidas no fueron resultado de experimentos alocados, antes bien, al mismo tiempo logramos mejorar decisivamente y ordenar la situación financiera del Reich, de los lander y de los municipios. El fruto de nuestra actividad puede resumirse en el siguiente hecho que es a la vez justificación de aquélla:

En el primer año de actuación del Gobierno popular nacionalsocialista se incorporaron al trabajo y por consiguiente a la producción 2.700.000 parados.

Y hoy, el 21 de marzo, empieza la nueva batalla para el trabajador alemán de la frente y del puño.

Como el año pasado, también éste quisiera inscribir al frente las palabras: ¡Guerra al paro! ¡Procurad trabajo y así procurareis pan y vida!

Este año tenemos que llevar la campaña contra el paro con mayor fanatismo todavía y con mayor energía que el año anterior. Rigurosa y desconsideradamente tenemos que rechazar a todo el que atente contra esta idea y contra su realización. Ojalá llegaran a comprender todos en Alemania que únicamente una concepción verdaderamente socialista puede facilitar la solución de este problema común.

Ojalá que todos consiguieran remontarse sobre su egoísmo y renunciaran al culto del yo.

El salario y el dividendo, por doloroso que pueda ser en el primer caso, tienen que rendirse ante la superior evidencia de que ante todo hay que crear los valores que vamos a consumir después.

Ojalá que, especialmente, todo patrono comprenda que el cumplimiento de las tareas económicas que pesan sobre nosotros no es posible más que si todos se ponen al servicio de ellas sacrificando personales egoísmos. Y ojalá vean también que un fracaso en esta obra no sólo lanzaría al paro nuevos millones de hombres sino que sería el desplome y el fin de nuestra economía y por tanto quizá del pueblo alemán.

Por esto, sólo un demente puede atentar villanamente, en provecho propio, a la obra de remediar esa necesidad común. Si se evita esto podemos mirar con absoluta confianza el porvenir pues el gigantesco programa nacional de creación de puestos de trabajo que proyectamos y elaboramos el año anterior necesita en parte muchos meses para pasar del proyecto a la realización.

Antes de empezar con el verdadero trabajo hay que realizar una labor ingente. Un ejemplo lo tenemos en las autopistas. Sólo para levantar los planos fue precisa una legión de topógrafos, ingenieros, dibujantes y obreros. Pero la construcción de los tramos se irá sucediendo con mayor rapidez cada vez.

Este año ya se destinarán 750 millones de marcos a la realización de esa obra que un día las generaciones venideras considerarán como empresa maestra en las comunicaciones creadas por el hombre.

Y sólo el año pasado se prepararon para este año de 1934 planes para cuya realización se presupuestaron y se aseguraron mucho más de mil millones de marcos.

Simultáneamente se emplean sumas cuantiosas para la reducción de los impuestos que matan la producción y este año se beneficiará la Economía alemana de unos 300 millones en bonos de contribución.

Con objeto de facilitarle el matrimonio a 200.000 mujeres se han dispuesto 150 millones de marcos para préstamos matrimoniales. Y, por otra parte, el número de auxiliares domésticos aumentará mediante medidas oficiales no menos amplias.

Una considerable cantidad de millones servirá para la reducción de impuestos y para rebajar la contribución territorial agrícola.

El programa de creación de puestos de trabajo que el Gobierno tiene ya fijado en detalle será el mayor que hasta ahora se ha conocido en Alemania.

Además será un programa de aligeramiento de nuestra economía, a la vez que un programa de regulación de toda nuestra vida financiera.

Pues por ingentes que sean los recursos necesarios no pueden salir y no saldrán de la prensa de emisión de billetes. Para nosotros es inconcebible una inflación por el estilo de la del Gobierno de Noviembre. Todos los gastos corrientes se cubrirán con las partidas del presupuesto ordinario. Los capitales de explotación serán financiados en el momento oportuno con el presupuesto de empréstitos.

Para allegar estos medios es condición primera y principal la confianza del pueblo y el auxilio del Ahorro. Con satisfacción podemos consignar que en el año transcurrido las imposiciones del Ahorro se elevaron en unos mil millones de marcos.

Hemos conseguido además aumentar de tal manera el curso de los valores de interés fijo que, de hecho, se produjo una reducción del nivel de interés.

También en el futuro continuaremos aligerando el servicio de deudas, fomentando la formación de capitales sin que para ello nos valgamos de medios que en modo alguno afecten al respeto de la propiedad o de los derechos contraídos.

Tampoco el ahorro alemán tendrá que sufrir desengaño alguno en el futuro, por parte del Gobierno, ya por intromisiones arbitrarias de éste, ya por impremeditaciones financieras. Nosotros protegemos el rendimiento de todo trabajo honrado, todo honrado ahorro y toda propiedad honrada; mas para el logro de esta gran empresa se necesita una cosa y es la cooperación de todos y la ayuda del uno para el otro.

Y si 40 millones de hombres se suman a una sola voluntad y llevan a la acción el propósito, no puede menos de resultar el éxito de una fuerza tan inconmensurable como esa.

Mis trabajadores alemanes, hoy nos encontramos otra vez ante un acto simbólico.

La campaña de primavera contra la calamidad de nuestro paro ha comenzado.

Mientras nos encontramos aquí reunidos, allá en el Norte de Alemania, en Niederfinow, se inaugura el mayor elevador de barcos del mundo, una obra gigantesca de la ingeniería, del trabajo y de la capacidad creadora alemana.

Vosotros estais congregados aquí en el comienzo de la construcción de una de las grandiosas y nuevas carreteras destinadas a proporcionar a la economía alemana las rutas de tráfico más modernas.

¡Plan enorme y símbolo de la grandeza de la tarea que se nos impuso!.

El Gobierno concibió y decidió la obra. Ingenieros, topógrafos, maestros de obras y constructores hacen las labores preliminares. Un ejército de trabajadores alemanes la llevará a efecto. Su utilidad redundará un día en beneficio de todos los alemanes.

En este queremos pensar nosotros a quienes el destino reservó la coadyuvación de esta obra cualquiera que sea el sitio en que uno se encuentre. Porque es un hermoso sentimiento el de poder colaborar en una obra que no sirve los intereses de uno solo y que no es propiedad de uno solo sino que pertenece a todos y servirá igualmente para todos durante siglos enteros.



Ya sé, mis trabajadores alemanes, que las palabras y los discursos se disipan y el afán y la pena permanecen. Pero hasta ahora, en el mundo no ha caído nada del cielo y así, y no de otra manera, ocurrirá siempre. De la preocupación y del esfuerzo surge la vida.

Y si hoy nuestra preocupación es la de dar trabajo y ganancia a millones de hombres, mañana nuestra preocupación será la de aumentar su capacidad adquisitiva y mejorar su nivel de vida.

Pero nada conseguiremos si no nos consagramos a ello con todas nuestras fuerzas y con la resolución de acometer la próxima tarea con el mismo ímpetu.

Ojalá que por fin lleguen a ver los demás pueblos y sus gobernantes que el deseo y la voluntad del pueblo alemán y de su Gobierno son los de coadyuvar con libertad y paz a la erección de un mundo mejor.

Así, con el espíritu de esta gran empresa de solidaridad, queremos empezar la nueva cruzada del trabajo del año 1934. La meta nos está marcada.

¡Trabajadores alemanes! ¡Manos a la obra!

ANTE EL REICHSTAG

(13 de julio de 1934)

Senadores, hombres del Reichstag alemán:

Por orden del gobierno del Reich les ha convocado hoy el Presidente del Reichstag Sr. Hermann Göring, a fin de darme la posibilidad, ante este forum elegido por la nación, de aclarar hechos al pueblo, los cuales, por más que sean tristes y amenazadores, han entrado ya en nuestra historia para siempre.

De una cantidad de hechos y culpabilidades personales, de una serie de equivocaciones e insuficiencias humanas y de una serie de errores humanos, se ha producido, en nuestro joven Reich, una crisis, la cual rápidamente podría haber causado daños y habernos destruido con consecuencias no previsibles. Explicar su nacimiento y la forma en que fue vencida es mi deber explicárselo a Vdes. y a nuestro pueblo. El contenido será muy abierto, únicamente por su importancia deberé recortar un poco, en parte para salvaguardar los intereses del Reich y en parte para evitar que estos hechos signifiquen, al otro lado de nuestras fronteras, un deshonor.

Tumultos en la calle, luchas en barricadas, terror en masa y programas de destrucción individualistas tienen en tensión hoy en día a casi todo el mundo. También en Alemania todavía hoy algunos locos y delincuentes intentan seguir con este destructivo quehacer.

Desde la destrucción de los partidos comunistas hemos visto, aunque cada vez con menor fuerza, algunos intentos de volver a empezar de movimientos u organizaciones comunistas con carácter más o menos anarquista. Sus métodos son siempre los mismos. Explican el presente y al mismo tiempo propagan el paraíso comunista del futuro llevando, en el fondo, únicamente una guerra para el infierno, ya que las consecuencias de su victoria para Alemania no traerían más que destrucción.

La prueba de sus talentos y la fuerza de su poder les ha quedado desvelado ya por el pueblo alemán en el cual, la mayoría de los trabajadores alemanes han superado ya esta postura destinada a hacer felices a esos judíos internacionalistas. El Estado nacionalsocialista hará en su interior, si fuera necesario, una guerra de cientos de años para acabar con los últimos restos de este veneno del pueblo.

Pero además de estos hay un segundo grupo de descontentos. Aquellos que el 30 de enero fueron relevados del gobierno y se vieron sin futuro. Sin embargo parece que no quieren comprender lo ocurrido pensando que el tiempo cubrirá con el manto del olvido su incapacidad y entonces tendrán derecho a volver a entrar en el recuerdo del pueblo. Pero dado que su incapacidad no era debida a las circunstancias de entonces, sino que era congénita desde su nacimiento, es imposible que hoy día puedan mostrar un trabajo positivo, pues su única capacidad consiste en una crítica falaz. El pueblo tampoco se interesa por ellos y el estado nacionalsocialista nunca podría ser amenazado con su actividad.

El tercer grupo de elementos destructivos se compone de aquellos revolucionarios que en 1918 fueron expulsados de sus buenas relaciones con el Estado y cortándoles las raíces perdieron cualquier relación humana con la sociedad. Se hicieron revolucionarios en el sentido de que admiraban la revolución y consideraban que debía ser permanente. Nosotros ya sufrimos bajo esta gran tragedia cuando como soldados honrados de pronto nos hallamos ante un montón de personas dementes e imprevisibles que llegaron empero a tomar el Estado.

Todos nosotros fuimos educados en su día para el respeto de las leyes y la autoridad, teníamos que ser fieles a sus órdenes y exigencias, ahora, en cambio, la revolución de los desertores nos relevó de tales principios. Era imposible respetar a estas gentes. Precisamente el honor y la educación nos obligaban a no hacerles caso. El amor a la nación y a la patria nos obligó a declararles la guerra y acabar con la inmoralidad de sus leyes haciéndonos así nosotros revolucionarios.

Sin embargo, ser revolucionarios no nos ha librado de nuestras obligaciones, del respeto a las leyes naturales del derecho soberano de nuestro pueblo que debimos colocar sobre nosotros y respetar. No queremos violar la igualdad de derechos de nuestro pueblo, sino que lo único que queremos es hacer huir a los que violan la naturaleza. Por ello, cuando por fin, legitimados por la confianza de nuestro pueblo, tomamos la responsabilidad de la lucha de 14 años, no lo hicimos para dejar sueltos nuestros instintos y llevarlos a un caos, sino únicamente para fundar un nuevo y mejor orden.

Para nosotros era la revolución, la que destruyó la segunda Alemania, no otra cosa que un inmenso nacimiento que llamó a la vida al Tercer Reich. Quisimos volver a tener un nuevo Estado, del cual cada alemán estaría orgulloso, queríamos anunciar un nuevo régimen, del cual todos podrían hablar con respeto. Quisimos así inventar leyes apropiadas a nuestro pueblo, reforzar la autoridad de manera que cualquier hombre respetuoso la aceptase. La revolución no es para nosotros un estado permanente.

Si a la evolución natural de un pueblo se le opone con brutalidad una barrera infranqueable, entonces la evolución interrumpida artificialmente se librará del obstáculo con un acto de violencia para lograr su libertad y volver a la evolución natural. Por ello no existe un estado permanente en una revolución, en toda caso una evolución agraciada provocada por elementos revolucionarios.

Entre los diversos expedientes que tuve que leer la semana pasada, encontré el diario de un hombre el cual en 1918 fue arrojado al camino de la lucha contra las leyes y que ahora vive

en un mundo en el cual las leyes no tienen más objeto que causar polémicas entre sí; un documento trágico, una conspiración permanente en la cual, sin saberlo, había encontrado en el nihilismo su última creencia. Incapaces de cualquier trabajo en común, dispuestos a oponerse a cualquier forma de orden, llenos de odio contra toda autoridad, encuentran su ocupación en destruir todo lo existente.

Muchos de ellos habían marchado con nosotros en el pasado en contra del Estado de entonces, pero la mayoría, ya en los tiempos de lucha se adscribieron a fracciones disidentes nacionalsocialistas. El último resto parecía estar acabado después del 30 de enero. No existía ninguna relación con el movimiento nacionalsocialista toda vez que éramos objeto de su oposición patológica. Por sus principios son enemigos de cualquier autoridad y por lo tanto incorregibles. Hechos que parecen reforzar al Estado alemán, les llenan del mayor odio pues toda su oposición parte del mismo principio: no ven ante sus ojos al Estado alemán, al pueblo alemán, sino la institución de orden que tanto odian. No tienen el deseo de ayudar al pueblo, sino la esperanza de que el gobierno fracase en su trabajo por la salvación del pueblo. No están pues capacitados para dar su beneplácito a un acto cualquiera, sino que están imbuidos de la creencia de que por principio hay que ir contra cualquier victoria.

Pero no quiero tampoco olvidar un cuarto grupo, el cual en ocasiones, quizá sin saberlo, mantiene una actividad verdaderamente destructiva. Son aquellas personas que pertenecen a un grupo social bastante pequeño y que mientras no hacen nada tienen ocasión para comentarlo y criticarlo todo, llevando con ello algo de diversión y cambio a sus inútiles vidas, pues mientras la mayoría de las naciones han de ganarse día a día su pan con duro trabajo, existen en diversas clases sociales todavía gentes en las cuales su única ocupación es no hacer nada, para luego recuperarse de este su trabajo de no hacer nada.

Ya que estas personas, por su no actividad, no tienen ninguna relación con la masa de la nación, su vida se desarrolla únicamente en el círculo de sus iguales. Cada discusión que se registra en este círculo se mastica varias veces y es discutida una y otra vez con las mismas palabras. Piensan, ya que están convencidos de su inactividad y entre los suyos todos son iguales, que esto les ocurre a todos. El pensamiento de su círculo lo confunden con el pensamiento de todos. Sus preocupaciones creen que son las de todos. En verdad estos grupos son sólo un Estado dentro del Estado, sin ningún contacto vivo con la realidad, con las esperanzas y preocupaciones de la masa del pueblo. Pero son peligrosos, porque son los que llevan el virus de la intranquilidad, de la inseguridad, de los rumores, de las mentiras y sospechas, calumnias, etc. y así llevan por fin a un estado de nervios que impide ver la realidad.

Así como en cualquier otro pueblo, también hace esta gente sus maldades en Alemania. Para ellos era la revolución nacionalsocialista una discusión interesante, igual de interesante que la discusión sobre los enemigos del Estado nacionalsocialista. Una cosa sin embargo es clara: el trabajo de la reconstrucción de nuestro pueblo, y con ello el trabajo de todo nuestro pueblo solamente es posible si éste goza de una tranquilidad interior, de disciplina y de orden, si sigue a su gobierno y, sobre todo, si le tiene confianza, pues únicamente la confianza y la fe hacia el Estado han hecho posible que se empezaran las grandes obras y deberes que nos fueron impuestos en el pasado, y solucionarlos.

Si el nacionalsocialismo tuvo que enfrentarse desde el principio con todos estos grupos, en los últimos meses empezamos a considerar que no se les podía tomar a broma. Las primeras palabras de la nueva revolución, del nuevo cambio, de la subversión eran últimamente tan intensas, que solamente un Estado sin cerebro se hubiera abstenido de hacer nada o habría permanecido impasible. No era posible no tomar en serio lo que no eran pala-

bras necias y sin sentido sino que últimamente se hallaban en boca de miles de personas y en otros tantos escritos.

Hace solamente tres meses el Gobierno estaba seguro de que se trataba de simple palabrería de reaccionarios políticos. Anarquistas-marxistas los cuales carecían de cualquier base. A mediados de marzo ordené tomar precauciones ante una posible nueva ola de propaganda. Había que inmunizar al pueblo alemán de un nuevo envenenamiento. Al mismo tiempo di la orden a diferentes sectores a fin de que siguiendo la palabrería de la nueva revolución se hallasen sus inicios y los culpables de su difusión. De ello resultó que en las filas de algunos mandos de la SA había tendencias que daban que pensar seriamente

1.- En contra de mi concreta orden, el anterior jefe Roehm había engrosado de tal forma la SA y encendido su ánimo que tal actitud tenía que ser necesariamente peligrosa.

2.- La enseñanza de la ideología nacionalsocialista había disminuido en las filas de los Jefes de la SA.

3.- La relación entre el partido y la SA se iba distanciando poco a poco. Por medio de un plan se pudo comprobar que era objetivo de la SA alejarse más y más de nuestra misión, para poder servir a otras obligaciones e intereses.

4.- Para ascender a Jefe de la SA -después lo hemos comprobado- eran precisos, únicamente, conocimientos externos e intelectuales. Gran cantidad de hombres que habían sido nombrados por mí dimitían cada vez en mayor número, mientras que gente entrada en 1933 tenía cada vez más privilegios. En ocasiones bastaban unos meses en la SA para lograr un ascenso, el cual viejos miembros de la SA no podían alcanzar durante años.

5.- La presencia de estos Jefes en la SA no tenía nada que ver con el movimiento y era completamente anti-nacionalsocialista e incluso, en algunos casos, verdaderamente repugnante.

Pero fue imposible hacer la vista gorda, pues precisamente en estos círculos la intranquilidad y sus fuentes estuvieron alimentados en la falta de práctica del nacionalsocialismo, manteniéndose en base a una cortina de nuevas exigencias revolucionarias.

De estas anomalías y otras avisé al Jefe Roehm, sin haber observado desde entonces ninguna mejora ni alguna disposición para preverla.

En los meses de abril y mayo aumentaron estas quejas. Por primera vez en este tiempo recibí comunicados por escrito y archivos de las discusiones que había efectuado el Führer de la SA en concreto y de las cuales únicamente se podía extraer un sentimiento de vergüenza. Por primera vez constaba en estas actas que durante las discusiones se notaban indicios de la necesidad de una nueva revolución. A los diversos jefes se trataba de prepararlos interior y exteriormente para esta nueva revolución. El Jefe Roehm intentó desmentir tales circunstancias una y otra vez, y las presentó como acusaciones falsas a la SA. Estas actas llevaron a graves circunstancias a los testigos, los cuales fueron maltratados duramente, siendo la mayoría de las filas de los viejos SA.

A finales de abril quedó claro en el gobierno y entre algunos mandos del partido, que diversos jefes de la SA engañaban expresamente a las organizaciones políticas diversas o, al menos, nada hacían para impedirlo a los que sí actuaban así. El intento de atajar esto por

camino legal, no obtuvo resultados en ninguno de sus intentos. El Stabschef Roehm aseguró, una y otra vez, que había tomado medidas para acabar con todos estos grupos, pero nunca se observó una mejoría.

En el mes de mayo llegaron a las jefaturas del Partido cada vez más actas conteniendo acusaciones hacia altos jefes de la SA, basadas en hechos que no podían ser desmentidos. Desde discusiones odiosas hasta extremos indescriptibles, ahí había de todo.

El Presidente Göering se había cuidado ya antes de que en Prusia, la autoridad y el pensamiento nacionalsocialistas prevaleciesen sobre determinados elementos. En otras zonas las jefaturas del Partido estaban obligadas a enfrentarse con situaciones que llegaban a límites no imaginados jamás. Algunos responsables fueron detenidos. En su día ya dije que un régimen autoritario tenía grandes obligaciones. Si se exige a un pueblo que tenga fe en su Gobierno, entonces corresponde a ese Gobierno el merecerlo. Faltas y errores se pueden arreglar. Excesos de bebida o molestias a personas pacíficas y tranquilas no se pueden permitir a un Jefe. Por ello siempre he exigido que el comportamiento de los diversos Jefes nacionalsocialistas sea de más grandes responsabilidades que otro cualquiera. El que exige que se le tenga un gran respeto ha de exigirlo haciéndose acreedor a él. Es por ello que no quiero que los nacionalsocialistas sean juzgados más benignamente por esos excesos, sino al contrario, que sean juzgados más severamente que el hombre de la calle.

La firme decisión del Gobierno nacionalsocialista de acabar con estos hechos que manchan su honor y sus responsables, ha llevado a grandes enfrentamientos con la dirección de la SA. Estos enfrentamientos llevaron a discusiones constantes entre el Sr. Roehm y yo, en las cuales, por primera vez, empecé a desconfiar de la lealtad de este hombre.

Después de que en cuatro ocasiones me había obstinado en no pensarlo, después de que durante años y años había protegido a este hombre por su fidelidad, ahora por fin tenía que considerar las serias acusaciones -especialmente gracias a Rudolf Hess- las cuales me impedían proteger por más tiempo a este hombre por más que hubiera querido pensar que eran falsas.

Desde el mes de mayo no podía haber ya ninguna duda de que el Sr. Roehm estaba ocupado en grandes proyectos que podían llevar a la catástrofe. Si en este tiempo no tomé enseguida una decisión fue por las siguientes causas:

1.- No podía creer tranquilamente que un comportamiento basado en la fidelidad se había transformado todo en mentiras.

2.- Todavía tenía la esperanza de poder ahorrar al movimiento y a la SA este deshonor y acabar con todo esto sin grandes luchas.

Pero por fin y a finales de mayo cada día aumentaban los hechos deshonorosos. El Stabschef Roehm se alejó no solo interiormente del partido, sino también con toda la vida exterior. Todos los fundamentos en los que nos hemos desarrollado perdieron su validez. La vida que empezaron a vivir el Stabschef Roehm y su círculo era, para cualquier partido nacionalsocialista, inaguantable. No solo era horrible que él y con el otros, rompieran toda moralidad y educación, sino que lo peor era que este veneno se iba extendiendo cada vez en mayores proporciones. Y pero todavía resultó el hecho de que dentro de la SA fue formándose una secta que tenía toda la apariencia de una organización que representaba un peligro no solo para el partido sino para la seguridad del Estado.

Las comprobaciones efectuadas durante el mes de mayo en grupos concretos de la SA nos llevaron a un horrible descubrimiento. Personas sin consideración hacia el Estado ni hacia el nacionalsocialismo habían sido ascendidos a jefes de la SA solamente porque formaban parte del mencionado círculo. Algunos, bien conocidos por ustedes -como es el caso del Jefe Schmidt de Breslau-, descubrieron un cuadro de situaciones que eran verdaderamente inaguantables. Mi orden para tomar medidas contra esto fue teóricamente cumplida pero en la práctica boyceoteada. Poco a poco se formaron en el Mando de la SA tres grupos: un pequeño círculo fuertemente unido y dispuesto a todo y que estaba ciegamente en manos del Stabschef Roehm. Se hallaban en primer lugar el Jefe de la SA Ernst de Berlín, Heines de Silesia, Hayn de Sajonia, Heydebreck de Pomerania. Al lado de estos se encontraba un segundo grupo de Jefes que interiormente no pertenecían a este círculo y que solamente por disciplina castrense seguían obedeciendo al Stabschef Roehm y, frente a todos estos, había un tercer grupo que se oponía decididamente a todo esto y que poco a poco fueron eliminados de sus puestos. El primero de este grupo fue el actual Stabschef Lutze, así como el Jefe de la SS Himmler

Sin informarme de ello, sin tener yo la más ligera idea al respecto, el Sr. Roehm mantuvo relaciones con un elemento totalmente corrupto, como fue el caso del Sr. v.A. (Werner v. Alvensleben), para que le tuviera en contacto con el General Schleicher. El General Schleicher fue el hombre que permitió al Stabschef Roehm convertir en realidad sus deseos interiores.

El era de la opinión de que: Primero, el régimen actual era inaguantable; segundo, que todos los movimientos, especialmente el Ejército, tenían que reunirse en una sola agrupación con los movimientos nacionales; tercero, que para esto era el único hombre capaz de conseguirlo el Stabschef Roehm; cuarto, el Sr. von Papen había de ser eliminado y que en todo caso el estaría dispuesto a ocupar el puesto de Canciller produciéndose otros muchos cambios. Por todo ello empezó la búsqueda de personas para este nuevo gobierno, partiendo siempre de la base de que yo mismo, al menos por el momento, permanecería en mi puesto.

La realización de los propósitos del Sr. Schleicher tenían que contar con oposiciones ya desde el punto segundo. Nunca me habría sido posible humanamente dar mi aprobación al cambio de los ministros del Reich para poner en su lugar, por ejemplo, al Sr. Roehm.

Durante 14 años siempre he asegurado que las organizaciones de lucha del partido eran instituciones políticas y por ello nada tenían que ver con el Ejército. Otra actitud ahora sería contraria a esta tesis y a mi política durante 14 años por lo que me sería imposible llamar a la cumbre al Stabschef en vez de a Göering.

Por otro lado también me habría sido imposible dar el visto bueno a la consulta del Sr. Schleicher, pues cuando estos propósitos estuvieron claros, la imagen interior del Stabschef Roehm había decaído tanto para mí, que ya solo por ello no habría consentido tal cosa. Pero además, y ante todo, estaba claro que la máxima autoridad del Ejército es el Mariscal y Presidente del Reich. Yo habíale jurado fidelidad. Su persona para todos nosotros es intocable. La promesa que le hice de mantener al Ejército como un instrumento no político del Reich, era para mí lo más importante, tanto por haber dado mi palabra como por mis mismos principios. Igualmente me habría, sido imposible dar un paso así por nuestro Ministro del Ejército. Todos estamos contentos de ver en él a un hombre honorable de principio a fin. El ha logrado unir en lo más profundo de su corazón al Ejército con la revolución de ayer y el Estado de hoy. El ha reconocido fielmente un principio por el cual yo mismo estaría dispuesto a luchar hasta la muerte, a saber: en el Estado solamente existe una organización armada: el Ejército; y solamente una organización política: el Partido nacionalsocialista. Cualquier pensamiento que comportase ceder a los deseos del General Schleicher significaría una

actitud infiel hacia el Mariscal de Campo y Ministro del Reich e igualmente contra el Ejército. Así como el General von Blomberg cumple con su deber en el Estado nacionalsocialista así también lo cumplen los oficiales y soldados. No se les puede ahora pedir que cada cual tome una postura por separado en relación con nuestro movimiento y hasta el momento todos han cumplido con sus deberes hacia el Estado.

Igualmente no podría hacer desaparecer, sin más ni más, a aquellos que el 30 de enero juraron firmemente salvar al Estado y al pueblo. Hay responsabilidades que no pueden ser heridas y creo firmemente que sobre aquellos hombres que unieron sus nombres a la nación, no se puede ser infiel, pues entonces hacia el interior y el exterior daríamos una imagen de falta de confianza y principios.

Dado que el propio Stabschef Roehm carecía de la seguridad de que yo aprobase su plan, se elaboró un proyecto destinado a llevarlo a término por la fuerza. Los preparativos se hicieron a gran escala.

Quiero manifestar para el presente y el futuro que esos hombres no podían ya, de ninguna manera, tener derecho a proclamar la “Weltanschauung” nacionalsocialista. Su vida se había podrido tanto como la vida de aquellos que habíamos sustituido ya en 1933.

La presencia de estos hombres se me hizo imposible, me era imposible invitarles a mi casa o visitarles en la del Stabschef en Berlín. Lo que hubiera sido de Alemania en caso de ser gobernada por una secta así es imposible imaginarlo.

La importancia del peligro se pudo medir sobre todo por la intensidad de los rumores que llegaban desde el extranjero. La prensa francesa e inglesa cada vez hablaba más de un cambio en Alemania, y la proliferación de noticias hacía ver que se había facilitado información al exterior en el sentido de que iba a empezar en Alemania la verdadera revolución nacionalsocialista y que el régimen existente era incapaz de continuar.

El General von Bredow, el cual mantenía relaciones con el extranjero, trabajaba únicamente como sector de información de aquellos círculos, permitiendo que se abusara de ellos.

A finales de junio estaba ya decidido a acabar y poner fin a este movimiento antes de que la sangre de miles de inocentes fuera derramada.

Ya que el peligro y la situación de los implicados se había hecho más y más tensa, teniendo algunos sectores del partido que tomar postura, pensé que era imposible mantener al Stabschef en su puesto y le hice dimitir el sábado 30 de junio, deteniéndolo junto a los más destacados implicados, a la espera de acontecimientos.

Puesto que dudaba que el Stabschef se presentara dado lo delicado de la situación, pensé en tomar yo mismo parte en el asunto y presentarme en su puesto de mando. Apoyándome en mi autoridad y en mi poder de decisión -gracias a Dios siempre presente-, quise detener personalmente al Stabschef a las 12 del mediodía, expulsándolo de su cargo, a la vez que llamar la atención a los demás para que entraran de nuevo en el buen camino.

El 29 de junio sin embargo, recibí información sobre grandes preparativos, por lo cual suspendí mi previsto viaje a Westfalia a fin de estar preparado. A la 1 de la madrugada recibí de Berlín y Munich dos informaciones alarmantes. La primera indicaba que a las 4 de la madrugada se había ordenado en Berlín una alarma y que incluso se habían requisado

camiones, estando ya la actividad en marcha que tenía por objeto tomar a las 5 la sede del gobierno. El Jefe Ernst había suspendido su viaje a Wiessee, para tomar personalmente el mando de la acción. La segunda información alarmante provenía de la SA de Munich a la que se había retenido en los cuarteles por la noche sin permitirles marchar a sus domicilios. Esto era ya el colmo puesto que el mando de la SA soy yo y no otros.

Bajo estas circunstancias sólo me quedaba una posibilidad. Si podía evitarse la desgracia había que actuar rápidamente. Solamente una actitud rápida y sin contemplaciones podía ser capaz de acabar con los revolucionarios. Ya no cabían dudas respecto a si era preferible acabar con unos cientos de revolucionarios y conspiradores o que ellos acabaran con miles de inocentes. Pues era indudable que si la acción del dilincuente Ernst empezaba a desarrollarse las consecuencias serían imprevisibles. Como toda la operación fue hecha en mi nombre, se daba el caso de que a los revolucionarios les había sido posible llevarse cuatro blindados de la policía, los cuales no tenían la más mínima idea de lo que ocurría, si bien a través de la policía de Silesia y Sajonia ya se había difundido la intranquilidad y la inseguridad. Por todo estaba claro y era evidente que al Stabschef únicamente se le podía oponer un solo hombre. Me fue infiel a mí y solamente yo podía llamarle la atención sobre esto. A la 1 de la madrugada recibí las últimas informaciones alarmantes y a las 2 tome un avión hacia Munich. El Presidente del Consejo de Ministros Göering ya había recibido anteriormente de mí la orden de ocuparse de Berlin y Prusia en caso de tener que actuar y con puño de hierro logró atacar a los que atentaban contra el Estado nacionalsocialista antes de que su acción pudiera ser importante.

Conjuntamente con el ministro Goebbels y el nuevo Stabschef tomamos las decisiones para la acción a llevar a cabo en Munich. Si pocos días antes todavía estaba dispuesto a esperar y tener consideración, a estas horas ya no podía tenerla. Si alguien me acusa de no arreglar las cosas a base de un juicio reglamentario, únicamente les puedo decir que en esos momentos era yo el responsable de la nación alemana y por tanto juez en nombre de ella. Las acciones revolucionarias han sido siempre combatidas con decisión. Solamente un Estado no actuó así en la guerra y este Estado por ello mismo se derrumbó: Alemania.

Yo no quise entregar el joven Reich al mismo destino que el viejo. La nación ha de saber que la propia existencia -que debe ser garantizada por el orden y la seguridad interior- no puede ser amenazada por nadie sin que por ello reciba el justo castigo. Y todos han de saber para el futuro que el que levante la mano contra el Estado encontrará en la muerte su castigo. Y a cada nacionalsocialista le corresponde saber que ningún rango ni ninguna situación le impedirá recibir su justo castigo. A miles de nuestros adversarios los perseguí por su corrupción. Me acusaría gravemente internamente si entre nosotros los permitiera.

Ningún pueblo ni ningún gobierno tiene la culpa cuando los que aquí llamamos Kutisker, etc. o el pueblo francés Stavinsky, aparecen contra los intereses de una nación. El propio pueblo sería culpable si no acabara con esos sujetos. Si me culpan en el sentido de que únicamente un juicio celebrado normalmente hubiera podido dar el resultado apetecido de culpabilidad y resolver el problema, protesto airadamente. ¡El que se levante contra la Alemania es traidor a su patria! Y el que se levanta contra su propia patria no ha de ser juzgado por la importancia de su delito sino por el hecho en sí. Aquel que se atreva a soliviantar a su propia gente con palabras de infidelidad y falsedades a fin de levantarla contra el pueblo, no puede esperar otra cosa que ser la primera víctima de su acción. No tengo interés en dejar acabar con los pequeños e insignificantes y tener piedad para los grandes. No tengo porque comprobar si a esta gentuza, maleantes, destructores y envenenadores del aire de nuestro pueblo, se les ha aplicado la justicia correctamente o no, lo único que tengo que vigilar es que Alemania siga siendo lo que es.



Un periodista extranjero que reside aquí como invitado, ha levantado su protesta en nombre de las mujeres e hijos de los hombres fusilados. A este señor solamente le puedo dar una respuesta: Mujeres y niños son siempre las víctimas inocentes de los actos criminales de los hombres. También yo me compadezco de ellos, pero creo que el mal que a ellos les ha correspondido ha sido mucho menor comparado con el que hubieran sufrido miles de mujeres, hombres y niños de nuestra patria si las actividades de esos maridos hubieran tenido éxito.

Un diplomático extranjero declaró que su encuentro con Schleicher y Roehm había tenido muy poco interés y ningún valor. Yo no tengo porque discutir con nadie de esto. El dilucidar lo que es malo y peligroso y lo que no lo es en el terreno político es difícil de determinar, pero si dos traidores a la patria tienen un encuentro con un hombre de Estado extranjero, y si ellos mismos denominan la reunión como de trabajo, prescindiendo de la presencia de personal acreditado, entonces esos hombres han de ser fusilados en el acto, aunque sea cierto que solamente hablaran del tiempo y de monedas antiguas.

La penitencia por este crimen ha sido dura. 19 comandantes de la SA de elevado rango y 31 intermedios han sido fusilados como cómplices de ésta operación. Otros 13 mandos de la SA y civiles murieron al oponerse a su detención. Tres más se suicidaron. Cinco miembros del Partido, pero no pertenecientes a las S.A., fueron fusilados por participación.

Finalmente aun fueron fusilados tres miembros de las S.S. que se hicieron reos de vergonzosos malos tratos a detenidos.

A fin de impedir que la pasión política y la indignación pudiera devenir en una justicia de linchamientos contra los complicados, una vez eliminado el peligro y considerada la revuelta como dominada, el mismo domingo, primero de julio, se restableció la situación normal. Un cierto número de actos violentos, sin conexión ni relación con esta acción, serán trasladados a los juzgados ordinarios para su enjuiciamiento.

Aunque los sacrificios hayan sido duros, no han sido en vano, aunque a algunos les pueda parecer así. Además tengo yo la confianza de que, si alguna vez el destino me quita de mi sitio, mis sucesores no actuarían de otra forma, e igualmente si ellos tuvieran que ceder el sitio a un tercero tampoco actuaría de otra manera pues igualmente esa persona sería responsable de todo su pueblo. Si ahora leo las informaciones falsas que en la prensa de todo el mundo han sido escritas, llenas de mentiras, no puedo aceptar como disculpa el que ahora vengan diciendo que en esa situación era imposible escribir otra cosa, aunque en ocasiones hubiese bastado una llamada telefónica a determinados centros para poder verificar las noticias dadas. Especialmente cuando se informó de que había personas del Gabinete del Reich entre los revolucionarios, esto podría haber sido desmentido rápidamente. La información de que el Presidente de Ministros von Papen o el Ministro Seldte u otros señores del Gabinete del Reich estaban entre los revolucionarios se podía desmentir rápidamente con el hecho de que uno de los primeros objetivos de los revolucionarios era precisamente asesinarlos. Son igualmente falsas las informaciones tendentes a implicar a Príncipes alemanes en esta revolución. Por último cuando en los últimos días un periódico inglés publica la noticia de que yo mismo he sufrido un ataque de nervios, igualmente una pequeña consulta hubiera sido suficiente para aclarar la verdad. A estos periodistas les puedo decir que ni en la guerra, ni después de ella, he sufrido ningún ataque de esta naturaleza, pero si que he sufrido el dolor del derrumbamiento de la fidelidad y la fé que puse en un hombre, por el cual yo mismo lo hubiera dado todo. Pero quiero al mismo tiempo confesar también que mi esperanza y mi fe en la SS nunca se ha visto defraudada y ahora también se me ha devuelto la fé en la SA. Tres veces tuvo la SA la desgracia de ser dirigida por un Jefe -la última incluso por un Jefe Supremo- a los cuales creía tener que seguir y los cuales les angañaban, en ellos

había depositado yo mi confianza y fue traicionada, sin embargo también tuve la satisfacción de comprobar que en las tres ocasiones los culpables estaban solos, sin el apoyo de nadie, pues tan grande era la traición por parte de las personas como grande era la fidelidad de las organizaciones comprometidas hacia mi persona. Si la SS tenía que cumplir estos días una penosa misión, no menos penosa era la situación de grupos de hombres y mujeres de la SA, con los cuales estoy unido por el lazo de las luchas comunes y que me hicieron siempre el Jefe más alto de su organización, pues yo nunca estaré de acuerdo en que se destruya algo que siempre ha estado unido a mí y a todo el movimiento nacionalsocialista y que fue una gran base para la reconstrucción del Reich.

La SA en estos días difíciles para ella y para mí, me ha mostrado su más grande fidelidad demostrando, por tercera vez, que tanto es la SA mía como yo soy de ellos. Dentro de pocas semanas la camisa parda volverá a estar en las calles de Alemania demostrando a todo el mundo que la Alemania nacionalsocialista vive ahora más fuertemente que antes una vez superada la crisis.

Cuando en marzo de este año nuestra joven revolución venció en toda línea en Alemania, fue mi mayor preocupación el que se derramase la menor sangre posible. A millones de mis adversarios les ofrecí el perdón: millones de ellos han llegado a nosotros desde entonces para trabajar conjuntamente y han trabajado fielmente para la renovación del Reich. Yo pensaba que no sería necesario volver a defender este Estado con las armas en la mano. Pero ya que el destino nos ha puesto esta prueba hemos de estar contentos de habernos mantenido fanáticamente y de que al igual que derramamos nuestra sangre en la lucha por el poder, ahora también ha sido sangre nuestra la que ha sido derramada en defensa de nuestros compatriotas.

Al igual que ofrecí hace año y medio el perdón a nuestros adversarios, también ahora quiero decirles a todos aquellos que fueron culpables, que quiero olvidar este acto de traición. Que ellos mismos reflexionen en su interior y busquen el perdón. Todos hemos de ser responsables del bien de nuestra patria: la paz interior y el orden.

Estas 24 horas han sido las más difíciles de mi vida, pero en ellas el destino me volvió a demostrar que tengo incommoviblemente a mí lado lo que es más valioso para mí: El pueblo y el Reich alemán.

#### CON MOTIVO DE LA UNION DEL SARRE AL REICH

(1 de marzo de 1935)

Camaradas alemanes:

Hace dos años, en 1933, hablé por primera vez ante muchos miles de saarrenses, ante el monumento de Niederwald. Entonces, en medio de la más fuerte lucha para llegar a realizar nuestras ideas y bases de una nueva Alemania, estaba muy preocupado por el destino del Sarre.

Un año más tarde, me encontré en Coblenza con otros miles y también estaba lleno - como creo que todos- de gran preocupación por el futuro de esta parte arrancada al Reich. Fue entonces cuando, mutuamente, nos hicimos una promesa. Vosotros me prometisteis que cuando llegase la hora tomariais parte hombre con hombre, mujer con mujer, por la causa del Reich alemán. Habeis cumplido vuestra promesa. Yo os prometí que Alemania no se olvidaría de vosotros jamás, y también Alemania cumplió su promesa, y en las dos ocasiones os pude

asegurar, de todo corazón, que sería inmensamente feliz el día que os pudiera devolver vuestra visita. Fue entonces cuando prometí también visitaros en la primera hora de vuestra libertad y por ello ahora me siento feliz de estar entre vosotros. Creo que podemos dar gracias al Cielo de que en nuestro tercer encuentro no haya venido como simple visitante sino que como Canciller del Reich alemán he venido a una región alemana. El último acto será dar consciencia de estos hechos y difundirlos internacionalmente. Y aunque el cielo ha oscurecido y ha empezado a llover, no nos ha afectado mucho la lluvia, pues aunque el cielo lllore nosotros tenemos el sol en nuestros corazones.

Somos todos inmensamente felices de participar en este día de la suerte. En estos momentos millones de alemanes nos están escuchando. Desde aquí hasta Hamburgo, desde la Alemania del Este hasta Königsberg, en todas partes existe el mismo sentimiento: ¡Por fin, por fin estais otra vez con nosotros!

Pero pienso también que hoy es un día de suerte para toda Europa. Ha sido ésta una decisión que ha merecido la aprobación, en que se ha concretado un día y respetado el resultado. Esta región, que fácilmente hubiera podido ser causa de desavenencias eternas, ha vuelto a Alemania, de la cual había sido ilegalmente separada. Ha sido un día de suerte para Europa en especial porque con la vuelta del Sarre a Alemania ha podido ser evitada una guerra en la cual dos naciones habrían tenido que sufrir mucho. Esperamos que por medio de este acto de sensatez, la relación de Alemania con Francia, por fin entrará en buenos y razonables cauces, pues así como nosotros queremos la paz, también hemos de esperar que la gran nación vecina la desee igualmente. Ha de ser posible que dos grandes pueblos se den la mano, para, con su trabajo conjunto, acabar con las desgracias que Europa debe enterrar bajo su peso.

Este día, además, ha de servir de gran lección, gran lección para todos aquellos que, por ignorancia, creen que la verdadera historia se basa en terror y miedo, y piensan que con estos medios pueden desnudar a los pueblos, arrancarles un trozo y con él un trozo de su alma. Han de comprender todos los hombres de Estado que esto no tiene sentido, que es imposible dividir a pueblos y Estados pues al final la sangre es siempre más fuerte que cualquier documento y lo que fue escrito con tinta ha de ser borrado con sangre.

Este sentido deberá prevalecer por encima de todo claramente. Vosotros, con vuestro voto, al Reich también os habeis ganado un puesto en la historia. En un período difícil en la lucha por la reconstrucción del Reich, con vuestro voto me habeis facilitado mi labor, y Dios puecle ser testigo de que esta labor solamente tiene una gran meta: hacer libre a Alemania y llevarla por el camino de la felicidad.

Así pues teneis vosotros todos los derechos pues os los habeis ganado y hoy ha de ser un gran día para vosotros, por ello soy feliz de estar aquí, y nos ha de llenar un sentimiento de alegría y felicidad, reanudando mañana nuestros trabajos, los grandes trabajos para nuestro Reich, pues sabemos que lo ya conseguido, aunque parezca mentira, solamente es el principio de lo que todavía tenemos que hacer. Así pues no entrais en una casa ya terminada, sino que entrais en una comunidad de personas recientemente elaborada. Vosotros habeis de ayudar a construir y trabajar, y podeis estar orgullosos y felices de poder participar en la construcción de nuestro nuevo hogar alemán. Es algo maravilloso lograr realizar la unión de un pueblo. Lo que durante cientos de años fue en el pasado un sueño, ahora es una realidad por primera vez. Primero, ciertamente, tuvimos que pasar grandes dificultades a fin de prepararnos para este momento. De vez en cuando me asalta el presentimiento de que todo tuvo que ser así para poder llegar a estos días felices que de otro modo nunca habrían llegado. ¿Qué es la gloria externa, todas las riquezas exteriores en comparación con este gran tesoro que puede llegar a

poseer un pueblo? No lograríamos entendernos con el mundo, ni él con nosotros, si primero no lo lográsemos aquí. Hemos seguido este camino con seriedad, hemos intentado expulsar de nuestro interior la arrogancia, las clases. Nos hemos cuidado de medir a las personas por sus valores interiores alejando lo exterior y superficial, el rango, el trabajo, fortuna, educación y capital, todo lo que puede separar a las personas, y en vez de ello hemos buscado el carácter, la conciencia, la honradez y así hemos sido felices. Hemos encontrado grandes riquezas, pudiendo considerar a nuestros compatriotas como verdaderos en el pleno sentido de la palabra.

Como testigo de esta unión he venido aquí, como testigo y como combatiente de esta lucha que une hoy a millones de alemanes. Sé que el cielo no regala nada ya terminado. Nos lo hemos de ganar duramente y sé también que esta meta no ha sido ni mucho menos totalmente lograda, pero nos acercamos a ella con el corazón ardiente y sabiendo que el cielo ha bendecido nuestro intento de alcanzarla, porque una cosa sí puedo decir. Los enemigos míos y del pueblo alemán han de tener en cuenta una cosa: Hace 15 años empecé la lucha por Alemania con un puñado de personas, y fue difícil superar el límite de ese puñado inicial para lograr entrar en el pueblo y formar un Reich alemán. Quince años de lucha, y si ahora mido los resultados obtenidos debo dar gracias al cielo, él ha bendecido nuestra lucha. No ha sido esteril. Quince años de lucha por un pueblo, quince años de lucha por un Reich y ahora puedo, en nombre de este pueblo y en nombre de este Reich recibiros de nuevo en vuestra patria. Y si hoy he venido a vosotros es sólo el primer contacto, volveré y volveré a hablaros, solamente que ahora ya no pasará tanto tiempo. Hoy me hubiera sido imposible estar sentado en Berlín o en otro lugar. He venido porque mi corazón me ha llevado hacia vosotros, para deciros lo feliz que soy y lo feliz que es todo el pueblo alemán. Volveré, espero volver muchas veces a hablaros. Es un camino extraño el que ha recorrido este movimiento. Al principio era un pequeño movimiento y se ha convertido ahora en multitudinario. Ha continuado este trabajo estais ahora invitados. Os ruego que hagais ofrenda de vuestro honor, que no habeis perdido durante 15 años, al Reich. Durante 15 años habeis tenido fé. Ahora os pido que tengais también fé en el nuevo Reich, teneis que creer en su futuro, teneis que creer en sus obligaciones y en los resultados, teneis que creer en el éxito de este trabajo, teneis que creer en la libertad, creer en lo grande y eterno de nuestro pueblo. Si durante estos 15 años no hubierais tenido fe en vuestra firmeza, ¿qué os hubiera quedado? Si durante estos 15 años no hubierais tenido esta fé ¿quién os hubiera guiado?

La fé puede mover montañas, la fé puede también liberar a los pueblos. La fé puede volver a fortalecer a las naciones y llevarlas otra vez hacia arriba por más que se hayan hundido y vosotros habeis sido fieles durante quince años, por ello otra vez os ruego: ¡Ofrendad esta fidelidad al nuevo Reich! Fuisteis fieles y fidelidad se os ofrecía, fuisteis fieles a promesas sin pararse a medirlas materialmente, y es por ello que os ruego que continúeis siendo fieles en vuestro trabajo, en el trabajo que vais a empezar en este nuevo Reich, sed fieles a este movimiento, fieles a la unión del pueblo alemán y no mireis jamás lo que prometen los que ahora están fuera, no olvidéis nunca que fuimos fieles cuando a Alemania le iba muy mal. Entonces levantamos la bandera. Cuando Alemania fue herida gravemente en su honor, levantamos nuestras banderas de la fe, las banderas de nuestros deberes para con Alemania. Entonces no dijimos: “Nos avergonzamos de ser alemanes”, sino que proclamamos: “Estamos orgullosos más que nunca de ser alemanes”. Y a esta Alemania es a la que os pido que ofrendéis vuestras fuerzas. ¿Qué es de la persona que no se pone una meta y lucha por ella fanaticamente? La fé es una fuerza muy poderosa si es usada firmemente y para alcanzar los objetivos fijados. Nuestra fé era levantar de nuevo a Alemania, y lo podeis ver: ¡Hemos vencido!

Cuando Alemania se derrumbó gravemente herida en su honor, fue cuando creció nuestra fé, nuestra fé en lograr la unión alemana. Cuando Alemania se dividió en clases, entonces creció nuestra fé en poder sobreponernos a ello y crear nuestra nación. Y nuestra fé ha triunfado. Alemania se ha unificado y una nueva bandera ha sido izada bajo la cual marchan millones al mismo paso, bajo la cual marcha toda la nación alemana. Por ello os ruego que esa fé mantenida quince años la traigais con vosotros al nuevo Reich y la pongais como base para serle fiel y estar a su servicio. Si entráis así en nuestro Reich, un Reich que es nuestro, pues nadie nos lo regaló, que fue levantado por el pueblo alemán, entonces sereis felices. Sereis felices no por haber recibido un regalo sino por haber conseguido algo maravilloso con vuestro propio trabajo. No se puede recibir la felicidad como un regalo. La mayor felicidad que puede ser regalada es la convicción de haber elaborado algo propio con el propio trabajo. Vais a participar de esta felicidad como nosotros ya participamos hoy al estar orgullosos de saber que esta bandera fue concebida y levantada por nosotros hace 15 años y que, gracias a nuestro trabajo, en todos los lugares donde hay alemanes es un simbolo de unidad. Somos felices sabiendo que nada nos ha sido regalado, sino que lo hemos conseguido con miles de luchas, con trabajo sin descanso, gracias a nuestra fidelidad y a nuestra fé.

Vosotros sereis igual de felices dentro de 15 ó 20 años cuando Alemania sea libre del todo, cuando Alemania, como Estado de la Paz, pero también de la libertad y el honor, pueda volver a ofrecer a sus hijos el pan de cada día. Y series felices y orgullosos de saber que habeis trabajado para ello, para poder llevar a nuestro pueblo a esta situación, por ello hemos de apartar la vista del pasado y dirigirla al futuro de nuestro pueblo. Es entonces cuando vemos nuestros deberes, los cuales nos han sido impuestos, y somos felices por ellos, pues no queremos ser un pueblo al que se le regaló algo, sino que queremos concluir nuestros días con el convencimiento de que hemos cumplido con nuestro deber. En esto está la mayor felicidad.

Si hoy dirigimos la vista hacia el futuro, entonces vemos como meta este nuevo Reich, esta nueva unión de nuestro pueblo, esta nueva Alemania a la cual le gusta tanto la paz como le gusta ser Fiel, llena siempre de honor y felicidad. Por esta Alemania que así vemos frente a nosotros hemos de hacer un juramento. A esta Alemania queremos jurarle en esta hora de fiesta que le seremos fieles mientras tengamos aliento y juntos, mujeres, hombres y niños lo proclamaremos así: ¡Nuestra Alemania, nuestro pueblo y nuestro Reich. Sieg Heil, Sieg Hiel, Sieg Heil!

NOTA ACLARATORIA: Las elecciones del Sarre tienen una importancia decisiva en la historia del nacionalsocialismo. Es sabido que en todos los plebiscitos y elecciones convocados por Hitler, éste logró siempre el 90 por cientos de los votos. Naturalmente los más escépticos dijeron que dicho porcentaje era imposible, que era manipulado, pues significaba que incluso los judíos votaban a Hitler. Sin embargo en el plebiscito del Sarre Hitler no tuvo oportunidad de hablar, además la votación se celebró bajo estricto control internacional y los resultados fueron los siguientes: A favor de Hitler: 90'8 por ciento. A favor de la unión con Francia: 0'4 por ciento. A favor del Status Quo: 8'8 por ciento. Estas cifras venían a autenticar las logradadas por Hitler en Alemania, ciertamente podía afirmarse que también los judíos votaron a Hitler o, en todo caso, eran los únicos que no le votaban.

(ANTE EL REICHSTAG)

(21 de mayo de 1935)

Diputados, hombres del Reichstag:

Ante el deseo del Gobierno del Reich; el Presidente del Reichstag, nuestro camarada Göering, ha convocado esta sesión para que, en mi calidad de representante de la nación alemana, pueda hacer ante vosotros aquellas declaraciones que considero necesarias para comprender la actitud y las decisiones del Gobierno alemán respecto a las grandes cuestiones actuales que a todos nos inquietan.

Con este propósito me dirijo a vosotros y, al mismo tiempo, a todo el pueblo alemán. Además me dirijo a todos cuantos, en el resto del mundo, ya por deber, ya por interés, se esfuerzan también por penetrar en nuestra manera de concebir los problemas que también a ellos les preocupan. Me complace hacer aquí estas declaraciones porque es la mejor manera de evitar el peligro que, según nos dice la experiencia, radica en la interpretación casi siempre discrepante de conversaciones sostenidas entre dos o en un pequeño círculo y que después, como es natural, no pueden darse a la publicidad más que fragmentariamente.

Considero especialmente beneficiosa esta forma de hacer una declaración semejante porque no sólo me da el derecho sino que me impone precisamente el deber de una franqueza absoluta y el de hablar con toda sinceridad de los diferentes problemas. La nación alemana tiene el derecho de exigirlo de mí y yo estoy decidido a inclinarme ante él. Muchas veces oigo lamentarse en los países anglosajones de que Alemania se ha alejado precisamente de aquellos principios políticos democráticos que son especialmente sagrados para esos países. Esta idea se basa sobre un craso error. También Alemania tiene su Constitución democrática. El actual Gobierno del Estado nacionalsocialista tiene también el mandato del pueblo y se siente asimismo responsable ante él. No importa el número de votos que en los diferentes países correspondan a un diputado. Hay países en que se necesitan 20.000 votos; en otros bastan 10.000 ó 5.000; en otros, 60.000 ó más.

El pueblo alemán ha elegido con 38 millones de votos un solo representante. Esta es quizá una de las diferencias esenciales entre nosotros y los demás pueblos. Pero esto significa que yo me considero tan responsable ante el pueblo alemán como un Parlamento cualquiera. Yo actúo en virtud de su confianza y por mandato suyo. Por esto el pueblo alemán tiene el derecho a esperar de una declaración como la de hoy que se le expongan franca y escuetamente cuestiones que si interesan al resto del mundo, interesan con igual intensidad por lo menos al pueblo alemán. Y me complace en ello porque:

Como Führer y Canciller de la nación y como Jefe del Gobierno tengo que tomar desgraciadamente a veces decisiones que ya son bastante graves de por sí, pero cuya gravedad la aumenta todavía el hecho de que a mí no me es dado compartir mi responsabilidad ni, sobre todo, descargarla en otros. Por eso tengo al menos el deseo de que la nación penetre en los pensamientos que me mueven para facilitarle así la comprensión de las resoluciones y medidas inspiradas en ellos. Y cuanto más graves son estas resoluciones, tanto más quisiera, como alemán, desprender mis actos de todo instinto de flaqueza o de temor y ponerlos de acuerdo con mi conciencia frente a mi Dios y al pueblo a quien me hace servir.

Cuando hace dos años, el 30 de enero, el Presidente del Reich, de eterna memoria, me encargó la formación de un nuevo Gobierno y la dirección de los asuntos del Estado, millones de alemanes -y entre ellos algunos patriotas- dudaban del éxito de la tarea que se me había encomendado. Perversa alegría o preocupación dominaban simultáneamente al pueblo alemán, entonces tan dividido todavía. Porque nuestra situación no parecía ser prometedora más que para el enemigo interior; los verdaderos amigos, en cambio, la consideraban indeciblemente triste. La vida nacional estaba gravísimamente amenazada en sus numerosos aspectos, pues aunque para muchos, comprensiblemente, la catástrofe económica lo dominaba todo, sin embargo para el profundo observador era claro que no constituía más que una consecuencia,

el necesario efecto económico de una serie de causas interiores, parte de orden social, parte de organización política, pero sobre todo de carácter moral. Frente a la abrumadora cantidad de tareas, frente a la situación aparentemente desesperada y frente a la insuficiencia de todos los medios, suponía un gran valor no desmayar y ponerse inmediatamente a la obra para el resurgimiento de la nación librándola de su sufrimiento y decadencia.

Económicamente nos encontrábamos ante la siguiente situación:

Después de una guerra de cuatro años, que ya de por sí había infligido a toda la economía nacional perjuicios terribles, los enemigos vencedores impusieron al pueblo alemán un dictado de paz que, falto de todo sentido político y económico, quiso perpetuar como fundamento jurídico de la vida de los pueblos, la proporción de fuerzas que se presentó al acabar la guerra. Sin tener en cuenta las condiciones y las leyes económicas de la vida, es más, en directa contraposición con ellas, se sofocan todas las posibilidades económicas por una parte y por otra se fijan exigencias cuyo cumplimiento está fuera de toda realidad. Bajo la denominación general de “reparaciones” se lleva a cabo la destrucción de la Economía alemana. Del incomprensible abandono de la más elemental concepción económica, resultó la situación siguiente:

1. La nación tiene un excedente de mano de obra.
2. Siente la gran necesidad de recobrar el bienestar material que corresponde al alto nivel de vida a que estaba acostumbrada y que perdió por la guerra, la inflación y las reparaciones.
3. Sufre de una escasez de víveres y de materias primas explicable por las condiciones peculiares de su territorio.
4. El mercado internacional que necesitaría para reconstituirse es demasiado pequeño y además se va restringiendo prácticamente cada vez más en virtud de numerosas medidas y del natural desarrollo que va adquiriendo este movimiento.

No habla muy bien del talento económico de nuestros antiguos adversarios políticos el que no empezasen a ver la imposibilidad de seguir cumpliendo obligaciones ilimitadas, a veces francamente incomprensibles hasta que con su actitud no sólo se había aniquilado por completo la economía nacional alemana sino que había empezado a derrumbarse la economía de los demás países.

El resultado de este profundo error, fue para Alemania: una industria paralizada; una agricultura destrozada; una clase media empobrecida; un comercio arruinado; el complejo económico lleno de deudas, la Hacienda pública quebrantada totalmente y seis millones y medio de parados registrados, en realidad más de siete millones y medio.

Si no se quería más que hacer frente a esta catástrofe económica era preciso tomar resoluciones rigurosísimas. La nación alemana podía antes aglomerar su riqueza de hombres en un espacio reducido gracias a las suficientes condiciones de vida que resultaban de su participación en la economía internacional. En tanto que se mantuvo esta situación, los 67 millones de almas que ocupaban el reducido territorio alemán no sólo tenían aseguradas sus propias necesidades vitales sino que representaban también un factor económico útil para el resto del mundo. El curso de la guerra y especialmente las consecuencias de la política de postguerra serán un día la refutación clásica aunque terrible de aquella opinión ingenua que desgraciadamente dominaba el pensamiento de algunos estadistas antes de la guerra, y según

la cual el mejor modo de fomentar la economía de una nación era el aniquilamiento económico de otras.

Las cargas económicas de la paz impuestas a la nación alemana, por una parte, y por otra la desventaja en que se encuentra económicamente, tanto interior como exteriormente, obligan a todo Gobierno, quiéralo o no, a tener en cuenta estas realidades.

Todos estamos convencidos de que la aplicación absoluta de la idea de la autarquía económica en todos los Estados, tal y como amenaza instaurarse hoy, vista desde un punto más elevado ni es sensata ni en sus consecuencias puede ser más que perjudicial para todos los pueblos.

Considerándolo económicamente, es poco razonable hacer de países de por sí agrícolas y productores de materias primas, países forzadamente industriales y al contrario, obligar a Estados industriales superpoblados a una primitiva producción de materias primas o aun de sustitutivos de ellas. Esta evolución tendrá un día para Europa malas y desagradables consecuencias. Pero, desgraciadamente, no está en poder de Alemania modificar esa tendencia, absurda desde un elevado punto de vista económico. Precisamente, en la medida en que la carencia de mercados internacionales nos obliga a restringir nuestras compras, para no dejar sin trabajo la mano de obra alemana, habrá que intentar o producir nosotros mismos, mediante complicados procedimientos, las materias primas que nos falten o, si no es posible esto, buscar sustitutivos.

Mas este problema sólo puede ser resuelto mediante una economía dirigida metódicamente. Empresa peligrosa, por cuanto a toda economía sistemática suele seguir fácilmente la burocratización y, consiguientemente, la estrangulación de la iniciativa individual privada, eternamente creadora. Nosotros, empero, no podemos desear, en interés de nuestro pueblo, que una economía que se aproxima al comunismo y produce forzosamente la paralización de la energía productora, de jugar a la disminución del rendimiento total de nuestra mano de obra existente y haga que el standard de vida, lejos de mejorar, empeore notablemente. Este peligro aumenta aun más por el hecho de que toda economía sistemática tiende fácilmente a abolir la dura ley de la selección económica de los mejores y del aniquilamiento de los débiles o, por lo menos, a limitarlos a favor de una garantía de la conservación del promedio inferior a costa de la aptitud superior, de la mayor aplicación y valor y, por ende, a costa de la utilidad general.

Si nosotros, a pesar de esta reflexión, hemos seguido este camino, lo hemos hecho cediendo a la presión de las más duras de las necesidades. Lo que se ha conseguido en estos dos años y medio en los sectores que se ocupan de proporcionar trabajo sistemáticamente, de la reglamentación metódica del mercado y de la fijación ordenada de los precios y jornales, ha sido considerado como un imposible hasta hace pocos años. Si lo hemos conseguido, fue únicamente por haber puesto en juego la energía de toda la nación en favor de medidas al parecer tan secas. Para ello ha habido necesidad de crear toda una serie de presuposiciones materiales y psicológicas. Para asegurar el funcionamiento de la economía nacional ha sido preciso primeramente poner fin a la oscilación constante de jornales y precios. Fue menester, además, descartar todas las ingerencias no inspiradas en el interés económico supremo de la nación, es decir, suprimir las organizaciones de clases de ambos bandos que vivían a costa de una política de salarios y de precios. La destrucción de los sindicatos de lucha, lo mismo de los patronos que de los obreros, exigía también la desaparición de los partidos sostenidos por estos grupos de intereses y apoyados a su vez por ellos. Esta medida impuso la necesidad de adoptar una nueva constitución, constructiva y real, así como una nueva estructura interna del Reich y del Estado. Pero para que todo esto fuera más que una modificación puramente ex-



terna, se precisaba educar al pueblo a pensar y vivir en nuevas condiciones sociales. Problemas todos ellos capaces de llenar cada uno un siglo entero, y contra los cuales se han estrellado ya pueblos y naciones. Si se quiere realizar tal programa, que ha de lograrse en su totalidad o fracasar desde un principio en todo y por todo, hay que tener en cuenta que su realización depende de dos condiciones: de la absoluta tranquilidad del país y del tiempo de que se dispone.

Nosotros los alemanes lamentamos únicamente que el resto del mundo no se tome el trabajo de examinar objetivamente lo que ha acaecido en Alemania en estos últimos dos años y medio, y que no estudie el espíritu de una nueva concepción de la vida a la que deben atribuirse exclusivamente todos estos éxitos palpables.

El programa y la ejecución de las tareas que imprimen su sello peculiar a la actual Alemania proceden, en efecto, de la ideología nacionalsocialista, son obra del partido nacionalsocialista, de su organización, de la energía que le es propia y de la fuerza que de ella emana. En Alemania se han producido en estos dos últimos años una revolución que la mayor parte de la gente no ha llegado a comprender hasta ahora en su justo valor. La magnitud e intensidad de esta revolución no ha sufrido menoscabo alguno por la consideración con que ha sabido tratar a sus antiguos adversarios. Esta consideración no proviene en modo alguno de un sentimiento de debilidad, sino más bien de la convicción de una superioridad absoluta y de esa confianza en sus propias fuerzas que da siempre la victoria y que nada ni nadie puede hacer vacilar un solo momento.

Esta nueva Alemania no puede ser comparada, por consiguiente, con la Alemania de antaño. Sus ideas son tan nuevas como sus actos. El espíritu del patriotismo burgués y bullanguero, pertenece ya al pasado como factor determinante, como pertenecen igualmente al pasado las tendencias del internacionalismo marxista. Si la Alemania actual se declara en favor de la paz, no lo hace seguramente por debilidad o cobardía, sino única y exclusivamente por la concepción tan distinta que el nacionalsocialismo tiene del pueblo y del Estado.

Considera, en efecto, que la asimilación, realizada por la fuerza, de un pueblo a otro pueblo que le es enteramente extraño, no sólo no es una finalidad política digna de ser imitada, sino que, más bien, constituye a la larga un peligro para la unidad interior y, por consiguiente, para la vitalidad de un pueblo. He aquí, porque nuestra teoría rechaza dogmáticamente la idea de una asimilación nacional. Con esto queda refutada al mismo tiempo la opinión vulgar de una posible "germanización". No es, pues, nuestro deseo ni nuestro propósito el quitar a las minorías extranjeras sus particularidades étnicas, su lengua o su cultura, para imponerles otra alemana que les es extraña. No damos instrucciones encaminadas a germanizar nombres no alemanes, todo lo contrario, no deseamos que tal cosa suceda. Nuestra doctrina étnica ve, pues, en toda guerra emprendida para subyugar y someter a un pueblo extranjero un acto que, tarde o temprano, ha de transformar y debilitar interiormente al vencedor, acabando por convertirlo en vencido.

Tampoco creemos que en Europa, en una época en que se ha proclamado el principio de las nacionalidades, puedan ser desposeídos de la suya pueblos de estructura típica, profunda e inconfundiblemente nacional.

En la historia de los últimos 150 años encontramos bastantes ejemplos que son, a la vez, una lección y una advertencia sobre el particular. Una guerra futura no aportará a los Estados nacionales de Europa -prescindiendo quizá de una debilitación pasajera del enemigo- otra ventaja que una exigua corrección de las fronteras étnicas, corrección de escasísima importancia si se compara con los sacrificios que cuesta.

Puede que el estado de guerra permanente creado por tales propósitos entre los diferentes pueblos, parezca ser útil a diversos intereses políticos y económicos, mas por lo que a los pueblos se refiere, sólo les reporta cargas y desgracias. La sangre derramada en el continente europeo desde hace 300 años no guarda la menor relación con las insignificantes transformaciones étnicas. Francia, en definitiva, sigue siendo Francia; Alemania, Alemania; Polonia, Polonia, e Italia, Italia. Los engrandecimientos de soberanía nacional, aparentemente esenciales, que el egoísmo dinástico, las pasiones políticas y el fanatismo patriótico han logrado alcanzar derramando ríos de sangre, no han tenido jamás otro resultado, desde el punto de vista nacional, que rasguñar únicamente la epidermis de los pueblos, sin poder modificar esencialmente su carácter fundamental. Si estos Estados hubiesen consagrado una pequeña parte de sus sacrificios a otros fines más puros, seguramente que el resultado habría sido más grande y duradero.

Al defender hoy, con toda sinceridad y franqueza, estas ideas en mi calidad de nacionalsocialista, no puedo menos que reforzarlas con la reflexión siguiente: Toda guerra destruye por lo tanto la flor de la nación. Ahora bien; como en Europa ya no hay espacio libre, la victoria, cualquiera que sea, no puede producir otra cosa -sin poder mitigar en modo alguno la miseria que aflige a las naciones europeas- que el aumento numérico, a lo sumo, de los habitantes de un Estado. Pero, si los pueblos conceden tanta importancia a este aumento, bien pueden conseguirlo, no con lágrimas ni torrentes de sangre, sino de una manera más sencilla y, ante todo, más natural.

Una sana política social puede dar a la nación, en pocos años, mediante el aumento de nacimientos, más hijos de su propia sangre que, los habitantes que pudiera aportarle un territorio conquistado y sometido por las fuerza de las armas.

¡No! La Alemania nacionalsocialista quiere la paz, la quiere y anhela inspirada en sus más íntimos ideales políticos. La quiere, asimismo, convencida de que ninguna guerra podría hacer desaparecer las causas esenciales de la miseria general que aflige a toda Europa, sino que más bien podría aumentarlas y recrudecerlas. La actual Alemania vive dedicada a una constante labor para reponerse de los daños sufridos. Ninguno de nuestros proyectos de reconstrucción nacional podrá quedar terminado antes de 10 a 20 años. Ninguna de las tareas de orden ideal que nos hemos impuesto podrá ser realizada antes de 50 ó quizás 100 años. Yo fuí el que inicié la revolución nacionalsocialista fundando este partido que hasta ahora he dirigido con inquebrantable constancia y entusiasmo creciente. Sé que ninguno de nosotros verá más que la primera fase de este gran desarrollo evolutivo. ¡Qué otra cosa podría yo desear que la tranquilidad y la paz! Si se me objeta que este deseo es únicamente el de los dirigentes, he de responder: ¡Basta que los Jefes y los Gobernantes quieran la paz, los pueblos no han deseado nunca la guerra!

¡Alemania necesita la paz y quiere la paz! Oigo decir a un estadista inglés que una seguridad verbal no significa nada y que sólo en la firma al pie de tratados colectivos puede encontrarse la garantía de la seguridad. Yo ruego a Mister Eden que debe tener presente que en este caso se trata de una “seguridad”.

A veces es mucho más fácil firmar un tratado con reservas mentales acerca de la actitud definitiva con respecto a él, que hacer una promesa sincera ante la faz de toda una nación, declarándose por una política pro paz, puesto que rechaza toda presunción de guerra.

Yo hubiera podido poner la firma al pie de diez tratados, pero este hecho no hubiera tenido tanto valor como la declaración que hice a Francia con motivo del plebiscito del Sarre. Si yo, en mi calidad de Führer y Canciller de la nación alemana, doy ante el mundo y mi

pueblo la seguridad de que, una vez resuelto el problema del Sarre, no exigirá Alemania ninguna reivindicación territorial a Francia, podrá estar seguro de que esto es una aportación a la paz mucho mayor que cualquier firma al pie de cualquier tratado.

Creo que con esta declaración solemne, debería darse por terminada una contienda que ha durado ya tanto tiempo entre las dos naciones. Hicimos esta declaración convencidos de que este conflicto y los sacrificios que impone a ambos pueblos no están en armonía con la causa de la contienda, de ese territorio que sin haber sido nunca consultado, ha sido y seguirá siendo la causa de tantos sufrimientos y desgracias.

Si esta declaración, empero, no encuentra otra réplica que el haberse tomado “nota” de ella, no nos quéda más remedio que tomar nosotros “nota” de la respuesta dada.

De todos modos, debo protestar aquí contra cualquier tentativa de juzgar de distinta manera el valor de las declaraciones según las conveniencias. Si el Gobierno alemán afirma en nombre del pueblo alemán que no desea otra cosa que la paz, puede estar seguro de que esta declaración vale tanto como su firma al pie de cualquier fórmula especial de pacto, o de que ésta no puede tener mayor valor que la primera declaración solemne.

No deja de ser curioso que en la historia de los pueblos haya a veces verdaderas “inflaciones de ideas” que difícilmente pueden resistir a un riguroso examen de la razón. Desde hace algún tiempo vive el mundo sumido materialmente en una verdadera monomanía de “colaboración colectiva”, seguridad colectiva, obligaciones colectivas, etc. que a primera vista parecer tener todas ellas un contenido concreto, pero que al examinarlas con detenimiento dan margen a múltiples interpretaciones.

¿Qué significa colaboración colectiva?

¿Quién puede comprobar lo que es colaboración colectiva y lo que no lo es?

¿No es cierto que el concepto de “Colaboración colectiva” viene interpretándose de distintos modos desde hace 17 años? Creo expresarme con propiedad al decir que los Estados vencedores, además de otros derechos, se han reservado en el Tratado de Versalles el de definir, sin derecho a réplica, lo que es y lo que no es “Colaboración colectiva”.

Si me permito ahora criticar este método, es porque sólo así puede demostrarse claramente la necesidad ineludible de las últimas decisiones adoptadas por el Gobierno del Reich y facilitar la comprensión de nuestros verdaderos propósitos e intenciones.

La idea actual de colaboración colectiva de las naciones es, en principio y por esencia, obra exclusiva del Presidente Wilson. La política de anteguerra ha sido determinada más bien por la idea de alianzas entre naciones que tenían los mismos intereses y perseguían idénticos fines.

Se ha dicho, con razón o sin ella, que esta política era responsable de la guerra mundial, cuya terminación fue acelerada -a lo menos por lo que se refiere a Alemania- por la doctrina contenida en los 14 puntos de Wilson y los 3 que les siguieron ulteriormente. En estos puntos estaban contenidas las siguientes ideas para evitar a la humanidad la repetición de otra catástrofe análoga.

La paz no ha de ser una paz de derecho unilateral, sino una paz de igualdad para todos y, con ello, del derecho general. Ha de ser una paz de reconciliación, del desarme de todos y, por

tanto, de la seguridad de todos, resultando de aquí, como coronación de la idea, la de una colaboración de todos los Estados y naciones en la Sociedad de Naciones.

Debó hacer constar aquí nuevamente que ningún otro pueblo al finalizar la guerra acogió con tanto anhelo estas ideas como el alemán. Sus sufrimientos y sacrificios eran infinitamente mayores que los de los demás pueblos participantes en la conflagración. Los soldados alemanes depusieron las armas confiando en esta promesa.

Cuando en 1919, se le dictó la Paz de Versalles al pueblo alemán no se hizo otra cosa que asestar primeramente el golpe de gracia a la colaboración colectiva de los pueblos, pues en lugar de la igualdad de todos se estableció una clasificación entre vencedores y vencidos, en lugar del mismo derecho para todos, una diferenciación entre pueblos con derechos y pueblos privados de todo derecho; en lugar de la reconciliación de todos, el castigo da los rendidos; en lugar del desarme universal, el desarme de los vencidos; en lugar de la seguridad de todos, la seguridad de los vencedores.

En el dictado de Versalles se hacía constar expresamente que el desarme de Alemania no era otra cosa que una medida que debía preceder para facilitar el desarme de los demás. En este único ejemplo puede demostrarse que la idea de la colaboración colectiva fue violada precisamente por quienes la defienden hoy con mayor empeño.

Las condiciones impuestas en el Tratado de Paz habían sido cumplidas por Alemania con verdadero fanatismo. ¡Quebrantamiento completo de su hacienda desde el punto de vista financiero, aniquilamiento total de su economía desde el punto de vista económico y un estado completamente indefenso desde el punto de vista militar! Repetiré aquí, una vez más, a grandes rasgos, los hechos, no desmentidos por nadie, del cumplimiento de los Tratados por parte de Alemania.

En el Ejército alemán se destruyeron:

1. 59.000 cañones y tubos de cañón.
2. 130.000 ametralladoras,
3. 31.000 lanzaminas y tubos,
4. 6.007.000 fusiles y carabinas,
5. 243.000 cañones de ametralladoras,
6. 28.000 cureñas,
7. 4.390 cureñas de lanzaminas,
8. 38.750.000 proyectiles,
9. 16.550.000 granadas de mano y de fusil,
10. 60.400.000 espoletas cargadas.
11. 491.000.000 municiones para armas de mano,

12. 335.000 toneladas de vainas de proyectiles,
13. 23.515 toneladas de vainas de cartuchos y proyectiles,
14. 37.600 toneladas de pólvora,
15. 79.000 calibres para munición,
16. 212.000 teléfonos,
17. 1.072 lanzallamas, etc. etc.

Se destruyeron. además:

Trineos, talleres portátiles, carros para cañones antiaéreos, avantrenes, cascos de acero, mascarillas de gas, máquinas de la antigua industria de guerra. cañones de fusil, etc.

En el aire:

1. 15.714 aviones de caza y de bombardeo,
2. 27.757 motores de aviación.

Destrucción del armamento naval siguiente:

- 26 barcos de línea,
- 4 acorazados costeros,
- 4 cruceros acorazados,
- 19 cruceros pequeños,
- 21 barcos escuela y de tipo especial,
- 83 torpederos,
- 315 submarinos.

Fueron destruidos igualmente:

Vehículos de todas clases, elementos de combate a gas y en parte contra el gas, explosivos, reflectores y proyectores, aparatos de puntería, instrumentos para medir las distancias y el sonido, instrumentos ópticos de todas clases, arreos para caballerías, etc. todos los hangares para aviones y aeronaves.

Alemania ha iniciado así, en un espíritu de sacrificio sin límites, todas las condiciones necesarias para una colaboración colectiva en el sentido ideológico del Presidente Wilson.

Ahora bien; realizado el desarme de Alemania, todos, a su vez, debieran haber procedido por lo menos del mismo modo para el restablecimiento de la igualdad. Una prueba de la veracidad de esta manera de ver nosotros las cosas la tenemos en el hecho de que

también en los otros pueblos y en los demás Estados no han faltado voces de advertencia y amonestación exigiendo el cumplimiento de esta obligación. Citaré aquí los nombres de algunos estadistas, los que seguramente no pueden ser considerados como amigos de Alemania, para refutar con sus declaraciones las de aquellos que, en una especie de olvido, no quieren ya saber que el Tratado de Paz contenía la obligación del desarme, no solamente para Alemania, sino también para los demás Estados.

Lord Robert Cecil, miembro de la Delegación británica en la Conferencia de la Paz y Presidente de la Delegación británica en la Conferencia del Desarme (Revue de Paris, 1924, núm. 5):

“Las disposiciones sobre el desarme contenidas en el Tratado de Versalles y en los demás Tratados de Paz empiezan con un preámbulo que dice así: “Para facilitar la iniciación de una limitación general de armamentos en todos los países, Alemania se compromete a observar estrictamente las siguientes disposiciones sobre el ejército de tierra, mar y aire”. Este preámbulo contiene un convenio. Es una promesa solemne que los Gobiernos hacen a las democracias de todos los Estados que han firmado los Tratados de paz. Si no llegare a cumplirse, el sistema creado por los Tratados de Paz no podrá ser duradero y hasta el desarme parcial dejará de existir dentro de poco”.

Paul Boncour dijo el 8 de abril de 1927 en la tercera sesión de la Comisión de Desarme Preparatoria de la Sociedad de Naciones:

"Es cierto que el preámbulo de la Parte V del Tratado de Versalles se refiere a las reducciones de armamento que se le impusieron a Alemania como condición y a modo de medida precursora de una limitación general de armamentos. Esto distingue con mucha precisión las restricciones de armamento de Alemania de otras limitaciones análogas impuestas en el curso de la Historia después de terminadas las guerras y que, en general, resultaron ser bastante ineficaces. Esta disposición ha sido impuesta esta vez -y esto es precisamente lo que le da todo su valor- no a uno solo de los firmantes del Tratado, sino que más bien constituye un deber, una obligación moral y jurídica para los demás firmantes, de proceder a la limitación general de los armamentos".

Declaración de Henderson el 20 de enero de 1931:

"Debemos convencer a nuestros Parlamentarios y pueblos de que todos los miembros de la Sociedad de Naciones han de ser obligados a seguir la política de desarme general por obligaciones solemnes que nos imponen el Derecho Internacional y el honor nacional.

“¿He de recordar al Consejo que el Art. 8 del Estatuto de los Preámbulos de la Parte V del Tratado de Versalles, los actos finales de la Conferencia de Locarno y los acuerdos tomados cada año desde 1920 por la Asamblea hacen ver que todos los miembros de la Sociedad tienen la misma responsabilidad en este caso? Todos nosotros hemos contraído obligaciones, y si no las cumplimos pondrán en duda nuestros propósitos de paz, en perjuicio de la influencia y el prestigio de la Sociedad de Naciones”.

Declaración de Briand el 20 de enero de 1931:

“En nombre de mi país me adhiero a las elocuentes palabras con que nuestro Presidente abre la sesión... Creo, lo mismo que vosotros -y ya he tenido oportunidad de repetirlo frecuentes veces- que los compromisos contraídos por las naciones firmantes del artículo 8 del Estatuto de la Sociedad de Naciones no pueden ni deben ser letra muerta. Constituyen una

obligación sagrada, y la nación que quisiera rehuir su cumplimiento no haría otra cosa que deshonorarse”.

Declaración del Ministro de Negocios Extranjeros belga Sr. Vandervelde, miembro de la Delegación de la Paz belga, el 27 de febrero de 1927:

“A partir de esta fecha nos encontramos ante el siguiente dilema: O las otras naciones reducen sus ejércitos en proporción al ejército de defensa alemán, o el Tratado de Paz queda sin efecto y Alemania puede exigir para sí el derecho de poseer fuerzas militares capaces de defender la integridad de su territorio. De estos hechos hay que sacar dos consecuencias: una, que todas las medidas de inspección son poco eficaces y, otra, que el desarme no podrá efectuarse en su totalidad ni, en suma, llegar a ser un hecho”.

El mismo Ministro de Negocios Extranjeros el 29 de diciembre de 1930 en el “Populaire”:

“Del Tratado de Versalles se haría un pedazo de papel inútil si no se cumpliesen las obligaciones morales y jurídicas del Tratado que impuso a la Alemania vencida su desarme con objeto de preparar el de los otros”.

Lord Robert Cecil en su discurso radiado el 31 de diciembre de 1930:

“El desarme internacional pertenece a nuestros más importantes intereses nacionales. No una sola vez, sino reiteradas veces hemos asumido ya la obligación de reducir y limitar los armamentos de las naciones vencedoras en la Gran Guerra, siendo suplemento del desarme que impusimos como obligación a nuestros antiguos adversarios. Quebrantaremos toda fe en obligaciones internacionales si no llegamos a cumplir lo que hemos prometido, siendo para mí de importancia secundaria lo que tendríamos en este caso que responder si nuestros antiguos adversarios reclamasen para sí el derecho de rearme”.

Y otra vez Paul Boncour el 26 de abril de 1930 en el “Journal”:

“No hay, finalmente, necesidad de ser profeta. Basta tener ojos para percatarse de que en caso de fracasar definitivamente las negociaciones de desarme, o aun en el caso de tenerlas que aplazar constantemente, Alemania, libre así de toda obligación, procederá a librarse de este desarme y no tolerará más una limitación de armamento que el mismo Tratado de Paz ha calificado de condición y también de promesa para limitar generalmente el armamento. No nos queda otra elección”.

¿Y qué ha ocurrido?

Mientras que Alemania, fiel al Tratado impuesto, ha cumplido sus obligaciones, las otras naciones, los llamados Estados vencedores, dejaron de cumplir las cláusulas de este mismo Tratado.

Si se procura ahora disculpar este descuido alegando subterfugios, nada difícil es, por cierto, refutar tales excusas. Con bastante extrañeza oímos ahora de boca de estadistas extranjeros que, en efecto, había existido la intención de ejecutar estas cláusulas, pero que aun no había llegado la hora de su cumplimiento.

¿Cómo?!

Todas las condiciones previas para el desarme de los demás Estados eran ya una realidad.

1. Alemania se había desarmado. No podían afirmar, no, que el Estado que habían reducido a la impotencia constituyese el menor peligro para ellos.

Y un desarme así hubiese dado a la Sociedad de Naciones una fuerza moral tan grande que ningún Estado hubiera podido atreverse a recurrir a la fuerza contra ninguno de los que participaran en ese desarme colectivo.

Aquella hubiese sido la mejor ocasión para convertir en hechos las palabras, tanto más cuanto que,

2. También políticamente se daban todas las condiciones precisas pues Alemania era entonces una democracia como jamás la hubo. Todo estaba exactamente copiado e imitado a la perfección de los grandes modelos existentes. No era el nacionalsocialismo el que regía Alemania. El mismo nacionalismo burgués puede decirse que había desaparecido. De la socialdemocracia a la democracia pasando por el Centro se tendía el arco de los partidos que por su ideología no sólo semejaban exteriormente a los de otros países sino que además se sentían unidos a ellos por sus programas. ¿A qué se esperaba entonces?

¿Cuándo podía presentarse una ocasión mejor para conseguir una colaboración colectiva que en aquel tiempo, cuando en Alemania regía exclusivamente aquel espíritu político que prestaba también sus características al mundo que la rodeaba? No, la ocasión era propicia, el momento había llegado; era la voluntad lo que faltaba.

Pero al comprobar la falta de cumplimiento del tratado de Versalles por parte de los otros signatarios, no voy a basarme en el hecho de que no se hayan desarmado. Es que si bien pueden perdonarse las reservas de aquella época para no cumplir las cláusulas del desarme, lo que ha de ser difícil es aducir razones que hayan podido dar pretexto a un rearme cada vez mayor.

Lo decisivo es esto:

No sólo no se han desarmado esos Estados sino que, al contrario, han completado, han perfeccionado y, por consiguiente, han aumentado considerablemente sus armamentos.

Ante esto, no desempeña ningún papel la objeción de que, en parte, se ha procedido a una reducción de efectivos, pues esa reducción quedó más que suficientemente compensada con el perfeccionamiento técnico y sistemático más moderno. Además, era cosa de juego subsanarla en cualquier momento.

Y, sobre todo, hay que tener en cuenta lo siguiente: en el transcurso de las negociaciones del desarme se ha intentado después dividir las armás más aptas para la defensa y armas más bien destinadas al ataque.

Tengo que hacer constar aquí que Alemania no tenía ninguna de las armas designadas como ofensivas. Todas habían sido completamente destruidas. Y hay que hacer constar, además, que precisamente las propias y destinadas para el ataque fueron las que los otros signatarios del Tratado de paz siguieron desarrollando, perfeccionando y aumentando de manera extraordinaria.



Alemania había destruido todos sus aviones. No sólo se encontraba indefensa respecto a armas aéreas activas sino que se encontró también desprovista de medios pasivos de defensa antiaérea.

Y al mismo tiempo los otros signatarios no sólo no destruyeron los aeroplanos que tenían, no, sino que, al contrario, desarrollaron la aviación extraordinariamente.

La velocidad de los aviones de caza, por ejemplo, que era de 200 km./h. al terminar la guerra, aumentó, gracias a los constantes perfeccionamientos en los tipos modernos a 400 km./h. El armamento aumentó de 2 ametralladoras a 3, 4 y 5 y, finalmente, se armaron de pequeños cañones ametralladores. La altura máxima pasó de 6.000 m. al terminar la guerra, a 9, 10 y 11.000 metros.

En lugar de destruir los aviones de bombardeo, como había hecho Alemania, se perfeccionaron diligentemente, se desarrollaron y se sustituyeron por tipos cada vez mayores y más perfectos. La capacidad de carga que, al terminar la guerra era de 500 a 1.000 kgs. por término medio, se elevó de 1.000 a 2.400. La velocidad media que era antes de 125 a 160 km./h. se elevó a 250 ó 280 en aviones de bombardeo nocturnos y hasta 350 km./h. en aviones de bombardeo diurnos. El techo máximo de servicio pasó de 3.000 a 4.000 metros al terminar la guerra hasta 6.000, 7.000 y, finalmente, 9.000 metros.

El armamento subió de 2, 3 y 4 ametralladoras a 4, 6 y hasta 8 ametralladoras llegando, por fin, hasta el cañón. Los aparatos de puntería fueron tan genialmente perfeccionados que se declaró abiertamente poder destruir con mortal seguridad los objetivos designados. Completamente nuevo, es el aeroplano de vuelo en picado. El efecto de la explosión de las bombas fue cada vez más destructor, a partir de la guerra. Al deseo de una gasificación mejor respondieron nuevos inventos y para destruir los centros urbanos hay bombas incendiarias nocturnas modernas que, según afirman revistas técnicas de las diferentes fuerzas aéreas, no pueden extinguirse.

Los aparatos de navegación y orientación de estos aviones de bombardeo se han ido perfeccionando incesantemente, se anuncian aviones de bombardeo capaces de volar sin piloto y de lanzar bombas sobre sus objetivos indefensos, dirigidos por control remoto.

No sólo no disminuyó el número de aeródromos y de aeropuertos sino que aumentó en todas partes. Los buques de guerra fueron provistos de aviones. Y no solamente se ha dotado a algunos barcos con aviones de combate y de bombardeo en calidad de armas suplementarias, no; se procedió a la construcción de gigantescos portaaviones, un arma ofensiva, y todo esto bajo el signo del “desarme”. Esta ha sido la manera de cumplir la destrucción de aviones prescrita por el Tratado de Versalles y realizada por Alemania.

Alemania ha destruido sus carros de combate en cumplimiento de la obligación impuesta. Al hacerlo, destruía y suprimía también, fiel al Tratado, un “arma ofensiva”.

Deber de los otros Estados hubiese sido comenzar entonces, por su parte, la destrucción de sus carros de combate. Pero no sólo no los destruyeron sino que los fueron perfeccionando constantemente tanto respecto a la velocidad como a la capacidad de resistencia y de ataque. La velocidad de los que, en tiempos de la guerra, era de 4 a 12 km./h., aumentó hasta 30, 40, 50 y, por fin, hasta 60 kilómetros por hora.

Cuando ya hacía mucho tiempo que Alemania no tenía ni un solo remache de sus antiguos carros de combate, Francia pasó del tipo medio de 10 a 14 toneladas, al tipo pesado de unas 90 toneladas.

Mientras que, durante la guerra, cualquier carro podía ser perforado por un proyectil de 13 mm., los nuevos monstruos de guerra fueron dotados de planchas blindadas de 50 a 60 mm., y de esa manera quedaron invulnerables incluso para los proyectiles de la artillería de campaña. Simultáneamente con el terrible perfeccionamiento pasivo de este arma en lo que se refiere a velocidad, peso, blindaje y impermeabilidad contra gases, se desarrollaron enormemente las armas de ataque de esas máquinas de guerra. En lugar de ametralladoras o de cañones de 4 a 5 cm. se recurrió a hacer combinaciones. Carros con cañones de 7.5 cms. de 10 y 15 y más, no son ya una fantasía sino una terrible realidad.

Al mismo tiempo que Alemania destruía sus carros y esperaba el cumplimiento de la destrucción por parte de los otros, éstos han construido más de 13.000 carros nuevos y los han perfeccionado y agrandado hasta hacer de ellos armas espantosas. Según las disposiciones del tratado de Versalles, Alemania debía destruir toda su artillería pesada. También esto se hizo. Pero mientras los cañones pesados y los morteros alemanes iban a parar como chatarra a los altos hornos, los otros signatarios no sólo no procedían a análoga destrucción de la artillería pesada sino que, al contrario, también aquí asistimos al mismo desarrollo constructivo, al mismo mejoramiento, a la misma perfección.

Cuando ya hacía mucho tiempo que no existía ningún mortero del 42, se supo que las fábricas francesas habían logrado la construcción de uno de 54 cm. Como novedades, han surgido cañones de largo alcance con un radio de tiro de 60 a 120 kilómetros. La nueva artillería y la artillería más reciente, la pesada y la más pesada, se podrán desarmar y transportar cómodamente para aumentar su movilidad con ayuda de tractores y de remolques de cadena.

Esto ocurría con un arma que tiene verdaderamente un marcado carácter ofensivo y frente a la cual Alemania no sólo no tenía arma que oponer, sino ni siquiera la posibilidad de una mera defensa.

Gases: Según el Tratado de Versalles, y como condición previa para el desarme de los otros signatarios, Alemania tuvo que destruir todo su armamento químico y lo hizo. En los demás se trabajaba en los laboratorios químicos y no, como seria lógico, para suprimir ese arma, sino, al contrario para perfeccionarla más y más. De cuando en cuando, se daba públicamente al mundo la asombrosa nueva del invento de otro gas aun mas mortifero y de granadas y bombas con idéntico fin.

Submarinos: También aquí, conforme a las cláusulas del Tratado de Versalles, cumplió fielmente Alemania sus compromisos para facilitar el desarme general. Todo lo que tenía la menor semejanza con un submarino fue cortado con el soplete, destruido completamente y convertido en chatarra.

En tanto, el resto del mundo no sólo no siguió ese ejemplo ni mucho menos sino que, no contentándose con mantener su material de guerra lo completó, lo perfeccionó y lo aumentó constantemente. El aumento del desplazamiento terminó siendo de 3.000 toneladas y en el refuerzo del armamento se llegó hasta el cañón de 20 cms. El número de tubos lanzatorpedos fue aumentado en cada submarino, elevando su calibre y ampliando el alcance y el efecto explosivo. El radio de acción de estos submarinos aumentó considerablemente respecto al de

la guerra última; se llegó a una inmersión más profunda y se perfeccionaron ingeniosamente los periscopios.

Esta era la aportación que hacían al desarme los Estados que en el Tratado de Versalles se habían comprometido a seguir el ejemplo dado por Alemania y a destruir, por consiguiente, el arma submarina. Estos no son más que algunos ejemplos. Podríamos aumentarlos y completarlos a voluntad, en todos los sentidos. En conjunto, constituyen la prueba -que en todo momento puede comprobarse- de que, contra lo estipulado en el Tratado de Versalles, no sólo no se desarmó sino que, al contrario, se procedió al aumento y al perfeccionamiento constante de potentes armas de guerra.

Hízose, pues, precisamente lo contrario, no sólo en lo tocante a las intenciones del Presidente Wilson, sino también, según la opinión de destacados representantes de nuestros adversarios, en lo que atañe a las obligaciones asumidas por el hecho de haber firmado el Tratado de Versalles.

Si esto no es una evidente infracción de contrato, una infracción unilateral, después de haber cumplido el otro contratante sus obligaciones sin restricción alguna, difícil será ver en lo por venir el sentido que pueda tener firmar contratos.

No: ¡Para tal cosa no hay excusas ni componendas! ya que Alemania, dado el estado inerme en que ésta se encontraba, sin defensa y privada de armas, no era ni podía ser en ningún caso el menor peligro para los otros Estados.

Alemania, no obstante haber esperado inútilmente años enteros a que las otras naciones cumpliesen con el Tratado de Versalles, seguía dispuesta a prestarse a cualquier colaboración verdaderamente colectiva. Mr. Eden, Lord Guardasellos, estima que en todas partes estaban dispuestos a establecer una paridad en cuanto a la fijación cuantitativa de los efectivos. Tanto más es de lamentar, que de ello no se hayan sacado consecuencias prácticas. No fue Alemania la que hizo fracasar la realización del plan de un ejército de 200.000 hombres para todos los Estados europeos, sino las otras naciones que no querían proceder al desarme. Y por último tampoco fue Alemania, la que rechazó el proyecto de mediación inglesa en la primavera de 1934, sino el Gobierno francés, que el 17 de abril de 1934 rompió las negociaciones en cuestión.

A veces se exterioriza una esperanza, la esperanza de que Alemania presente ella misma un plan constructivo. Ahora bien; yo mismo he presentado no una sola vez, sino ya reiteradas veces, proyectos de esta clase. Si se hubiese aceptado mi plan constructivo de un ejército de 300.000 hombres, nuestros cuidados no serían hoy tan grandes ni nuestras cargas tan pesadas. Pero es casi inútil presentar planes constructivos cuando desde un principio se tiene la certeza de que serán rechazados.

Si me decido ahora, a pesar de todo, a presentar un bosquejo de nuestro ideario, lo hago únicamente porque me impele mi deber a no omitir nada que pueda dar a Europa la seguridad interior necesaria y a los pueblos europeos el sentimiento de su solidaridad. Pero ya que otras naciones, lejos de proceder al cumplimiento de las obligaciones de desarme que les imponía el Tratado de Paz, rechazaban todas las proposiciones que se les hacían en este sentido, vime obligado, como Führer de la nación alemana, responsable ante Dios y mi conciencia, y en vista de que formulaban convenios militares, de que Rusia elevaba su ejército de paz a novecientos sesenta mil hombres y de que Francia, según noticias recibidas, estaba en vísperas de introducir el servicio militar de dos años, vime precisado, repito, a restablecer yo mismo, impulsado por el instinto de conservación de mi Patria, la igualdad de derechos que se le

había denegado internacionalmente a Alemania. No ha sido pues Alemania la que ha violado una obligación impuesta contractualmente, sino aquellas naciones que nos obligaron a actuar por nuestra propia cuenta en este caso. La introducción en Alemania, del servicio militar obligatorio y la publicación de la ley sobre la creación del nuevo ejército alemán no ha sido otra cosa, por consiguiente, que la vuelta de Alemania a un estado de igualdad de derechos, a una situación que no amenaza a nadie, pero que sí garantiza la seguridad e integridad de nuestro territorio.

No puedo menos de mostrar aquí mi extrañeza acerca del argumento que escuchamos de labios del Presidente de Ministros inglés, Mr. MacDonald, que ha dicho, a propósito del restablecimiento del ejército alemán, que los otros Estados habían hecho bien en aplazar el desarme. Si esta opinión llega a hacerse general, podremos contar en el futuro con sorpresas muy interesantes. En efecto, según esta opinión, toda infracción de contrato será sancionada ulteriormente por el hecho de que uno de los contratantes saque, por su parte, las mismas consecuencias.

A y B, por ejemplo, firman un contrato. B cumple su obligación, A infringe la suya. Al cabo de muchos años de amonestaciones declara también B que el contrato carece ya de todo valor para él, a lo que A se cree autorizado para hacer constar que con ello queda sancionada moralmente su infracción de contrato, ya que también B se retira de éste.

Quisiera ocuparme aquí brevemente de los reproches e imputaciones dirigidos contra el restablecimiento del Ejército Alemán.

Se afirma: primero, que Alemania no está amenazada por nadie y segundo, que por consiguiente, no se comprende, por qué razón procede al rearme.

Cabe preguntar aquí ¿Por qué la parte contraria -que de todas maneras podía sentirse menos amenazada por una Alemania desarmada que ésta por aquella- no cesó, por su parte, con los armamentos hasta quedar también desarmada? Si se afirma que Alemania constituía con su rearme una amenaza para los demás Estados, puede argumentarse que el rearme de las otras naciones era una amenaza mucho más grande para una Alemania decaída y desarmada.

Aquí nos encontramos ante una alternativa: o el armamento constituye una amenaza para la paz, y entonces lo es para todos los Estados, o no es ninguna amenaza de guerra, y entonces no lo es para ninguno de ellos. No es admisible que un grupo de naciones vea en su propio armamento la paloma de la paz y en el de los contrarios el rayo de Júpiter. ¡Tanque es tanque y bomba es bomba! El concepto de dividir el mundo a perpetuidad en Estados con derechos desiguales, no podrá ser reconocido nunca sino por una sola de las partes, es decir, unilateralmente. La nación alemana no está dispuesta en ningún caso a consentir que se la considere y trate indefinidamente como nación de segunda categoría o de menores derechos. Tal vez nuestro amor a la paz sea más grande que el de otros pueblos, pues nosotros fuimos los que más sufrimos las consecuencias de esta malhadada guerra. Ninguno de nosotros abraza la intención de amenazar a nadie, pero todos estamos resueltos a asegurar y conservar la igualdad de derechos del pueblo alemán. Y esta igualdad es una condición sine qua non para toda colaboración práctica y colectiva.

Mientras existan recelos con respecto a esta igualdad, podrá afirmarse desde un principio que la realización de una colaboración europea efectiva y fructífera es materialmente imposible. Alemania una vez en poder de derechos absolutamente iguales, no se negará nunca a tomar parte en trabajos que tiendan a establecer la paz entre los pueblos, a fomentar sus progresos y su bienestar económico. No puedo menos que hacer constar aquí

que considero como deber ineludible el desaprobar ciertos procedimientos que, emanados del espíritu del Dictado de Versalles, son responsables de que hayan fracasado algunos esfuerzos hechos con las mejores intenciones del mundo.

El mundo vive actualmente en la era de las conferencias. Si el resultado de algunas de estas reuniones es absolutamente negativo, la causa de esta decepción hay que buscarla no pocas veces en el modo de preparar el programa y en los fines que se persiguen. Tal o cual gobierno se cree obligado -al igual que todos los demás- a hacer algo por la paz de Europa que se cree amenazada.

En vez de someter la idea general a todos los que han de tomar parte en su realización, exponiendo a la vez el deseo de conocer la opinión de cada uno de los Estados o de sus Gobiernos sobre los medios y métodos aplicables al proceso y a la solución de esta cuestión, no se hace otra cosa que elaborar un programa completo entre dos o tres Cancillerías. En tal caso no es posible substraerse a la impresión de que la redacción del contenido de las decisiones a tomar ha sido influida, en parte, por el deseo de provocar, gracias a una mezcla de lo posible e imposible, el fracaso seguro del proyecto a costa de los invitados posteriormente.

Después de haberse puesto de acuerdo dos o tres Estados acerca de los puntos fijados en un programa, hasta en sus más nimios detalles, no queda que hacer más que notificar el programa así elaborado al Estado invitado posteriormente, haciéndole saber que este programa es un todo indivisible y debe ser considerado como aceptado de una manera general y total o rechazado en su conjunto. Ahora bien; como en este programa pueden encontrarse, como es natural, ideas excelentes, el Estado que no da su asentimiento a todo el proyecto, asume la responsabilidad del fracaso del programa, incluso de las partes útiles. Este procedimiento me recuerda los métodos de ciertos distribuidores cinematográficos que, por principio, no alquilan las buenas películas sino mezcladas con las malas.

Para comprender esto hay que considerarlo como un fenómeno atávico cuyo origen se encuentra en las llamadas negociaciones de paz celebradas en Versalles. La receta es bien sencilla: se establece un programa, se entrega a un tercero a modo de dictado y se declara que el todo es un tratado solemnemente firmado. He aquí la receta empleada para llevar la lucha más formidable de la historia universal al buen fin tan deseado y apetecido por los pueblos. Las consecuencias de este procedimiento no han podido ser más tristes, y no sólo para los vencidos, sino también para los vencedores.

Por lo que se refiere a Alemania, ante tales tentativas sólo tengo que declarar que:

No tomaremos parte en ninguna conferencia cuyo programa no haya sido elaborado desde un principio con nuestra colaboración. No pensamos de ninguna manera concurrir a banquete alguno en el que figuremos como convidados de segunda mesa, para presentarnos un menú ya preparado y que seamos precisamente nosotros los que tengamos que probar el primer plato. No quiero decir que no nos reservemos la libertad de ratificar posteriormente tratados elaborados en conferencias a las que no hemos asistido nosotros. ¡De ninguna manera! Es posible que un tratado nos parezca conveniente y útil en su forma definitiva, no obstante no haber tomado parte en su redacción o en la conferencia que lo ha erigido en ley para una serie de Estados. No vacilaremos en dar posteriormente a uno de estos tratados nuestro consentimiento y nuestra adhesión, toda vez que se desee y sea posible hacerlo. El Gobierno del Reich, sin embargo, se reserva él mismo el derecho de determinar este caso.

Debo recalcar que el método de elaborar programas para conferencias con el epígrafe “todo o nada” me parece falso y erróneo.

Tengo en general por nada práctico semejante principio en la vida política. Creo que se hubiera conseguido más en la pacificación de Europa conformándose de caso en caso con lo logrado. Casi no se ha discutido en los últimos años un proyecto de pacto en el que uno u otro punto no hubiera sido aceptado por todos sin ninguna clase de reservas. Pero al afirmar que existía solidaridad con los demás puntos, en parte más delicados y en parte absolutamente inadmisibles para diferentes Estados, se prefería dejar de hacer lo bueno y fracasar el todo.

Asimismo me parece arriesgado abusar de la tesis de la indivisibilidad de la paz como pretexto para planes destinados, no tanto a la seguridad colectiva como a contribuir, consciente o inconscientemente, a una preparación colectiva de la guerra. El conflicto mundial de 1914 debería ser aquí una advertencia terrible para nosotros. No creo que Europa pueda soportar por segunda vez una catástrofe semejante sin sufrir la más formidable conmoción. Este conflicto, empero, puede sobrevenir con tanta mayor facilidad cuanto menor vaya siendo -debido a una red de inextricables obligaciones internacionales- la posibilidad de localizar conflictos pequeños y más grande el peligro de arrasar y comprometer a numerosos Estados y grupos de Estados. En cuanto a Alemania, creo conveniente no dejar la menor duda acerca de los siguientes puntos:

Alemania ha declarado solemnemente a Francia que, una vez pasado el plebiscito del Sarre, está dispuesta a aceptar y garantizar las fronteras tal como estaban al celebrarse dicho plebiscito. Alemania ha celebrado con Polonia olvidando lo pasado, un pacto de no agresión como nueva y valiosa aportación a la paz europea, pacto que no sólo cumpliremos ciegamente, sino que deseamos que se siga prorrogando y contribuya a estrechar y consolidar cada vez más nuestras relaciones amistosas. Lo hemos hecho sin perder un solo momento de vista que con ello renunciamos definitivamente a Alsacia-Lorena, regiones por las cuales hemos tenido ya dos grandes guerras. Sin embargo, lo hemos hecho para ahorrar al propio pueblo alemán nuevos sacrificios de sangre en lo sucesivo. Convencidos estamos de que con ello prestamos un gran servicio, no sólo a nuestro pueblo, sino también a esta región fronteriza. Queremos poner de nuestra parte cuanto esté en nuestras fuerzas para llegar a una verdadera paz y a una real amistad con el pueblo francés. Reconocemos al Estado polaco como foco, por decirlo así, de un gran pueblo animado de un profundo sentimiento nacional, lo reconocemos con toda la comprensión y toda la cordial amistad de sinceros nacionalistas. Mas si queremos ahorrarle al pueblo alemán un nuevo derramamiento de sangre, aún a costa de un sacrificio de nuestra parte, ni queremos ni podemos prestar nuestra sangre a intereses ajenos. No pensamos ni tenemos la intención de vender ni contratar a nuestro pueblo, a padres e hijos para cualquier conflicto eventual en el que nosotros no seamos la causa ni hayamos contribuido a él.

La vida del soldado alemán es tan preciosa, y es tanto lo que amamos a nuestro pueblo, que en modo alguno creemos compatible con nuestro sentimiento de responsabilidad el contraer compromisos de asistencia de consecuencias indefinidas.

Así creemos servir mejor a la causa de la paz, pues sólo puede aumentar el sentimiento necesario de responsabilidad de cada Estado sabiendo desde un principio que en su conflicto no cuenta con grandes y poderosos aliados. Hay aquí, finalmente, cosas que son posibles y cosas que son imposibles.

A título de ejemplo quisiera hablar brevemente del pacto oriental que nos han propuesto.

El pacto, tal como nos ha sido presentado, contiene una obligación de asistencia que, en nuestra convicción, puede conducir a consecuencias y resultados imposibles de prever por ahora. El Reich alemán, y especialmente el actual Gobierno, no abriga otro deseo que mantener relaciones pacíficas y amistosas con todas las naciones vecinas. Abrigamos estos sentimientos no sólo con respecto a los grandes Estados que nos rodean, sino también hacia los pequeños Estados vecinos. Digo más; en la existencia de estos Estados, toda vez que gocen de una efectiva independencia, vemos precisamente el factor de paz y neutralidad preciosos para nuestras fronteras, que desde un punto de vista militar, se hallan completamente abiertas y desprovistas de toda defensa. Por mucho que amemos y deseemos la paz, no nos será posible evitar que precisamente de Oriente sobrevengan conflictos peligrosos entre cualesquiera de aquellos Estados. Determinar quién es el culpable, es en tales circunstancias cuestión sumamente difícil de resolver. No hay en este mundo autoridad a quien Dios haya conferido la virtud de encontrar y exponer la eterna verdad.

El fin empieza a justificar todos los medios tan tarde como la furia de la guerra se extiende por los pueblos, y la humanidad pierde bien pronto la noción neta de lo que es justo e injusto. Han transcurrido ya más de 20 años desde que estalló la guerra mundial y cada nación vive en la sagrada convicción de que el derecho y la razón están de su parte y que la culpa la tienen exclusivamente sus adversarios. Me temo que las obligaciones de asistencia, al sobrevenir semejante conflicto, conduzcan, no tanto al reconocimiento del agresor, como quizá al apoyo del Estado que lo ha provocado y que más convenga a sus propios intereses. Tal vez sea más útil para la causa de la paz separarse inmediatamente de ambas partes interesadas al estallar el conflicto que comprometer desde un principio sus armas en una lucha futura por obra y gracia de un contrato.

Prescindiendo de estas consideraciones de principio hay aquí otro punto esencial. La actual Alemania es un Estado nacionalsocialista.

La ideología que nos domina es diametralmente opuesta a la de la Rusia soviética.

El nacionalsocialismo es una doctrina que se refiere exclusivamente al pueblo alemán. El bolchevismo acentúa su misión internacional.

Nosotros los nacionalsocialistas creemos que en definitiva el hombre no puede ser feliz más que dentro de su pueblo. Vivimos en la convicción de que la felicidad o la actividad creadora de Europa está indisolublemente unida a la existencia de un sistema de Estados nacionales independientes y libres. El bolchevismo predica la creación de un Imperio mundial y los Estados no son para él más que secciones de una central internacional.

Nosotros los nacionalsocialistas reconocemos a cada pueblo el derecho de vivir su propia vida según sus necesidades y su idiosincrasia.

El bolchevismo, en cambio, sienta teorías doctrinarias que tienen que aceptar todos los pueblos cualesquiera que sean su carácter particular; su peculiar naturaleza, sus tradiciones etc.

El nacionalsocialista aboga por la solución de los problemas, cuestiones y tensiones sociales dentro de su propia nación con métodos conciliables con nuestra concepciones, tradiciones y condiciones generales humanas, espirituales, culturales y económicas.

El bolchevismo predica la lucha de clases internacional, la revolución internacional y mundial con las armas del terror y de la violencia.

El nacionalsocialismo combate por el allanamiento y la consecuente conciliación de los antagonismos y por la solidarización de todos para comunes empresas.

El bolchevismo enseña la superación del pretendido dominio de una clase por la dictadura violenta de otra clase.

El nacionalsocialismo no da ningún valor a una supremacía simplemente teórica de la clase trabajadora, pero se la da tanto mayor, en cambio, a la mejora práctica de sus condiciones de vida y de su nivel de vida.

El bolchevismo lucha por una teoría y sacrifica por ella millones de hombres, inapreciables valores de una cultura histórica y tradiciones para no conseguir, en comparación con nosotros, más que un ínfimo nivel de vida.

Como nacionalsocialistas nos llena de admiración y de respeto cuanto de grande se ha realizado en el pasado, no sólo en nuestro propio pueblo sino fuera de él también. Nos complace pertenecer a una comunidad europea que tan fuertemente imprimió al mundo actual el sello de su espíritu.

El bolchevismo rechaza esa obra cultural de la humanidad y sostiene que el comienzo de la verdadera historia de la cultura y de la humanidad hay que buscarla el día del nacimiento del marxismo.

Nosotros los nacionalsocialistas quizá discrepemos en algún punto de organización de nuestras instituciones religiosas, pero no queremos jamás irreligión y falta de fe, ni pretendemos que nuestros templos se conviertan en clubs o cines.

El bolchevismo enseña el ateísmo y obra en consecuencia. Nosotros los nacionalsocialistas vemos en la propiedad privada una fase superior en la evolución económica de la humanidad, que regula la administración de lo producido con arreglo a las diferencias de capacidades y que, en conjunto, hace posible y garantiza a todos las ventajas de un nivel más alto de vida.

El bolchevismo no sólo destruye la propiedad privada sino que mata también la iniciativa particular y el placer de la responsabilidad. De esta manera Rusia, el mayor país agrícola del mundo no ha podido evitar que mueran de hambre millones de seres.

Semejante catástrofe en Alemania sería inconcebible porque, en último extremo, a diez habitantes de la ciudad corresponden en Rusia 90 campesinos mientras que en Alemania a 75 habitantes de la ciudad corresponden únicamente veinticinco campesinos.

Esta enumeración podría continuarse indefinidamente.

Nacionalsocialistas y bolcheviques estamos convencidos de que entre nosotros hay un abismo para siempre infranqueable.

Además, entre ambos hay más de 400 camaradas nacionalsocialistas asesinados, otros miles de nacionalsocialistas pertenecientes a otras organizaciones caídos en lucha en revueltas con los bolcheviques, miles de soldados y policías que en defensa del Reich y de los países alemanes contra las eternas rebeliones comunistas fueron muertos y martirizados, y más de 43.000 heridos sólo dentro del partido nacionalsocialista. Miles de ellos han quedado ciegos o impedidos para el resto de su vida.



En tanto que el bolchevismo no sea más que una cuestión rusa no nos interesa lo más mínimo. Que cada pueblo sea feliz a su manera. Pero en el momento en que el bolchevismo atraiga a Alemania a su órbita, seremos sus enemigos más encarnizados y más fanáticos.

Es un hecho que el bolchevismo se presenta y se considera a sí mismo como una idea y un movimiento revolucionario universal. Tengo aquí una selección de los acontecimientos revolucionarios de los últimos 15 años con los cuales la prensa bolchevique y la literatura y los estadistas y oradores prominentes del bolchevismo se declaraban solidarizados y de los cuales hasta llegaban a vanagloriarse.

1918. Noviembre. Revolución en Austria y Alemania.

1919. Marzo. Revolución proletaria en Hungría; rebelión en Corea.

1920. Setiembre. Ocupación de las fábricas por los obreros en Italia.

1921. Marzo. Rebelión de la vanguardia proletaria en Alemania.

1923. Otoño. Crisis revolucionaria en Alemania.

1924. Diciembre. Rebelión en Estonia.

1925. Abril. Rebelión en Marruecos.

1927. Julio. Rebelión en Viena.

1925. Abril. Explosión en la catedral de Sofía.

Desde 1925 Movimientos revolucionarios en China.

1926. Diciembre. En la India oriental holandesa (Java) se evita a tiempo una rebelión comunista.

1927. Incremento de la revolución en China; movimiento comunista de negros en los Estados Unidos; agentes comunistas en los países bálticos.

1928. Organizaciones comunistas en España, Portugal, Hungría, Bolivia, Letonia, Italia, Finlandia, Estonia, Lituania, Japón; Excesos comunistas en China; Fermentación comunista en Macedonia; Bombas comunistas en Argentina.

1929. Mayo. Barricadas en Berlín; Agosto -el Día del comunismo contra el Imperialismo; Agosto -Rebelión en Colombia; Septiembre -explosiones de bombas en Alemania; Octubre - Entrada de los bolcheviques rusos en Manchuria.

1930. Febrero. Desórdenes comunistas en Alemania; Marzo - el Día comunista de los parados; Mayo -Rebelión armada comunista en China; Junio, Julio -Lucha contra el movimiento comunista en Finlandia; Julio -Guerra civil comunista en China.

1931. Enero. Lucha contra las bandas comunistas en China; Enero -Revelaciones oficiales sobre los comunistas en los Estados Unidos; Mayo -Estalla la revolución en España; Junio, Julio - Otra vez lucha contra las bandas comunistas en China.

1931. Agosto. Lucha contra el comunismo en Argentina, se cierra la delegación comercial comunista para Sudamérica, detenciones, etc. etc.

Es una serie inacabable, inacabable.

Si no me engaño, en el último discurso del Lord Guardasello he leído que nada está más lejos de los propósitos de la Unión soviética que tales tendencias y especialmente las de agresiones militares. Nadie se alegraría más que nosotros si en el futuro se demostrase que esa idea es cierta. Desde luego el pasado la contradice. Al atreverme a oponer a esa opinión la mía, siempre puedo aludir al éxito de mi propia lucha que al fin y al cabo no se debe a una incapacidad que por casualidad estuviera muy pronunciada en mí. Yo creo que de estas cosas entiendo un poco. Empecé mi lucha en Alemania al mismo tiempo que el bolchevismo celebraba su primer triunfo, es decir, la primera guerra civil en Alemania. Cuando después de 15 años, el bolchevismo contaba en nuestro país con 6 millones de partidarios, yo había logrado hasta 13 millones. En la lucha decisiva sucumbió él. El nacionalsocialismo libró a Alemania y a la vez quizá a toda Europa de la catástrofe más horrible de todos los tiempos. Si en la Europa occidental se dispusiese para juzgar de estas cosas de las mismas experiencias prácticas de que yo dispongo, creo que también allí se llegaría a conclusiones totalmente distintas. Si mi lucha en Alemania hubiese fracasado y la rebelión comunista hubiese triunfado, entonces ya sé que no se discutiría de seguro la grandeza de nuestra histórica empresa. Así, no puedo presentarme ante el resto del mundo más que como un monitor del cual se ríe. Pero, en todo caso, por lo que hace a Alemania mi conciencia y mi responsabilidad me obligan a hacer constar lo siguiente:

Las revueltas y las revoluciones comunistas alemanas no se hubiesen producido sin la preparación espiritual y material del bolchevismo mundial. Sus principales jefes no sólo fueron preparados y apoyados económicamente en Rusia para su acción revolucionaria en Alemania sino que se les festejaba, se les daban órdenes e incluso se les confería un grado del ejército ruso. Estos son hechos.

Alemania no tiene nada que ganar en una guerra europea. Lo que queremos es libertad e independencia. Por esto estábamos dispuestos también a firmar con todos nuestros vecinos pactos de no agresión. Si excluimos de ellos a Lituania, no es porque deseemos una guerra con ella sino porque no podemos concertar tratados políticos con un Estado que desprecia las más primitivas leyes de la convivencia humana. Bastante triste es que el desparramamiento de los pueblos europeos haga difícil en muchos casos delimitar prácticamente las fronteras con arreglo a las nacionalidades y que ciertos tratados no hayan tomado en consideración, conscientemente, la homogeneidad nacional. Menos que nunca es entonces necesario que se martirice y maltrate a hombres que ya sufren el dolor de haber sido arrancados de su pueblo natural. Hace unas cuantas semanas leía en un gran diario internacional la observación de que Alemania podría renunciar fácilmente a la región de Memel puesto que de todas maneras, aquella ya es bastante grande. Ese noble y humanitario escritor olvida únicamente que, en último extremo, 140.000 hombres tienen también su derecho a la vida y que no se trata de que Alemania los quiera o no los quiera sino de si ellos quieren, o no, ser alemanes. Y lo son. Fueron arrebatados al Reich por un ataque cometido en plena paz y sancionado posteriormente, y en castigo de la adhesión que, a pesar de todo, sienten por el pueblo alemán son perseguidos, torturados y maltratados del modo más bárbaro. ¿Qué se diría en Inglaterra o en Francia si miembros de estas naciones sufriesen tan triste destino? Si se considera como un delito que merece castigarse el sentimiento de adhesión a un pueblo por parte de hombres a quienes se les arrancó a ese pueblo, contra todo derecho y todo orden natural, esto significa negar al hombre el derecho que se concede incluso al animal: el derecho del apego al antiguo señor y a la anterior comunidad natural. Ahora bien; 140.000 alemanes están despojados de

este derecho en Lituania. Por esto, en tanto que los garantes responsables del Estatuto de Memel no hagan lo posible por su parte para que Lituania respete los primitivos derechos del hombre, por la nuestra no hay responsabilidad alguna de concertar con ese Estado un tratado cualquiera.

Salvando esta excepción -excepción que las grandes potencias responsables pueden hacer desaparecer- estamos dispuestos a intensificar en todo Estado europeo limítrofe, mediante pactos de no agresión y de exclusión de la violencia, el sentimiento de seguridad que, al fin y al cabo, también repercute en nosotros. Pero no nos es posible completar tales tratados con compromisos de asistencia mútua incompatibles con nosotros ideológica, política y objetivamente. El nacionalsocialismo no puede llamar al pueblo alemán, es decir a los suyos, al combate para conservar un sistema que, al menos en nuestro propio Estado se revela como el enemigo más encarnizado. Compromiso para la paz, sí. Asistencia del bolchevismo en la lucha no la queremos, no podríamos tampoco acordársela.

Por lo demás, en la conclusión de los pactos de asistencia que nos son conocidos vemos un proceso que no se diferencia en nada de las antiguas alianzas militares. Lamentamos esto especialmente porque la alianza militar concertada entre Francia y Rusia ha introducido, sin duda alguna, un elemento de inseguridad jurídica en el único tratado de seguridad mutua verdaderamente claro y valioso en Europa: en el tratado de Locarno. Las interpelaciones hechas desde diversos sitios en estos últimos tiempos a impulso seguramente de los mismos temores, sobre las consecuencias de esta nueva alianza prueban, tanto por las preguntas como por las respuestas, la abundancia de casos que puedan dar lugar a divergencia de opiniones. El gobierno alemán quedaría singularmente reconocido si se le diese una interpretación auténtica de las repercusiones y de los efectos que la alianza militar franco-rusa tiene sobre los compromisos contractuales de los diferentes signatarios del pacto de Locarno. Tampoco quisiera dejar ninguna duda sobre su propia opinión, según la cual esas alianzas militares son incompatibles con el espíritu y la letra del Estatuto de la Sociedad de Naciones.

Tan imposible como la aceptación de ilimitados compromisos de asistencia mutua es para nosotros la firma de pactos de no intromisión, en tanto que no se defina precisamente este concepto. Porque nadie como nosotros los alemanes, se alegraría de que pudieran encontrarse, al fin, caminos o métodos para cortar e impedir la influencia de fuerzas extrañas en la interna vida política de los pueblos. Desde que terminó la guerra Alemania es víctima de continuas perturbaciones de ese género. Nuestro partido comunista era la sección de un movimiento político anclado en el extranjero y dirigido desde allí. Todas las rebeliones que hubo en Alemania recibían de fuera dirección espiritual y ayuda material. Claro que esto lo sabe todo el mundo, pero no parece haberse impresionado sobremanera.

Una legión de exiliados actúa contra Alemania en el Extranjero. En Praga, en París y en otras ciudades se imprimen continuamente periódicos revolucionarios en alemán y se les introduce subrepticamente en Alemania. No es sólo en esos órganos donde se encuentran llamamientos a la violencia sino que también en otros grandes periódicos encuentran benévola acogida. Emisoras de radio clandestinas incitan desde allí a atentados en Alemania. A su vez, otras estaciones emisoras hacen propaganda en lengua alemana para las organizaciones terroristas prohibidas en Alemania. En el Extranjero, se constituyen públicamente tribunales que pretenden intervenir en la administración de justicia alemana, etc. etc. Pero tan grande como es nuestro interés en eliminar estas tentativas y estos métodos, tan grande nos parece el peligro de que, a falta de una definición precisa de estos hechos, el régimen que no dispone en el interior del Estado de otro fundamento jurídico que la fuerza, intente interpretar cualquier movimiento interior como una intromisión exterior y pida para mantenerse el auxilio armado

que los tratados prevén. Dificilmente podrá rebatirse que las fronteras políticas en Europa no son y no pueden ser las fronteras espirituales.

Desde la introducción del cristianismo se han difundido ininterrumpidamente en la comunidad europea de pueblos y de destinos ciertas ideas que han tendido puentes sobre las fronteras estatales y nacionales y han creado elementos de unión. Cuando, por ejemplo, el miembro de un Gobierno extranjero lamenta que en la Alemania actual no se reconozcan ciertas ideas válidas en el Occidente, tanto más comprensible debería ser, en rigor, el que, a la inversa, las concepciones alemanas del Reich no puedan pasar sin dejar huella en tal o cual país germánico.

Alemania no tiene el propósito ni quiere inmiscuirse en los asuntos interiores de Austria ni anexionársela o unirse con ella de otro modo. Pero el pueblo alemán y el Gobierno alemán tienen el deseo, comprensible por el mero sentimiento de solidaridad de un común origen nacional, de que el derecho de autodecisión de los pueblos sea reconocido en todas partes, no sólo a los pueblos extranjeros sino también al pueblo alemán. Por mi parte, creo que, a la larga, no puede sostenerse un Gobierno que no esté arraigado en el pueblo, que no emane de él y que no sea deseado por él.

Si entre Alemania y Suiza, alemana también en gran parte, no hay dificultades de este género, es sencillamente porque la independencia de Suiza es un hecho real y porque nadie duda de que su Gobierno es la expresión verdaderamente legal de la voluntad popular.

Nosotros los alemanes tenemos todo motivo de complacencia al ver en nuestra frontera un Estado con una gran parte de población alemana con gran consistencia interior y una verdadera y positiva independencia. El Gobierno alemán lamenta la tensión originada por el conflicto con Austria, tanto más, cuanto que, por ella ha surgido una perturbación de nuestras relaciones, antes tan buenas, con Italia, un Estado con el cual no tenemos, por lo demás, ninguna oposición de intereses.

Al pasar de estas consideraciones generales a una fijación más precisa de los problemas actuales, llego a la siguiente posición adoptada por el Gobierno alemán:

1.- El Gobierno alemán rechaza la resolución tomada en Ginebra el día 17 de abril. No ha sido Alemania la que ha violado unilateralmente el Tratado de Versalles, sino que el Dictado de Versalles fue unilateralmente quebrantado, y con ello dejó de estar en vigor, por aquellas potencias que no supieron decidirse a desarmarse después de haber exigido a Alemania el desarme. La nueva discriminación aplicada a Alemania con dicha resolución, hace imposible para el Gobierno alemán el reingreso en dicha Institución mientras no se hayan creado las bases de una situación de derecho verdaderamente igual para todos los miembros. A este fin estima el Gobierno Alemán necesario establecer una clara línea de separación entre el Tratado de Versalles, basado en la diferenciación de las Naciones entre vencedores y vencidos y la Sociedad de Naciones que ha de basarse en la igualdad de derechos y de estimación para todos sus miembros.

Esta igualdad de derechos debe extenderse a todas las funciones y derechos posesivos de la vida internacional.

2.- A consecuencia del incumplimiento de las obligaciones de desarme por parte de los demás Estados, el Gobierno Alemán se ha emancipado por su parte de aquellos artículos que a consecuencia de la carga unilateral, contraria a los tratados, que imponen a Alemania, representan también una discriminación de la nación alemana por tiempo indefinido. Pero

declara solemnemente que esta medida suya se refiere de un modo exclusivo a los puntos ya conocidos que imponían un tratamiento diferencial, moral y de hecho, al pueblo alemán. Los demás artículos que afectan a la vida común de las Naciones, incluidas las cláusulas territoriales, serán respetados absolutamente por el Gobierno alemán y las revisiones que resulten inevitables en el curso de los tiempos las realizará únicamente por medio de acuerdos pacíficos.

3.- El Gobierno del Reich no está dispuesto a firmar ningún tratado que le parezca imposible de cumplir, pero cumplirá de un modo estricto cualquier tratado firmado libremente, aun cuando lo haya sido antes de su llegada al poder. El Gobierno cumplirá y respetará especialmente todas las obligaciones resultantes del Pacto de Locarno, siempre y cuando los demás firmantes de dicho tratado mantengan por su parte la adhesión al mismo. El Gobierno alemán ve en el respeto de la zona desmilitarizada una contribución, extraordinariamente onerosa para un estado soberano, a la paz de Europa. Además se cree obligado a añadir, en este aspecto, que los aumentos continuos de tropas de la otra parte no pueden ser considerados como un complemento de sus propios esfuerzos.

4.- El Gobierno alemán está dispuesto en todo momento a participar en un sistema de colaboración colectiva para asegurar la paz europea, pero estima necesario tener en cuenta la ley de la eterna evolución haciendo posibles las revisiones de los tratados. En la posibilidad de que el régimen de tratados pueda desenvolverse según reglas, ve el Gobierno alemán un elemento de garantía para la paz, y en la asfixia de los cambios necesarios el germen de futuras explosiones.

5.- El Gobierno alemán estima que la reconstrucción de la colaboración europea no puede realizarse sobre la base de condiciones impuestas unilateralmente. Estima que, en vista de la frecuente diversidad de intereses, conviene darse por satisfecho con un mínimo, en lugar de hacer que la colaboración fracase precisamente por haberle sido señalado un objetivo máximo imposible de realizar. Está asimismo convencido el Gobierno alemán de que esta inteligencia inspirada en un gran fin sólo puede ser realizada paso a paso.

6.- El Gobierno alemán está dispuesto en principio a concluir pactos de no-agresión con cada uno de los Estados limítrofes y a ampliarlos con toda clase de cláusulas que tiendan al aislamiento de los beligerantes y a la localización de los focos de conflicto. Está asimismo especialmente dispuesto a contraer toda clase de obligaciones que resulten de dichos pactos respecto al suministro de armas en tiempo de paz y en tiempo de guerra y que todas las demás partes también acepten y respeten.

7.- El Gobierno alemán está dispuesto a completar el pacto de Locarno con un pacto aéreo y a entrar en negociaciones con este fin.

8.- El Gobierno alemán ha dado a conocer las cifras de los efectivos de las nuevas fuerzas militares alemanas. En ningún caso está dispuesto a abandonarlas. En el cumplimiento de este programa por tierra, por mar, y en el aire no hay amenaza ninguna para otras naciones. Está el Gobierno alemán, sin embargo, dispuesto a limitar sus armamentos en la misma forma que otros estados quieran hacerlo. El Gobierno alemán ha comunicado ya por propia iniciativa determinadas limitaciones de sus planes. Con ello ha puesto de manifiesto del mejor modo su buena voluntad para evitar la competencia de armamentos ilimitada. La limitación del armamento aéreo al nivel de paridad con las demás grandes naciones occidentales tomadas una por una, hace posible fijar en todo momento una cifra tope que Alemania se obliga, desde ahora, a no sobrepasar.

La limitación de la marina al 35 por ciento de la flota inglesa, o sea un 15 por ciento menos que el tonelaje total de la flota francesa. Como quiera que en diversos comentarios de prensa se expresó la opinión de que estas exigencias sólo son un principio y que habrían de aumentar más tarde, especialmente con la posesión de colonias, declara el Gobierno alemán con carácter de compromiso, que esta exigencia alemana es definitiva y permanente. Alemania no tiene ni la intención ni la necesidad ni los medios de entrar en cualquier nueva rivalidad naval. El Gobierno alemán reconoce espontáneamente la importancia vital excepcional y, con ello, el derecho a una protección predominante del Imperio Británico por mar, de igual modo que, por otra parte, estamos dispuestos a hacer todo lo necesario para proteger nuestra existencia y nuestra libertad continentales. El Gobierno alemán tiene la sincera intención de encontrar con el pueblo y el Estado británico un sistema de relaciones que haga imposible la repetición del único conflicto que hasta ahora ha existido entre ambas naciones.

9.- El Gobierno alemán está dispuesto a colaborar activamente en todos los esfuerzos que se realicen para la limitación práctica de los armamentos ilimitados. Como único camino para este fin ve el Gobierno alemán el de volver a los métodos del antiguo Convenio de la Cruz Roja en Ginebra.

Cree únicamente posible, para empezar, la condena y supresión progresiva de los métodos y medios de combate que por su esencia están en contradicción con el ya vigente Convenio de Ginebra de la Cruz Roja.

Cree el Gobierno alemán que del mismo modo como fueron prohibidas las balas dum-dum, y su empleo prácticamente evitado en términos generales, podría evitarse también el empleo de otras armas determinadas. Entiende bajo este aspecto el Gobierno alemán todas aquellas armas de combate que en primer lugar pueden ser causa de la muerte y de la destrucción de mujeres y niños, más que de los propios soldados.

El Gobierno alemán estima que el procedimiento de suprimir aviones y de autorizar el bombardeo es erróneo y falto de efectividad. Cree, en cambio, posible excluir con carácter internacional y como contrario al derecho de gentes el empleo de determinadas armas y de condenar a las naciones que las empleen como países colocados fuera de los derechos y leyes de la humanidad.

Cree además el Gobierno alemán que el método progresivo es también, en este respecto, el que más rápidamente puede conducir al éxito y propone la prohibición de lanzar bombas incendiarias, con gases y explosivas fuera de la zona de combate propiamente dicha.

Esta limitación puede conducir a la repudiación internacional completa del bombardeo aéreo. Mientras el bombardeo siga autorizado como tal, la limitación del número de aparatos de bombardeo es, en vista de la posibilidad de substituirlos rápidamente, ilusoria.

Si el bombardeo es condenado como una barbarie contraria al derecho de gentes, la construcción de aparatos de bombardeo terminará pronto por supérflua e inútil.

Si el convenio de la Cruz Roja en Ginebra consiguió en su día impedir dar muerte a los heridos indefensos y a los prisioneros, habría de ser posible también prohibir, por medio de un convenio análogo, el bombardeo de la población civil indefensa y, finalmente, su prohibición total

Alemania ve en todo intento para resolver este problema según estos principios un medio mucho más eficaz para la tranquilidad y la seguridad de los pueblos que todos los pactos de asistencia y convenios militares.

10.- El Gobierno alemán está dispuesto a aceptar toda limitación que pueda conducir a la supresión de las armas más eficaces para el ataque. Estas armas comprenden la artillería de grueso calibre y los tanques de gran peso. Dadas las enormes fortificaciones de la frontera francesa, la supresión internacional de las armas de ataque más peligrosas colocaría automáticamente a Francia en posesión de una seguridad casi absoluta.

11.- Alemania se declara dispuesta a aceptar toda limitación en el calibre de la artillería de los acorazados, cruceros y torpederos. Asimismo está dispuesto el Gobierno alemán a aceptar toda limitación internacional del tonelaje de los buques. Finalmente está dispuesto el Gobierno alemán a aceptar la limitación del tonelaje de los submarinos y su supresión total si así se decide internacionalmente.

Además de todo lo dicho asegura el Gobierno alemán una vez más que se adhiere a toda limitación efectiva, internacional y simultánea de los armamentos.

12.- El Gobierno alemán entiende que todas las tentativas realizadas en el campo internacional, o por medio de convenios entre varios Estados, al objeto de lograr que desaparezcan ciertas tensiones entre determinados países, resultarán inútiles mientras no se tomen medidas adecuadas para evitar el envenenamiento de la opinión pública de los pueblos por elementos sin responsabilidad que se sirven para este fin de la palabra, la imprenta, la cinematografía y el teatro.

13.- El Gobierno alemán está en todo momento dispuesto a tomar parte en un convenio internacional que de un modo efectivo impida las tentativas de intervención desde fuera en la vida interior de otros Estados. Pide sin embargo que este convenio tenga carácter internacional y favorezca a todos los países.

Como quiera que existe el peligro de que en países con Gobiernos que no cuentan con la confianza general de su pueblo, los levantamientos interiores sean presentados por parte interesada como ingerencias externas, aparece como necesario someter el concepto “ingerencia” a una definición internacional precisa.

¡Diputados! ¡Hombres del Reichstag alemán!

He procurado exponerles un cuadro de las concepciones que hoy nos animan. Por grandes que puedan ser las preocupaciones sobre tal o cual punto, considero incompatible con mi sentimiento de responsabilidad como Führer de la Nación y Canciller del Reich, expresar ni siquiera una duda sobre la posibilidad de mantener la paz.

Los pueblos la quieren. Los Gobiernos deben encontrar la posibilidad de mantenerla. Creo que el restablecimiento de la fuerza defensiva de Alemania se convertirá en un elemento de esta paz. No porque tengamos la intención de aumentarla en proporciones descabelladas, sino porque el simple hecho de su existencia suprime en Europa un vacío peligroso. Alemania no tiene la intención de aumentar sus armamentos hasta el infinito. No poseemos 10.000 aviones de bombardeo ni pensamos en construirlos. Al contrario: nos hemos impuesto nosotros mismos aquel límite que, según nuestro criterio, garantiza la defensa de la Nación, sin atentar contra la idea de la seguridad colectiva ni contra la reglamentación de la misma. Nadie sería más feliz que nosotros si, con esta reglamentación, se nos diera la posibilidad de

emplear la industria de nuestro pueblo en producciones más útiles que la de instrumentos para la destrucción de bienes y vida humanas.

Creemos que si los pueblos del mundo pudieran ponerse de acuerdo para destruir de consuno, todas sus bombas incendiarias, de gases y explosivas, valdría esto mucho más que utilizarlas para destruirse mutuamente.

Al hablar así no lo hago ya como representante de un Estado sin defensa, al cual una acción de los demás en este sentido no le procuraría más que ventajas sin imponerle obligaciones. No tengo el propósito de participar en la discusión empezada recientemente en diversos lugares sobre el valor de los demás ejércitos o del propio, sobre el heroísmo magnífico de los propios soldados y la escasa valentía de los soldados extranjeros.

Todos nosotros sabemos cuantos millones de adversarios arrojados hasta el desprecio de la muerte encontramos por desgracia frente a nosotros en la guerra mundial. La historia podrá decir de nosotros los alemanes, una y otra vez que si no hemos sabido ser maestros en el arte del razonable vivir, sí lo hemos sido en el arte de morir cumpliendo nuestro deber. Me consta que los alemanes, si un día la Nación es atacada, bajo la impresión de la enseñanza de quince años en calidad de pueblo vencido, sabrán más que nunca cumplir con su deber. Esta firme convicción es para todos nosotros el peso de una gran responsabilidad y con ello una obligación altísima. No puedo terminar mi discurso de hoy ante vosotros, compañeros de lucha y hombres de confianza de la Nación, mejor que con una repetición de nuestra profesión de fe en la paz.

La naturaleza de nuestra nueva Constitución nos da la posibilidad de contrarrestar en Alemania las maniobras de los agitadores en pro de la guerra. Ojalá que les sea posible también a los demás pueblos dar valiente expresión a sus íntimos deseos. El que en Europa levante la antorcha de la guerra sólo puede desear el caos. Nosotros vivimos por nuestra parte convencidos de que en nuestro tiempo no se consumará el ocaso de Occidente, sino su resurrección. ¡Qué Alemania pueda contribuir a esa gran obra con una aportación imperecedera es nuestra firme esperanza y nuestra fe inquebrantable!

EN LA BUERGERBRAEUKELLER

(8 de noviembre de 1935)

Camaradas:

En verano (1923) estaba bien claro para nosotros que el dado debía caer en un lado u en otro de Alemania. Entonces estábamos convencidos de que si estadísticamente éramos los más débiles, por nuestras convicciones éramos los más fuertes y en cualquier caso estábamos en un estrato superior. Cuando llegó el otoño la cuestión era ya diáfana y se podía ver como bajo la presión llegada de la zona del Rhur algunas personas sin escrúpulos estaban decididas a acabar con Alemania.

Fue entonces cuando decidimos -ahora lo podemos decir claramente- que si se llegaba tan lejos, por lo menos 24 horas antes seríamos nosotros los que, haciendo caso omiso de la ley, actuaríamos antes de que los otros tuvieran tiempo de reaccionar. Porque una cosa estaba bien clara y es que en aquel tiempo de la inflación, el que en medio del derrumbamiento tuviera el valor de tomar la decisión, tendría sin duda a todo el pueblo detrás. Sabíamos que si era una nueva bandera la que se levantaba en Alemania, en el extranjero exclamarían que no podían permitir en el Estado otro partido que el “Movimiento de la Libertad” -como se



denominó al derrumbamiento alemán-. Esto lo sabíamos y precisamente de este conocimiento nació el valor para intentarlo. Los detalles no hace falta que los explique hoy. Lo que ocurrió entonces difícilmente pueden muchos imaginarlo, sólo les diré que fue una de las decisiones más difíciles de mi vida y que aún hoy, al mirar hacia atrás, tenga una especie de sensación de mareo. La decisión de pasar a la acción en Alemania y hacer frente al poder el pleno, fue indudablemente una locura, pero una locura que precisaba valor y que era necesario hacer. Era imposible actuar de otra forma. Alguien tenía que levantarse en esa hora de constantes calumnias y señalando a los culpables mostrarles los valores nacionales. Importaba poco quien lo hiciera, pero en todo caso fuimos nosotros los que lo hicimos, fui yo quién lo hice.

En aquella ocasión el destino se portó bien con nosotros no permitiendo que nuestra acción contra el Estado alcanzase el éxito. Hoy sabemos que fue una suerte. Aquél día nos portamos con valor y virilmente. Fue el destino el que realmente actuó inteligentemente, sin embargo esa exhibición de valor no fue inútil, ya que de ella surgió el gran movimiento alemán, o mejor dicho, de esta acción se despertó el interés de toda Alemania hacia nuestro movimiento. Mientras nuestros adversarios estaban convencidos de haber acabado con nosotros, realmente la semilla había sido esparcida por toda Alemania.

Cuando llegó el gran juicio era lógico y natural que todos -que éramos los mandos- defendiéramos esta lucha y nos hiciéramos responsables de nuestros actos, pero el miedo me asaltó pensando en los juicios siguientes destinados a más de 100 camaradas de rango inferior. Ellos habían de presentarse ante el juez cuando yo ya estaba en la cárcel y tenía miedo de que bajo la presión de la posible sentencia uno u otro se derrumbara y para salvarse declarase que él era inocente y que fue obligado no pudiendo hacer otra cosa. Se me llenó el corazón cuando ví los primeros informes de prensa sobre el juicio de Munich. Ví entonces que los hombres de la SA eran tan malos y tenían la misma cara que sus mandos y fue entonces cuando me convencí de que Alemania estaba salvada. El espíritu permanecía y nunca pudieron eliminarlo. De estos hombres salieron más tarde todos los que pertenecen a la más grande organización alemana. Este espíritu fue permanente y ello se ha demostrado sobradamente en miles de ocasiones y es esto lo que hemos de agradecer a nuestros caídos, pues ellos dieron el ejemplo en el momento más difícil de Alemania. Pues hay que tener en cuenta que mientras marchábamos, todos sabíamos que no se trataba de una marcha gloriosa. Estábamos convencidos de que era el final. Recuerdo a uno que al pie de la escalera me dijo: “Esto es el fin”, y todos teníamos este convencimiento. También ahora quiero recordar el caso de un hombre que hoy no está entre nosotros y al que rogué que no marchara al frente, me refiero al General Ludendorff el cual me contestó: “Iré delante”, colocándose en la primera fila.

Cuando la primera sangre fue derramada, el primer acto del drama alemán había terminado. No se podía hacer nada más, porque ahora la brutalidad legal estaba frente al movimiento nacional de liberación y había que llegar a la conclusión de que este camino era imposible seguirlo de nuevo en Alemania, se había terminado. Pero es precisamente ahora cuando viene el segundo mérito de los caídos. Nueve años tuve que luchar legalmente por el poder en Alemania. Esto también otros lo intentaron antes que yo, pero los otros en sus movimientos contaban únicamente con los más débiles y con los más cobardes, los cuales perecían ante la ilegalidad. Los revolucionarios estaban fuera de sus filas. Si yo no hubiera intentado en noviembre de 1923 la revolución y si entonces no se hubiera derramado sangre matando a tantos, me habría sido imposible decir durante nueve años: “A partir de ahora sólo lucharemos legalmente”, de otra forma únicamente podría haber contado con una parte del pueblo. Fue esa actitud la que me dió la fuerza para seguir este camino sin dejarme detener por nadie.

Muchos se pusieron en contra mía, eso lo sabemos en la historia de nuestro partido, y me decían: “¿Como se puede luchar legalmente?”, y yo les contestaba: “Señores míos. ¿Qué pretenden? ¿Enseñarme como se lucha? ¿Dónde estaban ustedes cuando empezamos la lucha? De ustedes no preciso ninguna enseñanza sobre revolución o legalidad. Todo esto lo he hecho yo. Ustedes no tuvieron valor o sea que ahora cal lense”.

Y sólo así fue posible constituir un movimiento viril que a pesar de todo siguiese el único camino correcto que era posible tomar. Y a este hecho le debemos mucho, porque no vivimos solos en el mundo, alrededor tenemos estados grandiosos que ven con malos ojos cualquier movimiento alemán y nuestra existencia sólo la garantiza una firme weltanschauung y una sólida fuerza. Esto está bien claro, por ello nada conseguiríamos destruyendo el Ejército existente, sino que lo que hay que lograr es unirlo a la causa nacionalsocialista y a su pensamiento, para poder así consolidar la unidad destinada a hacer a Alemania grande y fuerte ante el mundo. Esto lo ví yo claramente en el mismo momento en que sonaron los últimos disparos. Si vuelven a leer mi discurso final del gran juicio podran decir que poéticamente predije el destino. Si, lo dije, pero durante 9 años lo perseguí, y si pude luchar este tiempo para lograrlo esto sólo fue posible porque antes tuvo lugar esta acción, porque antes murieron muchos hombres por ello.

Así pues si ayer fue levantada en el Reich Alemán una nueva bandera, esto constituye un acontecimiento histórico. Piensen ustedes que la historia de Alemania se puede seguir desde hace dos mil años y en toda esa historia jamás este pueblo ha tenido esta unidad de forma y acción, orientada por una Weltanschauung y protegida por un Ejército, todo bajo una misma bandera. De verdad que los sudarios de esos dieciseis caídos hoy han de conmemorar su renacimiento, un renacimiento único en el mundo. Ellos han sido los libertadores de su pueblo, y es maravilloso constatar que gracias a esas víctimas caídas se haya logrado esta unidad alemana, que sólo tenemos que agradecerles a ellos, pues si en aquél tiempo no hubiésemos encontrado hombres capaces de dar su vida por este Reich, tampoco ahora habríamos logrado su unidad. Todos los que posteriormente se sacrificaron tenían como ejemplo esa sangre preciosa de estos primeros hombres, y es por ello que queremos ahora sacarlos de la oscuridad del olvido y colocarlos en el justo lugar dentro de este pueblo alemán.

Con estos caídos pensaban los adversarios haber acabado con el movimiento nacionalsocialista y, contrariamente, sólo lograron iniciar el río de sangre que desde entonces iba a correr más y más, y así hoy, donde se encuentra un alemán -y esto es algo maravilloso- ve otra señal de unidad que aquella que ya llevaban nuestros camaradas del partido de entonces en el brazo y, ciertamente, es un milagro haber logrado esta evolución de nuestro gobierno. A los que nos sucedan se les antojará una fábula. Un pueblo hundido y dividido y de entre él surge un pequeño grupo de hombres que empiezan su marcha, una marcha que empieza fanáticamente y recorre fanáticamente el camino. Unos cuantos años después de esas personas nacen ya grandes batallones, regimientos y divisiones, de grupos de pueblos surgen ya los “Gaus” (Provincias) y unos pocos años más y ese movimiento suministra los ministros del gobierno y siempre, permanecieron en la lucha en la calle y una y otra vez iban cayendo y siendo heridos, pero día a día el río se hace más grande y desemboca en el poder, y es entonces cuando pone su bandera sobre todo un Estado. Un maravilloso ciclo.

La historia en el futuro lo recordará como ejemplo único y maravilloso. Se buscarán ejemplos pero no serán hallados. No se encontrarán ejemplos de un pueblo y un Estado que en tan poco tiempo hayan alcanzado tanto.

Por eso nosotros somos felices de no tener que rememorarlos en libros, sino de haber sido elegidos por el destino para vivirlos. Nosotros, camaradas, podemos estar orgullosos de que la historia nos haya elegido a nosotros como protagonistas para una misión de esta índole.

Hace muchos años ya dije a nuestros camaradas: “Quizá llegue un día en que os pregunteis cual será la recompensa. Camaradas, un día llegará en que estareis orgullosos de vuestra militancia y la considerareis el símbolo de una nueva luz y podreis decir: Yo estuve ahí desde el principio”, y es esto lo que nos une en forma tan estrecha, pues los que vengan luego lo aprenderán en los libros, pero nosotros estuvimos ahí, lo hicimos. Hay generaciones a las que se enseñan leyendas heroicas, nosotros hemos vivido esa leyenda, hemos marchado con los héroes. El que los nombres de cada uno de nosotros sean conservados para el mañana carece de importancia. Lo importante es que formamos una sola unidad y esta permanecerá. Nunca más desaparecerá de Alemania y de la sangre de esos primeros combatientes seguirá saliendo la fuerza para nuevos caídos y es por ello que siempre estaremos en deuda con los primeros que cayeron.

Este movimiento será ya para siempre, y siempre se habrá de acordar de aquellos a los que debe agradecimiento. No se debe preguntar: “¿Cuántos fueron heridos?”, sino: “¿Cuántos marcharon?”, es entonces cuando se percibe la grandeza de este ejemplo. Además se habrá de preguntar también: “¿Contra cuántos marcharon?”, ¿O es que alguna vez se inició en Alemania una lucha contra tantos adversarios?. De verdad que es necesario mucho valor para ello, pero precisamente porque entonces mostraron valor nunca los olvidaremos.

Siempre tuve muy claro que si alguna vez el destino me deparaba el poder, sacaría a esos camaradas de sus cementerios para honrarlos y mostrarlos a la nación y así como esa resolución siempre estuvo viva en mí, así hoy la he cumplido. Ahora ellos entran en la eternidad de Alemania. En aquella época no pudieron ver el nuevo Reich, sólo podían imaginarlo, pero ya que les fue imposible vivir este Reich y verlo, nosotros nos preocuparemos de que el Reich les vea a ellos y es por ello que no les he asignado una fosa donde reposar. No, igual que ellos en su día marcharon con el pecho descubierto, así ahora han de permanecer con sus ataúdes bajo el cielo de Dios, como perenne señal para el pueblo alemán. Para nosotros no están muertos, esos templos no son fosas, sino puestos de vigilancia permanente. Ahí están para Alemania y vigilan a nuestro pueblo.

Aquí reposan como testigos fieles de nuestro movimiento. Nosotros y nuestros adversarios cumplieron con su obligación hacia estos camaradas. No les hemos olvidado, les llevamos en nuestros corazones y tan pronto como nos ha sido posible nos hemos cuidado de que su sacrificio entrara de nuevo en las mentes de todo el pueblo y de que la nación alemana nunca olvide estos sacrificios.

A ustedes mismos, viejos luchadores míos, les quiero saludar ahora. Hace doce años estuvimos en esta sala y ahora otra vez. Pero Alemania ha cambiado. Lo que predije hace doce años se ha cumplido. Hoy el pueblo alemán camina unido, tanto en la cumbre política como en su vida interior, como la empuñadura de una espada. Nos hemos convertido otra vez en un Estado fuerte, ya no estamos sometidos ante nadie. La bandera ondea hoy fuertemente y es símbolo de la resurrección del Reich alemán, del nuevo Reich. Y a ustedes, como en tantas otras ocasiones, les quiero volver a dar las gracias porque entonces se unieron a mí, se unieron a un desconocido y marcharon en sus filas y asistieron a sus reuniones. Por ello les ruego que rememoren aquel tiempo, ya que es maravilloso poder llevar dentro de uno mismo un recuerdo tan maravilloso. A lo largo de miles de años ha muy pocas naciones les ha sido posible lograr esto. Los caídos fueron elegidos por la suerte y ellos han de quedarse con esta bandera, como símbolo de la revolución nacionalsocialista.

¡Viva nuestra Alemania nacionalsocialista!

¡Viva nuestro pueblo!

¡Y vivan también los caídos de nuestro movimiento!

Alemania y sus hombres, vivos y muertos:

¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil!.